

Malala Macaroni
Irene de Westminster

Mano Negra

Novelas del Tarot. Libro 2



Malala Macaroni
Irene de Westminster

Mano Negra

Novelas del Tarot. Libro 2



Malala Macaroni
Irene de Westminster

Mano Negra

Novelas del Tarot. Libro 2



Tabla de Contenidos

[Página de Titulo](#)

[Mano Negra | Novelas del Tarot.](#)

[Libro 2](#)

[Copyright](#)

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[Agradecimientos](#)

[Primera Parte: El libro de las](#)

[mutaciones](#)

[Capítulo 1: El destierro de Tierra](#)

[Capítulo 2: El mundo de las sombras](#)

[Capítulo 3: Los caminos de la magia](#)

[Capítulo 4: Los demonios malignos](#)

Capítulo 5: El abismo

Capítulo 6: Polvos diabólicos

Capítulo 7: El poder dominante de

lo grande

Segunda Parte: Lo inmutable

Capítulo 8: Ying y Yang

Capítulo 9: Arriba, el cielo, lo

supremo

Capítulo 10: El poder dominante de

lo pequeño

Capítulo 11: Oscureciendo la luz

Capítulo 12: El destino es un cruel

hijo de puta

Mano Negra

Novelas del Tarot.

Libro 2

Malala Macaroni

Irene de Westminster

Copyright

Copyright © 2016 by Malala Macaroni -

Irene de Westminster

All rights reserved. Without limiting the rights under copyright reserved above, no part of this publication may be reproduced, stored in or introduced into a retrieval system, or transmitted, in any form, or by any means (electronic, mechanical, photocopying, recording or otherwise) without the prior written permission of both the copyright owner and the above publisher of this book.

This is a work of fiction. Names, characters, places, brands, media and incidents are the product of the author's imagination.

This eBook is licensed for your personal enjoyment only. This eBook may not be re-sold or given away to other people. If you would like to share this book with another person, please purchase an additional copy for each

person you share it with. If you're Reading this book and did not purchase it, or it was not purchased for your use only, then you should purchase your own copy. Thank you for respecting the author 's work.

Licencia de uso para esta edición Derechos reservados. La licencia de uso de este libro electrónico es para tu disfrute personal. Por lo tanto, no puedes revenderlo ni regalarlo a otras personas. Si deseas compartirlo, ten la amabilidad de adquirir una copia adicional para cada destinatario.

Gracias por respetar el arduo trabajo del autor.

Sinopsis

Malala

Macaroni

es

una

joven

desordenada y un poco disparatada que no tiene ninguna clase de talento excepto el de atraer a hombres de dudosa moral.

En esa lista se encuentran un abogado pijo, un poli corrupto y un médico emparentado con la ‘Ndrangheta que está loco por ella.

Malala hace un culto de la

resistencia y pretende llevar una vida bucólica y normal, a pesar de que su madre es narcotraficante además de adivina, de que su mejor amiga Soraya acaba de liarse con el jefe de una asociación criminal y de que sus amigos están de una u otra forma embarcados en actividades delictivas.

Para aislarse de ese mundo entra a trabajar como encargada de ventas de un sex shop, donde todo parece tan fácil como vender un tanga o un juguete sexual. Pero las cosas se desbaratan cuando recibe una muñeca sexual particular, que debe entregar a un misterioso cliente.

«Mano negra» es la continuación de

«Mal de ojo»: una novela en principio desopilante que evoluciona a la par que lo hace la protagonista, volviéndose por momentos dura como lo es la lucha entre el bien y el mal.

También es una gran historia de amor en un mundo a veces cómico, a veces perverso, triste y desigual.

Dedicatoria

A vosotros seis, los que estáis en mi alma.

Agradecimientos

A todas las chicas del grupo «Las Locas Amigas de Malala» (Las Locas) en Facebook, ¡os quiero!

Un agradecimiento especial a mi gran amiga Arancha Cezón, que asumió la tarea de leer el libro antes que nadie y señalar mis meteduras de pata. ¡Qué habría hecho sin ti, querida Arancha!

Tus comentarios me arrancaron risas y reflexiones.

Un abrazo gigante y desde el alma a mis amigas Celia García, Lucy Bastidas y Maribel Roa Martin, por estar siempre a mi lado.

Claro que puestos a mencionar,

¡cómo no citar también los nombres de Faby, Fina, Inma, Anabel, Mari Carmen, Fernanda, Pili, Finita, Cecilia, Irene, Ana, Isa, María Karina, Pilar, Celínés, Amanda, Abby, Caro, Inés, Ana María, Montse, Evelyn, Sandra, Paqui, Ale, Ana, Susana, Daisy, Nathalie, Claudia, Sara, Gloria, Sophia, Betty, Tereza, Patricia, Natalia, Zafir,

María José, Eva, otra Ana, Mónica, Susy, Luz, Vanessa, Gotik, Rosa, Nelly, Fátima, Aure, Luisa, Sofía, Dianis, Sandris, Elisa, Maricel, Yésica, Gisella y tantas otras que por olvido o desorden, no entraron en esta lista! ¡Gracias por compartir vuestro tiempo y risas conmigo!

A

las

blogueras

Carla,

Liz

Rodríguez, Juliette Mafi, María Cabal Gomez, Ester Damon, Naitora McLIne, Faby Ayala Torres, Isabel María Sierra García y Abby Mujica: mi gratitud por siempre.

Por supuesto, no he de olvidar a mis amables,

entusiastas

y

divertidos

lectores. Por acompañarme en esta aventura, de corazón

os digo: ¡gracias!

«Los que vencen, cualesquiera sean los medios empleados,

nunca se avergüenzan.»

N. Maquiavelo

Primera Parte: El

libro de las mutaciones

Mientras el mundo mute, hay esperanzas

Capítulo 1: El

destierro de Tierra

—¡Detente! —le susurré a Soraya tras frenarla con mi brazo extendido sobre su abdomen. Mi amiga saltó por los aires.

—¿Qué sucede? —preguntó al

aterrizar, empleando idéntico tono conspiratorio mientras miraba alrededor con suspicacia.

Habíamos estado caminando lado a lado

por

la

acera,

conversando

animadamente

como

solo

pueden

hacerlo dos amigas que no se han visto en tres meses. Así, distraídas, sin darle descanso a los músculos faciales, prácticamente habíamos llegado hasta la puerta de mi nuevo trabajo. Fue entonces cuando me eché a temblar.

Apoyé un dedo sobre mi boca y

empecé a caminar despacio, un pie pidiéndole permiso al otro y Soraya pisándome

los

talones.

Mientras

avanzaba, se me disparó la tensión y sentí palpitaciones en el pecho. Un fuerte dolor me bajó por el brazo izquierdo: un ataque al corazón, barrunté, pero entonces me di cuenta de que Soraya me estaba clavando las uñas en el antebrazo.

—¡Ey!

—¿Qué? —preguntó, impertérrita, mientras yo me masajeaba el punto maltratado.

No respondí.

Nos detuvimos ante las luces de neón, que derramaban un reflejo rojizo sobre la puerta, justo debajo del cartel del negocio: «Six Tricks Sex Shop».

Para

entonces

yo

ya

estaba

hiperventilando.

Cerré los ojos con fuerza mientras rebuscaba en el bolso hasta hallar la llave.

—La encontrarás más rápido si

miras por dónde —advirtió Soraya y tuve que darle la razón.

No

entendía

cómo

podía

desorganizarse tanto un bolso en el que solo llevaba dos manojos de llaves, un paquete de pañuelos de papel, el móvil, calderilla suelta, unos cuantos billetes arrugados (se me había roto la billetera), el labial (solo una parte, la otra se había partido), la punta de la cremallera rota y una cinta de embalar.

Llave en mano, apreté los dientes, abrí los ojos y la puerta, encendí la luz, y allí estaba, como ocurría un día sí y otro no, desde que había arrancado con mi nuevo trabajo de encargada del local de ventas del sex shop.

Una maldita mano negra había vuelto a colocar un dildo marca Jefe Supremo (22 centímetros de silicona-platino, color piel y efecto de sensibilidad al tacto), junto al ordenador, es decir, exactamente en mi puesto de trabajo.

— *Ohlalá*

—dijo

Soraya,

que

acababa de volver de París con su novio, Marcos Latorre, el nuevo líder de la banda de Los Topos.

No respondí. Desde luego, lo del dildo era un mensaje, pero no quedaba claro si deseaban amenazarme o simplemente provocarme anhelo.

Por las dudas, miré a Angelina, que me observaba inmóvil —las piernas cruzadas y dejando ver el tanga- desde su taburete, a tres pasos de mi silla, tras el mostrador.

—No habrás sido tú, ¿verdad?

Me pareció notar que fruncía sus gruesos labios y el verde iridiscente de sus ojos tomaba un tono libidinoso, como si mirara a Brad Pitt. Después sacudí la cabeza, ¡por más

real que pareciera, la Angelina de silicona no podía cambiar de expresión facial!

Aunque la otra tampoco, pobre.

—¿¡Qué

es

eso!?

—exclamó

entretanto mi amiga con la voz estrangulada.

Suspiré, volviendo la vista al dildo mientras

caminaba

alrededor

del

mostrador para tomar asiento en mi silla.

—Es un dildo Jefe Supremo. Varias veces a la semana aparece donde lo ves y eso que solo dos personas tenemos llave de este local: mi jefe y yo. Hay una mano negra que lo coloca siempre aquí, junto a mi ordenador, para que lo

vea bien...

—¿Te traes algo con tu jefe? ¡Ja! Ya decía yo...

—¡Bah, deja de inventar! He visto solo dos veces a mi jefe. Además, se marchó hace veinte días de viaje espiritual a Tombuctú. ¡Tombuctú!,

¿oíste? ¡Eso queda al fin del mundo! ¿O

quizá dijo Katmandú? —Me entró la duda, debo reconocer que de geografía no sé nada de nada—. Como quiera que sea, ¡ni siquiera deben tener correo allí!

No, esto no es obra de él. Además, Silver es gay y los homos...

—¡No quiero saberlo! —Soraya se tapó los oídos—. Además, yo no preguntaba qué es eso. —Señaló al dildo con la barbilla—. Sobre «eso»

estoy más que versada y en materiales naturales —se pavoneó.

Me puse verde de envidia, pero Soraya era mi amiga de toda la vida, casi mi segunda madre, así que la envidia se desvaneció en un simple y más llevadero sentimiento de desazón.

Tras un poco de esfuerzo, la desazón pasó a ser tenue como una pelusa, pero de esas que pican y pican sin que puedas rascarte.

Suspiré.

—Sé que es un consolador. Lo que quiero saber es qué es *eso* —siguió diciendo Soraya mientras señalaba a Angelina.

—¡Oh! *Eso* es Angelina, una muñeca sexual hiperreal de silicona. Puede articularse

para

adoptar

distintas

posturas, ¿quieres ver?

Abandoné mi silla y di un par de pasos hasta la muñeca, la bajé del taburete y me afané durante unos minutos en el suelo hasta que la tuve bien lograda. Retrocedí y, con los brazos en jarra, me quedé observando la obra.

— *Señor y Señora Smith* —anuncié, orgullosa—. ¿Qué te parece? ¡Igualita!,

¿cierto?

—Hum... Angelina no adopta esa postura en *Señor y Señora Smith*...

—¡Y yo qué sé! Cierro los ojos en las escenas eróticas.
—Soraya me miró con expresión desconfiada y opté por encogerme de hombros—. Quizá la vi cuando empuñaba las armas. Hacía toda clase de acrobacias. —Suspiré—. A lo que iba es que por dieciocho mil dólares puedes tener una de estas. Por veinticinco mil puedes ponerle la cara que tú quieras, hombre o mujer, con arrugas o sin ellas, con vello o sin él,

¡mira! El pelo es completamente natural, un milagro...

—¡Espera, espera, espera! ¿La cara que yo quiera? ¿En serio? —Soraya abrió grandes los ojos, incrédula.

—Bueno,

se

necesita

el

consentimiento de esa persona, pero con unos miles extras se olvidan del requisito y puedes conseguir la de tu ex.

—¡Bah! ¿Para qué querría yo la cara de un ex?

—Era solo un decir.

—¡Ja! Si Latorre me viera con un ex le pegaría diez tiros en la frente, aunque fuera una frente de silicona.

—No

lo

dudo,

pero...

¡Ey!

Casualmente, estamos esperando el envío de una de las muñecas más caras.

Un cliente nos la encargó hace un par de meses.

—¿Y qué cara tiene?

—¿El cliente? ¡Ni idea, ordenó por internet!

—¡La muñeca!

—¿¡Qué sé yo!? Es un negocio que cerró mi jefe. De todos

modos, te la mostraré en cuanto llegue... tengo que encargarme de entregarla. ¡Somos una empresa seria y eficiente!

Soraya

me

observó

con

la

profundidad de un monje budista o de un inspector fiscal, es decir, como quien busca hurgar en tu alma. Era una mirada que incomodaba y le di la espalda para devolver el dildo a su sitio de honor, en el centro de la estantería de exhibición.

—Te has vuelto muy ducha en este negocio. —Mi amiga giró el cuerpo voluminoso y, poniéndose de puntillas, se sentó en el taburete que Angelina había dejado libre. El mueble crujió ante su impacto pero, contra todo pronóstico, resistió. Acto seguido, Soraya apoyó la barbilla en la mano y el codo en el mostrador—. ¿Estás contenta aquí? No desvíes la mirada, regresa —

ordenó, iracunda.

Tras limpiarme los dedos con

alcohol en gel, tomé asiento en mi silla y me dediqué a jugar con el mouse del ordenador.

—¡Contéstame! —insistió—. ¡Es

increíble que tu prima tenga un negocio exitoso de lecturas del futuro en una de las avenidas más transitadas del barrio y tú desperdicias tu talento vendiendo velas y geles!

—La salud sexual hace a la felicidad de la población —argumenté débilmente

—. Además, pagan bien. Más que bien, a

decir

verdad,

es

un

suelo

ridículamente alto.

—¡Bah! ¡El sueldo! ¿Y qué hay de tu felicidad y de tu salud? ¿Qué hay de tu salud sexual? ¿Qué hay de tu salud emocional? ¿Acaso has vuelto a hablar con el comisario?

Suspiré. De modo que era eso.

Soraya quería sonsacarme la historia de Montorvo. Pero yo no quería pensar en él. No quería pensar en esa noche en la que había aparecido en la casa de mi madre con un ramo de rosas, la mirada ardiente y una sonrisa infantil en la cara, como un niño en Reyes.

Me había dado las rosas, yo lo había dejado pasar y a continuación le había dicho esa frase que todos los hombres odian:

—Tenemos que hablar.

En perspectiva, quizá no debimos hablar. Quizá debimos follar en silencio, al menos tendría algo agradable para recordar. Decidí que follar y decir *goodbye* sería mi técnica de ahí en más, mejor que lo hiciera yo antes de que lo hicieran ellos.

Ah, sí, habíamos hablado, claro.

—Parece que has ganado una noche conmigo —le dije, una sonrisa trémula en mis labios, porque yo quería esa noche, sí señor, la quería; quería que pasáramos juntos todas las noches de la vida de Montorvo y de la mía, pero también quería que él fuera honesto, no lo era y eso me detenía—. ¡Qué idea para una rifa! ¿No es cierto?

Una vecina, inspirada por la

sinvergüenza de mi prima, había organizado una rifa para recaudar dinero con un fin que no resultó tan noble: se operó las verrugas. ¿El premio? Una noche conmigo. Cinco números estaban a mi nombre, quince al del abogado Nicolás Conde, ochenta al del comisario Francisco Montorvo y diez mil al del doctor —y posible mafioso- Paolo Sanpierone.

Ganó Francisco y me pregunté más de una vez si había triunfado con ayuda... justamente la de Soraya, que me miraba en el sex shop mientras yo hacía como que revisaba mensajes en el ordenador.

Y deseé que hubiera entrado un mensaje, cualquiera, de Viagra o de alargamiento de pene, un virus o una oferta, cualquier cosa para no recordar lo que había venido a continuación.

—Tengo entendido que no soy el único ganador —había

dicho Montorvo con lentitud—. Parece que acostumbrabas a rifar tus noches.

Enrojecí, me puse violeta, porque Francisco tenía una pizca de razón: también

le

debía

una

noche

a

Sanpierone. Se la había prometido a cambio de que él encontrara a mi madre, Marta Villa, sin saber entonces que mi madre

era

narcotraficante

y

que

encontrarla supondría para él el desembolso de cinco

millones.

Me miré los pies, parada frente a Montorvo en la casa vacía de mi madre, pues ella después del trato se había dado a la fuga.

—¿Vas a pagarle? —presionó él y no supe qué contestarle. Se me llenaron los ojos de lágrimas porque yo quería que él fuera honesto y no lo era; quería ser honesta yo, y eso comenzaba por cumplir con mi palabra aunque me doliera perder mi dignidad, mis valores.

—Si me lo pidiera... —susurré.

Pero de algún modo, sabía que

Sanpierone no me lo iba a pedir. Lo había visto en sus ojos, ese día en que me había desnudado frente a él y a sus compinches. Había visto su horror, su desesperación, su respeto y algo más, algo a lo que no me animaba a ponerle nombre.

No, él no me lo iba a pedir, yo no me iba a acostar con él y ese habría sido el final de la historia si no hubiera sido porque en el fondo, fondo, en algún rincón espantosamente oscuro de mi alma, yo deseaba pasar una noche entera con

Sanpierone.

Quería

follar

salvajemente con él y luego echar a correr y esconderme.

Quería acostarme con él, pero no porque se lo debiera

sino

porque

debía

de

ser

una

experiencia alucinante.

¡Qué puta eres!, me dije.

¡Que no lo pienso hacer!, protesté.

—¡Qué puta eres! —dijo Montorvo.

Sentí esa frase como un puñal. Alcé los ojos y miré en el fondo de los suyos, tan celestes como el manto de la Virgen.

—¿A qué viniste? —pregunté—.

Vienes a cuestionarme por algo que no hice y en cambio me ofreces... ¿qué?,

¿una noche?, ¿lo mismo que él? —Torcí mi boca en un gesto desdeñoso—. Se está haciendo una costumbre.

Se le ablandaron los ojos y por un segundo vi al Montorvo del que me había enamorado.

—Sabes que te amo —susurró.

—¿Ah, sí? ¿Qué significa eso? ¿Qué estarías dispuesto a hacer por mí?

¿Estarías dispuesto a dejar de trabajar para los Sanpierone?

Nos miramos, serios, durante un largo tiempo.

Lo vi vacilar.

Por un segundo, creí que aceptaría, que me abrazaría, haríamos el amor y planificaríamos una vida diferente desde la cama, donde es fácil planificar.

Luego su rostro se cerró y dio un paso atrás.

—Lláname cuando tengas una

respuesta —dije entonces—. Tienes mi número. —Abrí la puerta de calle y levanté mi índice—. Y nunca, jamás, vuelvas a llamarme puta.

Habían pasado tres meses de un silencio elocuente y ahí estaba yo, en el sex shop, al lado de Soraya, pensando en él aunque me había prometido no hacerlo.

—Bueno, habla ya, ¿qué novedades hay de Montorvo? —insistió mi amiga.

—No lo he visto —respondí.

—Fue desafortunado que esa noche en que fue a tu casa alguien pusiera una denuncia policial... ¿A qué tonto se le puede ocurrir que en casa de tu madre podía haber una cocina clandestina de éxtasis

y

cocaína?

—comentó,

sacudiendo la cabeza—. ¡Todo el mundo sabe que la cocina estaba al fondo en la casa de tu tía Hermilda! ¿Y qué necesidad había de interrumpir tu velada con la

llegada de los polis?

—Cinco

coches

patrulla,

dos

helicópteros, ocho motocicletas y el camión de SWAT — dije, más deprimida aún.

No le dije que él ya se había ido. Se había borrado de mi vida. Así, como si nada.

Suspiré amargamente. Mejor, no había nada como tener el alma limpia, la mente tranquila y la cama vacía. El mouse dio un salto espasmódico en mis dedos y Soraya se acercó y puso su mano sobre la mía.

—¡Te noto estresada! Vuelve a casa conmigo, reabramos el negocio, es tu destino, lo sabes —dijo con la voz cargada de sentimiento—, ¿hasta cuándo vas a negarte?

Tragué saliva, mientras evaluaba mis opciones: salir corriendo o taparme las orejas con las manos. Por suerte, el sonido de la campanilla evitó que tuviera que darle una respuesta.

La puerta se abrió y dio paso a un adolescente flacucho, con los jeans colgando de la mitad de sus caderas, tan largos que terminaban arremolinados sobre sus zapatillas último modelo. Una sonrisa simpática paliaba el efecto desagradable de tener media nariz: había perdido el resto en una pelea callejera.

—¡Lucas! —exclamé, contenta por la interrupción—.
¡Tanto tiempo! ¡Qué gusto que te hayas acordado de mí! —
Lo besé en ambas mejillas y de pronto me quedé de piedra
—. ¡Ey! ¿No andarás en problemas? ¡Mira que no pienso
guardar ninguna

mercancía

que

te

hayas

encontrado por ahí!

—¡Nada de eso! —Se rio Lucas.

—¿No te estarás ocultando de la policía?

—¡Qué cosas piensas de mí! —

Lucas echó una mirada alrededor. Sus ojos pasaron rápidamente por los dildos, las velas y los geles, se detuvieron un momento en Angelina y quedaron clavados en la pared roja de Grey con abierta codicia—. ¿Me regalas unas de estas? —preguntó como un crío regalón, mientras se abalanzaba sobre unas esposas.

—Son... eh... de juguete.

—¡Mentira!

—Hum. ¿Por qué no disfrutas el tiempo que te queda sin ellas? ¿O es que quieres empezar a acostumbrarte?

Lucas jugueteó con las esposas, poniéndoselas y quitándoselas de sus muñecas sin necesidad de llave, mientras Soraya y yo lo observábamos con los brazos en jarra.

—Está bien, está bien, aquí las tienes —se resignó el joven y tras un rato de jugar con ellas, las dejó en su sitio para luego recostarse sobre el mostrador—. En realidad vine porque tengo un negocio que proponerte —

anunció, dirigiéndose a mí.

—¿Un negocio? Sabes que no me

meto en nada ilegal.

—Esto no es ilegal. He dejado de lado lo ilegal. —Como para demostrar que iba en serio, hurgó en el bolsillo trasero de sus jeans y tras forcejear un poco, extrajo las esposas. Incrédula, volví la vista hacia el sitio donde las había dejado unos instantes atrás. No estaban. Miré las manos de Lucas una vez más: había retomado el juegucito de ponerse y sacarse las manillas.

—¡Oye!

—Nada ilegal —repitió Lucas—.

He

montado

una

agencia

de

«recuperos».

—¿Agencia de «recuperos»? —

quise saber, mientras regresaba a mi silla tras el

mostrador—. Jamás oí de algo así, ¿qué es?

—He notado una gran oportunidad de mercado. Como hay muchos robos en la ciudad, hay gente que estaría dispuesta a pagar grandes sumas de dinero para recuperar sus objetos más preciados. Toma por ejemplo un ordenador con las fotos de toda una vida... ¿cuánto vale eso? O un pendrive con un gran proyecto profesional. ¡Un anillo de bodas! —Sacudió la cabeza, parecía ensimismado—. ¡Hay veces en que el contenido vale más que el pedazo de chatarra! Ahí entro yo...

Volví a colocar los brazos en jarra mientras mis ojos viajaban nerviosos de las manos de Lucas, que jugueteaban con las esposas, a sus pupilas excitadas. ¿Se había fumado algo?

—¿Y tú cómo consigues lo que la gente quiere recuperar? ¿No será que primero haces que pierdan esas cosas?

—¡No! Ya te dije que no es nada ilegal. Uno tiene sus contactos... de hecho, tengo contacto con veintisiete bandas de la ciudad —se pavoneó—.

Cubro casi todo el radio, ¿no es genial?

Cuando un cliente me pide un recupero, no hago más que coger el teléfono...

Casi seguro que encuentro su móvil o su portátil antes de que los tipos de las compañías de seguro terminen de leer las cláusulas del contrato.

—¡Vaya! —Me sentí impresionada de veras. Luego me lo pensé mejor—.

Te felicito pero no voy a ayudarte —

anuncié, poniéndome de pie mientras buscaba apoyo de Soraya con la mirada.

Pero

Soraya

estaba

concentrada,

intentando hacer que Angelina cambiara de postura una vez más. Miré incrédula la nueva posición, ¿realmente se podía hacer eso y yo sin enterarme? Decidí volver la vista a Lucas.

—¡Tengo un cliente importantísimo!

—argumentó el adolescente.

—No me interesa tu negocio, como ves, ya tengo trabajo.
¡Gracias por la visita! —Me acerqué a Lucas y lo tironeé del codo para arrastrarlo.

—¡No has escuchado la propuesta!

—Tienes veintisiete socios para que te ayuden a buscar.

—Comencé a empujar a Lucas hacia la puerta.

—¡Te digo que es algo distinto! —

Llegamos hasta el picaporte y lo hice girar, pero el muchacho aprovechó ese momento para clavar los talones en el suelo—. ¡Al menos deja que te cuente!

Tironeé de él todo lo que pude, hasta quedar empapada en transpiración. Una mirada al pequeño espejo de la pared y noté que mi cabello había quedado totalmente alborotado y fuera de lugar mientras que a Lucas no se le había movido ni el flequillo.

—Está bien, cuenta —claudiqué.

Apoyé un hombro junto al escaparate donde estaba el dildo del Jefe Supremo y aguardé con los brazos cruzados, mientras recuperaba aliento.

—Un anciano me contrató para que encuentre a su hija —

explicó Lucas, mirándose

los

pies—.

¡Es

una

oportunidad de oro! Me permitiría dar un salto, ¡es totalmente legal! Pasaría de buscar cosas a personas, ¡podría convertirme

en

una

agencia

de

detectives!

—¿Y por qué te eligió a ti? —quise saber.

—Los amigos de unos amigos le

dieron mi contacto —Lucas levantó la vista y me miró a

los ojos. Escudriñé en ellos todo lo que pude y, sorprendida, constaté que se veía una genuina honestidad en sus pupilas.

—Sigue.

—Este señor es extranjero y acaba de enterarse de que tuvo una hija muchos años atrás. La chica vive en el país pero él no sabe mucho más. Ha perdido contacto con la madre.

—Ajá.

—Tengo que encontrarla antes de que el viejo se muera... parece que tiene una enfermedad terminal.

—¡Eso es terrible!

Lucas asintió, animado.

—Es un señor de mucho dinero, muchos contactos. ¡Va a pagarme una fortuna!

—¿Y para qué me quieres a mí?

El muchacho volvió a arrastrar los pies y clavé la mirada allí. Así que ahí íbamos, directo al basurero.

—El viejo solo sabe dos cosas: el nombre de la hija y su trabajo. Se llama Laura Vilte... aunque puede que esté bajo otro nombre.

—¿Y en qué trabaja? —Sentí que me trepidaban las entrañas.

—Es una trabajadora sexual.

Mi cabeza dio un rebote atrás, me golpeé con el escaparate y el dildo del jefe cayó sobre mi frente.

—¡Uy! —Mientras me masajeaba el chichón, me pregunté si me había dejado marca. ¿Cómo iba a explicarle a la gente ese moratón? ¿Iba a decir que por fin había tenido una sesión de sexo violento? Alcé el dildo con rabia y lo devolví a su lugar.

—¡Malala,

eres

mi

única

oportunidad! —rogó Lucas entretanto—.

¡No tengo contactos en ese terreno! Y no es como si yo...

como si yo pudiera hacerme pasar por... tú sabes... puto.

—¡Ah! —Me volví hacia él hecha una fiera, avancé dos pasos y le clavé la uña en el pecho flacucho—. ¡Y yo sí!,

¿eh? ¿Crees que yo sí?

—Te nombraré detective principal y puedes disfrazarte. Además, estás en ese mundo, ¿no?, trabajas en un comercio del ramo.

Ví todo rojo. Me faltaron las

palabras y sentí que echaba espuma por la boca. Tragué. Dejé que el corazón recuperara su ritmo y entonces sí, con la plasticidad de un luchador de krav magá, giré sobre mi pie derecho, alcé un brazo en cámara lenta, tomé el maldito dildo y empecé a aporrear a Lucas con él en la cabeza.

—¡Habrased visto! —grité.

El adolescente se cubrió como pudo y fue retrocediendo hasta que salió del local de ventas.

—¡Avísame si aceptas... pago bien!

—gritó desde la calle— ¡Y te devuelvo estas!

—Terminó,

sacudiendo

las

esposas que se había llevado frente a mis narices.

Me di la vuelta, cerré la puerta y, todavía desquiciada con el esfuerzo, me enjuagué la frente. Hasta que me di cuenta de que lo había hecho con el dildo y corrí a limpiarme con grandes cantidades de alcohol en gel.

—¿Has

escuchado

eso?

—le

pregunté a Soraya, que había seguido la escena impasible desde su rincón junto a Angelina.

—No es mala idea —respondió—.

¿Acaso no te gustan las grandes causas?

¡Salvar a una pobre chica de la explotación sexual!

¡Reunirla con su padre moribundo! Pagarías por leer una novela así.

—¡Claro que no! La leería gratis.

—A menos que hubiera un galán. ¡Te hace falta el comisario!

Bufé como un toro que acaba de ver el capote. De hecho, Soraya estaba vestida con un vestido de flores rojas y era lo suficientemente llamativa y decía cosas tan asquerosamente indignantes como para que yo abriera un agujero en el suelo con mis pezuñas.

Pero en ese momento volvió a sonar la campanilla de la puerta.

—Vine a comprobar con mis propios ojos si es verdad que trabajas aquí —

anunció la voz burlona de mi prima Valeria—. Parece increíble, ¿qué puedes saber tú sobre sexo?

Giré para mirarla: mi prima estaba despampanante con un pantalón blanco, camisa roja de seda arremangada hasta los codos y bisutería, bolso y zapatos en rojo. Para colmo, seguía midiendo un metro setenta y tres y no había aumentado ni un gramo.

Constatar todo eso no mejoraba ciertamente mi humor y, para ocultarlo, me entretuve en devolver a Angelina a su sitio en el taburete con innecesaria violencia. Agradecí mentalmente que fuera de silicona, de lo contrario podría haberle roto el pescuezo.

—¿Qué es eso? —quiso saber mi

prima a mi espalda.

—Una muñeca sexual hiperreal —

respondí, cansada de que preguntaran.

—No eso, sino *eso*.

Giré nuevamente y entonces descubrí lo que Valeria señalaba: un mensajero se había colado tras ella y acababa de depositar en el suelo del estrecho local una enorme caja rectangular.

—Firme aquí —pidió el muchacho.

Completé todos los papeles y lo despaché, presurosa.

— *Eso* —dijo Soraya entretanto— ha de ser otra muñeca sexual hiperreal,

¿cierto, Malala? Dijiste que estaba a punto de llegar.

—¿Qué guay! ¡Ábrela! —pidió

Valeria, entusiasmada—. ¿A quién se parecerá esta?
Apuesto a que a Megan.

—¿Maxwell?

—pregunté

esperanzada.

—Fox.

Como yo también tenía algo de

curiosidad y, sobre todo, no quería responder a las
preguntas personales que podía hacer mi prima, procedí a
complacerla. Navaja en mano, hice pedazos

la

caja

de

cartón.

A

continuación quité las bolitas de poliestireno blanco, aparté la maraña de plástico y retiré con cuidado los lienzos de papel de seda hasta dejar la muñeca completamente libre y a la vista.

En ese momento la habitación quedó en silencio, me zumbaron los oídos, retrocedí, buscando mi silla, no la hallé y caí de culo sobre el suelo.

La muñeca y yo nos miramos

fijamente. Pelo alborotado. Ojos pardos.

Largas pestañas. ¿Tenía yo el labio inferior ligeramente sobresalido? ¿La mandíbula un poquito más redonda de lo necesario? Hasta en eso era idéntica a mí.

*

—¡Madre mía! ¿Qué coño...? —Soraya resumió mis sentimientos con bastante agudeza.

—Es

Malala

—explicó

innecesariamente Valeria—. Es igual a ella. Pero, ¿quién

querría semejante muñeca sexual? ¡Podrían haber elegido a Megan Fox... o a mí!

Me abstuve de responder. El corazón me trepidaba. ¿Cómo era posible? ¿Qué clase de cliente podía ser tan perverso como para quererme? Bueno, ¡no a mí!

A Malalona, una Malala de silicona que en sus partes pudendas podía alcanzar la temperatura corporal. Se me revolvió el estómago al pensarlo.

—Sin duda es alguien que no te conoce bien —siguió argumentando mi prima mientras inspeccionaba la muñeca

—. Mira, lleva un vestido escotado de seda color champagne y un tanga de encaje... ¡Tú nunca te pones algo más pequeño que las bragas de tu abuela!

—¡Ey! ¿Y tú qué sabes? —Me

indigné.

—¿Quieres apostar? ¡A ver, muestra!

Una vez más, guardé silencio. Las susodichas eran de algodón, pero eran mías, que de la abuela no tengo ni el recuerdo. Pero no fue eso lo que me calló: acababa de percatarme de un hecho perturbador.

Había visto el vestido de la Malala de silicona antes... de hecho, yo había usado una réplica de ese mismo vestido para presentarme en una cena, una cena en la que el vestido se había roto y había quedado abierto del mismo modo en que lo tenía abierto Malalona, dejando a la vista gran parte de mis (sus) abundantes senos.

Me estremecí. Uno de los asistentes a esa cena había encargado la muñeca.

Pero, ¿quién? Miré a Malalona con rencor, con una de esas rabias negras que hacen que desees tener un AK47

cerca. Esa cena había sido uno de los peores momentos de mi vida, ¿a quién diablos podía excitarle?

De hecho, ¿a quién diablos podía excitarle una muñeca de silicona?

Mientras

tanto,

Valeria

seguía

hurgando en ella.

—Oye, ¡qué extraño es el color de tus pezones!

Me abalancé sobre ella y la aparté de un empujón. No presté atención a su chillido ni, dos segundos después, a la queja de haber manchado su prístino pantalón al dar contra el suelo.

Tras espiar un centímetro por debajo de la tela color champagne, sonreí desdeñosa. Malalona y yo no nos parecíamos en absoluto en ese aspecto.

Seguí inspeccionando.

—Si quieres parecerte más a ella tendrás que ir al gimnasio —dijo entonces Valeria por detrás de mi hombro.

Tenía

razón,

comprobé

con

desagrado. Quienquiera que la hubiera comprado, se la había imaginado con una cintura más estrecha. Metí barriga en el acto.

—¡Bah, deja ya eso! —intervino Soraya—. ¿Cuál has dicho que era el nombre del cliente que la encargó?

—No lo dije, es que no me lo dieron

—respondí, todavía asombrada.

En seguida me enderecé, resuelta a no dejarme vencer por la tentación. No iba a revisar sus partes privadas, no señor, ¡si lo hacía podía llegar a costarme años de Prozac... o de Valium!

—Pero tu jefe te encargó que la entregaras...

Me rasqué la cabeza, todavía en shock. No entendía nada. ¿Cómo podía ser?

Miré

a

la

muñeca

para

convencerme de que era real. Bueno, real no era. Real era yo, eso no lo tenía que dudar. Pero ella era todo lo real

que puede ser una muñeca.

En eso, otro pensamiento cruzó por mi cabeza: ¿realmente tenía que entregar a mi doble? Volví hacia el ordenador, donde releí las instrucciones que me había dejado Silver. No había dudas, en cuanto llegara tenía que llevar la muñeca a un ático ubicado en la zona más pija de la ciudad.

De pronto, me angustié. ¿Qué iba a hacer Malalona con uno de esos nerds que hicieron sus fortunas inventando el parchís por internet? ¿O quizá iba a tocarle un abuelete barrigón de los que juegan con acciones en la bolsa y con látigos por la noche?

Suspiré. Sería el parecido o no sé qué, pero el futuro de Malalona estaba empezando a preocuparme. ¡Podía contagiarse de una enfermedad venérea!

O quizá no.

—Te acompaño, me muero por saber quién es ese estúpido cliente —anunció alegremente Valeria en ese momento, mientras se colgaba el bolso al hombro.

—¿No

estás

ocupada?

—

contraataqué—.

¿Acaso

no

tienes

muchos clientes?

Valeria se encogió de hombros.

—Yo también voy —se sumó Soraya entonces.

Volví a suspirar, sabiendo que sería imposible deshacerme de las dos.

Una mirada a Malalona me hizo

suspirar por tercera vez. Al abrirla, yo había roto la caja sin remedio y tendría que llevar la muñeca a rastras, o quizá tomándola por la cintura y pasando su brazo por mi hombro como si la pobre estuviera pasada de copas. ¡Y encima, usaba tan malas prendas! Soraya me prestó un imperdible para sujetar la tela que debía cubrir sus senos,

pero de todos modos parecía una puta. De hecho, reflexioné, yo nunca, jamás me había visto tan cerca de ejercer el oficio de la calle.

*

Pensaba que la ciudad había perdido su capacidad para el asombro. Lo hemos visto todo, ¡joder! Aunque quizá no, al menos, parece que la mayoría de la gente todavía no ha visto una muñeca sexual hiperreal igualita a la persona que va al lado.

El caso es que apenas salimos a la puerta del local, los transeúntes se nos quedaron mirando. Bueno, es un hecho que muchos transeúntes se quedan mirando a los que salen de un sex shop: curiosidad morbosa, que le dicen. Pero a nosotras nos acompañaban con la mirada, los ojos saltones yendo de Malalona a mí, de mí a Malalona y vuelta otra vez, como un partido de Roland Garrós.

—Acelerad

—murmuré.

Justo

entonces Soraya alcanzó a detener un taxi.

—No me gusta llevar borrachos.

Será mejor que tu melliza no vomite en el coche o tú misma vas a limpiar —me advirtió el conductor al arrancar.

Habíamos tomamos asiento en este orden:

Soraya

delante,

Valeria,

Malalona y yo, detrás. La muñeca acababa de dejar caer su cabeza sobre mi hombro.

—No va a vomitar —prometí.

Valeria se echó a reír y tuve que patearle la pantorrilla.

—¡Ey, eso dolió, qué bruta eres! ¿Y

qué culpa tengo yo de que el hombre no se dé cuenta de que tu doble es una muñeca sexual de silicona hiperreal con la habilidad de alcanzar la temperatura corporal?

Le di otra patada por el exceso de información, pero esta vez Valeria logró esquivarme al poner el pie de Malalona

de por medio.

—¿Una muñeca...? —indagó el

conductor. Y lo sabido: por el retrovisor clavó la mirada en Malalona, luego la pasó a mí, la volvió a Malalona, luego a mí. Cuando llegó a mi doble por tercera vez, Soraya advirtió:

—El semáforo está en...

No llegó a completar la frase. Un bocinazo, los chirridos de los frenos de otro coche y la sirena de un policía en motocicleta nos advirtió que habíamos cruzado en rojo.

—Es un presagio, quizá no debemos llegar

—anunció

Soraya

cuando

bajamos mientras el conductor daba sus datos.

—Es un presagio —concordé—,

quizá debo ir sola.

Ninguna de las otras me hizo caso.

Tras una tensa escena con el policía, en la que estuvo a punto de arrestar a Malalona por exhibición obscena, volvimos a empezar.

Tomamos otro taxi y esta vez nos sentamos las tres atrás, con Malalona volcada boca abajo sobre nuestros regazos. Era más larga de lo que pensaba (yo lo era, pensé con orgullo), así que se dio un frentazo contra el bolso de mi prima.

—¡Mueve

tu

bolso,

ocupa

demasiado espacio!

—¡Es un Hermès, se hacen así de grandes por una razón!

Miré a mi prima con desagrado. Sí, claro, la razón era aporrear a los ladrones que quisieran llevárselo: valían una pequeña fortuna.

—Recógele las piernas —aconsejó Soraya entretanto.

Maniobramos, pero no resultaba fácil, apretujadas como ya estábamos en el coche. Con un esfuerzo, empujé a Malalona hacia mi prima.

—¡Ey, no tengo espacio! —Valeria contraatacó desde su lado.

Respondí con otro empujón en

sentido

contrario

y

estuvimos

forcejeando un momento hasta que el conductor arrancó sin esperar a que cerráramos la puerta. La necesidad obliga, así que finalmente doblé las rodillas de Malalona, le metí los pies, la enderecé un poco y cuando llegamos a la primera esquina me di con que la pobre había quedado con el culo en pompa, el vestido dejando ver el tanga y los glúteos sobre el cristal de mi lado.

—Ahora sí van a arrestarnos por exhibición

obscena

—me

quejé,

mientras intentaba cubrir las partes pudendas de mi doble.

A nuestro lado, un coche hizo sonar la bocina varias veces. Escuché unos gritos, tres sujetos asomaron por sus ventanas para apreciar mis nalgas. ¡No mis nalgas! Pero, en fin, casi las mías.

—¡Marranos! —se quejó nuestro

conductor—. ¿Por qué gritan?

Era obvio que el tipo no se había dado cuenta de nuestros problemas de espacio.

—¡Usted siga! —pidió Soraya.

Un segundo coche se unió a la

cacofonía de bocinazos. Pronto fue evidente que teníamos la onda roja y fue necesario detenernos en cada esquina.

—¡Pásame tu bolso! —le pedí a

Valeria—, voy a taparla.

—No voy a dejar que mi Hermès

entre en contacto con tu trasero, vete a saber si estás limpia.

—¡Pero si estoy sin usar! —

respondí. Luego me lo pensé mejor—, bueno, ella está sin usar, yo no, ¡aunque pasó hace tanto tiempo! ¿También cuenta?

Soraya resopló y Valeria lanzó una risita burlona entre dientes.

—Lo

que

quiero

decir...—me

sonrojé— es que Malalona no puede estar sucia.

—¡Usa tu bolso, entonces! —sugirió Valeria.

—Mi bolso está roto, se caerían mis cosas sobre ella.

—¡Claro! Y luego a encontrarlas, ¡en un culo tan grande

como el tuyo!

Odié a mi prima con virulencia.

—¡Mi culo no es...!

—Entonces, ¿por qué ocupa tres cuartos de la ventana? O más, creo que llega a dos tercios.

—Préstame

tu

bolso

—terció

Soraya, estirando una mano para que yo se

lo

alcanzara—,

tengo

otro

imperdible, voy a sujetarlo con él porque la cinta de embalar ya no pega.

En ese momento el conductor

decidió torcer el cuello, sin duda para avisarle a Valeria que no andaba bien en matemáticas... o quizá para constatar si el culo era de tres cuartos o de dos tercios. Será por eso que no vio al vehículo negro que acababa de girar frente a nosotros desde una calle lateral.

Lo chocamos por el costado con fuerza brutal; tras desviarnos, continuamos derrapando unos metros y otros más, mientras los coches que nos seguían se encajaban en nosotros por inercia. Grité.

Gritamos

todas

mientras

nos

aproximamos con velocidad demencial hacia el poste del semáforo. Íbamos a estrellarnos, pensé, qué tonta forma de morir, jamás había pensado que daría la vida por una muñeca.

Pero entonces el airbag se abrió y, misteriosamente, conseguimos frenar.

No se veía nada y me entró una angustia existencial, es que tengo un poco de claustrofobia.

Comencé a debatirme en el asiento trasero como un loco que requiere camisa de fuerza. Estábamos atrapadas contra los cinturones de seguridad, sin aliento.

—¡Quieta ya! —me retó Soraya y me liberó antes que a nadie.

Temblando, logré salir, arrastrando a Malalona por detrás.

—¡Joder!

—chilló

Valeria

al

seguirme—, ¡Quieren matarnos!

—Es un presagio —reiteró Soraya

—, no debemos llegar.

—Demasiado

tarde

—murmuré,

todavía temblando, mientras miraba los números de los edificios—, estamos justo frente a la puerta.

El taxista, entretanto, se trenzó en una disputa con los otros conductores.

Pronto se fueron a las manos y en ese momento llegaron dos coches patrulla y una ambulancia.

Se había armado la de Dios: los cuatro coches involucrados en el accidente habían taponado la calle y otros cinco había quedado atrapados detrás de ellos. Todo era confusión, gritos, forcejeos. Miré la escena con desagrado: ¡los hombres a veces parecen animales! Y pensar que creen que conducen mejor que las mujeres. ¡Si por ver un par de tetas o un culo se olvidan hasta del freno!

De pronto, volví la vista a Malalona, un poco inquieta al pensar que podían culparla del desastre... ¿o iban a culparme a mí? Di un paso atrás, luego otro; despacito, comencé a alejarme de la escena.

Antes de girar del todo y echar a volar, busqué con la mirada a Valeria y a Soraya. Las descubrí exactamente en el lado opuesto del desastre, también retrocediendo. Una

mirada a mi mejor amiga me convenció de que ella también me había localizado y aprobaba el escape.

Giré, y al hacerlo, por un segundo creí ver la cara enjuta y el pelo rubio de Silver, pero no estaba segura: había visto a mi jefe solo dos veces en mi vida. De todos modos, en cuanto volví los ojos hacia allí, no había más que desconocidos. Fugazmente me di cuenta que el amarillo había provenido de la camiseta de un joven que nada tenía que ver con Silver y me reprendí por mezclar tanto las cosas. Desvié la vista.

En eso mis ojos fueron a dar al vehículo negro que había doblado y contra el que se había producido el mayor impacto. Dos ojos grandes y marrones me miraban desde el borde inferior de los vidrios traseros. ¿Se trataba de un niño? ¿Había quedado encerrado? ¿No se animaba a salir?

Indecisa, miré hacia la esquina rumbo a la que me estaba alejando y luego de nuevo al coche aquel. Maldije en voz alta. No podía dejar a un niño solo mientras los adultos peleaban, pensé. Y

aunque no era mi asunto, tomé a Malalona por la cintura y con decisión me dirigí rumbo al vehículo del choque.

Era un BMW de gran porte, me fijé, de esos que las

mujeres se quedan mirando mientras sueñan con novelas en las que los billonarios tienen pelo.

Con decisión, me aproximé a la puerta del coche y abrí de un tirón. Dos cosas me sorprendieron en ese instante.

Por un lado, que adentro no se hallaba ningún niño sino una mujer: baja, menuda, de piel aceitunada, la cara en forma de corazón y enormes ojos marrones.

Por otro lado... la explosión. Llegó de golpe, primero el retumbar, un sonido como el de una bomba, como si todos los fuegos artificiales de fin de año hubieran estallado sobre mi cabeza: los de Sydney, los de Hong Kong, los de Kamchatka. Y en el acto, la lluvia de proyectiles.

Escondí la cabeza entre los hombros y sin pensármelo dos veces, me zambullí al interior del coche con Malalona a cuestas, mientras la chica que estaba allí dentro lanzaba un grito horrorizado. No tuve tiempo de calmarla, solo atiné a encoger las piernas mientras caía toda clase de escombros alrededor: los restos de una construcción. Piedras, ladrillos, trozos de madera, de vidrio y de metal cayeron con alto impacto: en la calle, en la acera, sobre el techo del BMW...

y

agradecí

la

afamada

resistencia de esos vehículos alemanes, nada iba a hundir a ese coche.

Segundos después ya no estaba tan segura: un gran bólido de material desconocido aterrizó sobre el capó y lo hundió hasta la mitad. La alarma se disparó y se escucharon gritos, carreras, la sirena de la policía; todo el mundo se estaba alejando.

Acurrucadas y en silencio, la chica y yo nos miramos. Ella seguía acuclillada en el suelo del vehículo, se había tapado los oídos con las manos y sus ojos aterrorizados no abandonaban los míos.

Parecía poco más que una niña.

Entretanto, yo estaba tendida sobre el asiento trasero, con la cintura de Malalona todavía cogida con fuerza en un acto reflejo y la puerta trasera entreabierta.

Una parte de mi cerebro registró entonces que me había lastimado las piernas, podía sentir que tenía varios cortes,

¡había arruinado mi mejor jean!

Pero eso no me afligió en el momento.

Lo que verdaderamente me removió las tripas y se fue desenroscando en mi interior como una cobra, fue la conciencia de tener una urgencia, tan fuerte como esos sueños en los que te despiertas con ganas. Pero era más acuciante que la necesidad fisiológica, más primitiva que el cuerpo, más potente que el impulso sexual: tenía que salir de allí y tenía que hacerlo ya.

—¡Vamos! —grité, y aunque afuera flotaba un polvillo más denso que la niebla de Londres, me arrastré hacia atrás en el asiento—. ¡Vamos! —insistí por la puerta cuando llegué a ponerme de pie junto al vehículo, aferrando la muñeca de silicona.

Pero la joven que me miraba

horrificada desde dentro se negaba a moverse. Le tendí una mano y maldije: la chica estaba paralizada. Le cogí la muñeca y tironeé con todas mis fuerzas.

—¡Maldita niñata engreída, mueve ya mismo tu culo de ahí! —grité desesperada.

Parpadeó y pareció espabilarse, porque de pronto salió

del vehículo con tanta rapidez que la solté. Fue ella la que me cogió de la mano y corrimos juntas, zigzagueando entre los coches que habían quedado abandonados.

No llegamos muy lejos: una segunda explosión nos hizo dar un salto, volar por los aires y aterrizar con dureza contra el suelo, dos metros más lejos.

Esta vez, una bola de fuego nos achicharró la punta del cabello y una lluvia de restos aterrizó sobre nosotras.

Algo me dio en la sien izquierda y al esconder mi cara bajo mi axila en un acto reflejo, pude ver la causa de todo el bochinche: el BMW acababa de estallar por los aires.

—¡Vamos! —alcancé a gritar de

nuevo, y con esfuerzo, me puse de pie.

Esta vez fue la desconocida quien alzó a Malalona, la ayudé, y echamos a correr como alma que lleva el diablo.

Quizá pasamos a metros de la

policía, no lo sé, entre tanto polvo no se veía nada, la gente y los coches parecían haber desaparecido de la faz de la tierra.

Nosotras corrimos y corrimos. Nos detuvimos sin aliento

media docena de manzanas más allá, en una plaza tranquila y solitaria. Nos dejamos caer sobre la hierba, aterradas y muertas de cansancio: tres momias cubiertas de sudor y de tierra. Salvo Malalona, claro, ella no sudaba.

De pronto, un sollozo se dejó oír.

Luego otro. Me volví hacia la chiquilla.

—¡Ya está, ya está, cálmate! —

susurré con la voz entrecortada y ronca, las cuerdas vocales pegoteadas con Dios sabía qué—. Estamos a salvo... ha volado el último piso de un edificio, eso es todo, quizá un escape de gas o...

Me detuve. Acababa de darme

cuenta de un dato horroroso: el piso que había volado era aquel donde yo debía haber entregado a Malalona.

Parpadeé para limpiar la arenilla de mis ojos inyectados

en

sangre.

¿Estaba

confundida? Pero entonces recordé que al bajar del taxi había mirado la numeración. Era exactamente allí. ¿Qué habría pasado si no se hubiera producido el accidente de coches? ¿Si yo hubiera llegado dos minutos antes?

A mi lado, mi compañera hipó,
negando con la cabeza.

—Ha sido una bomba —susurró—.

Y otra también en el coche —dijo en perfecto español pero con un fuerte acento extranjero que no pude localizar en la confusión del momento. Me fijé entonces en que no era tan joven como yo

había

creído.

Tendría

unos

veinticinco o veintiséis años, más o menos como yo.

—¿Estás segura?

No

respondió.

Las

dos

nos

quedamos mirando el cielo azul, limpio y brillante ante la cegadora luz del mediodía.

—Debemos ir a la policía —

murmuré—, he perdido mi bolso, no tengo forma de comunicarme con mis amigas.

Pero estaba demasiado cansada

como para moverme, me sentía molida.

La joven murmuró algo que no

entendí y se sentó de golpe para palpar su cuerpo. Estaba vestida con una enorme sudadera como las que usan los raperos y un jean negro con las rodillas rotas. Sonrió al tocarse un bolsillo trasero y extrajo de él una tarjeta de crédito American Express Centurión negro.

—No tengo mi bolso tampoco —

contestó—, pero la tarjeta, sí.

Volvió a sonreír y, tras ponerse de pie como si nada, me estiró la mano para levantarme.

—Vamos de compras —anunció.

*

Ir de compras en esas circunstancias me parecía un poco estrafalario.

—¡Oye! —me quejé—. ¿Por qué

mejor no vamos a la policía?

—¿Tú eres amiga de la policía?

—¡No, claro que no! —me ofendí.

—Tienes mucho interés en la policía

—me miró con suspicacia.

Por un segundo el rostro de

Montorvo pasó ante mis ojos. ¡Yo no tenía ningún interés en la policía! No quería ver policías por el resto de mi vida.

—No, no —respondí con los ojos cerrados. Hice un esfuerzo para abrirlos de nuevo.

—No voy a casa de novio con esta ropa —explicó entonces la muchacha, y su acento se hizo más patente que nunca.

Traté de localizar su nacionalidad, no podía ser tan complicado, era un acento común, pero pensar se me hacía difícil.

—Tú tampoco vas a ir así —

continuó, y me repasó de la cabeza a los pies.

Tuve que estar de acuerdo con ella: mi pantalón estaba hecho trizas, tenía varios cortes en las pantorrillas, estaba cubierta de polvo y apestaba como un buey, pero aun así. ¿Qué importaba?

¡Estaba viva! Tenía ganas de bailar una giga o hasta un tango. Bueno, si hubiera podido moverme, claro.

—No me parece que eso deba

preocuparnos en este momento.

—Claro

—asintió—,

lo

único

importante es que ellos volverán a intentarlo. Querrán rematarnos. Por eso, nosotras compraremos ropa y nos esconderemos en casa de mi prometido.

Él resolverá.

De

inmediato

miré

alrededor,

súbitamente asustada. ¿Iban a intentarlo de nuevo? ¿En serio? ¿Nos estaban siguiendo?

¡Parecía

una

locura,

estábamos llenas de polvo, ni siquiera Soraya podría reconocernos! Además, la plaza se veía plácida, muy verde y tranquila. Cerré los ojos y empecé a temblar, sentí frío.

—¡Vamos! —insistió la chica.

—En seguida —murmuré y me

acomodé de costado, acurrucada en posición fetal, como un niño al que le cantan una nana. Se estaba bien así, se sentía como si viajara en globo a la luna, lástima que unas gotas molestas se metieran en mis ojos; era un río que bajaba por mi cabeza y me lo enjuagué con la mano. Con los ojos nublados observé el líquido que chorreaba de mis dedos. Vaya, es rojo, pensé.

En ese momento, tres todoterrenos negros aparcaron junto a la acera. A través de los ojos entrecerrados vi que un grupo de seis hombres descendía de ellos. Llevaban trajes oscuros, gafas de sol y grandes armas. Como en *Hombres de Negro*, y no supe más.

Capítulo 2: El mundo

de las sombras

Desperté un rato más tarde y confundida, miré alrededor.

Me encontraba en un coche con asientos de cuero negro, y pude ver que delante había dos hombres y

en

el

asiento

trasero

nos

encontrábamos la extranjera, Malalona y yo. Cerré los ojos de nuevo. La cabeza estallaba y llevé una mano a mi sien izquierda.

—No —dijo la joven suavemente, y me retiró los dedos—. Tienes... hum...

una venda.

—¿Me llevas a un hospital?

—Mi prometido resolverá.

Me enderecé en el asiento y en cuanto lo hice, lo lamenté. La cabeza dolía como si dentro me hubiera explotado un petardo. Me recosté despacio sobre el cabezal y al

hacerlo, el puño de una manga de camisa blanca cayó sobre mi hombro. Sorprendida, tironeé un poco.

—¡No! Deja la venda en su lugar —

me amonestó la muchacha.

Conque venda, ¿eh? Me pregunté cuál de los hombres de delante se había quedado sin camisa para parar la hemorragia de mi cabeza. Con las chaquetas puestas y de espaldas, era difícil dilucidar. Me habría gustado que se dieran la vuelta: por el aspecto de matones, tal vez tuvieran abdominales que valiera la pena mirar. Pero en realidad ni para eso tenía ganas, pensé, signo evidente de que estaba al borde de la muerte.

—¿Cuánto tiempo de vida me

queda? —susurré.

La joven se echó a reír. Tenía una risa simpática, algo infantil.

—Me llamo Simonetta —dijo,

sonriente, mientras volvía a colocar el puño blanco de la camisa en mi tocado estilo Sandokán. Su hilera de dientes se multiplicó por dos y por tres y cerré los ojos, mientras

combatía las náuseas.

—Llévame a un hospital —imploré

—. Me siento mal.

Quería acostarme. Quería dormir.

Quería ver a Soraya. ¿Por qué diablos esa italiana no me llevaba a Urgencias?

Un momento, ¿italiana? Luché por despertarme.

La

italiana

seguía

sonriendo, el hombre que tenía delante me observaba tras sus gafas oscuras por el retrovisor, los seguros de las puertas estaban puestos. En ese momento caí en cuenta de que estaba en graves problemas: había sido secuestrada.

Pese al esfuerzo, se me cerraron los ojos, y no pude abrirlos hasta mucho después, cuando nos detuvimos frente a unos enormes portones de hierro, que se abrieron a nuestro paso. Reconocí entonces el camino cimbreado, la mansión de tres pisos que se erguía al final cual

magnífica residencia real o respetable internado de señoritas. Supe enseguida quiénes eran sus propietarios, es más, recordé que a uno de ellos todavía le debía una noche de placer.

Me estremecí de pavor. ¿Qué oculto maleficio, qué oscuro sortilegio, qué broma pesada del destino me había llevado a la casa de Sanpierone?

Mi cabeza, que hasta entonces había estado nublada y confundida, se despejó de golpe con la descarga de adrenalina y miré alrededor, buscando una forma de escapar. ¡Ay, ay, ay, no quería, no podía, no debía encontrarme con Sanpierone una vez más!

Pero no parecía haber salida en la que yo no terminara con seis tiros en la espalda. Los tres todoterrenos se detuvieron, los seis hombres de negro rodearon nuestro vehículo y abrieron las puertas traseras de ambos lados; Simonetta ya estaba descendiendo, solo quedábamos Malalona y yo. Se me ocurrió la estratagema de cerrar los ojos y fingir un estado de inconsciencia, pero entonces uno de los hombres introdujo su torso en el coche y tironeó de mi brazo con brutalidad.

—¡Ey! —me quejé y le pegué un manotazo.

Otro de los guardaespaldas apareció por la otra puerta.

—¿Esta también está frita? —Y

comenzó a arrastrar a Malalona sin ninguna clase de ceremonia. Cogí la muñeca del brazo y tironeé a mi vez.

—¡Suelta ya! —chillé—, ¿qué te has creído? ¿Nadie te enseñó a tratar a una dama? —Aproveché para pasar una pierna por la abertura de la puerta y le pegué una patada al hombre que se había detenido a mi derecha. El tipo pegó un grito y se masajó la entrepierna.

Entonces sí, con toda la elegancia que me permitía mi tocado hindú de camisa blanca, la sudadera llena de manchas de sangre seca y los jeans destrozados con diversos cortes, bajé del coche, cogí a mi doble con firmeza e intenté correr hacia los portones. No llegué lejos, unos pasos más allá, dos de los guardaespaldas me pillaron por los hombros y me hicieron girar.

Pensé que iban a llevarnos en

volandas o peor, a rastras, así que alcé una mano majestuosa con toda la pompa de un emperador romano.

—Un momento.

Volví a unir la tela del vestido de Malalona sobre sus tetas con el imperdible de Soraya, pero aun así la pobre tuvo que soportar las miradas vidriosas, las quijadas colgantes y esa expresión bobalicona que adoptan los hombres ante las mujeres voluptuosas.

Vaya, pensé, nunca antes me habían mirado así. Aunque en este caso no me miraban a mí. Sentí un ramalazo de envidia, ¿qué tenía la muñeca que no tuviera yo? En seguida se me pasó y hasta me sentí un poco orgullosa al notar que Malalona reaccionaba a la atención con indiferencia ejemplar.

En eso tuve otro mareo y los

hombres me sujetaron para no caer.

Resignada, tras pasar mi brazo por la cintura de la muñeca y juntar fuerzas de no sé dónde, me la llevé conmigo a rastras rumbo a la casa, medio apoyada en los matones.

La puerta principal se abrió en cuanto subimos la pequeña escalinata y mientras mis ojos intentaban adaptarse a la oscuridad interior de un gran hall, la joven italiana echó a correr hasta el final de la habitación y se abalanzó sobre una mujer baja y elegante que allí la esperaba.

— *Zia!* —gritó y la abrazó con fuerza.

Le siguió una larga parrafada en italiano, en lo que supuse era la explicación de nuestras desventuras.

Deseé que Simonetta se limitara a lo necesario: el shock de adrenalina se había desvanecido y no podía más, me sentía al límite de mis fuerzas. Malalona se tambaleó en mis brazos.

Quería desaparecer, que un hoyo se abriera en la tierra bajo mis pies, esconderme en algún sitio donde no me hallara Sanpierone. Pero una ojeada alrededor me dijo que en ese hall espartano no había hoyos; el único mobiliario consistía en una mesa baja y encima de ella, un jarrón. Mis guardianes me habían soltado así que aproveché para arrastrarme hasta allí, con Malalona a cuestas, ¿estaría mal que me sentara en el borde?

Más allá, dos escalinatas curvas llevaban a la siguiente planta. Simonetta y la otra mujer estaban al pie de una de ellas. Varias puertas cerradas, a los costados del recinto, no dejaban ver qué había detrás. Mis ojos volvieron a la mesita situada a mi lado; el jarrón parecía ser uno de esos cachivaches chinos de gran valor, dinastía Ming o Ching o lo que fuera, así que me lo pensé mejor: iba a sentarme en el suelo si la conversación se extendía. ¿Sería visible si me escondía tras una pata?

Suspiré.

Finalmente

Simonetta

guardó

silencio, dio un paso al costado y con espanto pude reconocer que la otra mujer era la *signora* Giuseppina, dueña de casa y madre de Paolo y de Giorgio Sanpierone. Ella también debió de reconocermé porque sus ojos se agrandaron, se llevó una mano a la boca abierta y ahogó un pequeño chillido.

— *Madre di Dio*, ¡tú! —su voz destemplada reflejó un gran enfado.

En

el

acto,

dos

de

los

guardaespaldas se acercaron a la muñeca y a mí y nos

rodearon, las pistolas desenfundadas y en las manos.

Fuera porque me embargó un miedo de muerte, fuera porque la muerte me acechaba desde temprano, el caso es que me sentí desfallecer. Las rodillas me flaquearon, se me aflojó el brazo, Malalona se tambaleó junto a mí, su frente se estrelló contra mi sien dolorida, vi danzar las estrellas y cuando estiré una mano para sostenerme de uno de los rudos guardaespaldas, el muy marrano dio un paso atrás.

Mi cuerpo se balanceó hacia

adelante, luego hacia atrás, logré estabilizarme al inclinarme para apoyar la palma de una mano en la mesa pero entonces el mareo me venció, me dejé caer sobre ella, Malalona cayó sobre mí, luego mi codo rozó delicadamente el jarrón y el maldito terminó en el suelo con un estallido.

Incrédula, observé los pequeños pedacitos de cristal Ming, algunos del tamaño de una uña, otros pequeños como espinillas. De hecho, había partes tan pequeñas que formaban un polvo blanco. Raro que el polvo blanco se presentara en tal cantidad, reflexioné, se había acumulado en una montañita que llegaba hasta el borde de mi zapatilla.

—Tanto polvo será difícil de pegar

—murmuré, despatarrada sobre la mesa con Malalona recostada sobre mi cuerpo.

Alrededor todos hicieron silencio, como si se tratara de un funeral. Los guardaespaldas, Simonetta, hasta la *signora* Giuseppina se habían quedado de piedra.

— *Cosa succede qui?*

Una de las puertas laterales del recinto se abrió en ese instante y dio paso a los hermanos Sanpieronone. De inmediato, mi cuerpo reaccionó al peligro: largos estremecimientos me recorrieron hasta los dedos de los pies, mis terminales nerviosas se activaron en señal de alarma, mi pulso cardíaco se multiplicó por cien y tuve un ataque de hiperhidrosis, en castellano: sudé como un vaso frío.

Paolo venía primero; con su metro noventa, los hombros anchos y el andar elegante contrastaba notoriamente con su hermano menor, y sus ojos grises y enmarcados por gafas de carey pasaron con rapidez por su madre, por

Simonetta, por los guardaespaldas, para luego rebotar en mí. Noté el momento exacto en el que me reconoció. Se detuvo de golpe, haciendo que su hermano se estrellara

contra su espalda, tras lo que Giorgio lanzó una maldición y dio un paso al costado. La maldición se repitió cuando el menor de los Sanpieronone registró el jarrón.

— *Porca miseria! Qui ha fatto questo?* ¡Lo mato!

Los guardaespaldas dieron varios pasos sigilosos hacia los costados, alejándose de la escena, pero yo permanecí inmóvil, los ojos fijos en los Sanpieronone con el mismo terror con el que uno ve acercarse a la Muerte.

Giorgio

también

me

había

reconocido y las pupilas de ambos hermanos fueron de Malalona a mí, de mí a Malalona, ida y vuelta, incrédulas.

Pensé que tal vez mi puerca gemela se había destapado y estaba dejando ver sus (nuestros) senos una vez más pero una ojeada en esa dirección me aseguró que la pobre estaba todo lo decente que podía estar. Tragué saliva y volví la vista a Paolo. Sus ojos claros refulgían con un fuego difícil de negar. Me estremecí. Oh, Dios, ¿qué había

hecho al ir allí? ¡Sabía bien que en esa casa vivía el diablo!

—Yo... eh... —con esfuerzo, me puse de pie y abracé a Malalona con fuerza

—, siento lo del jarrón —Nadie respondió—. Hum... bueno, gracias por la hospitalidad, creo... hum... que es hora de ir a casa.

Di un paso tambaleante en dirección a la puerta de calle, que se me ocurría lejana como el edén. Pero entonces Simonetta corrió hacia mí y me cogió del brazo.

—¡No puedes irte, estás herida!

Aquí mi prometido va a curarte y a protegerte.

—Aun

así,

traté

de

desasirme, me tambaleé y ella se volvió a los italianos con obvia desesperación

—. Paolo, querido, esta mujer me salvó la vida, por favor, *amore mio*, ¡no dejes que se vaya!

Una vez más, sentí la fuerza de un mensaje interior: no debía mirar a Sanpieron a la cara, no debía mirarlo, no debía. Me lo decía un impulso más fuerte que la vida. Pero los ojos de Paolo Sanpieron se clavaron en los míos y me vi arrastrada a un agujero, tan negro como el alma azabache de Satanás.

Después, Malalona y yo nos

desmayamos y caímos con fuerza contra el suelo.

*

Los ojos de Sanpieron fueron lo primero que vi al despertar. Estaban ridículamente cerca de los míos, agrandados tras alguna lupa gigantesca para ver la pupila. Manoteé para apartarlo: no hay nada más molesto que a uno le mantengan los párpados abiertos a la fuerza.

—¡Quieta! —ordenó el doctor. No pude resistir la tentación de sacarle la lengua. Me arrepentí en el acto, pero en lugar de asesinarme, Sanpieron dio un paso atrás y se echó a reír con un sonido quedo, algo ronco, como si no riera nunca y le saliera con esfuerzo—. Vaya, ya estás despierta.

—Quiero irme a casa.

—Tendrás que responder a algunas preguntas primero —
dijo Giorgio por detrás.

—¡Está herida! ¿No lo ves? —Los ojos

marrones

de

Simonetta

me

sonrieron tras el codo de Paolo.

—Dejadme a solas con ella —

ordenó en ese momento el doctor—.

Debo revisarle la cabeza...

—Estoy bien de la cabeza —

protesté débilmente, no quería quedarme con él.

—Y el resto del cuerpo —terminó Paolo.

Giorgio esbozó una protesta pero Simonetta le dio un empujón para que ambos salieran de la habitación.

—Estoy bien de la cabeza —insistí entretanto—. Estoy totalmente cuerda.

No sé si puede decirse lo mismo de vosotros.

Paolo volvió a sonreír y por un momento me quedé con la boca abierta.

Vaya, el médico era guapo a morir. Esas hebras plateadas en las patillas y las sienes, entremezcladas con el cabello negro, le daban un aire elegante y formal, que se contradecía con la barba apenas incipiente. El conjunto era tremendamente sexy, quizá por los dos pequeños hoyuelos que se habían formado al lado de su boca al sonreír.

La sonrisa se esfumó, sus ojos relampaguearon con interés y noté entonces que él estaba registrando mi mirada. Bajé los párpados en el acto para ocultar la metedura de pata: toda mujer sabe que no se debe mirar a un hombre como él. Está prohibido.

Cuando el peligro es muy grande, una mirada quema en vez de calentarte.

No te pone cachonda, te calcina, te condena.

Nicolás Conde, el dueño del estudio de abogados para el que yo había trabajado antes, era tan guapo que te hacía pensar en limusinas, alfombras rojas y tapas de revista Hola. Era un hombre con el que cualquier mujer adoraría lucirse.

El comisario Francisco Montorvo era tan guapo que te hacía pensar en paseos en Harley Davidson, tanga, ligero y minifalda negra de cuero.

Aunque a mí también me había llevado a pensar en un ramo de lirios, boda sencilla y dos chiquillos al cabo de un par de años. Vaya con mi estupidez.

Paolo Sanpiero era distinto: estaba como un tren, pero uno que va a trescientos cincuenta kilómetros por hora. Y ahí estaba yo, como una tonta, parada en las vías en lugar de verlo pasar desde el andén.

—Hum... —dije, por decir algo. A veces no soy demasiado locuaz.

Por suerte, la interjección fue suficiente. Paolo dejó de mirarme con cara de inquisidor feudal y se concentró en quitarme el turbante en silencio. En silencio también me hizo las curaciones (no dolió, el tipo era un maestro) y

cuando terminó, me colocó una auténtica venda.

—Ahora las piernas —susurró al terminar, y se quedó mirando mis jeans.

Quizá estaba contando las manchas, el dato debió ser importante porque sus ojos subieron y bajaron lentamente por mi cuerpo un par de veces, como si hiciera cuentas. Debió ser álgebra compleja, ecuaciones de tres incógnitas o algo así, porque ladeó la cabeza, se ajustó las gafas sobre la nariz y terminó suspirando.

Finalmente se dio la vuelta, cogió unas tijeras de un armario, las apoyó en la mesita instrumental que se hallaba a mi lado y giró hacia mí, el epítome de la indiferencia profesional grabada en sus fuertes rasgos.

—Con permiso —murmuró.

Me cogió por sorpresa y apenas si me dio tiempo de aguantar el aire, meter barriga y mirar al cielorraso. Así, sin más, como quien no quiere la cosa, el médico desabotonó mis jeans y me bajó el cierre con exagerada lentitud.

Me puse roja por la falta de aire pero a pesar de eso no me animé a respirar. ¿Cómo lograba el condenado que la acción más simple pareciera tan erótica? A continuación

él cogió las tijeras, las metió por mi pubis y destrozó mis pantalones con la misma

sensualidad contenida y palpable con la que en las novelas de regencia se quita un guante.

Mientras tanto, y para enfriarme, me dediqué a pensar que debería estar prohibido que los médicos fueran guapos. Ser feo debería ser un requisito indispensable para ingresar en la carrera de medicina. ¿Por qué nadie había propuesto una ley en ese sentido? Para resguardo de la sanidad de los enfermos, quiero decir.

Sanpierone llegó hasta abajo, arrojó al suelo los restos de la tela y evaluó mis piernas. El rojo de mi cara pasó a violeta. ¿Me había depilado? Sí.

¿Estaban rotas mis bragas viejas? No.

¿Quizá el médico estaba registrando que mi trasero y mis caderas gozaban de salud renacentista en lugar de lucir famélicos y vanguardistas?

Arriesgué una mirada hacia su cara y algo debió estar, efectivamente, pasando por su cabeza, porque apretó los labios con fuerza.

—¿Qué? —pregunté con un hilo de voz, no hay nada como enfrentarse a la verdad.

—Tienes varios cortes y estás muy golpeada.

Exhalé el aire de golpe. De modo que era un profesional, no había estado evaluando mi cuerpo después de todo.

Me relajé contra la almohada y un segundo después, volví a tensarme: Sanpierone estaba recorriendo mi pierna izquierda desde el tobillo hacia arriba con dos dedos. Lo sentí serpentear entre los cortes, un toque suave y placentero.

Se detuvo en el borde de mis bragas.

—Tendré que revisar también aquí.

—Ni se te ocurra.

Nos miramos.

Una sonrisa sexy y perezosa bailaba en sus labios. ¡Ah, pero sus ojos! Me miraban cargados de lujuria. Siempre sospeché que la tan mentada indiferencia profesional no

era más que una leyenda urbana, como Santa o la equidad fiscal.

Fruncí el ceño y su sonrisa se hizo más profunda, mientras se volvía hacia la mesa de instrumentos.

—Será en otra oportunidad.

Me sonó como una promesa y

mientras yo aguantaba otra vez el aliento, me curó las piernas con suprema habilidad.

—Listo —murmuró al cabo de un

rato. Retrocedió, y yo giré para sentarme sobre la camilla. Conté que había hecho en total diez curaciones.

—Vaya, estoy más agujereada que el bolsillo de un pobre.

Mientras él se lavaba las manos en un lavabo, me dediqué a mirar

alrededor. Nos hallábamos en una especie de enfermería, una habitación blanca y aséptica en la que se hallaba una cama hospitalaria (que yo ocupaba), un pequeño escritorio, dos sillas, diversos artefactos médicos entre los que reconocí un equipo radiológico completo, y unos estantes llenos de medicinas.

—Gracias

—susurré

mientras

dejaba colgar los pies de la camilla.

—No te bajes todavía, puedes

marearte.

Hice caso y aguardé sentada, en silencio.

Instantes después y tras dar dos zancadas, Paolo apoyó el borde de su trasero junto al mío y me colocó una mano en la rodilla. Sí que empecé a marearme, mi rodilla sufrió un temblor espasmódico y Sanpieronone la apretó para luego soltarme. Se lo agradecí, ese hombre mataba.

Literalmente.

—Ahora cuéntame —pidió.

Le narré toda la historia empezando, claro, por Malalona, que me miraba con expresión sabedora desde una silla a mi izquierda. Paolo volvió la vista hacia ella.

—¿Estás diciendo que no sabes

quién es el cliente que la encargó? —

quiso saber. Había fruncido el ceño y los ojos tras las gafas de carey relampaguearon.

—Solo sé que debía entregarla en el piso que voló. Fue una suerte que tuviéramos ese accidente.

—¿Voló primero el piso y luego el coche de Simonetta?

Asentí.

—¿No notaste a una persona extraña, alguien que llevara un maletín o algún paquete sospechoso sobre la acera?

Me detuve a pensar.

—Bueno, estaban esos marranos que se reían del trasero de Malalona —El doctor volvió sus ojos a las caderas de mi doble. ¿Me estaba comparando?—

Aparte de eso, no vi nada.

—¿No es ese el vestido que usaste en la cena del restaurante?

Sanpieronese puso de pie y se aproximó a la muñeca. Me moriría si se dedicaba a analizarla en profundidad, decidí.

Por suerte, en ese momento llamaron a la puerta y mientras yo miraba desquiciada alrededor, buscando algo con qué taparme, abrió Giorgio sin esperar la voz de «adelante». Manoteé la almohada y me cubrí como pude.

—Sal de aquí —Paolo le cerró el paso a su hermano—, no hemos

terminado.

—Yo creo que sí —repuso Giorgio, intentando colarse bajo el brazo que el médico había puesto entre el canto y el marco de la puerta—. Creo que

terminaste con ella hace mucho tiempo.

Tres meses, si mal no recuerdo.

Abrí la boca. Volví a cerrarla.

—Bueno, en realidad nosotros nunca... —murmuré.

Los ojos de Giorgio me recorrieron las piernas y guardé silencio, deseando que la almohada fuera más larga.

En ese momento Simonetta empujó al menor de los Sanpierone y se coló bajo el brazo de Paolo para meterse

en la habitación.

—¿Ya está lista? ¿Terminaste?

—Sí —dijo Giorgio.

—¡No! —dijo el doctor. Todos lo miramos—. No hemos terminado —

insistió con tozudez.

La escena se congeló durante un incómodo segundo y luego Sanpierone abandonó

el

cuarto

como

una

exhalación. Apoyé la nuca en la pared y cerré los ojos: un cosquilleo que subía por mi espalda me dijo que mis problemas eran cada vez mayores.

*

Me obligaron a quedarme en esa habitación de la planta

baja durante el resto de ese día y de la noche. Protesté, amenacé, chillé a lo loco, pero nadie me hizo caso.

—Las heridas en la cabeza requieren monitorización y cuidados —dijo Paolo, y Simonetta asintió, contenta.

De modo que pasé allí el día, sin más compañía que la de un televisor, pues yo misma simulaba que dormía si alguno de ellos se acercaba. Bueno, es posible que de tanto en tanto durmiera en serio.

El caso es que llegó la noche y a pesar del cansancio, de los golpes y de los medicamentos, no pude conciliar el sueño. Temía que si lo hacía, me despertaría con una bomba bajo la cama, con una bala en la frente o, peor, con el peso de un hombre sobre mi vientre.

Así, pues, me entretuve repasando todos los capítulos del I-Ching, que mi madre me había hecho memorizar como otros niños aprenden la Biblia o las tablas.

Las

potentes

lámparas

que

iluminaban el jardín permitían que la luz se filtrara por la ventana, lo que me permitió ver en un reloj de pared que eran las dos de la mañana. Un instante después, y a pesar de mis intenciones, eran las cuatro y treinta. El I-Ching tiene ese efecto sobre mí.

Entonces se me dio por pensar en qué

ocurriría

al

día

siguiente.

Seguramente me traerían el desayuno, me cambiarían las vendas... y así sin más, comencé a transpirar. No podía tolerar que Sanpierone volviera a tocarme, se me hacía odioso que Giorgio me clavara los ojos y no quería ni pensar en cruzarme con la señora Giuseppina.

Además, Soraya debía de estar loca de nervios al no encontrarme y Valeria estaría preparando un regio vestido negro por si tenía que asistir a mi velatorio. Seguramente le quedaría de maravillas.

Eso me dio el impulso que me

faltaba y me deslicé de la camilla al suelo. Tenía que irme. Pero, ¿en bragas?

Miré alrededor, desesperada: ningún armario donde hallar un nuevo jean, ninguna tienda Zara. Solo estaba Malalona, muda en la penumbra del cuarto, vestida con su vestido de fiesta color champagne.

—Lo siento —murmuré mientras la desvestía. Me daba tal remordimiento de conciencia, que me quité la sudadera y se la pasé por la cabeza: un intercambio.

Después, decidí que el intercambio fuera completo: por las dudas alguien viniera a revisar cómo estaba, metí a Malalona en la cama y la tapé hasta la coronilla.

En seguida, me introduje en el cuarto de baño anexo y cerré la puerta. Sin encender la luz, pues quería ser sigilosa y la del exterior resultaba suficiente, me lavé lo mejor que pude, poniendo mucho cuidado en esquivar mis numerosos golpes.

A continuación, me calcé el vestido de seda. Al terminar, me miré en el pequeño espejo del botiquín. Aun con la escasa iluminación supe que la imagen no era muy halagüeña, mi pelo estaba un desastre y el vestido le quedaba mejor a la muñeca que a mí. Seguía siendo demasiado escotado y para colmo se apretaba sobre mis

senos, dejando ver la horrible tela del sostén, que, dicho sea de paso, olía a rebaño de cabras.

Suspirando, volví a comenzar. Me desvestí, me quité el sostén y volví a pasar el vestido por mi cabeza. Mis pezones me saludaron desde el espejo, perfectamente visibles tras la prenda.

Por encima de ellos, mis senos surgían como blancas ballenas, aún después de haber enganchado la tela con el imperdible, pero ¿de qué me servía amargarme? Con suerte, tomaría un taxi hasta la casa de Soraya y nadie tendría que mirarme.

Me calcé las zapatillas, abrí el baño con el mayor de los sigilos y me dirigí a la puerta de la habitación en puntillas.

Por suerte, ya estaba abierta, no tendría que hacer un clic para... Un momento,

¿ya estaba abierta? El corazón se me heló en el pecho y mis senos se encogieron tres centímetros de puro miedo, lo que por supuesto, me venía bien.

Me pegué a la pared, aguzando el oído, sin respirar siquiera. Ningún ruido. Mis ojos repasaron la habitación de punta a punta, por si pudiera encontrar un bulto

inesperado, la sombra de un hombre oculto en alguna esquina.

Nada de nada. Solo estaba Malalona, inclinada entre la cama y el suelo.

Ahogué

un

grito

estrangulado.

Alguien había atacado a la muñeca, pude ver que le habían clavado un puñal en la garganta. Sus grandes ojos sin vida me miraban, acusadores, desde la incómoda posición en la que se encontraba, hasta que sus piernas se desprendieron de las sábanas y cayó con un sordo ruido al suelo.

Aspiré hondo una, dos veces. Tenía que calmarme, me dije. Habían matado a la

muñeca,

solo

a

la

muñeca,

seguramente no había sufrido nada. Lo habían hecho mientras yo me hallaba en el baño, a dos pasos de distancia, quizá cinco minutos antes.

Mi corazón retumbaba enloquecido en mi pecho pero me obligué a escuchar.

Nada. ¿Qué debía hacer? Tenía que llamar a la policía, pensé, ¿dónde había un maldito teléfono para marcar el 911?

En esos segundos cruciales pensé en Montorvo, pero él no iba a venir a rescatarme, no iba a venir, se había borrado tras esa noche que terminó en desastre.

Cerré los ojos, mientras luchaba por pasar el repentino nudo en la garganta, hasta que logré desechar al comisario de mi mente, como tantas otras veces antes.

Pensé entonces en Paolo. Paolo iba a salvarme. Paolo no permitiría que nada me ocurriese.

Con esa seguridad, tomé aliento y me dirigí hacia la puerta. Asomé un ojo con el mayor sigilo y escudriñé el

amplio corredor, iluminado por esas luces mortecinas que se regulan para que no molesten durante la noche. De un lado, nada; del otro, y a solo dos pasos de distancia, un hombre en el suelo, las piernas abiertas, los brazos en cruz. Un reguero de sangre brotaba de su pecho y llegaba casi hasta mis pies. Reconocí a uno de los guardaespaldas que nos habían recogido de la plaza a Simonetta, a Malalona y a mí.

Espantada, indecisa entre quedarme allí petrificada y salir corriendo, recordé finalmente que había pensado en Paolo. Eché a caminar hacia el lado opuesto a aquel donde se encontraba el muerto, medio pegada a la pared, para terminar casi corriendo. Llegué al final, a las puertas batientes que ya sabía que conducían a la escalera. Las abrí con cuidado, esperé, atenta a todo ruido. De nuevo, nada. Con el corazón en vilo subí un piso, luego otro. De pronto, creí escuchar un sonido más arriba. ¿O había sido más abajo? No estaba segura, pero el sonido no se volvió a repetir y yo necesitaba llegar hasta Paolo, ponerme a salvo.

Cuando llegué al tercer piso de la mansión, tuve un sobresalto. De pronto, recordé que había cámaras por todos lados y que alguien debía de estar registrando mis movimientos. ¿Por qué no me habían dado la voz de alto? Más importante aún, ¿por qué nadie había detenido a los asesinos? ¡Esa casa estaba siempre llena de

guardaespaldas y vigilantes! Excepto que ya no quedaba ninguno, quizá la sala misma de vigilancia había sido víctima de un ataque.

Me clavé las uñas en las palmas de las manos para evitar un acceso de histeria y cuando supe que ya no iba a gritar, ni a patalear, ni a echarme a llorar, abrí la última puerta batiente, la que conducía al sector de la casa que servía como vivienda de los Sanpierone.

La sala seguía siendo tan amplia como la recordaba y estaba llena a más no poder de muebles y adornos

señoriales que se empujaban unos a otros con la misma avidez con que los políticos reciben dádivas.

Resultaba difícil decir si entre las estatuas, las mesillas y los sillones se hallaban ocultos los asesinos, pero tampoco podía quedarme quieta junto a la puerta, así que decidí arriesgarme.

Me agaché, y así, casi a cubierto, desplazándome con cuidado desde la pata de un piano hasta un reloj cucú, desde una silla Luis XV a una

biblioteca, fui avanzando.

De pronto, me encontré del otro lado. Solo me restaba

abrir una puerta doble, atravesar un corto pasillo, llegar al final, y estaría en la habitación del médico. Respiré hondo, ya estaba, había terminado, me encontraba a salvo. Había dejado atrás el peligro.

Pero entonces abrí un resquicio de la puerta con cuidado y alcancé a ver bajo la luz penumbrosa que tres hombres encapuchados estaban haciendo girar el picaporte del cuarto de Sanpiero. Iban a matarlo.

—¡¡¡Paolo, cuidado!!! —grité sin pensar.

No contaba con que los hombres girarían para mirarme, no se me había ocurrido que podían llevar dos AK47 y una Sig Sauer. Solté la puerta, escondí la cabeza entre los hombros y, un segundo después, comenzó la lluvia de disparos.

Mientras yo me deslizaba de sillón en sillón y de pata en pata, pude escuchar el tiroteo en el pasillo. Había llegado a esconderme bajo una mesa redonda cubierta por un largo mantel, sobre la que reposaba una lámpara gigante, cuando la puerta del corredor se abrió de golpe.

— *Madre di Dio!!!* ¿De dónde vino el grito de advertencia? —reconocí la voz de Giorgio.

—Vigila la entrada por las escaleras mientras yo reviso

aquí —repuso Sanpierone.

De inmediato, sentí los pasos, que se acercaban y alejaban, revisándolo todo, y me eché a temblar. Abrazada a mis rodillas, aguardé en silencio mientras los zapatos se aproximaban. No dije nada, no lancé ni un suspiro cuando se levantó el mantel que me cubría y la automática de Paolo Sanpierone me apuntó a la cara.

Nos miramos por un momento que se me hizo eterno, mientras los ojos de él pasaban de la locura de una violencia irrefrenable a otra locura igualmente intensa. Después, él dejó caer el mantel sin decir nada y partió tras su hermano rumbo a las escaleras.

Se me entumecieron las piernas mientras aguardaba inmóvil bajo la mesa, pero salir estaba fuera de mis planes. ¿A dónde habría podido ir?

¿Rumbo a las escaleras, donde el peligro

acechaba

y

los

hombres

deambulaban armados y en guardia?

¿Hacia el cuarto de Sanpieronone?

En un momento dado, presentí que ya no me hallaba sola.
El paso tenue de una persona,

luego

el

crujido

casi

imperceptible de un sillón a mi lado, me indicaron que estaba acompañada. No osé respirar entonces, no me atreví siquiera a rascarme la oreja. El problema no era que ignoraba si la persona que estaba allí era amiga o enemiga: el problema era que todos eran enemigos en esa casa.

Tras un tiempo que se me antojó eterno y cuando el sol ya entraba por la ventana, se abrió la puerta de la sala y escuché voces que se aproximaban.

—No estoy de acuerdo —venía

diciendo Paolo.

—Aún no has dicho por qué —

respondió Giorgio—. El comisario no te gusta, no le tienes confianza, pero ¿por qué?

—No hay una razón concreta, es solo que...

Presentí que tomaban asiento en los sillones aledaños a la mesa bajo la que me encontraba y unos dedos inquietos tamborilearon sobre el mantel.

—Muerto Nino, necesitamos un

nuevo jefe de seguridad. Debemos hacer una limpieza, esto fue un golpe interno

—insistió el menor de los Sanpierone.

—Estoy de acuerdo con Giorgio —

terció la voz de la señora Giuseppina, y supe entonces que era ella quien había estado allí, en silencio, esperando a sus hijos.

—Montorvo lo hará bien —dijo otra vez Giorgio.

—¿Por qué no le preguntamos al comisario mayor Luciérnaga? Él sabrá decirnos si en estos momentos puede prescindir de su subordinado —añadió Giuseppina—. Las

otras operaciones ya están en marcha y Giorgio tiene razón, Montorvo tiene su propia gente. Dios sabe que nos viene bien, en estos momentos lo que necesitamos es eso: un recambio.

¿Cuántos

hombres

han

muerto?

—Cinco de ellos, son tres aquí y dos abajo, y siete nuestros —respondió Giorgio—,

fue

un

golpe

bien

orquestrado. Sin duda querían matar a Simonetta o llevársela de aquí.

Sanpierone guardó silencio y lo mismo hice yo, pero sabía de sobra que los sicarios no habían buscado eso: habían

ido directo a por Paolo y habían matado todo a su paso, incluyéndome a mí. Bueno, algo así.

La señora Giuseppina pareció leer mis pensamientos.

—La joven esa... Macaroni... ¿dónde se encuentra?

Durante unos largos segundos nadie respondió, hasta que Giorgio tomó la palabra.

—Desapareció.

—¡Ajá! —exclamó la italiana—.

Fue ella entonces. Ella les abrió el acceso. Sin duda, orquestó el choque al coche donde iba Simonetta, fue toda una pantomima para meterse en la casa y desde aquí neutralizar los circuitos de vigilancia. Ella es la culpable, hay que matarla.

Se me erizaron los vellos de la nuca ante esa conclusión apresurada.

—No lo veo así —respondió

Giorgio con calma—, la muñeca esa, su doble, tenía un puñal clavado en la garganta. Malala sin duda fue una víctima más en todo esto y, de algún modo, consiguió escapar.

— *Ma comme!* ¿Cómo, Giorgio? —

insistió la señora con acritud—. ¿Cómo podría

haber

escapado,

sola

e

indefensa? Suma todo, es una casualidad demasiado grande. Ya me había dado mal espina cuando la conocí.

—Creí que te caía bien —señaló Giorgio—, ¿acaso no deseabas que se casara con alguno de nosotros? ¿No pasabas el día diciendo que era una mujer estupenda? ¿Estabas a punto de darle el vestido de novia de la abuela!

Se hizo un nuevo silencio.

—¿No dices nada? —preguntó de

pronto Giuseppina y se me ocurrió que se dirigía a Paolo, que había estado mudo. En verdad, yo quería saber lo mismo. ¿Por qué no me defendía a capa y espada? ¿Acaso no era el rey de esa manada? ¡No hay manera, los grandes héroes desaparecieron y ahora solo nos quedan los Kung

Fu Pandas!

—¿Qué quieres que diga? —

contestó Sanpierone con indolencia—, ya he dado mi punto de vista una y mil veces antes. ¡Os dije que no debíamos meternos en esto! Sabéis que estoy al margen de vuestras ocurrencias.

Los otros dos rugieron al unísono.

—¡Al margen! —gritó su hermano, visiblemente indignado.

—¡Al margen! —coreó su madre,
sonando incrédula.

—Totalmente al margen. No van a involucrarme.

—¿Cómo al margen? —insistió

Giuseppina—. Paolo, ¿estás en tu sano juicio? ¿Qué quieres decir con que estás al margen?

—Sabes bien que nunca quise...

—¡Bah,

tonterías!

—se

burló

Giorgio—. ¿Acaso no vas a casarte con Simonetta? Acabas de comprometerte con la hija de tío Vincenzo ¿y dices que quieres quedar al margen? —Soltó una amarga carcajada—. De lo único que vas a quedar al margen, es de Malala.

Me habría gustado saber qué

respondía Sanpierone, pero en ese momento alguien carraspeó junto a la puerta y la familia guardó silencio.

—Ah, Montorvo, pasa —escuché

decir a Giorgio instantes después—. Tú, también, Nicolás. Tomad asiento.

Mi sistema nervioso simpático se activó, liberé adrenalina, se me aceleró la respiración y el ritmo cardíaco, se dilataron mis vasos sanguíneos y me encendí entera.

Montorvo.

Montorvo estaba allí, a dos pasos de distancia. Moría por ver sus ojos de un celeste tan nítido que parecían retoques de Photoshop. Moría por tocar sus labios, sus bíceps, su... No habría quedado bien que me muriera justo ahí, hecha un ovillo bajo la mesa, así que me obligué a respirar con sumo cuidado.

Aspiré y exhalé mientras mis uñas se clavaban en mis rodillas.

Entretanto, ahí arriba se hizo un pequeño silencio que se rompió con un carraspeo y la voz de Giorgio.

—¿No vas a explicarlo?

—Hazlo tú —repuso Paolo con un bostezo mal disimulado.

Giorgio dio detalles de lo que había ocurrido la tarde anterior, empezando por el choque y terminando en el momento en que ellos habían abatido a los tres sicarios.

—¿Malala Macaroni está aquí? —

quiso saber una voz de hombre, que reconocí como la del abogado Nicolás Conde. Me dolió que Montorvo no hubiera preguntado lo mismo.

—Desapareció —dijo la señora

Giuseppina—, quiero que la investigues, hazla seguir.

—Ya la hacemos seguir —repuso

entonces Montorvo con la voz más aburrida del planeta—. Llevamos tres meses de intensa vigilancia. Sabemos hasta qué marca de chicles come y qué pijamas usa para dormir.

Mi ventrículo izquierdo volvió a bombear y juro que se me hinchó la aorta por el exceso de sangre, que fue a parar a mis pies. Un intenso mareo se apoderó de mi cabeza. Sentí puntadas en mi sien izquierda y en mi pecho.

—Y eso, ¿por qué? —quiso saber Giuseppina—. ¿Quién dio la orden?

—Yo

—respondieron

ambos

hermanos a la vez.

Un nuevo silencio se extendió por algunos segundos hasta que la señora pareció tomar una decisión.

—Bueno, dejemos eso de lado, lo hablaremos después —
repuso con obvio fastidio—. Comisario, queremos que se
haga cargo de la seguridad de nuestras empresas —Me
pregunté fugazmente qué había pasado con la idea de
preguntarle al superior de Montorvo, el comisario mayor
Luciérnaga, ¿me había perdido de algo?—. Responderá
directamente ante Giorgio.

¿Ante Giorgio?, me asusté. En serio,

¿ante Giorgio? ¡La señora Giuseppina no estaba en su
sano juicio! El menor de los Sanpieronone no me inspiraba
ni una molécula de confianza. Tenía ganas de gritarle, de
zarandearla, ¿cómo podía confiar en Giorgio, teniendo a
Paolo tan cerca!?

No obstante, permanecí en silencio mientras reparaba en
otra cosa. En nuestros

encuentros

anteriores,

Giuseppina

me

había

engañado,

haciéndome creer que ella era inocente y tonta. Inocente como mi madre y tonta como yo. Pensaba entonces que era Paolo quien manejaba «los negocios», cualesquiera que fueran.

Sin embargo, me había equivocado tanto como me había engañado con mamá. Era la mujer quien manejaba todo y sus hijos no eran más que

lugartenientes acomodados. Excepto que... ¡ah, claro! Paolo acababa de decir que no quería estar en el negocio.

Las puntadas en mi cabeza se

hicieron más intensas. No entendía nada.

—Será un honor ser su jefe de

seguridad, estoy a sus órdenes —repuso Montorvo entonces y el corazón se me encogió ante su servilismo y su vileza.

—Señor Conde —siguió diciendo

Giuseppina—, consiga un juez que dé fe que los doce muertos son asaltantes. No queremos ninguna clase de problemas.

—Cómo no —murmuró el abogado.

—Y ahora, por favor, disculpadme, voy a ver a Simonetta, ha de estar preocupada, el vestido de la abuela le queda grande —explicó la *signora* y escuché

el

sonido

de

personas

levantándose—. Paolo, ven conmigo.

Un minuto después se cerró una puerta y los hombres volvieron a arrellanarse en sus asientos.

—Bueno, olvidaos de esas tonterías, mamá no está bien de la cabeza —

susurró Giorgio a continuación, y habló tan quedo que me resultó difícil oír—.

Lo que vamos a hacer es lo siguiente.

Deseé tener un audífono o al menos un hisopo, sin dudas estaba sorda o confundida o incluso dormida, porque lo

que escuché no tenía sentido, ¿cómo podía ser? Deshacerse de los cuerpos de los sicarios en el río sonaba bastante normal pero, ¿asesinar a un tal Rodrigo, el segundo jefe de seguridad? ¿Dejar que se ocupara el comisario mayor Luciérnaga? ¿Avisarle a don Vincenzo que ya podía vaciar las cuentas de Mascarpone y depositar el dinero en la de Paolo?

Se me habían adormecido los

glúteos, la cabeza me daba vueltas, los cortes en las piernas me molestaban y tenía unas enormes ganas de orinar, así que dejé de prestar atención para concentrarme en algo que me ayudara a pasar el tiempo. Tras pensar inútilmente en qué podía lograrlo, apoyé la barbilla en mis manos y conseguí adormecerme durante un rato.

Desperté de golpe, cuando una de mis piernas cedió y se dejó ver bajo la mesa. Por suerte, para entonces el silencio alrededor era absoluto. Me atreví a levantar el mantel para espiar y al saberme sola, salí de mi escondrijo, no aguantaba más.

Flexioné los músculos, intenté estirarme un poco (pero la tela del vestido se quejó amargamente) y enfilé hacia la puerta. No había trazado un plan para escapar de la mansión, lo único que se me ocurría era caminar naturalmente, como había hecho una vez, tres meses antes.

Llegué a las escaleras sin cruzarme con nadie y descendí los tres pisos.

Acababa de atravesar las puertas batientes que llevaban al corredor de la planta baja, cuando de un cuarto lateral salieron cuatro hombres. Iban vestidos de faena, como si pertenecieran a alguna fuerza

de

seguridad,

y

llevaban

ametralladoras y fusiles. Al verme, se detuvieron de golpe.

Les sonreí estirando los labios hasta los lóbulos de las orejas y les guiñé un ojo, mientras movía coquetamente mi cadera. Se me ocurrió que si pensaban que era una prostituta, mi situación sería más creíble y me dejarían pasar.

No debió salirme con naturalidad, porque los cuatro me apuntaron al cuello con sus armas.

—¿Qué pasa aquí?

Detrás de ellos, un hombre se abrió paso por el pasillo y yo deseé que el suelo se abriera y me diera paso a mí.

Montorvo. Y yo, con el vestido de puta y las zapatillas.

Capítulo 3: Los

caminos de la magia

Mientras sus hombres seguían camino, Francisco me repasó lentamente de la cabeza a los pies y yo hice lo mismo con él: registré su metro ochenta y tres, el andar jactancioso de sus caderas, la caída perfecta de su jean, la ancha hebilla de su cinturón, la camisa azul oscuro, de esas que llaman *slim fit*; más arriba, la “v” de su cuello dorado, el mentón cuadrado... Había llegado a la boca cuando lo tuve frente a mí. Me obligué a mí misma a subir la vista hacia sus ojos, pero el celeste era tan nítido y vibrante, que lo esquivé y me encontré mirando el suelo.

Sentí que él volvía a repasarme y mis pezones se despertaron como girasoles. Abochornada al pensar que se daría cuenta, me sonrojé intensamente y deseé tener en mis manos mi viejo bolso para taparme.

—Hola —intenté sonreír.

—Parece que Sanpierone tiene una obsesión con ese

vestido —repuso él entonces—. Será un fetiche o algo así.

Quizá puedas venderlo en una subasta, como esa becaria, la puta de Clinton...

Lewinsky, ¿cierto?

Aspiré tanto aire que la tela del vestido volvió a crujiir. Me inflé como un globo. Después dejé escapar el aliento contenido tan de golpe como si me hubiera pinchado un alfiler. Quedé como una hilacha en el suelo y dolía, dolía como un carbón encendido bajo mis pies. ¡Maldito Montorvo! Maldito comisario engreído, corrupto, asqueroso y vil.

Lo odié con ganas, con una

virulencia que me hacía querer que mis uñas crecieran de golpe; me prometí que para nuestro próximo encuentro tendría a mano un guante de cuchillas como el de Freddy Kruger. Aunque para lo que tenía en mente posiblemente alcanzara con una Beretta, una Glock o una Sig Sauer, no tenía preferencia de marca.

¡Ah, pero no me iba a destruir! ¡Qué se creía, insultarme así! Alcé la barbilla, saqué pecho (aunque no hacía falta) y sonreí.

—¡Buena idea!

Mientras él se quedaba inmóvil, seguí camino por el pasillo rumbo a la puerta

trasera

de

la

mansión,

presintiendo que me seguía con la mirada.

Las

puntadas

en

mi

cabeza

encontraron nuevamente un eco en mi pecho, se me retorció el corazón, me sentía mareada. Y aunque apreté los dientes, tuve que esforzarme para ver entre la cortina de lágrimas.

Dolía, mierda, todavía dolía.

Quizá por eso, al abrir la puerta exterior no me percaté de que en mi dirección venía un hombre y me estrellé con fuerza contra su pecho. Alcé los ojos, sorprendida, preocupada. Y ahí estaba

Sanpierone.

Sanpierone,

abrazándome, apretándome contra su cuerpo, acariciándome el cabello.

Sanpierone susurrando palabras junto a mi oído, que no logré entender mientras yo empapaba su camisa blanca y su elegante chaqueta azul.

Luego él puso una mano en la parte inferior de mi espalda para conducirme hasta su coche y yo lo seguí,

mansamente, sin echar una mirada atrás para no ver el asco en la cara de ese inmundo, corrupto, artero y bruto policía.

*

Paolo condujo silenciosamente a través de la ciudad y recién cuando le pedí que nos detuviéramos un momento,

giró para mirarme. La cabeza no solo me dolía, me daba vueltas como una cometa en el cielo. Además, necesitaba ir al baño.

Por suerte aparcamos en una mala imitación de Starbucks.

Como un caballero, me acompañó hasta la puerta de los lavabos y esperó pacientemente a mi regreso. Supongo que debía temer que, estando vestida así, alguien llamaría a la brigada de protección infantil. Aunque la que necesitaba protección allí era yo, y de mí misma, pensé mientras él me conducía a una mesa: el encuentro con Montorvo me había dejado frita. O quizá había sido la noche sin dormir, o más bien los dedos fríos de la Muerte en mi nuca... o la pérdida de masa cerebral a raíz del golpe.

Sí, seguro que había perdido algo de masa encefálica, me dije entonces, porque el médico estaba echando miradas calientes a mi escote, mientras mi cuerpo traicionero reaccionaba con un fruncimiento de muslos y pezones.

Estás mal, Malala, me advertí, baja ya de la estratósfera. Este hombre no es un santo, ni siquiera es Judas, es Satán.

No va a iluminarte con fuegos

artificiales, va a incendiarte como un barril de pólvora.

Me escondí tras la carta para pedir un simple café y dos cruasanes, tras lo cual me dediqué a pensar en ese grave acertijo que me aquejaba: ¿cómo era posible que mi cuerpo se encendiera ante dos hombres?

Con un encogimiento de hombros, rechacé el dilema: Montorvo no contaba. Montorvo había quedado fuera de mi meta para siempre porque a mí nadie, nadie me tenía esperando tres meses.

Y nadie me llamaba puta dos veces.

Nadie.

Desde

ese

instante,

Montorvo

pasaba a tener para mí la misma importancia

que

una

sesión

del
parlamento.

Del
parlamento
de

Camboya.

De hecho, acababa de enterrar a Montorvo bajo diez metros de cemento, como hacía la mafia. Y hablando de mafia, Sanpierone no contaba tampoco, iba a escapar de él lo antes posible.

—Puedes bajar la carta, ya hiciste el pedido —sugirió entonces Paolo desde la silla de enfrente, y su voz surgió ronca y sensual.

Sobresaltada,

obedecí,

para

arrepentirme dos segundos después, porque la mirada de Sanpierone me perforó la ropa, me acarició como si

hubiéramos estado los dos desnudos y sus manos se hubieran posado sobre mí.

Me hizo desear un abanico.

Carraspeé y agradecí que en ese momento llegara el café, que iba a enfriarme.

—Lo que sea que estés tratando de probarme,

ha

quedado

probado.

Mensaje recibido y anotado —dijo el médico poco después y me quedé boquiabierta, mirando sus ojos de un gris claro, casi celeste, tan hermosos y tan inteligentes.

—No entiendo.

Se echó a reír, otra vez ese sonido ronco, como quien no tiene las cuerdas vocales acostumbradas a ese uso.

—Dos veces te dejé ir a pesar de lo loco que me tienes y juré no buscarte.

Cumplí. Pero tú volviste a mí, siempre vuelves a mí. No

soy de piedra, Malala.

Me puse gris.

—Yo no quise... no busqué...

Él asintió, sonriente.

—Sé por qué lo niegas. Sé que vas a negarte a lo nuestro mientras esté el asunto de Simonetta, pero voy a solucionarlo, dejará de ser un estorbo.

¿¿¿Quééééé??? *What the hell?*

¡Pobre Simonetta, lo único que faltaba era que terminara en el río con los otros!

—No creo que Simonetta sea un

estorbo —dije con rapidez.

Sanpieronone abrió los ojos y se adelantó en su silla, mientras me estudiaba con avidez. Ahora, ¿qué?, me pregunté, asustada. De inmediato, caí en la cuenta y los colores se me subieron a la cara.

—No quise decir... —comencé, mi voz tembló. Ay, por Dios, no era buena para los discursos. Decidí ser directa —.

Entre tú y yo no va a haber nada, nunca,

¿entiendes? Simonetta o no, no va a suceder nada. Yo no...
—bajé la voz—

yo no salgo con... ya sabes... —hice un amplio giro con
la mano mientras miraba

asustada

alrededor—

narcotraficantes —acabé susurrando.

Paolo se apoyó en el respaldo de su silla y me miró con la
seriedad de un juez.

—Lo sé —respondió—, y en eso

somos iguales.

¿Iguales? ¿Iba a decirme ahora que él tampoco salía con
narcotraficantes?

¿O, por el contrario, iba a echarme en cara el negocio de
mi madre? Esboqué un gesto de protesta pero una mano
suya me detuvo en el aire.

—Los dos queremos todo del otro, queremos que el otro

se entregue por completo,

cien

por

ciento,

sin

limitaciones

—continuó—,

no

aceptamos menos. Lo entiendo y lo acepto. Por eso, yo daré el primer paso, aquí me tienes, ya escuchaste hoy que no tengo parte en los negocios de mi familia. No puedo renegar de ellos del mismo modo que tú no puedes renegar de la tuya. ¿Recuerdas todo lo que estabas dispuesta a hacer por tu madre?

—Lo miré con espanto, ¿ahora iba a recordarme que todavía le debía mi parte del trato? —. No participo de sus cosas, pero así como tú amas a los tuyos, yo amo a los míos, Malala, los protegería con mi vida si fuera necesario. Es la *famiglia*. —Tomó aire, se inclinó hacia mí y terminó susurrando

—. El amor es así, te protegería a ti con mi vida como tú darías la tuya por mí.

Sufrí un paro cardiorrespiratorio y supe que necesitaría dos stents para recuperarme. ¡Ay, no, ay, no!, no quería escuchar esas palabras. ¿Quedaría mal si me escondía bajo la mesa?

—Pareces creer... —tomé aire, tenía que hacerlo bien—.
¡Yo no daría mi vida por ti! ¿¡De dónde sacas eso!?

¿Tienes dos aspirinas?

Sonrió, mientras abría su chaqueta con movimientos elegantes y seguros.

Mi mirada hambrienta quedó prendada de su mano, fuerte, de dedos largos; de la muñeca cubierta por vello negro donde ostentaba un reloj de esos que tienen muchas agujitas. Luego mis ojos subieron por el puño de su camisa blanca a la manga de su chaqueta azul, de ahí a sus hombros, ¡qué bien formado estaba! ¿Cómo podía ser santurrón un tipo así?

Parpadeé mientras aceptaba el par de grageas. Las necesitaba, necesitaba recuperar la capacidad de razonar. ¿Qué había dicho él? Me resultaba difícil seguir sus pensamientos con la cabeza tamborileándome como lluvia

sobre un techo de chapa.

—¿Olvidas que estabas dispuesta a morir por mí esta mañana? —insistió.

Fruncí el ceño. ¡Ah, cierto, yo lo había salvado esa mañana!

—Yo no olvido, Malala —continuó

—, cada una de tus miradas, de tus palabras, están todas aquí —se señaló el lado izquierdo del pecho—, estoy loco por ti.

Me atraganté con los comprimidos.

Ay, Dios, ay, Dios, ¿qué iba a hacer yo con una declaración así?

Más asustada que enfurecida, me puse de pie con la firme intención de huir, pero él acompañó mi movimiento tras arrojar unos billetes sobre la mesa.

Se situó a mi lado y me cogió por la cintura con aire posesivo, como si fuera su mujer. Caminamos así hasta la puerta del coche, Bugatti Chiron alcancé a leer, totalmente negro. Él accionó el control, pero cuando quise entrar, me lo impidió con una mano y me hizo girar hacia su cuerpo.

—Todavía no te lo agradecí —

comentó por lo bajo. Con la mano que había colocado en el final de mi espalda me empujó hacia él y me dio un largo beso.

Mi resistencia fue poco menos que heroica, estoy orgullosa de eso. No separé los labios, no le metí la lengua, ni siquiera pasé mi mano por su nuca, no estoy tan loca. Me removí incómoda, circunstancialmente refregándome contra su cuerpo, casi sin quererlo y por tanto sin que me cupiera culpa, mientras contenía el aliento. Y él se limitó a apoyar sus labios sobre los míos, a besarlos despacio, dos, tres, cinco veces, para luego repararlos con la lengua y mordisquearlos con sus dientes mientras mi pulso se hacía más errático que disparo de principiante.

Tras soltarme, suspiró.

—Entra —dijo—, si de ti y de mí dependiera, daríamos un espectáculo en la calle.

—No sé a qué te refieres, yo he sido una dama todo el tiempo.

Se echó a reír. Los hoyuelos se formaron en sus mejillas y entonces recordé que me había prometido a mí misma no

jugar con fuego. Demasiado tarde, ¿cómo iba a apagar todo aquello?

Ni aunque soplara y soplara toda la noche iba a apagar ese incendio.

Por eso, me hice la dormida durante el resto del viaje.

Él, por supuesto, sabía dónde estaba mi nuevo apartamento. Cuando nos detuvimos junto a la acera, alzó mi mano, me besó un nudillo para

despertarme y ese simple gesto me hizo saltar del coche.

—Gracias —dije en la puerta del edificio, después de que el encargado me hubiera prestado una copia de la llave.

—Te acompaño hasta arriba.

—De ninguna manera.

—Ay, Malala, ¡como si eso pudiera impedir que nos besemos! Será aquí afuera, entonces.

Subimos juntos, yo, mordiéndome los labios, espantada con lo que estaba haciendo; él, de pronto serio, dándome la espalda.

Pero cuando la puerta del ascensor se abrió y Sanpierone

me dio paso, no alcancé a avanzar ni dos centímetros.

Me arrinconó contra una pared, me cogió por las nalgas y me alzó contra él.

De inmediato, noté su erección. Mis ojos buscaron los suyos pero fue su boca la que vi y entonces nos desbordamos.

Sus labios contra los míos, su lengua contra

la

mía,

midiéndonos,

gustándonos. Me corrió fuego por las venas, el fuego del peligro. Ten cuidado, dijo una voz interna. Me quemo, respondí. Se me incendiaba el cuerpo ante el contacto de sus dedos, hundidos en mis nalgas; se me irguieron los senos; la delgada tela del vestido de fiesta se convirtió en mortaja y todo lo que yo deseaba era salir de su interior, escaparme hacia esas manos que buscaban mi piel con la misma avidez malsana con la que las mías se metían por su cuello.

—Por favor —susurré cuando su

boca dejó la mía para regar besos por mi garganta. Sus brazos me alzaron con más fuerza—. Por favor —sentí el chupón en mi cuello y su boca se desplazó más abajo—. Por favor —pedí cuando sus labios llegaron a mis senos.

Mordisqueó los pezones, uno tras otro, para luego chuparlos y mordisquearlos de nuevo. Me estremecí, convulsa, de deseo—. Paolo, me muero —imploré—.

Paolo, déjame, me muero.

Él se apartó entonces y ambos

supimos que no había dicho la verdad, que lo último que deseaba en ese momento era que me dejase.

Me mataba seguir, pero no hacerlo también significaba morir, morir como muere un adicto en abstinencia, él era el chute que pedían mis venas, la electricidad que reclama el cable, el combustible, la energía suprema.

Dio un paso atrás, que a él también debió costarle porque tenía el deseo marcado a fuego en el gris ahumado de sus ojos.

Pero se limitó a sonreír y se pasó una mano por el pelo que yo había alborotado.

—Tú has probado tu punto y yo he probado el mío.
Volveré cuando todo esté arreglado.

Dicho esto, se introdujo en el ascensor, que entre los dos habíamos dejado trabado en ese piso, y las puertas se cerraron.

Mis manos temblaron al abrir mi apartamento, cerré y me arrastré hasta la cama como pude. La había cagado y en serio.

*

Dormí durante muchas horas y desperté cuando la noche había caído y la ventana proyectaba algunas luces mortecinas que venían del edificio vecino. Inmóvil, me quedé un rato mirando el desfile de manchas en el techo. Sabía que tenía que actuar, debía hacerlo lo antes posible, pero contaba con una única oportunidad y requería cierta planificación por mi parte.

A continuación, y después de

bañarme y arreglarme, toqué la puerta de mi anciana vecina, la señora Ibáñez, y le pedí permiso para usar su móvil.

Era una mujer algo extraña, alta, delgada y arrugada, que

hablaba sola y sacaba a pasear una planta con la misma regularidad con la que otros sacan sus mascotas. «Le hace falta un cambio de aire», solía decir. Habría entendido esa devoción si hubiera sido hachís pero era un simple ficus. Aun así, me caía bien y habíamos establecido el tipo de amistad que me permitía pedir prestado el periódico o unas cucharadas de azúcar o café cuando resultaba estrictamente necesario.

—Él móvil —repetí ante su silencio

—, ¡por favor!, solo dos mensajes de texto —la convencí.

«Estoy bien, no me busques», le envié a Soraya.

«Necesito un detector de cámaras y micrófonos. Soy Malala», le envié a Lucas.

Si se hubiera tratado de una película, el móvil se habría autodestruido en ese instante, pero como no lo era, sonó antes de que yo hubiera podido depositarlo en las manos de su dueña.

—¡Ni se te ocurra moverte! —gritó Soraya cuando respondí—. ¿Estás en tu apartamento? Voy para allá. En serio, Malala, no hagas locuras.

Cortó sin que pudiera responderle.

El móvil volvió a sonar cuando ya se lo había regresado a mi fastidiada vecina.

—Voy a devolverlo a la tienda —

anunció ella con amargura—. Anda, debe ser para ti, a mí no me llama nadie.

Sonreí lo mejor que pude antes de responder.

—Es algo caro —dijo Lucas sin

preámbulos—, ¿estás segura de que tienes con qué pagarme?

—Solo lo necesito como préstamo y por tiempo limitado.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Diez minutos?

—Haber empezado por ahí, ahora te lo llevo. Tardaré un poco, primero tengo que pasar por el ayuntamiento a retirarlo... o quizá elija el que le vendí al juez.

—Demasiadas explicaciones. Oye, Lucas —titubeé—, no me busques en mi piso. Mejor... —Alejé un poco el aparato y miré a la vecina con ojos implorantes—, ¿puedo quedarme aquí?

Es cosa de vida o muerte. —Como ella asintiera tras un par de segundos en los que achicó los ojos y parpadeó repetidamente, continué la conversación con mi amigo—. Estoy en el piso de al lado.

Esta vez fui yo la que cortó y me repantigué en el único y raído sofá, mientras mi vecina marchaba lentamente a preparar café.

Cuarenta minutos, dos cafés y un sándwich después, sonó el timbre, y al abrir aparecieron Lucas y Soraya.

—Nos encontramos abajo —explicó Lucas mientras tomaba asiento en el suelo con las piernas cruzadas. Acto seguido se puso a preparar no sé qué artefacto al que le colgaban un par de cables.

—Ahora dime qué te traes —dijo una enfadada Soraya— ¿cómo es eso de que no debo buscarte?

Titubeé, mientras mi mirada iba de la anciana señora Ibáñez a Lucas, pero en Lucas debía confiar de todos modos para que los planes resultaran y la vieja señora

Ibáñez,

¿qué

daño

podía

hacerme? Al día siguiente ya no iba a acordarse de nada.

—Voy a desaparecer —anuncié con un movimiento circular de mi mano frente a mi cuerpo, como un pase mágico.

—¿Desaparecer?

¿Cómo,

desaparecer? ¿Desaparecer como un cuerpo en el fondo del río? —quiso saber Soraya con un estremecimiento—.

¿O desaparecer en el programa de protección de testigos? No me gusta nada lo de desaparecer.

—Desaparecer como en *Star Wars*

—expliqué—. Como cuando Luke

Skywalker se va a otra galaxia a meditar con Yoga.

—Yoda —corrigió Lucas.

—Eso.

—¿Necesitas

meditar?

—

interrumpió Soraya— ¿Y para qué querrías meditar tú? Meditar es el pretexto de los vagos, la ilusión de los tontos y la excusa de los adolescentes cuando se encierran para correrse. ¡Tú no

necesitas

meditar!

Aunque,

pensándolo bien, tal vez necesites...

Sentí como clavos las pupilas de la señora Ibáñez y de Lucas fijos en mi frente. Empecé a transpirar.

—Lucas, ¿ya tienes eso listo? —

pregunté.

Asintió y entonces me lo llevé a rastras hasta mi piso mientras le explicaba.

—Estoy pinchada —le dije entre susurros—,

tengo

entendido

que

escuchan todo lo que digo. ¿Puedes detectar los micrófonos de mi casa?

Lo dejé allí, haciendo limpieza, y entretanto me obligué a arrastrar los pies hasta lo de la señora Ibáñez.

—Si quieres desaparecer y necesitas meditar, significa que has armado una buena —sentenció Soraya cuando entré.

Miré a mi vecina, cuyos ojillos se habían entrecerrado y no me los sacaba de encima; tuve que recordarme que tenía algún tipo de demencia antes de responder.

—Sí —asentí, vencida, tras dejarme caer en el suelo—, sí, sí —abracé mis rodillas para acunarme sobre las nalgas de atrás adelante—, he sido tonta, más tonta que Jar Jar Binks, más tonta que Forrest Gump, más tonta incluso que el comisario de los Simpson o... ¿Te has dado cuenta de que los comisarios siempre son tontos? Tontos y

retontos.

Tontos como Harry y Lloyd o como...

—¡Para ya! ¿Vas a recitar todas las viejas carteleras del cine? Habla claro.

Tomé aliento como un condenado que va hacia el cadalso. Quería pedir un último deseo: no haber llamado a Soraya, pero ya era tarde y tanto ella como mi vecina estaban pendientes de mis palabras.

—Estuve cerca de acostarme con Sanpierone —largué de una vez, atropellando las palabras, sin respirar.

Soraya debió de quedarse sin

respirar también porque su cara tostada pasó al verde, luego al azul, después al rojo y terminó en gris.

—¡Madre de Dios! —susurró—,

¿Cuánto de cerca?

—Bueno... —Solté mis rodillas y tracé círculos con mi dedo índice en el suelo—, ¿quieres saberlo en distancia o en minutos?

—En distancia sería como a metro y medio —precisó por

mí la señora Ibáñez. La miré con la boca abierta y se encogió de hombros—. Es lo que hay desde el ascensor hasta la puerta de tu piso. Porque la distancia de la puerta a la cama no cuenta, no habrían llegado nunca, yo creo que lo habrían hecho tras la puerta o quizá en el suelo. Me inclino a pensar que tras la puerta, se notó que él tenía fuerza en los brazos. Todo un mérito, si me lo preguntas, y no quiero ofenderte, querida, pero ¿cómo dejaste que se escapara un hombre así?

Esta vez me tocó a mí el desfile de colores. O quizá me había dado fiebre, pensé que tendría que salir corriendo e ingresar en una unidad de cuidados intensivos. Bajé la vista.

—Tienes razón —dijo Soraya tras un silencio—, bien pensado, será mejor que desaparezcas. ¿Dónde has dicho que queda la galaxia esa?

—¿Qué galaxia? —me sobresaltó en ese momento la voz de mi prima Valeria desde la puerta, que había quedado abierta—. Estaba muy tranquila en mi negocio, tras atender a cientos de clientas, cuando de pronto tuve un presentimiento —explicó tras entrar y tomar asiento en el sofá, entre Soraya y la señora Ibáñez, sin aguardar respuesta.

Entonces me dio un repaso de pies a cabeza—. Presentí

que estarías hecha un desastre y ya ves, ¡acerté!

Valeria

tenía

razón,

mi

sien

izquierda todavía estaba decorada con una venda, la vieja sudadera que me había puesto dejaba a la vista el chupón que Sanpierone me había dejado en el cuello y me había calzado un par de shorts descoloridos para que nada me raspara en los innumerables cortes y golpes que tenía en las piernas. De todos modos, y por principio, gruñí.

—Te podrías haber ahorrado el

viaje, te habría enviado una foto por Snapchat.

—Tú no estás en las redes sociales.

Yo,

en

cambio,

tengo

tres

mil

cuatrocientos ochenta y siete amigos en Facebook. —Sacó su móvil de la cartera y se dedicó a teclear—. ¿Lo ves? —Me puso el móvil frente a la cara.

Me sorprendió ver que Conde

aparecía primero en su pantalla de notificaciones y sacudí el móvil como quien sacude un despertador que no suena o un cartón de yogur desechable.

—¡Ey,

cuidado!

—Valeria

me

arrebató el aparato de las manos—, este móvil es especial, edición limitada, me lo dijo Lucas al vendérmelo. Le compré unas cuantas cosas, todas útiles y

a precio de ganga.

No tuve tiempo de responderle, en ese momento llegó el adolescente.

—Listo —anunció, dejándose caer junto a mí en el suelo —, detecté tres micrófonos y una pequeña cámara apuntando hacia la puerta de entrada.

—¿¡Para qué tanto!?! ¿Pero si solo es un monoambiente!

Lucas se encogió de hombros.

—Un micrófono junto a la encimera y otro escondido tras la cama, quizá querían

percibir

los

ruidos

que

provenían de ahí —dijo con una risita chillona.

¿Y qué habrían escuchado? Fruncí el ceño, ¿habrían escuchado que hablo en sueños? Entonces me asaltó otro pensamiento.

—No me digas que el tercero estaba en el baño, que me muero.

Mi amigo negó con la cabeza.

—El tercero estaba oculto en la lámpara del techo, pero por lo visto no funciona. Debíó quedarse sin baterías.

¡Ah! La cámara enfoca hacia la puerta, o sea que registra a todo el que entra y al que sale.

—Ajá, entiendo.

Pero no entendía nada. ¿Por qué colocarme tantos dispositivos? ¡Les habría salido más barato si contrataban a la señora Ibáñez! Claro que ella sufría de demencia, recordé.

—Bueno, ¿qué?, ¿los has quitado?

—pregunté.

—¡No! No querrás que se enteren de que los has detectado, ¿cierto?

Sonreí, Lucas tenía razón, sería más inteligente que los Sanpierone pensarán que

estaban

registrando

mis

movimientos.

—Oh,

—interrumpió

entonces

Soraya y al volver mi vista hacia ella la noté otra vez gris —, quizá debí empezar por decirte que traje tu bolso, lo tengo aquí.

Acto seguido abrió una bolsa de plástico que había tenido junto a sus piernas y me extendió mi viejo y descuajeringado bolso.

—Lo tengo desde el choque —

explicó mi amiga—, me lo habías dado para cerrarlo con un imperdible,

¿recuerdas? Le hice cambiar el cierre.

Contenta, abracé el bolso contra mi pecho pero entonces el detector que había traído Lucas se encendió con una luz

roja y persistente y lanzó un largo pitido.

El despiojado del bolso arrojó como resultado dos nuevos micrófonos y un GPS *tracker*, que esta vez sí retiramos y que Lucas consiguió apagar tras manipularlos un rato.

—Me los quedo como pago —

anunció mientras apagaba también su detector de micrófonos—, es tecnología de punta, puedo conseguir un buen precio por estos cachivaches.

—Está bien —acepté con un

encogimiento de hombros, no podía importarme menos—, así que eso fue lo último que esta gente escuchó sobre mí.

—Llegaron a escuchar que quieres marcharte —Soraya me aguló la fiesta.

—Llegaron a escuchar que estuviste muy cerca, a un escaso metro y medio, de hacerlo con Sanpierone —coreó la señora Ibáñez con mal disimulada algarabía.

—¿Estuviste cerca de hacerlo con Sanpierone? —Valeria abrió mucho los ojos—. ¿Cómo se puede estar cerca de hacerlo y aun así estar a un metro y medio? A un metro y medio no es sexo, es imposible, ningún hombre tiene esas

proporciones, ¿o sí?

Mientras Lucas y Soraya bufaban, me mordí el labio, pensando en otra cosa (y no es que no hubiera meditado alguna vez en el tema proporciones). El caso es que no había contado con que mis espías se enterarían tan pronto de mi partida, tendría que apresurarme.

—Bien, el plan es este —dije en dirección a mi joven amigo—. Preparo una pequeña maleta y me marcho contigo. Voy a aceptar la oferta laboral que me hiciste en el sex shop, ¿cuánto dijiste que pagabas?

Lucas sacó pecho y se pavoneó.

—Seiscientos por día más diez mil al final si tenemos un resultado satisfactorio.

Silbé

apreciativamente

mientras

Valeria se atragantaba y tosía sin descanso. Entonces hice un esfuerzo supremo, me puse de pie y fui a golpearle la espalda. Pensé que ella merecía de mí ese sacrificio, al fin y al cabo somos primas.

—¿Qué? ¿Seiscientos por día? —

preguntó ella con voz estrangulada cuando se hubo recuperado—. ¿Qué hay que hacer? ¿Matar a un presidente? Yo soy mejor que Malala.

—Trabajar de prostituta —sonrió Lucas mientras le repasaba los ajustados pantalones rosa chicle y el top blanco y casi transparente—. Tendría que hacerte una prueba, pero puede que tengas condiciones.

Aporreé al adolescente con mi

bolso.

—¡Ey! ¿Así pagas mis servicios?

¡Más respeto que soy tu jefe!

—¡Jamás, jamás serás mi jefe! Yo no tengo jefe —
continué aporreándolo—, nunca más voy a tener jefe, el
último se quedó en Tombuctú o Katmandú o lo que sea,
mientras me hacía entregar una muñeca

plástica

en

un

piso

bombardeado. ¿Quieres ir también a Tombuctú?, ¿eh?,
¿quieres que te envíe?,

¿entiendes?

—Tu proximidad con Sanpierone

está dando resultados insospechados —

me cortó Soraya entonces y me

sorprendió que su voz sonara amarga y preocupada—,

como

un

mechero

encendido al lado de un tanque de butano.

Cierto que Sanpierone estaba como un mechero
encendido, pero lo de tanque no me gustó, tengo mis
curvas y punto.

Sin embargo, se trataba de Soraya y callé mis objeciones.

—No haré de prostituta —expliqué por fin—, pero puedo acercarme a ellas con un local de lecturas del futuro, ¿qué tal esa idea?

—Sí, sí, lo que digas —aceptó

Lucas con aire displicente—, siempre y cuando encuentres a la prostituta Laura Vilte, el modus operandi queda en tus manos.

—¡Sabía que había hecho bien en venir!

—Valeria

palmoteó,

dando

saltitos—. ¡Qué buen mercado! ¿Cuántas putas hay en el país? ¿Cien mil?

—Unas trescientas mil —corrigió Lucas.

—No

podrás

hacerlo

sola,

necesitarás una socia —sostuvo mi prima—, suerte que vine.

Estaba a punto de contestarle pero entonces dos móviles sonaron a la vez: el de Soraya y el de la señora Ibáñez.

Refunfuñando, fui a mi piso a preparar mi equipaje.

Decidí hacerlo a oscuras por las dudas, que aunque la cámara apuntaba a la puerta, no me fiaba que no hubiera un espejito oculto en algún lado para ampliar la mira. Y si bien mis espías ya sabían parte de mis planes, no podían conocer que me marcharía esa misma noche y, por tanto, no intentarían seguirme.

Claro que preparar una maleta a oscuras representaba un desafío. Rogué que al menos estuviera guardando los dos pares de jeans que no tenían ni manchas ni cortes y las camisetas que no había arruinado con lejía.

En el último minuto metí también el

«vestido de Sanpierone», no iba a trabajar de prostituta, me repetí, de ninguna manera. No iba a ser la puta de Sanpierone ni la de nadie, que constara.

Pero podía darse el caso de que necesitara disfrazarme. Si lo cortaba un poco para que solo cubriera mis nalgas... Agregué el único par de tacones de aguja que tenía.

Después cerré la puerta de mi piso y suspiré. En el pasillo me esperaban, con sendas carteras al hombro, Soraya y Valeria.

—Voy contigo —dijo mi prima.

—Yo también, no te dejaré sola en esto —anunció mi amiga—, acabo de avisar a Latorre que me tomaré unos días en la playa, puedes estar tranquila, por mi boca nadie va a enterarse.

Sonreí, contenta de tener a Soraya conmigo, lo que casi compensaba la presencia de Valeria. Pero entonces alcancé a ver por detrás de ellas y de Lucas a la señora Ibáñez, que sostenía una vieja maleta en una mano y en otra, su ficus.

—¡Qué emocionante! —dijo con los ojos brillantes—. Voy también. Es tiempo de darle un giro a mi vida.

—¿Quién ha llamado? —quise saber.

—Número equivocado —respondió, los labios temblorosos y curvados hacia abajo—, ya te he dicho que no me llama nadie.

Era verdad: mi vecina estaba más sola que yo en San Valentín.

Suspiré.

Estaba

claro

que

no

podía

decepcionar a la anciana, así que nos apretujamos para bajar los cinco por el ascensor y cuando llegamos abajo, detuvimos al primer taxi. Pero cuando íbamos a subir, todos encimados, otro se detuvo detrás y de él bajaron dos mujeres.

—¡Malala, Malala, detente! —

reconocí la voz de Simonetta, que llegó corriendo y sin aliento. Colgando de su brazo y un poco doblada sobre su

cuerpo,

estaba

Malalona—.

¿Te

marchas? ¡Déjame ir contigo, te lo ruego! —Me cogió de la sudadera y pegó un tirón—. ¡Ya no lo resisto!

Se echó a llorar sobre mi hombro y tuve que abrazar a las dos, la alternativa habría sido dejar caer a Malalona y la pobre todavía tenía el puñal clavado en la garganta.

—¡Los hombres son tan crueles, no tienen sentimientos!
—lloró Simonetta contra mi cuerpo—. Paolo acaba de dejarme. No le importa que hayamos contratado la fiesta, que se hayan enviado las invitaciones, encargado la tarta, pagado a los famosos hermanos Aramayo y hasta ajustado el vestido de su abuela. ¿Y ahora? —Su voz tembló y lo que siguió a continuación llegó a mis oídos en forma apenas discernible—.

Ahora mi padre va a matarlo y yo tendré que matar a la puta que se interpuso... y luego los enemigos de mi padre me matarán a mí, ¡la historia que no tiene fin!

—¿¡Qué dices!?

—Si no me caso con Sanpierone, van a matarme, ¿por qué crees que vine a tu país? ¡Van a matarme! Salvo que tú me

ayudes,

Malala,

por

favor,

¡escóndeme!

Simonetta

echó

una

mirada

alrededor,

que

se

me

antojó

aterrorizada, y yo miré también, temiendo que llegara un disparo desde un oscuro zaguán o desde un coche.

—Está bien, está bien —claudiqué, más que nada porque quería esconderme

—, si ellos no saben que viniste, puedes quedarte conmigo... por unos días.

Subimos a dos taxis: cinco mujeres, un adolescente y una muñeca sexual hiperreal. Lucas había conseguido mano de obra barata.

*

Pronto tuve en claro que nuestro destino era la zona turística por excelencia, allí donde se concentran los mejores hoteles y hay marcha día y noche.

—Debe haber un error —dije

cuando descendimos frente a un cinco estrellas de gran porte.

—Algunos

hoteles

tienen

apartamentos, no solo habitaciones para turistas —explicó Lucas y abrió camino rumbo a los ascensores—, este en particular cuenta con dos plantas enteras de propiedad privada.

Llegamos al piso dieciséis y en cuanto dejamos el ascensor, Lucas extrajo del bolsillo una llave, con la que abrió la puerta de uno de los

apartamentos.

—¿Aquí vives tú? —quise saber.

El lugar tenía una sala mediana, un poco kitsch, con lámparas rojas de las que penden tan abajo que terminan golpeándote en la frente, y un par de cuadros abstractos en la pared, junto a una barra llena de licores. Un poco más allá, se abrían dos puertas que daban a dos amplios dormitorios decorados en el mismo estilo kitsch y anodino de la sala. En el centro de cada uno de ellos, sendas camas redondas e inmensas parecían llamarme con la insistencia de una sirena.

—Solo dos camas —comenté,

desilusionada. Nadie respondió, todo el mundo estaba entretenido, mirando los cuadros de los cuartos, probando la resistencia de los colchones o la luz de los dos baños.

—Tendréis que acomodaros aquí —

dijo Lucas entonces desde la sala y terminé mi inspección ocular junto a él

—. Alquilé este sitio porque lo tenían muy

barato...

se

habían

dado

circunstancias especiales. Además está en el centro del teatro de operaciones, pero no había pensado en contratar a tantas... investigadoras. —Rio con su risa chillona, pero al ver nuestras caras serias, se pellizó su media nariz y tosió un poco—. Bueno, eh... Aquí dejo la llave, volveré en un par de días a ver cómo están las cosas.

Nada más cerrar la puerta, nos quedamos todas inmóviles, congeladas como una película mal grabada.

Había algo que no entendía en todo aquello, algo que tenía que ver con la sonrisa maligna de Valeria, con los ojos demasiado grandes en la cara de Simonetta, con el ceño fruncido en la de Soraya o la forma en que la señora Ibáñez abrazaba el ficus. Solo Malalona permanecía incólume en una silla, las piernas cruzadas y en tanga. Decidí empezar por allí.

—Poneos cómodas, estáis en eh...

vuestra casa.

Mientras las demás entraban al baño, se sentaban en los sillones o se turnaban para dar saltos mortales en las camas, me ocupé de abrir la maleta, extraer el vestido de Sanpieronone y vestir a mi gemela. No iba a gastar en ella uno de los dos conjuntos de jean y camiseta que había traído conmigo.

A último momento, hice de tripas corazón y le arranqué la daga que tenía en la garganta. ¡Pobrecilla! ¿Quién podía haber sido tan cruel? Era un puñal pequeño y precioso observé, el mango dorado y con una gran «S» cincelada.

—Bonito, ¿cierto?

Me sobresalté al notar que Simonetta había regresado. Se sentó junto a mí en el sillón de la sala y tomó suavemente

la daga.

—Demasiado bonito para dejarlo clavado en una muñeca
—asentí.

—No estaba destinado a la muñeca.

—¿Debería sentirme halagada? Es cierto que nunca me habían regalado algo tan valioso, pero aun así —dije dubitativa.

—¡Bah! Seguro que tienes muchos admiradores.

—¡Nada que ver! —barboteé.

—¡Claro que tienes admiradores!

¿Qué me dices de la muñeca, eh?

Alguien está tan loco por ti que encargó una muñeca sexual con tus rasgos.

—¡No! Seguro que no fue así, habrá sido pura coincidencia.

—¿No tienes curiosidad? Hagamos una cosa, mientras tú investigas a Laura Vilte, yo investigaré quién es tu admirador, el que encargó la muñeca,

¿qué te parece?

¿Realmente quería saber quién era mi admirador? Decidí que sería mejor no enterarme. ¿Qué tal si resultaba ser Montorvo? ¿Qué tal si era el mismo Sanpieronone? De solo imaginármelos con la muñeca en la cama me daban calores.

—Eh...

—Investigaré también quién es la amante secreta de Paolo, porque estoy segura de que hay una amante, y después, ¡pum, pum! Fin a tus problemas y a los míos.

—¿Quieres un trago? —ofrecí.

Miré el bar con el anhelo de un borracho en abstinencia, aunque en realidad me apetecía más una tableta de chocolate. O varias.

—Creo que deberíamos ver qué hay de comer —insistí. Me puse de pie de golpe y dejé a Malalona en el sillón.

Afanosa, abrí el frigobar, espíe en el bar, miré bajo la mesa. Pronto estuvo claro que en ese piso no había ni una miga de pan.

Suspiré.

Esa noche hicimos sorteo para ver cómo nos acomodábamos en las dos camas matrimoniales y en el diván. La señora Ibáñez ganó el codiciado sofá de la sala, a mí me tocó compartir un cuarto con Simonetta, y a Soraya, con Valeria.

Compartir cama con un desconocido puede llegar a ser intrigante, compartirla con una desconocida resultó incómodo, fastidioso y mortificante. Para colmo, Simonetta roncaba y mi estómago rugía de hambre. La cabeza había vuelto a dolerme, quizá porque la conciencia me hincaba sus afiliados dientes.

¿Cómo podía haber besado a

Sanpierone?, ¿cómo podía haber besado a Sanpierone?, me repetía una y otra vez, a veces asombrada, a veces con culpa, otras, solo excitada.

Al final, logré conciliar el sueño al pensar que peor compañera de cama le había tocado a Soraya y desperté cuando ya tenía el sol sobre la cara.

No había nada para desayunar, así que Soraya y Valeria decidieron salir de compras.

—Necesitamos ropa.

—Y algo para comer.

No tenía nada que argumentar a eso y tampoco eran mis prisioneras, así que se marcharon, contentas. La señora Ibáñez las acompañó hasta el ascensor con la idea de pasear su ficus y solo quedamos Simonetta, Malalona y yo.

—¿Crees que tardarán? —pregunté, temiendo que entre tantas compras, nos dejarían sin desayuno.

—Bah, no hay por qué esperarlas —

Simonetta sacó su American Express Centurion del bolsillo trasero de sus jeans y se abalanzó sobre el teléfono para pedir comida al servicio de habitaciones.

—No sabía que se podía hacer eso

—dije dubitativa— este sector no pertenece al hotel.

—Todo se puede hacer con una de estas en la mano —se abanicó con la tarjeta.

Posiblemente

tuviera

razón,

barrunté, con dinero se podía comprar de todo menos tranquilidad, la paz interior que en ese momento necesitaba.

Aunque tener una Glock también habría contribuido a darme algo de paz, lástima que mi subfusil Uzi-Pro hubiera quedado en manos de la policía, del juzgado o tal vez de algún traficante de armas.

Desayunamos opíparamente y luego nos repantigamos a ver tele en el sofá.

Al rato ya estábamos aburridas y me dio por ponerme a pensar.

Pensar no es nada bueno, cualquiera lo sabe, especialmente cuando una serie de imágenes poco amigables se cuelan en el cerebro.

Montorvo y su desprecio.

Sanpierone y sus pasiones.

Malalona y el admirador libidinoso.

La bomba en el piso al que iba destinada Malalona.

La bomba en el coche de Simonetta.

El intento de asesinato a Paolo y a mí en casa de los Sanpieronone y todo lo que eso significaba: ¡ya ni la mafia podía brindar seguridad!

Giré para mirar a Simonetta.

—Necesito hacerte unas preguntas, si no te molesta.

Se echó a reír y cruzó sus piernas en posición de loto sobre el sofá.

—¿Intercambio de confianzas?

¡Me encanta!

Vacilé, indecisa, pero ¿qué podía ella preguntarme? ¡Yo no tenía secretos!

¿O sí?

—El día en que chocamos, el de la bomba en tu coche —comencé—, ¿hacia dónde te dirigías?

—A ningún lado.

Abrí grandes los ojos.

—A ningún lado —reiteró—, ya

había llegado, justo ahí me tenía que bajar. Había llegado a mi destino, era el ático que voló por los aires, ahí me quedaba.

—Oh.

Mis neuronas colapsaron y entraron en shock. ¿Malalona estaba destinada a Simonetta? No tenía idea de que tuviera esos gustos y me replanteé la noche pasada. No nos habíamos tocado, ¿o sí?

Necesitaba alcohol en gel. Necesitaba una

ducha

de

descontaminación

radiactiva y un traje anti-radiación para después.

—El piso y el coche pertenecían a mi prometido. —
continuó Simonetta y se mordió los labios—. A mi antiguo
prometido, Paolo.

No me esperaba esa respuesta y me incliné hacia atrás.
¿Paolo? Pero, ¿cómo podía ser que Paolo esperara a la
vez a una muñeca sexual y a su prometida?

¿Quería un trío? Tal vez era un tipo poco convencional, de los que buscaban nuevas sensaciones. Había conocido gente así en el sex shop, tenían toda clase de ratones. ¿Cuáles serían los ratones de Sanpierone? Y a todo esto,

¿se habría acostado con Simonetta?

Bueno, no cabía preguntárselo. De todos modos, quedaba claro que él no había estado en el ático, si hubiera estado allí no habría quedado ni un centímetro cuadrado de su piel y su piel estaba perfecta, yo misma era testigo.

Me llamé al orden.

—Pero él no estaba allí —insistí—, no estaba esperándote, ¿cierto? ¿Por qué?

La italiana ladeó la cabeza y me miró por entre los párpados entornados.

—No, no estaba, ese día no me

esperaba. Bueno, has llegado al límite de tus preguntas, es mi turno.

Me preparé para lo peor. Iba a preguntarme por Sanpierone, indagaría qué había entre nosotros, era imposible que no se hubiera dado cuenta de la forma en

que Paolo me miraba. O la forma en que Giorgio me miraba. Tragué saliva, ¿acaso sabía también lo de Montorvo y mi antiguo enamoramiento juvenil con Conde?

Simonetta me sonrió.

—¿Es cierto que eres adivina?

Aquello sí que era un golpe bajo y me defendí como pude.

—¡No! Yo...

—La *zia* Giuseppina dice que eres adivina, que tienes grandes poderes.

—No...

—La *zia* te tiene miedo y déjame que te diga que la *zia* no le tiene miedo a nada.

—Bueno, yo...

—Dice que eres la única capaz de desbaratar todos sus planes. ¿A qué se refiere?

Fruncí el ceño, no tenía idea. Mi relación con la *signora* Giuseppina había sido buena, incluso por un tiempo ella había fantaseado con convertirme en su nuera. Claro que después se había enterado de que mi madre era una

pequeña narcotraficante, que Paolo la había comprado por cinco millones y que lo había hecho para tenerme en su cama. Al final, él había perdonado mi deuda... o la había aplazado, quién sabe.

¿Dónde me dejaba parada todo eso en relación a la *signora* Giuseppina?

Supuse que me situaba muy cerca del oficio de Laura Vilte.

—Mi único plan es encontrar a la prostituta

Laura

Vilte

—respondí

secamente—, y no parece que lo vaya a hacer encerrada en un hotel de lujo.

Simonetta se echó a reír y en ese momento se abrió la puerta de entrada para dar paso a Soraya, a Valeria y a la señora Ibáñez.

—Encerrada no la encontrarás,

desde luego que no —dijo la italiana tras una pausa,

mientras las otras tomaban asiento junto a nosotras—.

Tienes que sentarte abajo, en el hall principal. Tienes que figurar como *escort* en el *Book* del hotel y poner algunos anuncios en internet.

—Pero yo no quiero hacer de

prostituta —aclaré.

—Entonces, ¿cómo vas a lograr que ellas te tengan confianza?

—Con un local de lecturas del...

—Eso quizá funcione para las

prostitutas

de

calle,

que

suelen

concentrarse en un lugar, pero las putas vip no se aglutinan, son lobos solitarios.

Trabajan desde sus casas y desde la tele.

—¡Yo no salgo en la tele!

—Tampoco eres puta —aclaró

Soraya.

—Ni tengo casa.

—No todas las putas vip son

solitarias. En este hotel, por ejemplo, hay diez pisos de citas —intervino entonces la señora Ibáñez mientras limpiaba las hojas de su ficus.

Todas giramos hacia ella como

rosetas.

—¿Cómo lo sabe?

—Subí y bajé en el ascensor veinte veces. O quizá fueron treinta, no sé. A mi planta le gusta la sensación del salto en el estómago, va muy rápido ¿no creéis? Y bueno, uno escucha cosas... y ve cosas. Parece que hay una escena en la película *Cincuenta Sombras* que todo el mundo se obsesiona por copiar en los ascensores.

Me costó encajar la mandíbula en su lugar.

—¿Hay pisos de citas en este hotel?

¡Excelente! —dijo Valeria y, tras rebuscar en su bolso, sacó su móvil. Dos segundos después, la vi fotografiando a Malalona.

—¡Ey! ¿Para qué haces eso? —quise saber.

—Para el *Book* del hotel —

respondió, y me repasó de la cabeza a los pies—, personalmente te ves impresentable, pero aquí tu doble puede conquistar algún cliente. Siempre hay gente sin estilo ni buen gusto, ¿cierto?

Seré tu representante.

—¡Ni se te ocurra!

Me despegué del sofá con la

velocidad de un jaguar y la capacidad de salto de una rana arbórea. Llegué a arañarle el brazo, juro que me quedé con algunas células de su horrible y escamosa piel, pero la maldita se me escapó a último momento y llegó a la puerta del piso antes de que yo le volviera a dar alcance.

—¡Ya vuelvo! —gritó antes de

desaparecer.

Simonetta se echó a reír y asimilé entonces que la italiana no me caía nada, nada bien.

—La mato. Necesito un arma —dije mientras respiraba con afán. Pero antes tendría que llamar a la Recepción del hotel para atajar a la loca de mi prima.

Tras hacer la llamada, que un

empleado recibió con pulcra cortesía, me sentí un poco más tranquila.

—No van a hacerle caso —anuncié, repantigándome nuevamente en el sillón

—, ya saben que es una broma.

—Bueno, pero si tú no vas a hacer de prostituta, ¿cómo vamos a encontrar a Laura Vilte? —quiso saber Simonetta entonces.

Miré a Soraya.

—A mí no me mires, Latorre es

capaz de matarme. A lo sumo me ofrezco para madama.

—Yo también puedo ser una madama

—dijo la italiana, entusiasmada.

—Y yo —agregó la señora Ibáñez

—. Y tu prima, que acaba de reclamar el puesto.

—¡Cómo! —me irrité—. Cuatro

madamas y una puta, ¡eso no es justo! La explotación sexual está prohibida por ley.

Simonetta se echó a reír otra vez mientras la señora Ibáñez volvía a su tarea de limpiar el ficus.

—¡Bah! —contestó Soraya—, estará prohibido como todo está prohibido, pero el mundo entero sabe que detrás de cada piso de citas hay un mal llamado empresario, un policía, un político y un juez. A veces el proxeneta es el empresario, pero con frecuencia es el policía... o el político... o incluso el mismo juez.

Me estremecí, aquello se ponía feo.

—Bien —resolví—. ¿Cuáles son

esos pisos de citas?

La señora Ibáñez me pasó el detalle sin dejar su quehacer, tenía memoria de elefante.

—Bien —repetí después de apuntar todo en un trozo de papel que me alcanzó Soraya—. Voy a empezar aquí.

Dame un mazo de cartas.

Mi amiga palideció.

—No traje ninguno —tartamudeó—.

Anoche salí corriendo para verte y hoy ni se me ocurrió...

Me puse de pie.

—No importa. Seguro que Valeria tiene uno.

Me dediqué a escarbar en la cartera que mi prima había dejado en una silla y, como otras veces, me maravillé con la gran cantidad de tesoros que guardaba: un perfume francés, una billetera intacta, un bolsito de maquillaje, un vibrador...

¿un vibrador? Puse cara de asco, necesitaría

ingentes

cantidades

de

alcohol en gel para limpiar mis manos.

Más abajo, detecté un mazo de tarot en su paquete y un pequeño revólver rosa.

S&W, leí la marca, ¡qué típico de Valeria llevar un revólver de juguete que ni siquiera parecía revólver!

Saqué las cartas y las guardé en mi bolso. Luego me lo pensé mejor y más que nada por bronca, saqué también el revólver. Me convencí a mí misma de que aunque fuera de juguete podía llegar a engañar a un maleante. Bueno, eso si es que estaba muy oscuro, a la luz del día era imposible, ¿quién iba a creer que un revólver podía ser rosa?

Después cogí el papel en el que había escrito los números de los apartamentos y enfilé hacia la puerta.

—Te acompaño —anunció Soraya

en el último momento y tomó su cartera.

La señora Ibáñez alzó su ficus y se unió a nosotras.

—Me quedo —dijo Simonetta

entretanto y extrajo la American Express Centurion de sus jeans—, tengo que hacer compras.

Nuestro primer destino fue una planta por encima de la nuestra, la diecisiete, donde se suponía que había cinco

apartamentos

para

citas

clandestinas.

En los primeros cuatro no nos abrió nadie y la señora Ibáñez explicó que solo se ocupaban en horarios acordados previamente con los visitantes.

En el último, la puerta estaba abierta y nos encontramos con una fiesta. Media docena de hombres y otras tantas mujeres

tomaban

champagne,

escuchaban música y fumaban puros mientras se apretaban

mutuamente. Es cierto que el espacio era pequeño y también que hacía calor, acaso por eso los hombres se habían quitado las chaquetas y las corbatas y las chicas se habían quitado... quizá sea más rápido describir lo que se habían dejado.

Decidí en ese momento que el

vestido de Sanpierone no se aproximaba ni remotamente a un disfraz de prostituta. A su lado parecía tener la misma inocencia que la madre Teresa de Calcuta.

—Perdón, me equivoqué —dije tras dar dos pasos, y di marcha atrás.

—Ey, ¿vas a perder la oportunidad?

—me preguntó la señora Ibáñez cuando estábamos nuevamente en el pasillo.

—Esas personas no necesitan que les eche las cartas — señalé—, necesitan que se las eche del hotel.

—No seas mojigata —me reprendió Soraya.

Me quedé rumiando el comentario de mi amiga y empecé a resentir sus críticas. Soraya quería que me acostara con

Montorvo,

aunque

era

un

sinvergüenza, y en cambio criticaba que pensara en hacerlo con Sanpierone, que podía estar limpio y sufrir del único pecado de tener parientes despreciables.

¡Pobre hombre! ¿Acaso no se podía decir de mí lo mismo?

Malhumorada, miré el papel de los pisos de citas. Finalmente, decidí dejar de lado esas palabras para continuar con el plan, y subí por el ascensor a una de las plantas más altas, llamé a una puerta y esperé con impaciencia mientras Soraya y la señora Ibáñez aguardaban, mudas, por detrás. Finalmente una joven vino a abrir. De inmediato, pensé que la conocía pero no pude situar realmente de dónde me sonaba su cara.

—¡María

Laura

Macaroni!

—

exclamó—, ¡qué sorpresa! ¿Qué haces tú aquí?

Me quedé de piedra. ¿Qué iba a decirle? ¿Iba a decirle que no sabía quién era ella? ¿Iba a preguntarle si trabajaba de prostituta vip? Abrí la boca, volví a cerrarla, estaba a punto de decir que me había equivocado una vez más, cuando se adelantó la señora Ibáñez y se me puso a la par.

—Ella es una puta —me señaló con el pulgar— y nosotras somos sus madamas. ¿Podemos entrar?

La chica que nos había recibido sonrió y se hizo a un lado, dejándonos espacio. Entramos a una sala exquisita, decorada con muebles de diseño en un estilo Luis XV o algo así. Más allá, una puerta abierta daba a un único dormitorio

que

parecía

suite

presidencial.

—Tengo

solo

unos

minutos

disponibles —nuestra anfitriona miró su móvil y luego me miró a mí—. ¡Quién lo hubiera dicho! María Laura Macaroni, *escort* de hotel. —Me repasó de la cabeza a los pies tras sentarse en el sofá junto a mí—. ¿Es una broma?

—Bueno, yo...

—Digo porque no pareces de alto standing.

—Sé que no soy muy alta, pero...

Se echó a reír.

—Alto standing, de alto nivel,

¿entiendes?

Enrojecí. Algo malo debía pasarme para que una puta estuviera dispuesta a insultarme. ¿Y quién era ella después de todo? Alicia, recordé, una de las mejores alumnas de Auditoría mientras yo transitaba infructuosamente el camino de la universidad.

—¡Vamos! Tú no eres *escort* de hotel, ¿qué quieres? —

insistió.

A mi lado, la señora Ibáñez extrajo un pañuelo de su bolsillo y comenzó a limpiar su ficus otra vez. Al frente, Soraya se miró los pies.

Volví mi vista hacia Alicia, que había comenzado a fumar. Tosí, el humo tiene un efecto nocivo en mí.

—Bueno —expliqué—, en realidad estoy haciendo una investigación.

Alicia se adelantó hasta el borde de su sillón y dejó el cigarrillo en el cenicero.

—¿Es por la muerte de Selva?

Parpadeé.

—¡Sabía que tarde o temprano

alguien tenía que interesarse! Te contaré como fue.

—En realidad...

No me dejó continuar. Sus ojos se llenaron de lágrimas y me cogió una mano con fuerza.

—Selva era como una hermana —

susurró—, nos turnábamos en este piso; ella, los lunes, miércoles y viernes...

hasta el viernes último. Llamaron a la Recepción, el cliente pidió el *book* del hotel. Eligió a Selva, ella lo invitó aquí pero él prefirió su propia habitación.

Selva fue hasta el piso, era uno de los apartamentos privados de la planta dieciséis... El cliente la asesinó de cinco machetazos en una de las camas.

Alicia se echó a llorar y no supe qué contestarle. Le acaricié la mano un momento y luego la solté.

—¿Lo encontraron? Debió dejar su nombre, los datos de su tarjeta...

—¡Todo era falso! —sollozó—.

Alquiló el piso simplemente para matarla, ni siquiera llegó a violarla, no fue un exceso, fue una carnicería lisa y llana.

—¿La policía...?

—Hicieron las cosas de rutina y se fueron. Dijeron que iba a llevar tiempo.

Dijeron que había sido un extranjero y no había dejado

huellas. Tendrían que cruzar las imágenes de las cámaras del hotel con la Interpol y para entonces...

—El asesino ya estaría en Katmandú o en Kamtchatka — terminé la frase, medio descompuesta, mientras echaba una ojeada a la señora Ibáñez y a Soraya. La primera había dejado de limpiar la planta y miraba a Alicia sin parpadear. Soraya parecía simplemente horrorizada y parpadeaba con la regularidad de una máquina japonesa.

—Pero Malala —susurró Alicia y volvió a tomar mi mano —, yo sé algo más. La policía me mostró las imágenes del hombre y supe entonces que lo había visto antes. Me crucé con él una vez, en la agencia. Había discutido con la propietaria, quería que le pagara por

«cuidarnos». Era un tipo como los de las películas de James Bond.

—¿Rudo? ¿Anticuado?

—Ruso, fortacho y cuadrado.

—Oh.

—¿Sabes su nombre?

Alicia negó con la cabeza.

—A

propósito,

¿en

qué

departamento

policial

dijiste

que

trabajas?

Tartamudeé.

—Bueno, en realidad yo... estoy aquí por otro caso —
anuncié—. Necesito encontrar a Laura Vilte, ¿la conoces?

Alicia negó con la cabeza.

—¿Es una *escort*? Aquí nadie usa su verdadero nombre,
tendrás que ir agencia por agencia, preguntando. Aun así,
no creo que obtengas resultados.

Todo el mundo se oculta, sea para preservar una vida mejor allá afuera o para huir de una vida peor allá afuera.

Asentí.

—¿Podrías darme el dato de tu

agencia? ¿Y también tu número de móvil? Por si quedara algo por preguntarte. Aquí te dejo el mío para que lo tengas.

Tras

intercambiar

datos,

nos

pusimos de pie. Pero al llegar a la puerta y cuando la señora Ibáñez y Soraya ya se hallaban en el pasillo, me volví hacia Alicia.

—¿Por qué no te retiras? —quise saber—. Aunque sea por un tiempo. Este tipo parece Jack el Destripador ¡y tú eres tan brillante...!

A Alicia se le endurecieron los ojos.

—¿¡Tú qué sabes!?

Me cerró la puerta en la cara y ninguna de las tres comentó nada hasta que bajamos al piso dieciséis.

Entretanto yo iba pensando que había madurado. Tres meses antes, el pensamiento de un asesinato me habría hecho saltar por los aires, la mafia rusa me habría impulsado a salir corriendo y no parar hasta terminar la famosa ruta 66. Habría corrido más que Usáin Bolt, habría corrido más que Forrest Gump.

Me

estaba

haciendo

ducha,

una

investigadora en toda regla, astuta como Sherlock y seductora como James Bond en versión mujer. Sin duda, esto de las búsquedas de personas se me estaba pegando a la piel como una capa de gel autobronceador.

Después del baño de autoestima, abrimos la puerta del apartamento y la señora Ibáñez dejó el ficus sobre la

mesa.

—Ahí está la mancha —señaló una sombra oscura en la pared de uno de los dormitorios—. ¿La veis?

Soraya no respondió. Se dejó caer en el sofá y cerró los ojos.

—¿Qué mancha? —quise saber.

—La del asesinato —repuso la

señora

Ibáñez—.

Fue

en

este

apartamento, ¿acaso no te has dado cuenta?

Mi autoestima cayó de golpe y lo mismo hizo mi ánimo. La mancha estaba sobre la cama que yo había compartido con Simonetta la noche previa.

A la italiana no le molestó la presencia de la mancha

aquella, pero esa noche yo tiré un par de mantas al suelo y dormí junto a la señora Ibáñez, en la sala. Un rato después, otro par de mantas cayó a mi lado y compartí el espacio con Soraya.

—Tu prima me tiró de la cama —

susurró mi amiga en la oscuridad de la noche.

—Perra.

—Ajá.

Y claro, al día siguiente nos dolía el yunque, el estribo, el martillo y el resto de los huesos hasta los metacarpianos de los pies.

Eso me puso de malhumor, y mi

estado de ánimo no mejoró cuando vi que Valeria y Simonetta estaban estrenando ropa y les sentaba de maravillas. Por mi parte, yo estaba en la segunda camiseta y solo una me separaba del fondo de mi escuálida maleta.

—Voy a salir —anuncié de mala

gana.

En el acto, Soraya alzó los ojos, preocupada, y la señora

Ibáñez se puso de pie para acercarse a la mesa y alzar su
ficus.

—Sola —agregué. Debí usar un tono amenazante, porque
mi vecina se ofreció, solícita, a traer mi bolso, que había
quedado en la habitación de Simonetta.

Pensé que se demoraba más de la cuenta, acaso el bolso
se había caído y se

habían

esparcido

todas

mis

pertenencias; me imaginé a la pobre señora Ibáñez
buscando a cuatro patas mis pañuelos o mis llaves. ¡Iban a
dolerle las rodillas! Pero entonces recordé que Soraya le
había hecho cambiar el cierre, ¿por qué se tardaba la
anciana entonces? Acaso un ataque de demencia, barrunté.

La señora Ibáñez regresó en ese instante.

—Listo

—me

sonrió—,

de

maravillas.

Por fin, llegué a la calle. Necesitaba un tiempo a solas, me daba cuenta de que había comenzado a resentir los consejos de Soraya, Simonetta me caía mal y la locura de la señora Ibáñez me parecía de pronto contagiosa. De Valeria, no dije nada que no hubiera dicho ya millones de veces antes.

Me sentí mejor tras una merecida pausa para almorzar en un sitio de comidas rápidas, tras lo que miré la tarjeta que me había dado Alicia. Tenía que hacerme de una tarjeta personal, tenía que encontrar a Laura Vilte y debía hacerlo rápido: la estancia en el piso dieciséis iba a terminar en sangre si la cosa no cambiaba.

Por eso, enfilé primero a un sitio donde me imprimieron unas cincuenta tarjetas

de

forma

expeditiva

y

profesional. Me quedé mirando el nombre:

«Malala

Macaroni,

investigadora privada», no estaba mal.

Como todo contacto, había agregado mi número de móvil.

A continuación me dirigí a la

agencia de *escorts* que me había indicado mi antigua compañera de Auditoría. No fue fácil: tuve que superar el control del encargado de un edificio de lujo, luego el de un vigilante que se hallaba en la puerta de la oficina, a continuación a la secretaria, para pasar finalmente hasta la dueña.

La mujer era rubia, de ojos pálidos, con un cutis terso de pómulos altos. Era asombrosamente bella a pesar de estar pisando los cincuenta años, calculé.

—Soy albacea del padre de la

prostituta Laura Vilte —me presenté—.

Necesito localizarla, ¿la conoce?

La mujer habló con un fuerte acento de Europa del Este mientras hacía girar la ruedita del mouse y miraba el ordenador.

—¿Laura Vilte? Tengo varias Lauras Vilte aquí, ¿cuánto dijiste que heredó?

Pegué un salto. ¿Varias Lauras Vilte?

¿Cómo era posible? Aunque si en el país habían

trescientas

mil

prostitutas,

estadísticamente cabía la posibilidad de que dos o más se llamaran así. Posible, pero no probable, rumié. Aunque quién sabe, ¿quién era yo para decir?

Suspiré.

—Bueno, en realidad no heredó. El padre está moribundo, ¿puede pedirle a todas esas Lauras Vilte que contacten conmigo?

Abrí el bolso para dejarle una tarjeta, pero de pronto no las encontré.

Rebusqué y rebusqué, mientras la dueña de la agencia tamborileaba con los dedos sobre el escritorio de vidrio. Me puse nerviosa, adiós a mis intentos de lucir profesional. Claro que tampoco podía

lucir

profesional

en

jean,

camiseta y zapatillas. Me había quitado la venda de mi sien pero todavía se veía allí un golpe y en el cuello, el chupón de Sanpierone.

—Lo siento —me disculpé, cada vez más nerviosa, mientras sacaba mis magras pertenencias y las iba dejando sobre la mesa. Allí fue a parar mi labial roto, la calderilla, el paquete de pañuelos, la llave de mi piso y la del sex shop, la pistola de juguete—. ¡Aquí están! — anuncié triunfal cuando llegué al final y pude ver que las tarjetas se habían colado por un agujero en el forro hasta terminar entre la tela y el fondo.

No recordaba ese agujero, me apunté mentalmente que debía coserlo. Algún día.

Entretanto, extendí una tarjeta en dirección a mi interlocutora.

Pero ella no levantó sus manos para tomarla. Se quedó allí, inmóvil, la vista clavada en el revólver de mi prima.

—Tome —sonreí amistosamente.

La mujer no reaccionó.

—Tome —insistí.

Tomó la tarjeta con dedos vacilantes y la leyó.

—Investigadora —susurró—. ¿Para quién trabajas realmente?

—Yo...

—No conozco a ninguna Laura Vilte

—me interrumpió.

Apagó el ordenador y se puso de pie. Aquello me cayó mal. No se puede conocer varias Lauras Vilte en un segundo y que desaparezcan al siguiente.

Bueno, la mafia puede hacer eso, el resto de las personas, no, que yo sepa.

—Bueno, pero si llega a enterarse...

—repuse tras guardar todo en mi bolso con rapidez.

—No conozco ninguna, estoy segura de eso.

—Es un pobre padre moribundo y desesperado por encontrar a su hija —

dije en tono plañidero mientras daba pasitos hacia la puerta con esa extraña mujer pisándome los talones—, para él sería una gran alegría si pudiera...

—He dicho que no.

Habíamos llegado a la puerta de la agencia y entonces giré para mirarla.

—Oh, por cierto —comenté—,

siento mucho lo de Selva. Fue horrible, imagino el miedo que tendrá a que se repita.

Su

cara

se

transformó

inmediatamente,

mil

arruguitas

inundaron su frente y sus labios se abrieron y se cerraron sin que pudiera articular palabra. No hacía falta, sus ojos eran elocuentes y en ellos flotaba una expresión de horror, un miedo rayano en el espanto, el miedo a la muerte.

—¿Me estás amenazando?

—¡No! Yo...

Sin darme lugar a explicaciones, me cerró la puerta en la cara.

Del otro lado, meneé la cabeza con pena.

—No soy buena para convencer —

murmuré.

Ya en el ascensor, decidí llamar a Lucas.

—Oye, Lucas, esto está más difícil de lo que pensaba —
me quejé.

—¿Quieres un aumento?

—Me preguntaba si el cliente ha previsto una línea de
gastos para ropa...

ya sabes, para parecer profesional.

—¿Profesional? Un tanga y unas plumas...

—Profesional como andaría un

investigador privado —me apresuré a agregar mientras
dejaba el edificio de la agencia—, ando en jean y
zapatillas y todo el mundo me mira mal.

Continué conversando al llegar a la acera, pero allí
mismo, prácticamente en la puerta del edificio, me topé
con un hombre robusto, o quizá debería decir cuadrado,
que estaba hablando por su móvil en un idioma extraño.
Al cruzarnos, me miró fijamente con la expresión poco
amigable de los polis y los matones. Seguí de largo.

—Preguntaré a algunos amigos si andan en el negocio de
la ropa —repuso Lucas entonces y supe que se refería a
las veintisiete bandas de ladrones.

—Déjalo

—suspiré—,

me

las

arreglaré. A propósito, necesito que me des datos. ¿Cómo se llama el padre de Laura Vilte? ¿De qué país es?

—Eso es confidencial —Lucas se envaró.

—Pero, ¿qué debo hacer con Laura Vilte si la encuentro? ¿O debo llevártela de las narices? ¿La secuestro?

—No voy a darte ese nombre.

—Vete a la mierda, entonces —le corté.

Había llegado a la esquina de una amplia avenida cuando el móvil sonó y lo atendí mientras esperaba el cambio de semáforo. Era un rincón de la ciudad que estaba siempre lleno de gente, el corazón de la parte comercial.

—Dime —repuse de mal talante.

—Desde ahora has de llamarme a un nuevo número de móvil —dijo el adolescente—, es para mayor seguridad.

Ese número no puede ser rastreado hasta mí. Ahora te llamaré desde ese número, memorízalo pero no lo agendes.

Cortó, el móvil volvió a sonar y memoricé el número que aparecía allí.

—Y sobre el dato que me pides... es confidencial, Malala —insistió Lucas del otro lado—, si se lo dices a alguien...

—Si no confías en mí...

—Ambos terminaremos muertos.

Esto no debe saberse.

—No me lo digas entonces —repuse con pánico creciente. ¿En qué me había metido?

—Escucha bien. Es Arcangelo

Mascarpone, ¿entiendes?

El nombre no me decía nada pero el tono de voz de Lucas me hablaba de un respeto reverente, como el que le dispensas a San Pedro el día en que él decide si va a abrirte las puertas del cielo.

—Bueno, bueno —asentí.

—No volveremos a hablar de esto.

—Claro, claro.

El semáforo había cambiado y

comencé a cruzar el paso de cebra con otra treintena de personas, esquivando a los que venían en dirección opuesta en igual cantidad.

Todo el mundo sabe que es difícil cruzar una arteria transitada en una gran ciudad, quizá por eso un hombre se pegó a mi espalda. Dos segundos después, pegué un salto al sentir la presión del caño de un arma en el omóplato izquierdo. O eso o era un plátano, pero no creía que el sujeto me estuviera apuntando con un plátano.

—No hagas ningún movimiento —

susurró y noté el tono extranjero, búlgaro o ruso o algo así —, sigue caminando hasta que llegues a la acera, y entra en ese coche negro.

Vi el coche negro, diez pasos por delante, con conductor y en marcha, y me vi tendida en un agujero negro, a treinta kilómetros de allí. No, señor, no iba a subir.

Cogí la manija de mi bolso con firmeza y giré sobre mi

pie derecho como una bailarina de ballet para terminar aporreando a mi atacante con todas mis fuerzas.

—¡Ladrón!

—grité—,

¡quiere

robarme, ayuda, a mí!

Lamenté que mi bolso no tuviera adentro algo más contundente que un revólver de juguete y unas llaves.

Necesita algo como mi vieja Uzi-Pro o una vieja maza de cocina, y me prometí que la próxima vez metería al menos tres ladrillos. Pero mi movimiento había cogido al hombre por sorpresa, tanto que solo atinó a agacharse mientras a nuestro alrededor las personas se acercaban a ayudarme. Pronto fuimos tres dándole golpes y el sujeto huyó despavorido rumbo a su coche. Aun así lo

perseguimos,

aunque

infructuosamente, pues llegó a meterse en el vehículo, que partió raudamente y se perdió en la siguiente esquina.

Me despedí, agradecida, de mis serviciales ayudantes, y mientras me colgaba el bolso al hombro y recuperaba el aliento, retomé mi móvil.

—Lucas —continué la conversación que había quedado abierta—, exígele a tu cliente que al menos me dé un arma.

Lucas rio con su risa chillona.

—Eso no será problema, cortesía de la casa. ¿Alguna preferencia de marca?

—Uzi-Pro —manifesté— y que

venga en un contundente bolso de mujer

—añadí al notar que mi viejo y querido bolso acababa de desfondarse y todas mis

escasas

pertenencias

yacían

esparcidas en el suelo de la acera.

Capítulo 4: Los

demonios malignos

Despedirme de mi bolso fue más triste que dejar atrás el viejo osito Pepe de mi infancia. En esa ocasión, Valeria lo había arrojado a la calle para que lo pisara un camión. Aun así, yo lo había rescatado pero cuando mi madre lo encontró, mugriento y destripado entre mis sábanas, lo prendió fuego en una especie de ceremonia destinada a expulsar los demonios malignos de mi cuerpo.

Me pregunté si expulsaría mis

demonios malignos al quemar mi bolso.

¿Dejaría de desear a Sanpierone?

¿Dejaría de doler lo de Montorvo? Más aún, ¿lograría que no existiera ni la mafia italiana, ni la rusa, ni los delincuentes como Lucas y Latorre? ¿Al menos me desharía de la compañía de Valeria? Supuse que no, hasta la hechicería tiene sus límites.

De cualquier modo no tenía mucha fe en la magia, ni blanca ni negra, así que me limité a tomar la calderilla para meterla en el bolsillo delantero de mi jean. El móvil fue a parar al trasero de la derecha. Logré colocar las llaves en el izquierdo tras un enorme esfuerzo, pues los pantalones no me quedaban nada holgados. Tras meter

barriga, pude colar el revólver rosa de Valeria entre mi abdomen y la cinturilla. Descarté el lápiz labial roto y los pañuelos, pero conservé mis tarjetas personales y aquella que me había dado Alicia.

A continuación me senté en el banco de un parque a rezar, pero no sabía ninguna oración y no parecía que el IChing estuviera a la altura de las circunstancias. Lo repasé entero por las dudas y, tras horas de estar inmóvil y meditabunda sin beneficio ni para el cuerpo ni para mi mente atribulada, me puse de pie totalmente decidida: en un acto de coraje, lancé el bolso a un contenedor de basura que hallé a mi paso y seguí de largo, la cabeza recta aunque hubiera dejado atrás un trozo de mi vida.

Con los escasos fondos que tenía decidí que merecía un helado, para arrepentirme, como es lógico, tras haberlo comido. No solo no me quedaba dinero para el autobús sino que además el revólver se me clavaba en la tripa, que sobresalía por el borde de los jeans.

Agradecí que el arma fuera de juguete, si hubiera sido real, podría haberse disparado.

Resignada, caminé todo el trayecto de regreso al hotel y llegué cuando caía la noche, hambrienta, sudada y con los pies tan hinchados como botijos.

Pero en cuanto traspasé la puerta giratoria de la entrada, me di con una sorpresa.

La

señora

Ibáñez

se

encontraba en el hall, rodeada por siete u ocho sujetos trajeados en negro, con los que parecía discutir con acritud.

Rogué que no tuviera que defenderla, con el atacante de la calle había tenido suficiente, pero por las dudas acerqué mi mano a mi estómago para estar lista.

Sin embargo, la expresión de la señora

Ibáñez

se

transformó

al

reconocerme y se lanzó emocionada a mis brazos.

—¡Ya estás aquí! —sollozó, y tuve que agarrarme de su cuello para que no me tirara ella a mí. Vaya, era una vieja fuerte.

—¿Ha pasado algo? —me inquieté

—, ¿las chicas están bien?

Mi vecina asintió, temblorosa.

—¡Tú! ¡Perdimos contacto! ¡Temí tanto que te hubiera sucedido algo!

—Ya, ya, cálmese —le palmeé la espalda, distraída, mientras buscaba con los ojos a los hombres que habían acompañado a la señora Ibáñez hasta entonces. Dos de ellos se habían dado vuelta y hablaban con el recepcionista.

Los otros simplemente se habían esfumado.

Recordé que mi vecina era demente y me pregunté qué clase de historias les habría contado a esos sujetos. Quizá eran huéspedes del hotel, barrunté, tal vez formaban parte de una convención o de un club, vestían todos iguales.

Pero no me sentía con ánimo de indagar, así que tomé el

ascensor sin planteármelo dos veces con la señora Ibáñez como compañía.

—¿Y su ficus?

La

anciana

suspiró,

todavía

mirándome con los ojos húmedos de ansiedad.

—Lo dejé arriba, tiene dolor de estómago, demasiado estrés —sonrió tibiamente.

Copié el gesto, la comprendía, yo también había sufrido demasiado estrés.

Había sufrido estrés del tamaño del agujero de ozono en la Antártida, o más, estrés del tamaño de la atmósfera.

Necesitaba descansar, me dije

entonces. Necesitaba darle un alto a la vorágine de mi vida y volver a vender geles sabor a fresa y chocolate. Yo misma podía untarme con uno de esos geles y lamer mis

heridas como un chucho.

Claro que habría sido más bonito si Montorvo o Sanpierone me lamían, para qué negarlo, todo el mundo sabe que hay soluciones naturales para el estrés, no necesariamente hay que atiborrarse de Diazepam. Suspiré, lo de Montorvo todavía dolía, pero por suerte ya se me estaba pasando. Y en cuanto a

Sanpierone... el Diazepam no era mala idea, pensándolo bien.

Al abrir la puerta de nuestro piso, me encontré con que Valeria acababa de colgar el teléfono de la sala. Al verme, saltó del sofá con un grito de júbilo.

—¡Lo logré! —anunció triunfal.

Me dejé caer en el lugar que había desocupado ella y pasé la mirada desde mi prima a Simonetta.

—¿Dónde está Soraya?

—Salió temprano —respondió la

italiana con una risita—, y dijo que no volverá hasta mañana.

Asentí, dormir en el suelo de la sala había

sido

duro,

¿quién

podía

reprocharle que se esfumara?

—¡Te dije que lo logré! —me

interrumpió mi prima, y dio una vuelta a la sala bailando salsa o tango, difícil decir, tenía menos ritmo que un japonés

—. ¿No quieres saber?

Cerré los ojos mientras me quitaba las zapatillas y apoyaba los pies en la mesita baja de enfrente. Estaba muerta.

—Bueno, a ver, cuenta.

—¡Tengo el dato de Laura Vilte! —

dijo Valeria con la voz temblando de emoción.

Me incorporé de golpe, más que nada porque las llaves de

mi piso y del sex shop me hincaban las nalgas.

—¿¿¿Cómo??? —pregunté mientras dejaba las llaves y el móvil en la mesita.

Solo me quedé con las tarjetas y el revólver, dado que no le había dicho a mi prima que se lo había sustraído.

—¡Ya lo ves! —se ufanó Valeria—,

¿acaso no soy inteligente?

Se echó a reír y Simonetta la

acompañó. Pronto estuvieron las dos riendo a carcajadas, abrazadas, tan entregadas a la algarabía que se cayeron y terminaron dobladas en el suelo. Ni aun entonces dejaron de reír.

—¡Bueno, cuenta! —apremié.

Valeria se enjugó los ojos, que vi brillar con alegría malsana.

—Recibimos una llamada, ¿cierto, Simonetta? —La italiana asintió—. Nos dijeron que tienen datos, pero que solo te los entregarán a ti si vas ahora —

Valeria se miró el reloj de pulsera—, en diez minutos, a la

suite del último piso del hotel.

Se me cayeron los dientes.

—¿¿¿Qué???

—Que tienes que ir dentro de diez minutos a la suite del último piso del hotel —repitió mi prima y volvió a reír.

No le veía la gracia. ¿Citarme en una suite para darme datos de Laura Vilte?

¿Quién podía ser? Solo se me ocurría pensar en Alicia, pero ella tenía su habitación dos pisos más abajo y habría dicho su nombre. ¿La agencia de su jefa, entonces? ¿Quién más podía saber que yo estaba buscando esos datos? Sentí un escalofrío. No estaba lista para todo eso, pensé, quería meter la cabeza bajo la almohada y dormir, dormir para despertar en un mes. Claro que no tenía almohada ni cama.

Seguramente mis pensamientos se vieron reflejados en mi cara, porque Valeria continuó:

—Si vas, esta noche te dejo mi cama.

Bueno, aquello sí era tentador, pero me pregunté por qué mi prima estaba tan magnánima.

—Quiero irme de aquí —explicó

ella con la voz ansiosa de una chiquilla, mientras se ponía de pie—, pensé que íbamos a echar las cartas, ¿recuerdas?

—Yo también estoy harta —

intervino la italiana, imitándola—, lo de echar las cartas parece mucho más divertido que estar encerrada en este hotel. Ve a ver a este sujeto y si no resulta bien, nos vamos.

Estuve a punto de creerles, pero Valeria volvió a reír, Simonetta la abrazó y se desternillaron las dos, lanzándose sobre mí en el sillón. Me desembaracé de ellas como pude mientras buscaba con los ojos a la señora Ibáñez, pero la anciana no me miraba, había vuelto a su pasión de limpiar las hojas del ficus.

—Está bien, está bien, iré y mañana nos largamos de aquí —respondí, malhumorada, mientras me calzaba las zapatillas. Cualquiera cosa era mejor que permanecer junto a esas locas.

Pero en cuanto salí al pasillo me arrepentí. ¿Qué clase de persona te cita en el piso más alto de un hotel cinco estrellas para darte datos de una prostituta? Ni yo podía creer algo así, todo el mundo sabe que esos datos se pasan en el bar, mientras te bebes un Martini o un bourbon con

hielo.

¿Entonces? Pensé a toda velocidad mientras esperaba el ascensor. Entonces cabían dos posibilidades y ambas hacían que se me retorciera el estómago y se me erizara el vello de la nuca.

O

me

había

citado

alguien

relacionado a la agencia de *escorts* que había visitado esa tarde... o Valeria había conseguido colarme en el *book* del hotel.

El ascensor se abrió y se cerró segundos

después,

mientras

yo

permanecía allí, inmóvil en el pasillo.

¿Qué debía hacer?

Durante el siguiente minuto deseé llamar a Montorvo. Quería que la policía me protegiera. Que viniera el ejército, a ser posible. Quería los camiones de SWAT y las fuerzas antidisturbios y los helicópteros y la artillería antimisiles. O eso, o poder esconderme tras la ancha espalda de Sanpierone y dejar que se hiciera cargo de mis problemas. ¡Su espalda! Su nombre debía bastar para amedrentar a los proxenetas.

Bueno, no podía permitirlo. No podía acudir ni a un poli corrupto ni a una familia narcotraficante, debía ser fuerte. Debía afrontar yo misma mis problemas.

La tentación de llamar a Sanpierone y ver qué pasaba entre nosotros seguía allí, solapada como una bestia entre el follaje de la selva. Me asusté. Y en ese mismo instante me hice el firme propósito de no volver a ver a Sanpierone en mi vida. Cuando lo viera, cerraría los ojos y me pasaría a la acera de enfrente aunque me atropellara un camión

al

cruzar,

me

prometí

fervientemente.

Suspiré y llamé al ascensor una vez más. Subiría hasta el último piso, decidí, si me encontraba con un cliente, diría que se trataba de un malentendido y tendría el pretexto que necesitaba para matar a Valeria. Si en cambio era alguien de la agencia, lo escucharía con el revólver rosa en la mano.

El ascensor llegó, subí dos pisos, bajé, me detuve allí por unos segundos, volví a llamarlo, subí unos pisos más, me detuve nuevamente. Algo me decía que había tenido una pésima idea y que iba a lamentar mi coraje. ¿De dónde habían salido esas ganas repentinas de hacer de heroína de feria? Debía huir, pensé, debía alejarme de la ciudad y del continente.

Pero algo más fuerte que la lógica y el raciocinio me llevaron a pulsar el botón del último piso una vez más y apreté los dientes.

Cuando el ascensor finalmente se abrió, me permitió ver que había solo una puerta. La suite presidencial, razoné.

Miré hacia todos lados antes de pisar el pasillo. Además de la puerta aquella, había una escalera de emergencias.

Escuché entonces un retumbar de tambores y supe que era mi ventrículo.

Tragué saliva. Despacio, arrastrando los pies en el mayor de los sigilos, me acerqué a llamar la puerta con los nudillos.

Nadie respondió.

En un alarde de terquedad, llamé nuevamente.

Se me acababa de ocurrir una

tercera posibilidad, que no se me había ocurrido antes, cuando la puerta se abrió sola con un leve chasquido. ¿Qué tal si dentro me esperaba el ruso que me había interceptado en la calle? ¿Qué tal si era el asesino de Selva?

Temblé.

Indecisa, mordiéndome los labios, metí mano en mi tripa para sacar el revólver rosa. A continuación, empujé la puerta con el codo y entré.

Una luz mortecina que provenía de una lámpara de pie

iluminaba una habitación adornada con lujo de club inglés, de esos que prohíben la entrada a las damas.

Mis ojos asustados pasearon por los ventanales que daban al cielo estrellado de la noche, reptaron por los dos juegos de sillones, se detuvieron más allá, en una habitación cuya puerta estaba entornada y que parecía un comedor, voltearon en dirección contraria hasta el dormitorio que apenas se divisaba entre las sombras, y volvieron a la sala tras el paso por un sillón giratorio de respaldo alto, junto a un escritorio. Di un salto al ver que del sillón sobresalía una cabeza.

Que no sea un muerto, rogué, ay, por Dios, que no sea un muerto. Aunque, pensándolo bien, tampoco quería que fuera un vivo.

Me

castañetearon

los

dientes

mientras levantaba el revólver rosa hasta la altura de mis ojos, y maldije a mi prima dos veces por enviarme allí y por tener en su cartera un arma de juguete cuando yo

necesitaba un Kalashnikov o un AK47.

Para colmo, mi mano se movía como si

hubiera

cogido

un

vibrador

profesional. De los que hacen masajes, no de los otros, que no estaba para las guarradas.

La puerta de acceso a la suite se cerró con un suave chasquido y supe que la persona que estaba en el sillón, y de la que ahora podía ver el codo enfundado en una chaqueta color camel, había accionado un control.

—No intente retenerme —advertí con voz temblorosa— estoy armada.

Pero lo cierto es que en ese instante supe que no estaba ni remotamente preparada para hacerle frente.

El hombre se puso de pie con

lentitud. Era alto, observé, de hombros anchos, no podría

contra él. Mis ojos desorbitados registraron fugazmente sus pantalones azules, la chaqueta de buen corte y la camisa blanca, hasta que de pronto, me encontré de frente con las gafas de carey que enmarcaban los ojos grises de Sanpiero.

¡Oh, no!, llegué a pensar que casi prefería al asesino.

No me moví, excepto para dejar caer el brazo que aún sostenía el arma. Fue él quien llegó hasta mí con largas zancadas y entonces sí, giré y eché a correr hacia la puerta, la golpeé con mi puño, rogando inútilmente que se abriera para no encontrarme allí, otra vez, a merced de ese hombre.

Y con cada golpe, renequé contra el destino y contra mi mala suerte, que no había puesto a mano ni camión, ni calle, ni la acera de enfrente.

El camión que debía atropellarme no llegó, pero sí lo hizo Sanpiero, que se situó a mi espalda, me tomó por los hombros y me hizo girar para abrazarme.

—Paolo...

—susurré

entonces,

mientras temblaba contra su cuerpo.

—Shhh... —respondió, y a pesar de mis protestas me alzó para llevarme en volandas hasta un sillón—. No podía más, tenía que verte.

Antes de que yo me hubiera dado cuenta cabal de dónde me encontraba, me hallé repantigada de costado sobre sus muslos, con la cabeza apoyada en su pecho mientras él me acariciaba el cabello con suaves pasadas. Tenía la delicadeza de un hada madrina o de un *coiffeur* francés, no quedaban dudas de que era un hombre de dedos hábiles.

Suspiré.

Me sentía como el pobre diablo que, estando en el desierto, ruega por una gota de agua y en cambio le cae el diluvio de Noé. Yo ansiaba seguridad y quería ser amada, pero no por él, no por él.

—¿Qué tienes ahí? —me preguntó de golpe y cogió la muñeca de la mano en la que aún sostenía el revólver.

—¡Oh, esto! Un arma de juguete. La tomé prestada del bolso de mi prima porque pensé...

Sanpieronone no tomó el arma, sino que me hizo girar la

muñeca levemente mientras inspeccionaba el juguete.

Después me soltó y rio con esa risa ronca que me hacía erizar los pelos.

—¿Qué? —quise saber.

—Es una S&W.

—Ajá. ¿Y?

—Smith and Wesson, fabricante de armas. Es un revólver de verdad, habría que ver si tiene balas. No está puesto el seguro, ten cuidado.

Me erguí en su regazo. No debí hacerlo, lo sé, porque entonces me percaté de un duro detalle bajo mis glúteos que hubiera preferido pasar por alto.

—¡Oh!

Volví a repantigarme y él lanzó otra breve carcajada, que terminó con un beso en mi frente. El beso se alargó, el tipo me estaba repasando la piel con su labio inferior, y a ese contacto casi paternal, poco menos que infantil, lo sentí como una descarga a dos veinte.

Me pregunté una vez más qué tenía ese hombre, qué energía o poder generaba que podía despatarrar mis

neurotransmisores

y

dejarme

tan

revuelta como un cóctel de whisky y tequila. Estaba bien jodida.

Para colmo, no sabía qué decir, no me animaba a moverme, sabía que si lo hacía, él y yo terminaríamos enredados en el sillón o acaso en la mullida alfombra,

sudorosos

como

dos

combatientes de taekwondo, de aikido o tai chi chuan... y satisfechos al fin.

—¿En serio es un revólver de

verdad? —me atreví a preguntar con un hilo de voz, tras estirar el brazo para dejar el arma en la mesita del costado.

—Sí, *cara*.

Guardé silencio, conmocionada ante el epíteto, ante la situación, ante el destino que parecía encapricharse en juntarnos siempre.

—¿Cómo es que estás aquí? —se me ocurrió de repente y volví a erguirme.

Esta vez él no dejó pasar el

movimiento. Puso ambas manos en mis orejas para enmarcar mi cara y me besó largamente. Sus labios repasaron los míos, sus dientes me mordieron con suavidad y luego me introdujo su lengua.

No pude, juro que no pude evitar seguirle el compás, ese hombre era el diablo. Bueno, no todo era su culpa: yo lo deseaba, lo deseaba con un hambre voraz.

Fue una locura de beso, los dos enredados, bailando en nuestras bocas como una pareja de tango o de vals vienés. Me encendí entera. Deseé que me tocara, quería sentir sus manos en mi cuerpo, las mías en el suyo, no dejar ni un centímetro por recorrer.

Fue Sanpieronone quien se apartó, minutos después, con el pecho agitado y los ojos desenfocados y brillantes. Y

aunque su boca me abandonó, sus ojos quedaron prendados de mis labios mientras él pegaba su frente a la mía.

—Alguien me contó que estabas en el *book* del hotel.

—¿¿¿Qué??? —intenté dar un salto, pero sus brazos, más rápidos, me sujetaron con firmeza—. Juro que... juro que... —enrojé, lo único que faltaba era que también me tildara de puta él.

—Lo sé, lo sé, no te preocupes, ya todo está arreglado, me ocupé de eso —

dijo mientras regaba castos besos en mi cabeza, en mi sien, en mi mandíbula y en mi cuello. Pero al llegar allí me dio un chupón y supe que tendría que usar pañuelo o bufanda o acaso un traje de astronauta para taparme bien. Ya tenía dos marcas haciendo juego.

—Gracias —mi voz surgió como un graznido. Carraspeé y a continuación tomé aliento. Tenía que hablar con él, debía ser clara. Y contundente, que no hubiera asomo de duda. Debía dejar sentado de una vez y para siempre...

Pero entonces él volvió a apretarme contra su cuerpo en un tenso abrazo.

—Malala —susurró—, estás siendo imprudente.

—¿Eh? —Aquello respondía bien a lo que me venía diciendo mi conciencia, pero ¿acaso era mi culpa que me encontrara allí?— ¡Yo no fui la que me sentó en tus rodillas! —me enfurecí—, fuiste tú el que me acomodó en esta posición, el que no hace más que besarme y hacerme sentir... ¡Imprudente, yo! ¡Ja! ¡Ahora vas a decir que te quise seducir!

Eché la cabeza hacia atrás y estalló en carcajadas, y mientras tanto me quedé allí, indecisa entre darle una patada y huir.

—Paolo... —lo llamé y mi voz debió de transmitir algo de angustia o de pena, porque él cambió el semblante y centró su atención en mí—. Por favor —susurré

—, por favor, déjame ir. ¡Te lo ruego!

Ya no me busques. —Creí morir ante la expresión de sus ojos. Tragué saliva—.

¡No puede ser! Esto... —Lo señalé a él y luego a mí— no puede ser, ¿entiendes?

Sanpierone cerró los ojos y se recostó sobre el respaldo del sillón, aflojando los brazos que me habían tenido

secuestrada. Aproveché para levantarme, pero antes de que hubiera dado dos pasos en dirección a la puerta, me detuvo su voz.

—¡Espera!

Giré para mirarle.

Él se puso de pie también y caminó rumbo a los ventanales, dándome la espalda. Habló desde allí, con el cielo estrellado y las luces de la ciudad como fondo.

—Algún día aprenderás a amarme

—repuso entonces.

Zapateé tres veces con el mismo pie.

¡Vaya que tenía la tozudez de un camello y el cerebro pequeño de un elefante!

—Sé que no tuviste padre —

continuó él— y que tu madre no te dio amor. Y está prófuga, claro. Sé que tu hermana te abandonó y que tu tía está en la cárcel. Sé que el único afecto real que has tenido en la vida es el de Soraya.

Quise

protestar,

un

sonido

estrangulado se atragantó en mi garganta.

Deseé decirle que estaba equivocado.

Quería contarle que alguna vez me había amado alguien, pero no pude mentir.

Se volvió hacia mí.

—Algún día aprenderás a reconocer lo que sientes por mí, solo espero que para ti y para mí no sea demasiado tarde.

—Paolo, yo no te quiero... yo no puedo quererte... — insistí.

Alzó una mano para detenerme y guardé silencio, total que no sabía qué decir.

—Hoy has sido imprudente —él

retomó la frase—, te has topado con gente para la que no estás preparada.

Fruncí el ceño, ¿la agencia de *escorts*? ¿El hombre de la calle? ¿Cómo sabía él todo eso?

—Tienes que dejar ese tema —

continuó—, no te metas con los rusos, deja el hotel por la puerta trasera, sin dejar rastros —tomó aliento—. Pásale este asunto a Latorre, él tiene órdenes de ayudarte; sabrá encontrar a esa mujer, la que buscas. Latorre tiene contactos...

—Pero yo quiero hacerlo sola —

insistí—, quiero ser independiente y no pedir ayuda a narcotraficantes y ladrones. Quiero probar que se puede.

Me pareció que una sombra cruzaba su rostro y que me iba a contradecir, pero se limitó a meter las manos en los bolsillos del pantalón y a balancearse sobre sus pies de atrás adelante.

En esos momentos sonó su móvil y él se lo llevó al oído. Lo que fuera que le dijeron, lo hizo empalidecer y cuando cortó, apretó los dientes.

—Debes ser prudente —insistió—, especialmente ahora que no puedo ayudarte. Mira, tengo que irme, me persiguen, tengo que ocultarme. No nos veremos por un

tiempo.

La frase me hizo detenerme y el mundo se congeló.

—¿Qué... —tragué saliva y hablé con un hilo de voz—
qué pasó? ¿Es la policía?

¿El

ejército?

¿Interpol?

¿Naciones Unidas? ¿La extradición?

Sanpierone se encogió de hombros y sonrió.

—A mi familia le cayó mal que

decidiera apartarme. ¿Recuerdas que te dije que no tengo
nada que ver con sus negocios?

—Ajá —asentí, lo recordaba, pero aún no sabía si podía
o no podía confiar en él.

—¡Ah, todavía no me crees! —Hizo una pausa mientras
me escudriñaba.

Seguramente leyó la duda en mis ojos porque sacudió la

cabeza y suspiró—.

No cayó bien que dejara a Simonetta de repente —hizo una mueca—, su padre quiere asesinarme y... hum... digamos que tiene socios locales.

Ah, sí, recordé que Simonetta había dicho

que

su

padre

mataría

a

Sanpierone, claro que no lo tomé en serio entonces. Pensé que era una de esas expresiones como las que yo usaba al pensar en darle muerte a Valeria.

Excepto

que

estaba

considerando

seriamente lo de darle muerte.

Volví mi mente al tema de

Sanpierone y lo miré con ojos

horrorizados. ¡No podía morir! No él, a quien yo había considerado invencible y tan infalible como el diablo, tan intocable como Escobar, El Chapo o Al Capone. ¿Cómo podía estar en peligro?

¡Y

tan

campante!

Sanpierone

se

balanceaba, los anchos hombros tirados hacia atrás y las manos aún en los bolsillos, como si acabara de cerrar un gran negocio o de operar a diez mujeres.

No tenía apuro por huir.

Fruncí el ceño. No entendía. Me esforcé por pensar, socios locales había dicho.

—¿Socios locales? ¿Quiénes?

Un rictus de amargura torció la cara de Paolo y por un segundo se miró los pies con un gesto indeciso.

—Eso no importa —contestó y miró su reloj pulsera—, pero ten cuidado en estos días en los que no puedo cuidarte.

No confíes en nadie. ¡Vamos, vete ya!

Dio unos pasos apresurados hasta una de las paredes de la habitación y presionó un botón. En el acto se abrieron las puertas de un ascensor privado.

—Por aquí —me apuró—, no tardarán en venir.

Me empujó un poco hacia el habitáculo y cuando entré, lo miré confundida desde allí.

—Pero... pero... ¿y tú? —pregunté asustada. Deseaba extenderle la mano y llevármelo de ahí, quería ponerlo a salvo.

Sus ojos alertas me sonrieron

cálidamente.

—¿Lo ves? —susurró—. Puedes

negarlo, pero el amor está allí.

Las puertas del ascensor se cerraron antes de que yo hubiera tenido tiempo de patear contra el suelo o de sacarle la lengua. Me moría de rabia, el tipo era más testarudo que un asno. Es el defecto de los hombres, pensé, un poco de calentura de tu parte y ya piensan que te tienen a sus pies. Cerdos ególatras, reflexioné, ¿y quién lo necesitaba para cuidarme? Por suerte tenía yo una Smith and Wesson que...

El alma se me fue a los pies. Había dejado el arma en la suite. El arma de Valeria, que era muy real y tenía mis huellas. Mis huellas y no las de Sanpierone, él se había cuidado mucho de no dejarlas allí.

Enfurecida, presioné el botón de alto y luego el del último piso. Total, ¿qué habían pasado? ¿Diez segundos? La puerta se abrió y en la sala de la suite ya no había nadie. Un silencio de muerte me aguardaba y tuve que hacer de tripas, corazón, para dar un paso adelante. Pero luego eché a correr para cubrir el breve tramo que me separaba de la mesita donde había dejado el revólver. Y allí estaba,

perfectamente

visible

y

esperándome.

Pero cuando lo tuve en mis manos sentí atrás un pequeño sonido y supe que la puerta de la habitación estaba a punto de abrirse.

Mis ojos desesperados se volvieron en dirección al ascensor privado, pero ya se habían cerrado las puertas y no tenía seguridad de que siguiera allí.

Pensando con rapidez, eché a correr rumbo al dormitorio y cuando ya creía escuchar un par de pasos por detrás, alcancé a colarme por el hueco de la puerta del armario y cerré tirando de la tuerca.

Allí adentro estaba más negro que dinero de la mafia y me empezó a faltar el aire. Aun así resistí, me mantuve estoicamente inmóvil a pesar de escuchar los pasos y las voces.

—¡Tú, por ahí! ¡Tiene que estar en algún lado!

Me mantuve inmóvil, no moví ni una pestaña hasta que la

puerta del armario se abrió de golpe y pude ver primero el cañón de una pistola, apuntándome, seguida por los ojos de un hombre.

Parpadeé entonces: la pistola no me asustaba pero sí lo hacían esos ojos, eléctricamente azules.

Montorvo y yo nos miramos con la boca abierta y colgante. Luego su mandíbula se endureció y sus labios formaron una delgada línea mientras sus ojos bajaban de mi cara a mi cuello o, para ser más precisa, a mis dos chupones.

—¿Encontraste algo? —se escuchó la voz de otro sujeto desde el comedor.

El comisario me miró entonces a los ojos y respondió:

—Solo basura, material de descarte.

Y ahí estaba. Me lo había dicho por tercera vez.

Lo odié. Lo odié con virulencia. Lo odié con un sentimiento tan intenso que requería una Glock o una Smith and Wesson. Un momento, yo tenía una Smith and Wesson, así que me adelanté y la apoyé en su cuello antes de que él saliera de su sorpresa.

Y antes de que yo saliera de mi sorpresa, me hizo una llave, me torció el brazo, llevó la mano que tenía la S&W a mi espalda y me obligó a apoyar el torso y la mejilla en la pared. La remató hincándome su pistola entre mi quinta y sexta costilla.

—¿Algún problema? —sonó la voz de su colega.

—Nada.

—Revisaré el balcón.

El comisario sonrió al aproximar sus labios a mi oído. Por un segundo creí que

iba

a

besarme.

Pensé

que

tendríamos una de esas escenas y yo debería abofetearle, no cabía otra opción. Pero Montorvo me torció tanto el brazo que me hizo daño mientras preguntaba en un susurro enfurecido:

—¿Dónde está él? ¿Eh? ¿Vas a

decirme dónde se esconde?

—¿Y yo qué sé? —contesté en el mismo tono—, ¡me tenéis harta! Deja ya de perseguirle, que él deje de perseguirme a mí, todos felices, y listo.

¡Ahora suéltame, bruto, me estás haciendo daño!

Durante un momento no sucedió nada pero cuando por fin aflojó su presión sobre mí, logré soltarme. Antes de que él se arrepintiera e intentara darme alcance, corrí hacia la sala, atravesé la puerta abierta y descendí con rapidez por la escalera.

Me detuve dos pisos más abajo, en el descanso, y me apoyé en la pared.

Montorvo me había dejado ir. ¡Me había dejado ir! Temblé con sacudidas incontrolables. No me había retenido.

Bueno, eso era un alivio, pero por otro lado había vuelto a insultarme.

Tragué lágrimas de furia, no de dolor, pero no era el momento de ponerme a analizar mis reacciones.

Mis piernas gelatinosas se negaron de pronto a sostenerme y tuve que hacer un esfuerzo inmenso para mantenerme en pie. Tras las sucesivas descargas de adrenalina, estaba muerta y no llegaría nunca al piso dieciséis.

¿Qué

debía

hacer?

Imposible

permanecer allí, Montorvo y su amigo podían perseguirme o simplemente usar las escaleras como escape. Lo mismo para el ascensor, ¿qué pasaría si yo lo llamaba y me encontraba con ellos en el habitáculo? ¿Acaso iba a desearles buen día o buenas tardes?

Además, ¿quién sabía si ellos

estaban en misión policial o actuaban por su cuenta? ¡Y qué poco importaba la respuesta! No quería volver a ver a Montorvo en mi vida, prefería pasarme a la acera de enfrente aunque en la calle me pisara un camión. Bueno, ya había dicho eso antes.

Suspiré. ¿Dónde podía esconderme a falta de calle y

camión?

—¡Alicia! —susurré entonces de golpe. No podía recordar qué día era, pero estaba en la planta de Alicia y acaso tuviera suerte y la encontrara en su cuarto. Desocupada, rogué, que tampoco quería meterme con sus clientes.

Sí, eso era, un fuerte instinto me decía que debía ir hacia ella.

Arrastrando los pies, me deslicé hasta su puerta, que estaba cerrada. Debí tocar, lo sé, es imperdonable que no lo hiciera, pero en ese momento escuché un ruido en el pasillo y me asusté. Sin pensarlo, hice girar la perilla, que cedió sin esfuerzo, y entré.

La imagen que vi desde la sala aún me persigue en mis sueños. Alicia yacía en su cama con la boca cubierta por una toalla y envuelta en cinta; los brazos y las piernas estaban abiertas en cruz y sujetas a los postes con correas. Había sangre, mucha sangre, que parecía brotar de su mano izquierda y de un trocito de carne que, para mi horror, yacía sobre el colchón. Supuse que sería una falange.

Los ojos espantados e inhumanos de mi antigua compañera miraban ese pedazo mientras su cuerpo se

contorsionaba de dolor y de la espantosa urgencia por soltarse.

Delante de ella y al pie de la cama, un hombre se reía mientras alzaba un hacha o un machete o un enorme cuchillo, yo qué sé.

No lo pensé un segundo. No tuve tiempo de reflexionar en las balas o en la cárcel o en mi puntería o en mi mala suerte. Levanté la Smith and Wesson y disparé.

Raro que yo hubiera causado ese desastre, pensé después. Como una tonta, me pregunté si debía desmayarme o vomitar o devolverle los sesos al cráneo del sujeto aquel.

Me sentí embotada, confundida, grité, ensordecí, y todo alrededor comenzó a moverse en cámara lenta. En cámara lenta se desvaneció Alicia, tras mirarme asombrada. En cámara lenta llegaron Montorvo y el otro poli, aquel de civil y este en traje de faena. En cámara lenta vi que Montorvo apretaba los labios y me hacía soltar el arma, haciendo presión en mi muñeca como había hecho Sanpieronone. Hablaba, pero

¿qué estaba diciendo?

El otro poli asintió y entonces Montorvo me empujó suavemente a la sala y me hizo sentar en un sillón. Él se

mantuvo de pie, el ceño adusto, los ojos alertas,

escudriñándolo

todo

pero

evitando mirarme. Mejor así.

Llegaron otros policías y luego los paramédicos y enfermeras. Entonces, cuando vi pasar a Alicia entubada y sedada, algo en mí se despertó, el sonido regresó con fuerza y quise taparme los oídos para apagarlo, taparme también la cara y llorar, llorar hasta despertar.

La poli no me lo permitió. Me

esposaron las manos en la espalda, me cubrieron la cabeza con la chupa negra de Montorvo y me sacaron del hotel entre cuatro, como si yo hubiera sido uno de los delincuentes más buscados de de la Interpol.

*

Lo que sucedió a continuación se pareció a una serie de Netflix. Unas horas en la comisaría, la llegada de Conde sin que nadie lo llamara, la fianza que pagó Latorre, un juez paternal y comprensivo, la recuperación de mi

patética

pila

de

tarjetas

de

«investigadora» y de la que me había dado

Alicia.

Ya

afuera,

veinte

periodistas más cinco canales de televisión esperándome en la acera.

«¿Es verdad que has dado muerte al asesino del machete?»

«¿Ha sido legítima defensa?»

«¿Te encontrabas en el hotel por casualidad?»

«El asesino había dado muerte a cinco chicas. Tú salvaste a la sexta,

¿qué se siente?»

Me volví hacia la periodista que había hecho ese comentario pero no me detuve a indagar. ¿Había habido otras muertes aparte de la de Selva? Abrí la boca, la cerré. Entonces Conde puso su mano en mi hombro como para

protegerme y así, abrazada al abogado, prácticamente pegada a él para abrirme paso entre la prensa, llegué a su Audi y nos marchamos.

Tres manzanas más allá, me recliné en el asiento, cerré los ojos y empecé a temblar. Nicolás me miró de reojo y encendió la calefacción aunque la temperatura era agradable.

—Gracias —susurré, pero no pude calmar los escalofríos.

Había sido demasiado. Demasiado desde que Malalona había llegado al sex shop y Soraya, Valeria y yo habíamos ido a entregarla al ático que explotó. A eso le siguió la explosión del coche. A continuación, los asesinos en casa de los Sanpierone. Solo tres días después, el ruso que me había abordado en la calle, el encuentro en el hotel con el

mismísimo Paolo y luego el tipo al que yo había dado muerte: el asesino del machete, había dicho la prensa.

La cabeza me daba vueltas y deseé poder olvidarme de todo. Deseé ser la señora Ibáñez y tener cómo única preocupación la limpieza de mi ficus.

Me refugié en el I-Ching.

—«En la lucha con un enemigo más fuerte, la retirada no es una desgracia, sino una manera de prevenir peores consecuencias —recité en voz alta—. Si un hombre, por un errado sentido del honor, se compromete en un conflicto desigual, estará concitando el desastre sobre sí mismo. En este caso una actitud sabia y conciliadora beneficiará a toda la comunidad que no debe ser arrastrada al conflicto.»

—Buena frase, deberías practicarla

—dijo Conde pero no le respondí, ni siquiera tenía idea de qué frase había dicho. Me dormí para despertar minutos más tarde, cuando el coche entró en un estacionamiento subterráneo.

—¿Dónde

estamos?

—pregunté

cuando nos detuvimos y el abogado me abrió la puerta.

No contestó entonces ni al tomar el ascensor, y de todas formas no me importaba demasiado la respuesta. Me apoyé contra una pared del habitáculo.

Todo lo que deseaba era dormir; dormir y olvidar.

Tras

llegar

al

piso

veinte,

atravesamos un pequeño pasillo en el que solo había dos puertas y Nicolás abrió una de ellas.

—Bienvenida a mi piso —dijo al apartarse para darme paso.

Vagamente me di cuenta de que el lugar era sobrio, minimalista, elegante, uno de esos sitios llenos de acero, vidrio y cuero oscuro que pregonan a los gritos que su

dueño es hombre, que tiene una fortuna y que puedes despedirte de Cupido.

No podía importarme menos.

Cenamos

sushi

pero

en

tres

ocasiones estuve a punto de meterme el tenedor en el ojo y un par de veces se me derramó la comida en el regazo.

Suspiré aliviada cuando mi antiguo jefe me ofreció ir a la cama. Hubo una época en la que habría matado por una oferta así, pero en ese momento todo lo que quería era apoyar la cabeza en la almohada.

Y dormí.

Sin remordimientos, sin pesadillas ni recuerdos. El sueño de un muerto, no el de una asesina. La idea de haber matado a alguien todavía no había colado

en

mi

cerebro

y

los

remordimientos llegarían después, al despertar por la mañana y descubrir que había dormido con la oreja apoyada en el pecho de Conde y mi pierna

enroscada entre las suyas.

—¡Qué diablos! —grité y me senté de golpe.

Estábamos los dos en la misma

cama. Él todavía tenía el cabello perfecto, peinado al gel, y el pijama azul con

monograma

parecía

llevar

tratamiento antiarrugas. En cambio, yo tenía la sudadera manchada, los pelos en punta y... bueno, no quise mirarme en el espejo ni bajo las sábanas. Una constatación táctil me informó no obstante de que todavía llevaba puestos los jeans y los calcetines.

Era una situación bizarra pero ya había atravesado otras peores. Y seguía cansada, así que suspiré resignada y volví a acostarme junto a Conde, aunque guardando cierta distancia.

Nos quedamos allí, los dos en su cama, mirando el techo en una

inmovilidad extraña; no era la calma postcoital ni la de la amistad con una amiga, era la calma posterior a una batalla, cuando cada ejército se retira para contar los muertos y sanar las heridas.

—Te imaginé muchas veces en mi cama —dijo Nicolás entonces, con la voz de un adolescente un poco guarro que es pescado en falta—. Claro que no pensé que sería así.

—¿En serio? —aluciné—. ¡Yo sí te había imaginado así! Hasta con el monograma.

Se echó a reír.

—¡Espero haber estado a la altura!

Al menos dime eso, quiero creer que en tus sueños fui una máquina.

Giré la cabeza para mirarle. Era un hombre extremadamente guapo, con los ojos como chocolate fundido, la nariz recta, la boca curvada en una sonrisa sexy que él sabía perfecta pues la había ensayado ante el espejo y en un millón de *selfies*.

Me reí.

Nicolás se volvió entonces hacia mí y me miró con cara seria.

—Quiero que entiendas en qué posición estás.

—He matado a un hombre —susurré, acongojada—, va a haber un juicio.

Pueden caerme muchos, muchos años de cárcel.

Él negó con la cabeza y se quedó mirando al techo con los codos flexionados y las manos cruzadas tras la nuca.

—No. El juez a estas horas ya habrá archivado el caso

como legítima defensa. No tendrás ningún problema.

—Oh... bue... bueno... gracias —

balbuceé.

—No me agradezcas a mí —torció los labios—. Se suponía que yo debía conseguir que te retuvieran al menos dos meses en prisión.

—¿¿¿Qué???

—me destapé, giré

hacia él y me senté sobre el colchón con las piernas en posición de loto y los codos en las rodillas para mirarle.

Conde me clavó los ojos y volvió a desviarlos casi al instante.

—Fueron

órdenes

de

Giorgio.

Quería que estuvieras un tiempo en la cárcel para amansarte. Así dijo, amansarte, como si fueras alguna clase de fiera.

No pude más, salté y dejé la cama.

—¡Ja! Pero, ¡hay que ver! ¡Hay que ver! ¡Amansarme a mí! —grité mientras caminaba de arriba abajo por la habitación, agitando los brazos como molinetes—

¿Quién

se

cree

ese

estúpido? ¡Ja! ¡Pero me va a conocer! ¡Y

tanto que me va a conocer!

—No sabes lo que dices —repuso el abogado sin moverse de la cama—, no te imaginas el poder que tiene y lo que es capaz de hacer.

—¡Bah! ¿Entonces, cómo es que

estoy libre? —Se me ocurrió una idea y mi corazón retumbó como respuesta—.

¿Acaso... acaso Montorvo testificó en mi defensa?

—Montorvo está igual que yo —

repuso Conde con voz amarga—,

prisionero

de

esta

desagradable

situación. Estamos hartos. Ya no queremos saber nada de Giorgio, pero es que...

No le dejé continuar.

—¿Entonces? —presioné, mi voz

sonando como un chirrido, como una uña contra la pared

—. ¿Cómo es que estoy libre entonces?

—Bastó con una llamada de Paolo Sanpierone.

Se me heló la tripa, se me

congelaron hasta los callos de los pies.

—¿Qué?

—Una simple llamada —El abogado se rio sin ganas—. El tipo está fugado, se lo busca aquí, en Italia, en todos lados, y hace una llamada ¿lo entiendes?

Negué con la cabeza, no entendía nada.

—El verdadero poder, Malala, no reside en el dinero. El verdadero poder está en las llamadas que puedes hacer.

Eso es poder. —Hizo una pausa—.

Cuando se presenta un problema, hay dos clases de personas: las que tienen al menos un número importante en sus contactos y las que no. Puedes ser pobre, pero si tienes un contacto, estás a salvo... —Suspiró—.

Sanpierone tiene los números más altos, los tiene todos.

En silencio, me tiré sobre la cama, al lado de él.

—Supongo que es porque todo el mundo necesita un ginecólogo —

murmuré.

Conde no respondió, se quedó

mirando el techo y supe que quería decirme algo y buscaba las palabras.

Tragué saliva y me preparé. No iba a volver con Sanpierone. No iba a agradecerle, no iba a echarme en sus brazos ni a... a...

—Tengo que llevarte a lo de Giorgio en media hora — dijo el abogado entonces—, tengo que entregarte. —Me echó una breve mirada de costado—. No es que él te quiera o te desee...

particularmente. Él desea todo lo de su hermano. Quiere tener lo de Paolo y si no puede tenerlo, quiere quebrarlo, romperlo para siempre.

Un viento helado me congeló

nuevamente las tripas, como si fuera Jon Snow y me hallara más allá del muro con todos esos zombis. *Winter is coming*, me dije. Pero no estaba lista, no estaba dispuesta a morir. Me sentía más a gusto como Daeneris Targaryen, bella y pendenciera aún sudada y en pieles.

Claro que a mí me faltaban uno o dos dragones.

—Voy a darme una ducha —anuncié, todo lo indiferente que pude, pero antes de que pudiera levantarme, Nicolás me apresó la muñeca, se giró hacia mí hasta casi montarme y aproximó su boca a mi oído. Por un segundo pensé que iba a atacarme sexualmente, que iba a besarme,

y decidí darle un buen coscorrón.

—Escucha —susurró justo a tiempo

—, haremos esto. Actuarás normal mientras me visto y saldremos juntos hasta la puerta del edificio. Allí me darás un golpe en la entrepierna... un golpe fingido, ¡no lo olvides! Correrás y te subirás a un taxi que pasará en ese momento por allí. El conductor es un amigo mío, está todo arreglado. Él te llevará a donde quieras, ¿lo entiendes?

Asentí, pero me parecía rebuscado.

Mucho más fácil si le daba un golpe en ese

momento

y

me

marchaba

inmediatamente.

—Ni se te ocurra hacerlo antes —

susurró como si hubiera leído en mi cabeza—, si creen que te dejé ir, van a matarme. Necesito que la cámara que

está en la puerta del edificio nos registre.

Volví a asentir, esta vez convencida.

No quería que muriera el pobre Conde, no tras haber compartido una noche con él, que aunque no me había hecho volar por las nubes, al menos no me había volado en pedazos.

—¿Puedes decirme algo más? —

murmuré entonces—, ¿qué está pasando?

El abogado cogió el control remoto del televisor y encendió el aparato, dejándolo a volumen alto en una señal de noticias. Comprendí que estaba camuflando el sonido de nuestra conversación, o sea que él temía que nos estuvieran escuchando.

— *La Santa* está en crisis —

respondió entonces en un tono apenas audible—, Paolo y Giorgio Sanpieronese han peleado. Giorgio ha mandado a toda su gente a matar a su hermano.

Asentí, aquello coincidía con lo que me había dicho Sanpieronese. Él no quería inmiscuirse en los negocios familiares, no iban a perdonárselo. Me dio pena, nadie

mejor que yo para entender lo que era ir en contra de los negocios de la familia.

—Sabía que el padre de Simonetta quiere matar a Paolo por romper el compromiso —dije entonces—, lo que no sabía es que también está en el asunto su propio hermano.

—El padre de Simonetta es parte de *La Santa* en Italia —susurró Conde con una voz en la que vibraba un temor reverencial.

Fruncí el ceño, pensando en la clínica médica de Paolo. No había tenido idea de que se trataba de un consorcio internacional.

—No sabía que «La Santa» tuviera sucursales.

Conde revoleó los ojos al techo antes de responder.

—Puede que para ti «La Santa» sea la clínica médica de Paolo, pero para los entendidos es una sociedad secreta dentro de la *N'drangheta*.

—¿¿¿Qué???

—Ahí hay mafiosos, masones,

empresarios, políticos y jueces... El padre de Simonetta es uno de los mafiosos, pero intuyo que no tiene uno de los

cargos más altos. Es *santista*, no es *vangelo*, ni *quadrino*, ni *padrino*, ni *crociata*, ni *stella*, ni *bartolo*, mucho menos *mammasantissima*, no es *infinito*

y, desde luego, no es la cabeza, o sea, no es un *conte ugolino*.

Me sentí mareada, parecía que la mafia tenía más niveles que el Candy Crush, ¿cómo podía ser? Hasta los nombres eran un rompecabezas, ¡con razón las fuerzas del bien no podían encontrarlos! Recordarlos ya era un problema.

—Ajá —murmuré—, ¿quién es

entonces la cabeza?

Conde se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe, es secreto. Todos los miembros de *La Santa* están más protegidos que las joyas de la reina de Inglaterra. Solo sé lo del padre de Simonetta porque Giorgio lo comenta.

Parece que en el seno de *La Santa* hay una rivalidad interna entre ese hombre, o sea Vincenzo Valvento, y otras personas.

Así se gestó el casamiento con Sanpierone, como una

forma de proteger a Simonetta porque alguien está tratando de matarla a ella o a su padre.

—Mmm... —dudé—. No sé si

quieren matar a Simonetta... o a Paolo.

—A Simonetta. Volaron el coche en el que iba y el piso al que se dirigía,

¿recuerdas? Son los enemigos de su padre. Por eso Vincenzo envió a su hija aquí, a que la protejan sus primos, los Sanpierone

—Hizo

una

pausa—.

Romper el compromiso fue una bajeza de

parte

de

Paolo,

la

dejó

desprotegida... por eso la rabia de Giorgio y del tío.

—Pero el piso y el coche eran de Paolo —insistí—. ¿Qué tal si en realidad querían matarlo a él, solo a él, desde el principio? A mí me parece que lo de Simonetta es un pretexto.

Negó con la cabeza.

—Mira, han entrado a la propia residencia Sanpierone para matarla. Han ido directo a su cuarto.

—Lo estás leyendo mal —insistí—, todo esto es una trampa para Paolo, cada vez me convenzo más. Hacen creer que Simonetta está en peligro y preparan atentados... pero en realidad quieren matar a Paolo Sanpierone, no a ella.

Luego, cuando él rompe el compromiso, ya no hace falta disimular más: el tío Vincenzo está furioso, Sanpierone queda como un canalla y todo el mundo aprueba la venganza. Mira, en realidad quieren matar a Paolo porque él no quiere entrar en sus negocios —dije, convencida.

Conde guardó silencio y ambos nos sumimos en nuestros pensamientos.

Intenté recordar algo, algo que se había dicho en casa de Sanpierone, mientras yo estaba escondida debajo de la mesa.

Giorgio había dicho... ¿qué había dicho?

Supuse que no tenía importancia, lo único importante era que los italianos no me encontraran. Salté de la cama.

—Vamos a...

No pude continuar. En ese momento mi atención se vio atrapada por el televisor, donde estaban pasando las imágenes de mi salida de la comisaría, la noche anterior. Reviví el momento en que los reporteros me hacían las preguntas, luego Conde me abrazó contra su cuerpo, a continuación el abogado me llevó a su coche, abrió la puerta y me ayudó a subir, no sin antes meterme mano.

Me volví hacia él hecha una furia.

—¡Serás guarro! —Miré alrededor hasta descubrir un cepillo de ropa sobre uno de los aparadores—. ¡Serás guarro!

—Lo cogí y le apunté. El abogado se cubrió la cara con sus manos mientras se doblaba sobre sí mismo de costado a fin de mostrar un flanco menor.

—¡Puedo explicarlo! —gritó.

Me detuve con la mano en alto.

Estaba claro que Conde no respondía bien a las amenazas, barrunté. Sería mejor que Giorgio no sospechara de nuestra maniobra o lo castigaría mucho.

¡Pobre! Decidí que cuando llegáramos abajo, le daría un fuerte golpe en la entrepierna, para su propio bien.

El abogado se levantó de la cama y se acercó a mí con las palmas abiertas, en señal de calma.

—Esa metida de mano fue bajo las órdenes de Giorgio —susurró al llegar a mí—. Él quiere incordiar a Paolo, quiere que salga de su escondite, que reaccione. ¿Lo entiendes? Tras ver eso

—señaló el televisor—, Sanpierone debe estar hecho una furia.

Bueno, no sabía nada sobre la furia del italiano, pero yo estaba que irradiaba como una espada flamígera, me sentía como un personaje bíblico, de preferencia un jinete del Apocalipsis.

Parpadeé, intentando calmarme.

—¿Lo ves? —susurré—. Ahí tienes la prueba. Giorgio quiere matar a Paolo, lo ha querido desde siempre, y no le importa el medio.

Se apartó de mí y me miró, mientras se acariciaba la barbilla.

—Puede que tengas razón. Mira, estoy harto de Giorgio. Si llegas a ver a Paolo, dile que no me importaría cambiar de bando, háblale bien de mí,

¿quieres?

Me guiñó un ojo con la expresión risueña y picaresca de un niño travieso.

Suspiré, recordando en ese instante por qué me había enamorado de él alguna vez.

Era un cretino, pero un cretino guapo.

Los

siguientes

minutos

fueron

difíciles, pues debí ejercer toda mi voluntad para que mis piernas no salieran corriendo mientras el abogado se arreglaba. Lo logramos y cuando, un cuarto de hora después salimos juntos hasta la puerta de su edificio, pude ver que enfrente aguardaba un taxi que tenía el motor en marcha.

Lo que no esperaba entonces, lo que me tomó absolutamente por sorpresa y me impidió reaccionar, fue ver que otro coche acababa de detenerse detrás, y a este lo conducía Montorvo. Él estaba allí, calle de por medio, y sus ojos celestes vigilaban al taxi como si yo no existiera, como si no me hallara a diez pasos de distancia.

Estaba allí para entregarme a

Giorgio, reflexioné entonces, iba a ponerme en sus manos, sabiendo como yo sabía que en ellas no habría ni un gramo de gentileza ni de clemencia.

Lo odié, lo odié con ganas, con una fuerza que requería que le diera un golpe en la entrepierna. Recordé entonces que al golpe debía dárselo a Conde. Había elevado mi rodilla con ímpetu ejemplar cuando un tercer vehículo dobló la esquina y se aproximó raudamente.

De pronto alcancé a ver que el vidrio trasero de ese último coche se bajaba y dio paso a un arma de caño largo

que abrió fuego contra nosotros.

En un segundo, Nicolás me cubrió con su cuerpo y me obligó a agacharme. Del otro lado de la calle, el coche de Montorvo reaccionó con una brusca acelerada y golpeó de costado al vehículo del tiroteo, de modo que la ráfaga de disparos desvió su curso, terminó hundiéndose en el muro del siguiente inmueble y destruyó las ventanas de vidrio.

No me detuve a ver qué pasaba a continuación. Conde me arrastró con él hacia la puerta de su edificio, entramos y nos detuvimos en el hall. Él estaba sangrando, noté entonces, le chorreaba sangre de una pierna. Horrorizada vi que un pequeño charco se había formado junto a sus pies y que Conde se estaba dejando caer contra la pared. Grité,

¿dónde diablos se había metido el encargado? ¿Por qué nadie llamaba a la policía? Me agaché para alzar a mi jefe, pero era imposible, ¿cómo podía pesar tanto siendo un tipo tan delgado?

De pronto, noté con alivio que una sombra se había materializado detrás de mí, pero al volverme hacia ella para pedirle auxilio, me di con que era la señora Ibáñez, que venía abrazada a su ficus.

Pensé que alucinaba pero no tenía tiempo para analizarlo,

no mientras todavía se escuchaban los disparos afuera y llegaba hasta mí el ulular de una sirena.

—Señora

Ibáñez,

ayúdeme

—

imploré—,

debemos

arrastrarlo,

tenemos que ponerlo a salvo. ¡Los asesinos pueden venir!

En lugar de responder, la anciana dejó caer el ficus sobre la cabeza del abogado y lo noqueó. Y antes de que yo hubiera podido reaccionar o protestar o ponerle la zancadilla, cogió mi mano y salimos corriendo por el pasillo hacia el ascensor, subimos juntas hasta la azotea, la atravesamos hasta llegar a una pared pequeña que separaba ese del siguiente edificio, la saltamos y seguimos corriendo. Por suerte era una vieja sumamente ágil, reflexioné con sorpresa.

Nos detuvimos justo cuando se

acabaron

los

edificios.

Habíamos

llegado al final de la manzana y pude ver, mucho más abajo, el movimiento vehicular de una calle transversal.

Agitada, me volví entonces hacia la anciana para reprocharle que nos hubiera conducido a un punto sin salida, pero ella ya no estaba a mi lado. Tenía una llave y había abierto la puerta de esa azotea. Desde ahí se limitó a señalarme el camino.

Descendimos por ascensor hasta la planta baja y pasamos por un amplio hall en el que algunas personas iban y venían sin prestarnos atención. Así, alcanzamos la calle y en la esquina siguiente subimos a un autobús como dos buenas vecinas, como si fuéramos de compras o de visitas o nos

movilizara cualquiera razón mundana y no supiéramos que a metros de allí otras personas se debatían con la muerte.

Capítulo 5: El abismo

—¿Te acostaste con él? —La señora Ibáñez giró hacia mí desde su asiento a mi lado en el autobús.

—¿¿¿Qué???

Me di un pellizco, ¡de todas las cosas bizarras que habían pasado ese día, aquella era el *summa cum laude* de la estupidez! Fruncí el ceño, estaba al borde de un ataque de nervios.

—No es una pregunta tan difícil —

dijo

la

señora

con

voz

suave.

Engañosamente suave, me pareció.

Di un suspiro, me rasqué la nariz, luego la oreja. Pero no

había caso, era inútil, tenía el pelo en punta y ya no podía calmarme.

—¿¿¿Y a usted qué le importa??? —

estallé con la furia de un reactor de uranio

enriquecido,

y

todos

los

pasajeros giraron para mirarme—. ¡He matado a un hombre! ¿Se da cuenta?

¡Han intentado matarme! —Tomé aire—.

¡Estuve en el *book* del hotel y estoy en el punto de mira de no sé cuántos narcotraficantes!

¡He

perdido

mi

trabajo, mi casa, mi amiga y hasta mi bolso! Y... —me tembló la voz— y acabamos de dejar atrás a dos hombres en peligro —Tragué saliva, no quería pensar en Conde, no quería pensar en Montorvo tampoco. Volví a gritar para apaciguarme—. ¿¿¿Y a usted qué viene a preocuparle??? ¡Que me haya acostado con un hombre! ¡Ja! ¿Si le digo que no he visto una polla en cuatro años y tres meses, va a estar feliz? ¿Eh? ¿Eso es lo que quiere oír? ¿O qué, va a decirme que necesito un psiquiatra? ¡Porque le advierto que puede que sí, puede que sí!

—Me eché a reír con carcajadas entrecortadas, como se ríen los malos en las películas animadas.

En el autobús se hizo el silencio, hasta que de pronto el hombre que se hallaba sentado en la fila de adelante giró y me sacó una foto con el móvil.

—¡Ey! —grité, enfadada—. ¿Y eso por qué? ¿Acaso nunca habías visto a una asesina fuera de las cámaras?

—No, si no es por eso —dijo el sujeto—, voy a venderle la foto a un periódico y ya me imagino cómo titularán la noticia: «Salvadora de putas no vio una polla en cuatro años y tres meses». Va a vender, ¿no crees?

—¡Joder!

Lamenté que la señora Ibáñez se hubiera deshecho de su ficus, necesitaba una maceta. Pero antes de que pudiera encontrar una alternativa, una pasajera se abrió paso hasta mí.

—¿Has pensado en un consolador?

Tenemos precios de oferta —aseguró, y me entregó una tarjeta.

Le eché un vistazo y vi que se trataba de la competencia: otro sex shop.

Lo miré con cierto desprecio, estaba segura de que sus productos no llegarían a la calidad del Jefe Supremo. Como el Jefe no había nada ni nadie.

Tras dar las gracias, guardé la tarjeta junto con las mías y la de Alicia, en el bolsillo trasero de mi jean. No quería que se dijera por ahí que yo no tenía modales impecables.

A continuación, miré a la señora Ibáñez. La anciana acababa de teclear en su móvil solo dos letras: «No». Las envió y levantó la vista.

—Aquí nos bajamos.

La seguí a regañadientes. De hecho, tuve que seguirla

mientras subíamos a otro autobús, de allí a un tren, luego a un autobús más. Cuando terminó el viaje, nos

hallábamos

en

una

zona

completamente distinta de la ciudad, aunque estuviera ligada a la metrópoli por un sinnúmero de calles y arterias, como un bebé siamés un poco deforme.

Nunca había estado allí y miré alrededor con curiosidad. Se trataba de una barriada bastante gris, pobre, no muy diferente del barrio en el que yo había crecido y de la villa aledaña. De hecho, parecía un cruce entre barrio y villa, como un perro mil leches.

Todavía malhumorada, seguí a la señora Ibáñez mientras ella se internaba en las calles. De pronto la anciana se veía exactamente como lo que era, una vieja arrugada y maltrecha, la espalda encorvada y los ojos llenos de una honda tristeza. Supuse que extrañaba el ficus, me dio pena.

Me pareció que mi vecina se

encorvaba más a cada paso que daba y cuando llegamos a la puerta de una casa antigua y descascarada, tuvo que apoyarse en la pared para no caer.

No había timbre y golpeé la puerta con mis puños.

—Aguante, señora Ibáñez, va a

poder descansar en seguida.

El hombre que acudió a abrir no estaba mejor que ella: era un anciano consumido y pelado, con la cara llena de arruguitas y la piel colgando como si se le hubiera encogido el cráneo. Estaba claro que él no podría ayudar a la señora Ibáñez, así que a mí me tocó tomarla del brazo y ayudarla a subir el escalón y a atravesar el largo pasillo.

Era una de esas casas a las que llaman

«chorizo».

Finalmente fuimos a dar a una

cocina, en el fondo. Mi vecina se dejó caer sobre una silla, el anciano hizo lo mismo y me ordenaron a mí que

preparara té. La verdad era que yo estaba más para una

hamburguesa doble, pero por suerte el anciano abrió el refrigerador cuando el té estuvo listo y produjo una bandeja de jamón y queso.

—¿Y ahora, qué? —preguntó el

hombre cuando hubimos terminado de comer y nos quedamos los tres con sendas tazas humeantes.

La señora Ibáñez me miró por sobre el borde de la suya.

—Eres valiente —dijo—, me lo

habían advertido pero no lo creí hasta ayer, cuando mataste a ese hombre.

Enrojecí de puro placer.

—Gracias.

—También eres bastante testaruda, un poco gilipollas y terriblemente insensata.

—¡Oiga! —me molesté.

—Eso va a tener que cambiar. Desde este momento no saldrás de la casa bajo ninguna circunstancia.

—¡Oiga! —repetí, ya furiosa.

—A ver, ¿te das cuenta de que hay dos grandes grupos que quieren jugar al poliladrón contigo? Claro que en este juego tú vienes a ser el ladrón y ellos, los polis.

—¿¡Qué dos grupos!?! —Pero yo

sabía la respuesta, solo que odiaba perder.

La señora Ibáñez bajó la vista y saboreó su té.

—¿La mafia rusa y la banda de

Giorgio Sanpieron... o sea parte de la

‘Ndrangheta? —presioné—. ¡No les tengo miedo! ¡Ja!
¿Qué me van a hacer?

El anciano se levantó de la silla para llevar su taza al fregadero.

—Tenías razón —dijo en dirección a la señora Ibáñez—, es bastante insensata y terriblemente gilipollas.

A continuación me llevaron hasta un cuarto de techos altos, con paredes blancas que se extendían hacia arriba con la suave ondulación de los muros antiguos que nunca conocieron lo que es un buen revoque.

En un costado se hallaba una cama de madera de las que

pesan un quintal y no se consiguen en Ikea. A su lado, una mesita de idéntica madera y más allá, un lavamanos y un pequeño armario con la puerta algo inclinada, de esas que no cierran. En el suelo, rojas baldosas desgastadas.

Miré el conjunto: parecía la celda de un monje.

Tras dejar mis tarjetas, la de Alicia y la del sex shop sobre la mesita, me fijé casualmente en el reloj despertador que se hallaba ahí asentado. Era algo curioso, observé: veintidós botones divididos en dos hileras parecía algo excesivo, y el visor grande y espejado tenía un pequeño orificio en medio, algo minúsculo como la camarita de los Iphones. Vaya, parece que el viejo es aficionado a los chismes electrónicos, me dije.

Demasiado malhumorada como para apagarlo, me tiré en la cama y crucé las manos detrás de mi cabeza.

Pensaba que tal vez merecía estar allí. Tenía que hacer penitencia. Algo muy malo debí haber hecho en otra vida para que un karma tan feo me

persiguiera. Porque lo que era en esta, nada, había sido una santa. ¡Cuatro años y tres meses, joder!

Me acomodé de costado y me dormí.

Quizá por asociación de ideas, soñé con Sanpierone. Me

encontraba en una gran cama con sábanas negras de satén.

Cintas de seda también negra me amarraban ambas muñecas por sobre mi cabeza. Miré hacia abajo, estaba desnuda, los pechos erguidos y el cuerpo, retorciéndose de la necesidad de obtener placer.

—Ven, ¿qué esperas? —dije en

sueños e hice un esfuerzo por levantar la pelvis del colchón, en muda invitación.

Sanpierone estaba allí, parado al pie de la cama. Una sonrisa perezosa bailaba en sus labios y su camisa blanca se estiraba para contener los músculos de sus brazos y de su pecho. Mis ojos bajaron por los botones hasta la hebilla de su cinturón y un poco más aún, hasta detenerse en su enorme erección.

—¿Mide un metro y medio?

Él asintió, ya se sabe que no hay límite para los sueños.

Un jadeo se me escapó y apreté las piernas entre sí, en un contoneo más sensual que el de Marilyn Monroe.

Sanpierone no me quitó los ojos de encima, registrando cada uno de mis calientes movimientos, mientras se

desabotonaba la camisa. Tenía un torso hermoso,

observé,

músculos

bien

formados, vello ni espeso ni ralo, la famosa V. Jadeé de nuevo. Quería que se quitara los pantalones, quería verlo entero.

Pero él se acomodó sobre mí sin terminar de desnudarse y me chupó el cuello mientras sus manos enmarcaban mi cabeza, hundidas en mi pelo. Gemí.

Deseaba abrazarlo, arañarle la espalda, aferrarle las nalgas para empujarle adentro, pero las cintas que me ataban no cedieron. De pura frustración, sollocé.

—¡Paolo, Paolo! —protesté.

Sanpieronone aprovechó ese momento para acercar sus labios a los míos y el contacto fue casto y cuidadoso por un instante... y en el siguiente se hizo brutal y profundo.

Nuestras lenguas entrelazadas se devoraron con ansiedad, mientras sus manos bajaban de mi pelo a mi espalda y a mis glúteos. Me cogió de las caderas entonces,

obligándome a enroscar las piernas en su cuerpo. Dejó mi boca y me regó el mentón y el cuello de besos ardientes que me provocaron pequeños temblores.

—¡Paolo! —gemí de nuevo.

Jamás me había sentido tan líquida y caliente, tan liberada, tan dispuesta a entregarme por entero.

—Te amo —susurré—. No me había dado cuenta hasta hoy, hasta esta noche.

—Eso no es amor —respondió él, regando mi pelo de besos mientras su cuerpo se movía rítmicamente contra el mío. Me dolía la entrepierna, necesitaba correrme como nunca había necesitado nada antes—. No es amor, es adrenalina.

Me reí.

—Ya verás mañana que no.

—No tendremos un mañana.

Desperté de golpe. Aquellas no habían sido palabras de Paolo, habían sido las frases que me había dicho Montorvo en aquella lejana noche en la que yo había estado dispuesta a entregarle mi cuerpo, mi alma y mi

vida.

Justo antes de que llegara la policía y me hiciera ver que él era un farsante.

En el sueño había trasladado mis sentimientos

por

Montorvo

a

Sanpierone.

Definitivamente

necesitaba

un

psiquiatra. O un cura. O un exorcista.

Suspiré.

Tenía mala suerte con los hombres.

Conde era metrosexual y corrupto.

Montorvo era bruto y corrupto. ¿Y

Sanpierone? Él era sensual y atento,

¿pero era corrupto? Deseaba que no lo fuera pero, ¿quién podía saberlo?

Desear tanto a Sanpierone se había convertido en un problema.

Mirando alrededor, a las sombras que se habían apoderado de aquella celda, me estremecí.

*

Cosa rara en mí, a partir de ese sueño perdí el apetito. Ni esa noche cuando me llamaron a comer, ni al día siguiente, ni al otro logré pasar más que un bocado u otro por la garganta, que se me había cerrado.

Las horas transcurrían conmigo tirada en la cama como un pasmarote, y no hacía más que pensar. Me había puesto filosófica.

Pensaba que poco a poco estaba superando lo de Montorvo. El dolor de saberlo

corrupto

seguía

allí,

ahogándome, golpeándome a tientas como un asesino ciego. Pero, ¿aún lo amaba? No, no cabían dudas. Había amado al héroe, pero ese hombre no existía, no era más que un personaje de ficción. Él era villano y del villano no me había enamorado. Cierto es que todavía lamentaba la pérdida del héroe con la misma fuerza con la que se vive un duelo: se me había ido alguien muy querido, ya no estaba, y en ese dolor poco importaba que en realidad ese héroe nunca hubiera existido.

Pero podía haber otros héroes en el ancho mundo.

Mamá me había contado repetidas veces que mi padre había sido un héroe de guerra y yo quería uno para mí.

Quizá lo fuera Sanpierone.

Quizá no.

Soñaba con Paolo continuamente y la tortura de saber que me lo encontraría en esos sueños calientes llegó a ser tal, que traté de no dormir, lo intenté con toda el alma.

Me sentía como el pobre náufrago al que arrastra la

corriente y quiere asirse a la ribera pero no puede. Se resbala sin remedio, se ensucia, se enreda en el agua oscura y vertiginosa para no volver a salir. Yo estaba así, enredada en un deseo intenso y enfermizo por ese hombre. Era una atracción que sabía fatal, y a la vez, algo tan físico como un dolor

de

muelas...

solo

que

inmensamente placentero.

Era una obsesión, que crecía desde el centro de mi ser y me ahogaba como una

boa

constrictor.

No

habían

sentimientos en esa obsesión, me dije, tan solo el

convencimiento de que éramos ying y yang, opuestos pero interdependientes,

dispuestos

a

consumirnos mutuamente.

Algunas veces pensaba también en la señora Ibáñez. Dentro de la casa no andaba encorvada ni parecía tan vieja.

El día en que me había rescatado del edificio de Conde, había sabido bien cómo defenderme. ¿Estaba yo muy loca si pensaba que era una especie de agente, alguien que trabajaba para Sanpierone?

Pero

de

ser

así,

resultaba

escalofriante. Ella ya había estado en su piso cuando yo

había alquilado el de al lado, o sea que no debía pensar que hallar ese piso tan barato y bien situado había sido mera coincidencia. ¿Y el trabajo en el sex shop, tan bien pagado?

¿La muñeca? ¿Había estado Sanpierone también detrás de todas esas cosas? No podía ser.

Me estremecí. Estremecerme se

había vuelto una costumbre.

Paolo y su hermano me habían hecho seguir, lo habían confesado a su madre esa madrugada en la que yo había escuchado la charla bajo la mesa de la sala. Pero, ¿qué había dicho el mayor de los hermanos, cuando tomamos el café en un sitio tipo Starbucks? Algo así como «Dos veces te dejé ir a pesar de lo loco que me tienes y juré no buscarte.

Cumplí». Quizá había mentido. Desde que nos habíamos conocido, quizá él nunca, ni por un segundo, me había dejado ir.

Y ahí estaba yo, en esa casa antigua, en

un

barrio

ignoto,

prisionera,

esperándolo. Porque yo sabía, sabía qué ocurriría tan pronto como él apareciera.

Así atrae la araña a sus presas, me dije, tejiendo artimañas hasta que se hallan rodeadas e indefensas.

Estaba en deuda con él. Le debía aún por averiguar el paradero de mi madre, por comprarla; le debía porque me había protegido

muchas

veces

en

esa

seguidilla de incidentes que habían tenido lugar tres meses atrás. Y si la señora Ibáñez realmente trabajaba para él, la deuda se acrecentaba.

¿Qué pasaría cuando tuviera que pagarla?

Por

eso,

cada

día

intentaba

marcharme pero la señora Ibáñez y el viejo me tenían bajo llave bajo el pretexto de cuidarme. Pataleaba, lloraba e insultaba, pero no había caso, me decían que no podía salir hasta que recibieran órdenes.

—¿Cuándo será eso? —preguntaba.

—Cuando todo se calme.

Me moría de rabia. He escuchado hablar de la ira fría, pero si me preguntan, no tengo idea de qué es eso.

Mi ira quema.

Y sentí ira como nunca, jamás había sentido antes.

Ira contra mi hermana, que escapó a Nueva York, dejándome sola con mi madre.

Ira contra mi madre, tan fría, tan calculadora, tan...
narcotraficante.

Ira contra la zorra de mi prima y su madre, la tía
Hermilda, ahora presa por tráfico.

Ira contra Soraya. Apreté los puños, dolida, rota. Sí, me
permití sentir ira contra Soraya, porque ella se había
arreglado con Latorre, ladrón y narco, jefe de banda. Y
me había dejado sola, sola para mantenerme limpia, sola
para luchar por los valores.

Ira contra la mafia rusa, contra las agencias de *escorts*,
contra el asesino del machete o del martillo, qué
importaba su nombre.

Ira

contra

Montorvo,

por

traicionarme.

Ira

contra

Sanpieronone,

por

protegerme, por tenerme allí encerrada.

Ira contra mí, por desearlo tanto, tanto, que creía morir.

Sentí una ira épica, de proporciones divinas, de las que hacen éxitos de taquilla como *Un día de Furia* o *Relatos Salvajes*. Una ira que clamaba por clases de autodefensa o, mejor aún, por una nueve milímetros, una metralleta y un camión de municiones.

Quería romperlo todo y empezar por el reloj despertador, me parecía que me miraba cual juez y reclamaba mis faltas.

Bueno, no habría quedado bien que rompiera el reloj en casa ajena, así que en cambio, destrocé mis patéticas tarjetas personales y la del sex shop que me había dado la pasajera del autobús.

Después de hacerlas mil pedazos, me detuve al ver la de Alicia y la guardé en mi jean, estaba preocupada por ella y no quería perder el contacto. A continuación, no me quedó otra cosa para romper, salvo que fuera el colchón.

Me tiré sobre él.

Y volví a soñar con Sanpierone.

Sanpierone, que me ataba y me tenía a su merced y a mí en cierto modo me gustaba.

Desperté hecha una furia, sabiendo, temiendo que en cuanto cerrara los ojos volvería a suceder.

Se sintió como si fueran seis meses, pero en realidad menos de una semana pasé así, recluida en esa casa, alimentándome de odio, cociéndome como un combustible inflamable en una caldera a presión y en manos de un científico loco.

Hasta que una noche la señora

Ibáñez se olvidó de encerrarme. A las dos de la mañana me levanté de la cama, abrí la puerta de mi habitación, atravesé el largo pasillo y llegué a la puerta principal y a la calle.

Vaya, había sido fácil.

Claro que no tenía dinero, había dejado el móvil en el hotel y hacía un poco de frío. La señora Ibáñez me había conseguido una nueva camiseta, un jean y ropa interior

(sexy, de la que viene con encajes y su precio es inversamente proporcional a la cantidad de tela que utiliza), pero yo habría apreciado una sudadera. En fin, que no iba a entrar para reclamarle. Hundí la cabeza en los hombros y empecé a caminar.

A poco de andar cayó un fuerte aguacero pero no me detuve, al contrario, bendije el agua que caía a baldazos porque me salvó de encuentros desafortunados: en la calle no quedaban ni los perros.

Y como un perro deambulé por el espacio de tres horas, sin rumbo fijo, sabiendo que no podía tomar un taxi o un autobús, pues no tenía dinero ni a dónde ir. No podía acudir a Soraya y lanzar sobre ella las persecuciones de la mafia.

Debía olvidar mi nombre, refugiarme en el anonimato, desaparecer.

Caminé

hasta

que

las

casas

comenzaron a ralear, me estaba alejando de la ciudad.

Caí en la cuenta de que la calle por la que iba era larga y oscura. Había dejado de llover y un par de perros comenzaron a ladrar. Sentí miedo. Me dije que había sido una loca al andar sola por ahí, no tenía idea de dónde estaba o con qué me podía encontrar.

Pasaba frente a casitas destartaladas, separadas una de otra por veinte metros de distancia, ignorando si estaban habitadas.

De pronto, a lo lejos vi brillar una luz, escuché música, era un local. Un par de coches habían aparcado cerca.

Decidí caminar hacia allí, pero cuando me encontraba a unos cien metros de distancia,

dos

borrachos

salieron

abrazándose por la puerta y orinaron junto a uno de los coches. Me detuve en el acto, se me habían encendido las alarmas, ¡pero estaba tan cansada!

Todavía empapada y ya enferma, me acerqué a la puerta cerrada de una de las casas cercanas. Mejor esta que el local, me dije.

«Lecturas

del

futuro,

amarres,

solución a todos sus problemas», leí en un cartel escrito a mano sobre un trozo de madera y apoyado tras la reja de la ventana.

Pensé vagamente que mis instintos me habían llevado allí. Bueno, no era para alegrarse, mis instintos también me habían llevado a presentarme en la suite del hotel donde me esperaba Sanpiero y a meterme en el cuarto de Alicia cuando el asesino estaba en la mitad de su quehacer. Tenía que aprender a no confiar en mis instintos.

Guardaría ese consejo para la

próxima vez.

Resignada, llamé a la puerta, y cuando una mujer de mediana edad acudió a abrir, solo atiné a decir: «He

vuelto a casa», antes de desmayarme.

Y bien podría haber sido esa mi nueva casa. Mis instintos podrían haberme conducido a un alma caritativa que me adoptara como ayudante de adivina; podría haber vivido una vida feliz y placentera al amparo del engaño.

Pero veamos, honestamente, ¿cuáles son las probabilidades de que una mujer joven deambule de noche, toque una puerta, la reciban y caiga en buenas manos? La gente buena no abre la puerta a mujeres de dudosa procedencia. La gente buena cierra las celosías y llama a la policía, al comité de vecinos, a la infantería y a la Cruz Roja. Por si acaso, los buenos tienen a mano un bate de béisbol o una sartén, que guardan tras la puerta junto a una fregona y un balde, por si llegara el caso de tener que limpiar el estropicio que deja la autodefensa, yo lo sabía bien.

De modo que toqué esa puerta, aun sabiendo que las probabilidades estaban en mi contra y que tengo una predisposición genética para el desastre.

Era el destino, dirán algunos, pero estos son los pobres ingenuos que todavía no saben que el destino es un cruel hijo de puta con un pésimo sentido del humor, tan negro como la muerte misma.

Toqué la puerta, me abrió aquella mujer y me acogió. Vagamente llegué a darme cuenta de que me arrastraba hasta un cuarto, hasta una cama, y allí me quedé.

En los siguientes días, la fiebre me subió a tal punto que empecé a mezclar realidad

y

fantasía.

Estaba

con

Sanpierone. Estaba con Montorvo. Eran uno mismo. Estaba con Simonetta.

Estaba con mi prima. Me perseguían, conseguía liberarme tras unos golpes de puño. Pero caía otra vez, prisionera en medio de caras y de fuerzas que no podía reconocer.

Tosía. Tosía y vomitaba.

De vez en cuando, alguien vertía un poco de agua y de caldo en mis labios, y yo, agradecida, los hacía pasar por mi garganta, pero no tuve conciencia de que me viera un doctor ni de que tomara medicinas o recibiera algún otro cuidado.

Finalmente desperté cinco noches más tarde y, muy debilitada, percibí que me encontraba en una habitación minúscula en la que solo cabían dos literas: cuatro colchones. Pero el bullicio allí adentro era tal, que sin duda había el doble de personas. Abrí los ojos e hice un esfuerzo para fijar la vista y contar: sí, eran ocho. En la cama de enfrente se encontraba una niña de pelo rizado y piel del color del café tostado, que debía tener unos diez u once años.

En silencio, miraba arriba, al colchón de encima, del que se desprendía una lluvia de polvo.

En el nivel superior de camas, un grupo de cuatro chiquillos daba saltos de un colchón al otro. Debían tener entre tres y cinco años, barrunté. Dos bebés de poco más de un año dormían sobre una manta en el suelo junto a mí.

Caí en cuenta entonces que todos estábamos en mortal peligro: parecía que las camas iban a venirse abajo en cualquier momento, estaban hechas de caño estructural y corroídas hasta tal punto que en algunos sitios se dejaban ver huecos oxidados. Para colmo, los niños de arriba eran muy pequeños para dar saltos sobre el abismo y si caían, no solo iban a romperse el pescuezo, también iban a aplastar a los bebés.

—¡Basta! —balbuceé.

La niña morena no se inmutó. Los niños de arriba se callaron durante un segundo y luego gritaron más que antes, de modo que solo logré despertar a los bebés. En un segundo, el cuarto se hizo insoportable. Y yo había agotado mis fuerzas. Tosí, me hice un ovillo y volví a dormir.

La siguiente vez que desperté, lo hice con frío. Dos manos poco amables me habían destapado y, a tientas, no logré encontrar las mantas para volver a cubrirme. Estaba demasiado cansada como para abrir los ojos y me resigné.

Doblada sobre mí misma, intenté volver a dormir, pero las voces de las personas que se hallaban a mi lado penetraron a medias en mi conciencia.

—Es guapa, ¿lo ves? —dijo una mujer y su voz sonó satisfecha.

—Un poco flaca —respondió un hombre—. Y está enferma.

—Va a recuperarse.

—¿Estás segura de que no la busca nadie?

—Nadie, estuve averiguando en el barrio. Imagino que

habrá huido de su hogar... o es inmigrante. Tiene en su bolsillo una tarjeta de una agencia de *escorts*, quizá viene de ahí y ya estuvo en el ramo.

El hombre no respondió y la mujer volvió a hablar con voz ansiosa.

—Entonces, ¿cuánto?

—Hablaemos de nuevo cuando esté sana y la pueda probar.

—¿Y la niña?

—¿Ya tuvo su primera regla?

—Sí, dos semanas atrás.

—¡Qué lástima, tengo un cliente al que le gustan más pequeñas! Bueno, de todos modos envíamela mañana.

Las voces se alejaron y abrí los ojos para espiar las caras antes de que se marcharan. Estaban casi de espaldas pero se miraban mutuamente y me ofrecieron su perfil: una mujer que reconocí como la dueña de casa y un comisario.

Deseé volver a dormir, recuperar la ilusión antes de despertar en esa nueva pesadilla. ¡No podía ser! De todos los destinos posibles, el peor, el que teme toda mujer.

No, me dije, no podía estar pasando, alucinaba.

Había

tenido

tantas

pesadillas que se unían entre sí, formaban un rosario que quemaba.

Aquella hecatombe era nueva, sin embargo. ¿Había caído en manos de la trata? ¿Cómo era posible? ¡Esas cosas no suceden! Solo existen en los documentales

sobre

niñas

pobres

procedentes de algún rincón de África.

Miré a mi vecina: la niña estaba allí, silenciosa e inmóvil, sus ojos duros e inmensos no se apartaban del colchón de encima.

Bueno, la niña no era un buen

indicio. Pero, ¿y yo?, ¿cómo podía pasarme eso a mí? ¡La trata era un problema

de

mujeres

vulnerables,

jóvenes, crédulas y solitarias!

Bueno, ese tampoco era un buen indicio.

Me esforcé por pensar, pero tenía la cabeza maniatada, como si me hubiera puesto un sombrero demasiado pequeño que me impedía razonar.

La trata no era mi problema. Jamás le presté atención a las noticias que hablaban sobre el tema, sabía de sobra que a mí no me iba a pasar.

Claro que el lema favorito de los imbéciles es «a mí no me va a pasar», barrunté. También es el lema favorito de la mayoría de los muertos que han muerto de una muerte temprana.

Quizá morir no fuera una mala idea, decidí, pero algo dentro de mí todavía tenía rabia y fue esa rabia la que me obligó a mantener los párpados abiertos.

Me volví hacia la niña.

—¿Has escuchado? —susurré.

No respondió.

—¿Hablas español? —insistí. La niña volvió la vista al techo—. Dime que lo que he escuchado no es cierto —

imploré por entre labios secos y resquebrajados—. Hum... ¿nos van a vender? ¿En serio?

Bajé las piernas de la cama.

Mareada, cerré los ojos. Tenía que espabilarme, pensé, ¡pero estaba tan cansada! Con sumo esfuerzo, me puse de pie. En seguida, me tambaleé, tosí y tuve que sujetarme de la cama.

—Ven, ayúdame —pedí—, tenemos

que salir de aquí.

La niña no se movió, pero noté que sus ojos me seguían. Tuve una

inspiración.

— *We have to...* —busqué las palabras en inglés, vaya que

costaba—

live? leave? Hum...

Le tendí la mano, pero ella no reaccionó.

—Van a vendernos a un burdel —

dije en español, ya que se hacía difícil pensar

en

mi

limitado

inglés—.

¿Entiendes?

Do

you...

hum...

understand?

Nada.

—Debemos es-ca-par-nos —insistí, silabeando con exagerada lentitud. Tenía la lengua hinchada y la boca seca. Quizá la niña era francesa, pensé, quizá era autista. Ay, Dios, no tenía idea de cómo tratar a un autista, ¿qué debía hacer?

Me senté a su lado y con torpeza le cogí la mano. Era una mano delgada y pequeña y tembló ante mi contacto.

Sorprendida, noté que la mía temblaba también. Se me hacía difícil pensar, se me

hacía

difícil

coordinar

mis

movimientos, ¡qué raro!

Despacio, llevé su mano a mi

mejilla, apoyé mi mano en la mejilla de ella y nos miramos.

—No temas —me escuché decir—,

yo estoy aquí, voy a protegerte.

¿Entiendes?

Ella me evaluó entonces y sus

grandes ojos negros no dejaron ver más que dureza.

—Ellos le harán vudú a mi madre si me voy. Son grandes brujos, los vi.

Traté de concentrarme. Conque

brujos, ¿eh? Pero ¿no era también yo una bruja de gran poder? Fruncí el ceño. No podía acordarme, pero me parecía que alguien me había dicho una vez que tenía talento y que no valía la pena negarme.

Soraya, recordé, había sido mi amiga del alma.

—Mira el fondo de mis ojos —le pedí a la niña—, mira bien y verás que mi poder es aún más grande que el de ellos. —Dejé que me observara, resistí sin parpadear, empleando una mirada que se me antojaba fija y estoica o quizá un poco loca, daba igual—. Su vudú me hace cosquillas. Me río de su vudú y su magia negra y no permitiré que te afecten, ni a ti ni a tu madre.

Habría sido un buen discurso si la voz no me hubiera

salido pastosa como si estuviera borracha, pero la niña prestó atención.

—¿Y qué hay de los otros niños? —

quiso saber—. ¿Y cómo vas a rescatar a nuestras madres?

Vaya, no había contado con eso. De pronto, sentí un horrible dolor de cabeza. Además tenía sed, pero me obligué a dejar eso de lado. Seis niños más, contando con los bebés, recordé, y en algún burdel estaban sus madres.

Era demasiado para mí. Cerré los ojos. Montorvo, pensé, Montorvo iba a ayudarme. Aunque tal vez no, tal vez ni siquiera estaría dispuesto a acudir.

Montorvo era corrupto y vil. Gemí.

¿Quién me quedaba entonces?

Sería mejor llamar directamente a la policía. Claro que el tipo que acababa de irse era policía. ¿Qué pasaría si volvía?

Abrí los ojos nuevamente y descubrí que solo estaba vestida con camiseta y unas bragas que no reconocí como mías.

Casi volví a desmayarme pero aguanté el mareo, el dolor

y la náusea, y me puse de pie.

—¿Dónde están mis jeans?

La niña señaló con el dedo un

armario sin puertas que se me había pasado por alto. Allí, en un batifondo de ropa logré localizar la punta de mis jeans. Tras quitarme la ropa interior, me los calcé. Pero no eran mis jeans, me quedaban grandes.

Rebusqué un poco más y hallé mis zapatillas. Aunque tal vez tampoco eran mías, ponérmelas resultó difícil, ya no recordaba lo que era tener agujetas.

La niña se puso de pie y me las ató.

Luego, tomándome de la mano, como guía un lazarillo a un invidente, me llevó hasta la sala.

Y ahí estaban los seis niños

restantes, tirados en un sillón, sobre una alfombra raída o directamente sobre el suelo, despatarrados y dormidos. Ni siquiera despertaron cuando tuve un nuevo ataque de tos.

Se veían sucios, noté, se veían flacos. Aquello era inverosímil, ¿acaso estaban drogados? Entonces entendí que sí, que habían sido drogados, como lo había estado yo

durante todos esos días.

No solo habían dejado pasar agua y caldo por mis labios, me habían mantenido sedada, controlada, más prisionera que si me hubieran atado.

El odio resurgió en mí con una fuerza que terminó de despejar mi cabeza.

Bueno, habían cometido un error, un error que pagarían caro.

Me solté del apoyo de la niña y fui hasta la cocina aleña. No había rastros de la dueña de casa, sin duda había dormido a todos para poder salir.

Eché una mirada alrededor y registré una mesa vacía, cubierta por un ruinoso mantel, y sobre ella, una caja de pan y una jarra plástica de agua. Me abalancé sobre ella.

—No —dijo la niña entonces, que me había seguido hasta allí. Puso una mano sobre la mía y me guio hasta la pileta—. Bebe de aquí.

Asentí, de modo que esa era la jarra que

nos

mantenía

en

coma

farmacológico. Quizá la niña era la encargada de hacernos beber y por alguna razón, en esa toma me había avisado.

Abrí el agua de la canilla y coloqué mi boca bajo ella, bebiendo a grandes tragos, dejando que el agua resbalara por mi barbilla, por mi cuello y mi camiseta.

Me ahogué, tosí, trastabillé e intenté sostenerme de la encimera para no caer, pero no tenía fuerzas y aunque me aferré del mantel de la mesa con una mano y de la cortinilla que tapaba el bajo de la encimera con la otra, me deslicé hasta el suelo, tirándolo todo a mi paso.

La jarra se volcó, salpicando su contenido alrededor, la caja de pan se desarmó y los bizcochos echaron a rodar, para quedar esparcidos en el suelo, en el mantel, sobre mi ropa y sobre las cortinillas, que se habían desprendido de su barra y estaban ahora enredadas a mis pies junto a una pila de sartenes y de ollas que se habían caído también.

Cuando el barullo amainó, alcancé a escuchar el ruido de la puerta al abrirse y la niña me miró con ojos preocupados.

—¡Vamos! —susurró—, ¡haz tu

magia ahora, ya llega!

Bueno, siempre he sostenido que la gente es demasiado crédula.

Algo debió intuir entonces la niña aquella, porque se escondió bajo la mesa y dos segundos después, me enfrenté a la mirada iracunda de la dueña.

—¡Joder, joder!

—Tenía sed —me excusé y, con gran esfuerzo, me puse de pie. Todavía no me había recuperado de mi debilidad y me dejé caer en una silla. Suspiré—.

Escuche —dije ante la mirada atónita de la mujer—. Usted parece creer que va a venderme a un burdel. Ese es un grave, grave error, no me dejaré.

—¿Ah, sí? ¿Y se puede saber cómo vas a hacer para impedirlo? —Puso los brazos en jarra.

—Hum... —Miré mi regazo—.

Tengo un arma.

La señora arrugó el ceño.

—Esa es una sartén.

—Todo el mundo sabe que el

cerebro explota como un melón ante un buen sartenazo.

—Ah, pero tú no tienes fuerza para darme un sartenazo, ni siquiera tienes fuerza para ponerte de pie.

Y con un simple movimiento, la mujer se abalanzó sobre mí y me quitó la sartén, la agitó hacia un costado y como un jugador de tenis que presume de su revés, la llevó de nuevo hacia mí con todas sus fuerzas.

Pero

antes

de

que

pudiera

alcanzarme, dos cosas sucedieron en extraña coincidencia. La niña se adelantó por detrás y le asestó un duro golpe en el brazo con una olla y yo levanté mi zapatilla y le di a la mujer una patada en la entrepierna. Desviamos el sartenazo, pero lejos de noquearla, solo la

tiramos. Cayó al suelo junto al mantel, las cortinillas y la caja de pan.

Lástima que en la caja de pan hubiera un revólver, que extrajo antes de ponerse de pie.

—Yo soy la que tiene el arma ahora

—sacudió el brazo frente a mí.

Me encogí de hombros.

—No funciona —aseveré. Era un

farol, no iba a entregarme, no iba a entregar a la niña. Estaba un poco loca, también.

—¿¿¿Qué???

La mujer examinó el revólver,

aproveché ese instante para lanzarme y cuando ella levantó la vista, ya me tenía encima. Disparó al techo una vez, cayó mampostería y saqué provecho de la lluvia de polvo para golpear con rabia su muñeca una y otra vez. Pero no había manera, ella tenía razón, yo no tenía suficientes fuerzas.

Hay otra forma de partir un melón, me dije entonces, y le

di un cabezazo.

Fue a rebotar contra el suelo y seguimos luchando.

Si me preguntan, no tengo idea de en qué momento salió el segundo disparo, ni siquiera sé si disparó ella o yo o si lo hicimos las dos. Ambas teníamos las manos aferradas a la culata del arma, luchábamos, salió el disparo y de pronto, ella ya no luchaba y yo estaba abrazada a una muerta.

Al darme cuenta, me mantuve

inmóvil unos segundos, tratando de entender lo sucedido. Después la realidad caló con fuerza y me levanté de un salto como alma perseguida por el diablo. Retrocedí, retrocedí hasta la puerta, hasta que fui a tropezar con la niña, que había visto todo desde allí.

—No entiendo cuál es tu magia —

dijo ella entonces y echó a caminar hacia la sala, donde los niños seguían dormidos.

La seguí tras cerrar con sigilo la puerta de la cocina. No sabía de magia, pero estaba claro que me había convertido en asesina.

*

Me dejé caer en un rincón, junto a la pared, y me abracé a mis rodillas, no lo podía creer, ¡diablos, no otra vez!

—Debemos llamar a la policía —

susurré.

La niña fue hasta la habitación y volvió con una manta y un par de prendas. Ante mis ojos atónitos, abrió la manta sobre el suelo y comenzó a poner en el centro las prendas.

—Ha sido legítima defensa —

insistí.

La pequeña fue y regresó con otro montón de ropa que unió al anterior.

—No te preocupes, sé cómo es esto

—dije con una seguridad que no sentía, me castañeteaban los dientes, estaba entrando en shock—. Van a meterme en la cárcel, hablaré con el juez y saldré antes de que llegues a contar hasta diez.

Claro que yo sabía que en esa

oportunidad no tendría a Conde, lo había dejado herido y con un ficus posando en su cabeza. Tampoco tendría a

Latorre para pagar la fianza. Ni a la señora Ibáñez. Tragué saliva. ¿Para qué engañarme? Lo único trascendental, lo único importante, era que en esa oportunidad no tendría a Sanpierone.

Me pregunté si se podía alegar legítima defensa en dos muertes que distaban unos doce días una de otra. Tal vez el juez sospecharía, yo qué sé.

Me dio un ataque de tos, me pareció sentir que me subía la fiebre y me abracé a mí misma, teniéndome pena.

Estaba cansada y enferma, necesitaba meterme en la cama, taparme hasta las orejas y dejar que alguien me cuidara, pero ¿quién?

La niña se paró frente a su manta y la ató como un bulto. Entonces me miró.

—Me largo —anunció—. En cuanto llegue la policía van a enviar a los niños a hogares de acogida o a orfanatos.

—Pueden volver con sus madres.

—En cuanto esto se sepa —señaló con el pulgar a la cocina—, los jefes va a mover a nuestras madres. Vamos a perderles la pista, nunca más sabremos de ellas.

—No entiendo.

—Van a enviarlas a otro club, en otro pueblo u otro país.
Funciona así.

Nunca más vamos a verlas.

No había tristeza en esos grandes ojos negros, la tristeza se había agotado lejos y hacía tiempo.

—Lo siento —dije, sin saber qué contestarle, todavía abrumada por mi propia desgracia.

Se encogió de hombros.

—Vas a sentirlo cuando llegue la policía.

—¿El jefe es el poli que estuvo antes?

Asintió.

—Él... y don José, el cantinero.

Enfiló hacia la puerta, era una niña pequeña con un bulto que no podía sostener.

—Espera.

Intenté pensar, debía haber algo que yo pudiera hacer,

tenía que encontrar la forma de enderezar las cosas. Había sido legítima defensa, joder. ¿Por qué tenía que ser todo tan complicado? Pero ella tenía razón, si yo llamaba a la policía más cercana, probablemente me encontraría con que el comisario estaba metido en la trata, acaso tendría un

«accidente» en la comisaría y ni siquiera llegaría a la presencia de un juez.

Además, estaban todos esos niños. Y

las madres, ¿qué pasaría con las madres? ¿Podía caer su destino en mi conciencia? Deseé poder contar con alguien a quien pedir consejo. Tener a Conde, a Latorre o a Soraya. Al menos a un cura. Me habría bastado con un vecino, cualquiera, cualquier alma. Pero estaba sola con un montón de niños.

Miré hacia afuera. Para mi sorpresa constaté que había caído la noche. No tenía ni idea de qué hora era.

—¿Crees que algún vecino llamará a la policía? — pregunté—. Todo el barrio habrá escuchado los disparos.

Ella también miró hacia afuera.

—No lo creo, el club está cerca y tienen la música muy

alta. —Presté atención y descubrí que era verdad, el sonido llegaba a través de la ventana—.

Además, aquí nadie es amigo de la policía —agregó—. Pero lo sabrás seguro en diez minutos.

Volvió a enfilar hacia la puerta.

—Espera —pedí de nuevo—. Hay

una forma... dame un segundo.

Se detuvo allí, mirándome con sus grandes ojos duros, esperando, mientras yo pensaba con rapidez. Se me había despejado la cabeza pero un gran bulto me cerraba la garganta. Se sentía como una bala de cañón, como un asteroide, la bilis más amarga.

—Debo hacer una llamada —susurré

—. ¿Acaso tienes un móvil? —La niña negó—. ¿Tenía uno ella? —Señalé la cocina y no esperé respuesta—. No, rastrearían la llamada. Déjame pensar.

—Sí, tiene un móvil —dijo la niña

— es robado, se lo vi ayer a la mañana.

No tenía idea si un móvil robado podía

ser

rastreado,

pero

las

alternativas eran escasas. Se lo pedí.

Temblaron mis manos cuando tecleé el número. Tenía la fuerte corazonada de estar metiendo la pata pero, ¿qué alternativas me quedaban? Miré a los niños y de pronto, me sentí más fuerte a medida que el miedo se transformaba en rabia. Esos tipos eran asesinos, me dije, esos tipos habían maltratado a los pequeños, habían esclavizado gente, eran crueles. El móvil comunicó en ese momento.

Aspiré.

—Necesito un favor —dije con la voz firme cuando me contestaron—.

Consigue un utilitario espacioso o... no sé, una combi que no tenga matrícula, y tráela a... ¿dónde diablos estamos?

—La niña me dictó la dirección—. Que sea esta noche, lo más rápido posible. Y

Lucas, necesito aquello que te pedí la última vez... —
Traté de aclarar mi mente, pero la rabia se me subía a la
cabeza, me arremolinaba la sangre en las venas como un
río embravecido, me ofuscaba, me inyectaba los ojos. Los
cerré—. Necesito también un móvil como el tuyo y... —
Pensé con rapidez, por suerte tenía mucho cine en el haber

—. ¿Quizá unos pantys negros?, ¿un abogado?, ¿un
pasaporte falso? Todo lo que se te ocurra —terminé,
acelerada.

—¿Qué ha pasado? Si no me dices...

Tomé aire.

—He matado a una mujer —mi voz tembló—, fue en
legítima defensa —me apresuré en explicar—, me tenía
prisionera, me tuvo cautiva casi toda la semana, captaba
mujeres para la trata.

Lucas, ¡hay niños! Tienes que ver esto, están drogados...
—Se me escaparon las lágrimas de la rabia que sentía—.
La mataría de nuevo si pudiera.

—A veces me das miedo —

respondió el adolescente y cortó. Sabía que podía contar
con él, nadie como Lucas para bajarte un satélite cuando

era necesario.

Ensimismada, en los siguientes minutos me detuve a pensar mientras la niña me miraba.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

Dudó antes de responderme.

—Milagrosa —dijo por fin—, es un nombre común en mi país.

Le sonreí, Milagrosa en verdad.

Entonces me decidí y marqué otro número.

—¿Estás bien?

Del otro lado, Alicia lanzó un grito de alegría y comenzó a agradecerme; la interrumpí.

—Necesito un favor —le indiqué y supe que ella trataría de ayudar, aunque fuera a regañadientes; al fin y al cabo, me debía la vida.

A continuación solo tocó esperar y lo hicimos por dos horas. Nunca las olvidaré: el miedo, la rabia, la angustia de no saber qué estaba haciendo y qué vendría.

En aquella incertidumbre solo había una certeza: dentro de mí, en algún lugar oscuro

que

no

quería

explorar

demasiado, estaba el convencimiento de que todo aquello era imprescindible.

Y entonces llegó el minibús, un vehículo destartado que apenas si arrancaba. Lucas apagó las luces y lo aparcó pegado a la puerta. Noté que el adolescente había tenido la precaución de ponerse una gorra con una amplia visera que le tapaba buena parte de la cara.

—Aquí tienes lo tuyo —dijo en

cuanto lo hice pasar, y me entregó un gran bolso imitación de Hermès . Espié su contenido: una Uzi-Pro, un cargador de repuesto, un bonito móvil y... ¿qué era eso? Ah, sí, unos pantys negros.

Entre Milagrosa, él y yo subimos a los chiquillos al minibús y los recostamos en los asientos. Entonces

regresé a la casa y, tras echar una última mirada alrededor, apagué la luz y cerré la puerta con cuidado. Que Dios me ayudara, pedí, si existía, que por una vez me escuchara.

—¿Ahora qué? —quiso saber Lucas cuando trepé al vehículo y me senté junto a él.

Me volví hacia la niña.

—¿Aquel es el club donde están las madres? —Señalé el local nocturno del que brotaba la música.

Asintió, tal como lo sospechaba.

¿Qué convenía hacer? ¿Llevar los niños a un lugar seguro y luego volver por las madres? Pero eso podía dar tiempo a que todo se descubriera y se llevaran a las madres, acaso era mejor actuar por sorpresa, aunque pusiera en peligro a Lucas y a los niños.

¡Diablos, diablos, diablos! Suspiré, encomendando mi alma a Santa Malala.

Merecía ser canonizada, ¡joder!

—Vamos allá —le indiqué a mi

amigo—, pero aparca atrás y si no vuelvo en diez minutos

o si escuchas disparos, vete con los niños.

Cuando aparcamos en el sitio

elegido, le dicté el número de móvil de Alicia para que se pusiera en contacto si yo no regresaba y bajé del vehículo con mi nuevo Hermès bajo el brazo.

Di la vuelta para alcanzar la entrada principal y, con el corazón bombeando como un reactor nuclear, me puse el pantys por la cabeza, como había visto hacer a los matones. Claro que en este caso, el pantys no estaba cortado así que la entrepierna me caía por el cuello y la otra pierna se me iba por la espalda, como una coleta desarmada. Bueno, nadie había dicho que debía estar bella para mi rol de heroína de feria.

Entré así, por la puerta principal, dispuesta a encontrarme con un lugar nutrido, la barra llena, pensé que tendría que abrirme paso entre grandes hombres de los que andan en motocicletas. Nada de eso, el lugar era harapiento y estaba casi vacío. Cierto que aún era temprano.

Tras la barra, un hombre servía un vaso de whisky a un sujeto que tenía enfrente y cuatro prostitutas conversaban entre sí en un rincón, despatarradas sobre sillones raídos. Cuando entré, todos dejaron sus quehaceres y me miraron.

En el acto, se echaron a reír. Caí en cuenta entonces que debía haber elegido una estrategia diferente. Con pantys y subfusil en la mano o con Hermès y sin pantys, pero ahí estaba yo, aferrada a un bolso de señorona y con los ridículos pantys en la cabeza.

Me aclaré la garganta.

—Vengo a liberar a las prostitutas de la trata —anuncié.

El silencio fue inmediato. De pronto, el hombre que se hallaba tras el bar se acercó a mí y pegó su cara a la mía.

Retrocedí, pero no pude evitar que el tipo salivara los pantys.

—¿Qué

tenemos

aquí?

¿Eres

periodista?

—No, yo...

—¿Loca militante de una ONG?

—No...

—¿Simplemente loca?

—Bueno... tal vez.

El hombre gruñó como un pitbull y estuve a punto de dar marcha atrás y salir por la puerta cuando el otro sujeto, el que había estado sentado frente a la barra, se acercó y puso una mano en el hombro del cantinero.

—No hay por qué enojarse —me

sonrió—, aquí no hay prostitutas,

¿cierto, chicas?

Las mujeres asintieron, todas a la vez, idénticas en su uniforme de tanga y sostén.

—Es un local de alterne... vienes a conocer gente, a ver bailar a las chicas, a tomar algo... ¿quieres tomar algo? —

me ofreció—, ven aquí, te invito.

—No, gracias —enrojecí, ¿acaso me había equivocado? Por Dios, ¿qué hacía allí? — Eh... ¿estáis todas por propia voluntad aquí?

Las mujeres volvieron a asentir y me sonrieron.

—Lo siento —murmuré, y antes de que me muriera de vergüenza, di la vuelta y me fui.

Regresé al vehículo con el rabo entre las piernas.

—No son prostitutas —le anuncié a Lucas y a la niña—. Son cuatro bailarinas y están por su propia voluntad, lo constaté.

El adolescente bufó y la niña

revoleó los ojos hasta que quedaron más blancos que la luna.

—¡Y les creíste! ¿Qué clase de bruja eres? —me increpó—. ¿No se te ocurrió mirar en los cuartos de arriba? ¡Ahora es tarde! Seguro que vieron el vehículo,

¡llamarán al policía!

Tomé aire.

—Ahora vuelvo.

Esta vez me tomé el tiempo para sacar la Uzi-Pro del bolso y cuando entré en el local, lo hice tras dar una patada en la puerta.

—¡Arriba las manos! —grité porque era lo que correspondía según dice la tv.

Lástima que el cantinero y el otro sujeto también me estuvieran esperando con sus armas.

—¡Joder! ¿Todo el mundo tiene una pistola en este barrio?
—me quejé.

—Tira tu metralleta —me ordenó uno de los hombres—,
no queremos hacerte daño.

—Eso es bueno —murmuré—,

porque no pienso tirarla y os advierto que estoy loca, loca
en serio...

Empecé a disparar, decidí que sería una ráfaga por sobre
sus cabezas, que tenía como objetivo romper cristales,
levantar polvo y dejar asentado quién mandaba allí. Pero
debí calcular mal porque los dos sujetos se lanzaron al
suelo y empezaron a quejarse.

Aquello no pintaba bien. Asqueada con lo que acababa de
hacer, en lugar de acercarme para ver cómo estaban o tal
vez quitarles las armas, subí raudamente por las escaleras
que llevaban al piso de arriba.

En la primera habitación encontré a las cuatro chicas que
había visto abajo, las bailarinas. Pegaron un grito y se
abrazaron entre sí. Las dejé, seguí rumbo al cuarto de al
lado. A partir de ahí, en las seis habitaciones siguientes,
encontré una serie de muchachas jóvenes y drogadas, que
me miraron con indiferencia.

—¡Vamos! —las insté—. Nos vamos de aquí, sois libres, venid, ¡tengo a los niños!

Ninguna me hizo caso, estaban

perdidas.

Quería gritar de la frustración y la rabia, ¿qué podía hacer?, ¿iba a arrastrarlas a la fuerza? Eso me dio una idea.

—¡Soy policía! —grité—. Esta es una orden, rápido, todas al piso de abajo.

Un poco empujándolas y un poco hablándolas, me las fui llevando por las escaleras. Pero cuando ya creía tener al grupo de diez mujeres en mis manos, me encontré con que abajo nos esperaban el cantinero y el otro tipo, nuevamente de pie y apuntándonos.

Uno de ellos tenía sangre en un brazo, observé, el otro parecía ileso.

Bueno, al menos no era una asesina, me alegré, pero entonces recordé que sí lo era.

—Tira el arma o las matamos a

todas —dijo el cantinero entonces—.

¿Qué dices ahora?

Las muchachas estaban entre ellos y yo, eran carne de cañón, iban a matarlas.

Suspiré y me agaché para dejar la Uzi en el suelo. A continuación puse las manos tras mi nuca, como había visto hacer en las películas.

Ya está, me dije, era el fin, iba a morir. Iba a morir sin haber hecho el amor con Sanpiero. Qué lástima, de haber sabido que moriría tan joven, me habría arriesgado a cometer ese pecado, total que con dos asesinatos ya podía despedirme de ir al cielo.

Y del cielo llegó en ese instante un mensaje. Aunque en realidad no del cielo, sino de una ventana muy estrecha, cercana al techo, cuyo vidrio se rompió en pedazos. Tras el inesperado golpe, cayó en el salón un pequeño tubo que confundí primero con una granada pero resultó ser una bomba de humo. Explotó y mientras los hombres se ahogaban, me agaché para alcanzar la Uzi y empujé a las chicas hacia la puerta.

Tosíamos

todos

cuando

nos

encontramos en el aparcamiento frente al local, pero aproveché el momento para apuntar a los hombres con mi arma.

—Estáis

rodeados.

Tirad

las

pistolas al suelo.

Todavía tosiendo, me miraron con rabia. Por un segundo pensé que se negarían, que finalmente levantarían las armas y me dispararían, y preparé el índice sobre el gatillo de mi fusil. Algo debieron ver en mí entonces, porque tras una pequeña duda, dejaron las armas en el suelo.

—Ahora, cuerpo a tierra —ordené

—. Boca abajo con las manos en la nuca.

Me hicieron caso y aproveché el momento para alzar sus armas. Se me cayeron, estaba un poco torpe, así que preferí patearlas. No llegaron muy lejos de todos modos y me encogí de

hombros, frustrada.

En ese momento llegó el minibús de Lucas, y entre Milagrosa y yo ayudamos a las mujeres a subir.

—¡Vamos! —grité, eufórica, cuando todo el mundo estuvo adentro, y solo entonces me quité los pantys de la cabeza.

Deberíamos haber partido con un chirrido de ruedas, el escape echando humo y las marcas de los neumáticos grabadas en el camino, pero el vehículo no daba y arrancamos a baja velocidad y con un traqueteo convulsivo.

—¿Estás seguro de que esto nos va a llevar de regreso a la ciudad?

El adolescente se encogió de

hombros.

Diez

minutos

después

todavía

estábamos avanzando a paso de tortuga por el camino largo y oscuro que yo había seguido para llegar allí.

Tenía cierto miedo de que los

hombres nos persiguieran, pensé que podían

alcanzarnos

aunque

fueran

caminando, así que miré por el retrovisor. Los tipos ya no estaban ahí, pero en ese momento hubo una explosión espantosa y tanto el local como la casita donde había muerto la mujer volaron por los aires. Me encogí de terror.

—¡Mierda! —resumí la sensación.

—¡Madre mía! —susurró Lucas a mi lado—, ¡nos salvamos! Parece que había una pérdida de gas.

La niña se me acercó por detrás.

—Perdona —murmuró—, ahora veo

que sí eres bruja.

No sabía qué contestar. Mis ojos desorbitados

seguían

pegados

al

retrovisor, tratando de distinguir algo entre las llamaradas, no sé, quizá un grupo comando. Que no hubiera muertos, rogué entretanto, ay, por Dios, que no hubiera otros muertos.

No vi nada.

Me giré hacia Lucas entonces.

—Por casualidad, ¿le has dicho a alguien de mi llamada?

El adolescente sonrió.

—Todo

el

mundo

ha

estado

preocupado por ti: Latorre, Soraya, Valeria, la italiana...
hasta tu vecina, la vieja de la planta.

—¿A todos les dijiste que había llamado y dónde me
encontraba?

—¡No, qué va! Si sonaste mortal,

¿crees que iba a traicionarte? —Me miró de reojo e hizo
una pausa que se estiró

como

una

sombra.

Había

oscuridad en esa pausa, lo juro, había miedo, mi miedo;
había un tren y venía hacia

mí

a

trescientos

cincuenta

kilómetros por hora—. La vieja de la planta me ofreció dos mil si le avisaba en cuanto te comunicaras —terminó él.

No respondí, no hacía falta preguntar si había aceptado, las pruebas estaban a la vista.

Sanpierone,

pensé

entonces,

Sanpierone, Sanpierone, Sanpierone.

Cerré los ojos mientras temblaba y tosía, y apoyé la cabeza en la ventana, dejando que el traqueteo del vehículo se encargara de repetir el nombre.

Capítulo 6: Polvos

diabólicos

Milagrosa

me

sacó

de

mi

ensimismamiento un rato después.

—Gracias por salvar a los niños y a las madres —señaló—, pero aquí no está la mía.

—¿Qué? —Me giré en el acto—.

¿Quieres decir... —tragué saliva— que la dejamos en el club?

—No,

he

hablado

aquí

con

Martinica, me dice que se la llevaron ayer. Mi madre está en otro club, Martinica sabe en cuál, tenemos que ir allí.

Me dio otro ataque de tos que

terminó en lágrimas que saltaban por mis mejillas.

Realmente no estaba para un raid de clubes esa noche, ¿qué se creía esa niña?

Para no contestarle, abrí el bolso y extraje el nuevo móvil que Lucas había colocado allí. Se suponía que era como el de él, que no podía ser rastreado y no estaba a mi nombre, pero por las dudas volvería a cambiarlo en cuanto pudiera.

Marqué el número de Alicia.

—Todo listo —respondió en cuanto la saludé—, estamos en el Hospital... —

y me dio el nombre.

—¿Estamos?

—Tuve que pedir ayuda a una ONG.

Conozco a la encargada, será discreta, créeme. Además, ¿no dijiste que todos estaban mal? Los médicos tendrán que revisar a las muchachas y a los niños.

También hay que vestirlos y darles de comer, no podíamos hacerlo solas.

Tuve que estar de acuerdo con eso.

Mi idea original había sido brindarles un refugio, una casa quizá, cualquier lugar donde pudieran recuperarse. Pero mi monoambiente no hubiera sido suficiente para todos y, por lo visto, el piso de Alicia tampoco. Era una suerte que ella hubiera pensado en la ONG.

Cambié de opinión media hora

después. Habíamos llegado al hospital para encontrar que la entrada estaba tapada por un par de vehículos oficiales y algunos móviles de tv. Estuve a punto de sugerir que siguiéramos de largo, pero en ese momento vi a Alicia, que echaba a correr por la acera para acercarse a nosotros. Vi que todavía llevaba una mano vendada, pero se la notaba animada, casi feliz.

Una mujer la seguía a dos pasos de distancia y noté que era de mediana edad, de facciones amables en una cara redonda. Al lado, venía el ministro de bienestar, servicio social o no sé qué, el típico

funcionario

que

aparece

únicamente en caso de catástrofe para dar el pésame a los deudos y lamentar las víctimas, como si no fuéramos todos víctimas y la vida, una catástrofe.

—¡Oh, no! —murmuré, aquello no pintaba bien.

Los flashes se dispararon antes de que yo alcanzara a cerrar la boca. Los periodistas se detuvieron a nuestro lado y Milagrosa abrió la puerta trasera del minibús. Entretanto, yo puse seguro en la de mi costado.

Mientras los paramédicos salían a recibirnos con camillas y se formaba un pasillo para dar paso a las prostitutas y a los niños, me mantuve rígida, con Lucas a mi izquierda, impertérrita a pesar de que el ministro me hacía señas con su mano y los periodistas golpeaban mi puerta.

Escuché sus preguntas, enrojecí, pero seguí allí, no iba a bajarme.

—Has salvado a diez mujeres más,

¿estás en una cruzada contra la trata?

—¿Cómo las rescataste?

—¿Tú también fuiste prostituta?

—¿Qué nos puedes decir?

Cuando todo el mundo terminó de descender, Milagrosa volvió a subir y cerró la puerta.

—¡Bueno, vamos! —le ordenó a

Lucas—. Ahora buscaremos a mi madre.

—Me siento mal —anuncié, tras un nuevo acceso de tos. Me eché de costado en el asiento y, temblando, me hice un ovillo a pocos centímetros de la pierna de mi amigo. Entonces él me tocó la frente.

—Estás ardiendo —dijo.

Me di cuenta de que hacía una

llamada con su móvil, luego seguimos circulando hasta que de pronto, nos detuvimos frente a una clínica privada.

Protesté, pero realmente había llegado al límite de mis fuerzas.

*

Tras una serie interminable de estudios, me instalaron en

una cama hospitalaria.

Asombrada, miré alrededor y descubrí que me hallaba en una habitación privada,

exquisitamente

decorada,

incluso con cuadros originales de pintores que salen en los suplementos de arte de los periódicos. Tenía un juego de sillones, cafetera y televisor de pantalla plana, todo impecable. Sin duda era un sitio de alto nivel. ¿Por qué había ido a dar ahí? Intenté sentarme, pero una vía conectada a un gotero inmovilizaba mi mano y me hallaba demasiado cansada.

Una pequeña rendija en la ventana me permitió ver que aún era de noche. Me recosté sobre la almohada y me adormecí.

Apenas pasados unos minutos, y tras sentir que alguien me tocaba la frente, abrí los ojos, asustada, y en la penumbra silenciosa del cuarto descubrí a Sanpierone.

—Shhh, tranquila —susurró. Estaba de pie, a mi lado, y apartó un mechón de pelo de mi mejilla, lo acomodó tras la oreja pero el mechón volvió a soltarse.

Finalmente desistió y tomó a cambio mi mano, que desapareció entre las tuyas

—. Descansa, estoy aquí para cuidarte, ya nada va a pasarte, confía en mí.

Apenas si podía distinguir sus ojos grises, no podía ver el poder que emanaba de ellos o de los rasgos fuertes de su cara, pero la intensidad de su voz resultaba inconfundible.

Suspiré, un suspiro de alivio.

Y aunque no podía responderle, pues no había palabras apropiadas y se necesitaba inventar un nuevo idioma para traducir el terrible batifondo que había en mí, entrelacé mis dedos con los suyos, se los apreté levemente y volví a dormir.

*

Él no estaba allí cuando desperté, entrada la mañana, pero tampoco estaba sola. La señora Ibáñez se hallaba recostada en uno de los sillones, limpiando las hojas de un poto dorado, y a su lado, Soraya hojeaba una revista.

Frente a mi cama, el televisor estaba sintonizando un canal de noticias sin volumen y debajo de él, sobre un mueble, se hallaba un enorme ramo de orquídeas. Me

quedé mirando el ramo, no había sido un sueño entonces.

—Despertó —anunció Soraya y se me acercó con rapidez. La señora Ibáñez se limitó a levantar la vista y luego regresó a su tarea; supuse que no estaba demasiado contenta con mi fuga, quizá incluso había recibido una reprimenda por mi culpa.

—Lo siento —les dije a las dos y al techo—. Sé que he creado muchos problemas.

—¡Bah, problemas! ¿Tú qué sabes de crear problemas? ¡Ja! ¡Tú eres un bebé de pecho a la hora de crear problemas! Problemas crea el gobierno, a ellos se les da bien —me consoló Soraya.

—¡Cierto!

—Problemas crean los hombres

cada vez que se olvidan de los condones.

—Cierto también.

—Y no es que sea patrimonio de los hombres. Problemas era el segundo nombre de tu madre, por ejemplo.

—También es el nombre de mi prima

—agregué.

—Y

el

segundo

apellido

de

Sanpierone —colaboró mi amiga.

—El de todo su entorno, más bien —

terminé, con una maligna mirada oblicua a la señora Ibáñez.

Soraya sonrió y la copié, no había nada como estar de acuerdo. Pero a continuación su cara se transformó y me miró con la inflexibilidad de un inquisidor medieval o de un contable japonés.

—Ya no te metas en problemas, ¿me oyes? Me has quitado diez años de vida con estos doce días que llevas desaparecida, y no es que me sobren años por vivir, aunque no se me note.

—¡Bah, pero si eres una niña!

—A propósito de niña, te cuento que tu prima y la italiana siguen con las niñadas.

A esto la señora Ibáñez levantó la vista.

—¿Simonetta?

—quiso

saber—,

¿acaso tú sabes dónde está?

—Está viviendo con Valeria, parece que quiere aprender a echar las cartas,

¿te imaginas? Han puesto un cartel en la puerta del negocio con un descuento especial para putas. Te han robado la idea. ¡Pirañas! Esas dos te robarían el novio si tuvieras. Hum... todavía no tienes, ¿o sí?

Pasé por alto el tono desconfiado de mi amiga. No contesté, estaba mirando a la señora Ibáñez, que acababa de sacar el móvil de la cartera y tecleaba afanosamente en él. Le estaba avisando a

Sanpierone

dónde

se

hallaba

Simonetta, barrunté, y me chocó que lo hiciera, la italiana no me caía nada, nada bien. La señora Ibáñez, tampoco.

—No has contestado —se enojó

Soraya.

—¿Eh?

—Te preguntó si tienes novio —

apuntó entonces la señora Ibáñez mientras guardaba el móvil, una vez enviado el mensaje. Luego giró hacia mí y se sentó en una silla, junto a mi cama

—. A mí también me gustaría escuchar esa respuesta.

Me enfurecí.

—¿Qué? ¿Cree que por salvarme la vida un par de veces ya tiene derecho a escuchar mis confesiones? ¿Acaso es cura? ¿Ginecóloga? ¿Terapeuta? —No aguardé su respuesta—. ¿Qué parte de cuatro años y tres meses no

escuchó bien?, ¿eh? ¿O acaso cree que mi situación sentimental cambió en los cinco días que estuve encerrada en casa de esa bruja? ¡Ja! —Se me ocurrió una idea—. Hagamos una cosa, ¿por qué no me presta su móvil? Marco el número de Sanpierone y le aclaro todas sus dudas: que cuántos polvos tuve, que a qué hora, que cómo de grande la tenía y por dónde la metía. ¿Feliz?

En el acto enrojecí, había sido demasiado grosera hasta para mis poco delicados oídos, pero me consolé al ver la cara horrorizada de la señora Ibáñez.

Además,

Soraya

estalló

en

una

carcajada que valió la pena, hacía mucho que no la escuchaba reír.

La vieja me miró con la boca abierta pero cuando la cerró fue para apretar los dientes con fuerza.

—¡Yo sé que hay algo más... hay alguien más... y cuando

lo descubra...!

—Levantó su dedo índice hacia mí. Me reí—. Todo esto es mi culpa —susurró entonces—. Cuando el jefe me ordenó que cuidara a una de sus dos novias y me dio a elegir entre ellas, opté por la postiza, la de trampa. Era la más gilipollas, la empleadita de un sex shop sin dinero ni influencias, sin buen gusto ni belleza. ¿Quién iba a imaginar que causaría tantos problemas?

Se me cortó la risa de golpe. De hecho, no podía articular palabra, estallaba de rabia. Yo no era la novia de trampa de Sanpierone, ¡joder!

—¿¿¿Qué???

—gritó

Soraya

entretanto—.

¿Estás

hablando

de

Malala?

—Debía ser un trabajo fácil —

continuó la anciana—, mejor que el otro.

No me apetecía ir de tienda en tienda mientras la señorita elegante gastaba el dinero de su padre con la tarjeta.

¡Grave error!

—¡Sí! ¡Grave, grave error! —bramé con todas mis fuerzas, y me senté en la cama de golpe, con tanta torpeza que terminé tirando la percha del gotero. La aguja salió volando de mi brazo, no sin antes arrancarme la venda y un alarido también—. ¡Fuera! ¡Fuera de aquí! ¡No quiero volver a verla en mi vida, ni a usted ni a su jefe, aunque me muera!

Soraya sacó a la señora Ibáñez a empujones del cuarto, llamó a las enfermeras, acudió un médico joven y entre todos me cambiaron la sonda de mano y lograron calmarme.

Pero ya no quería estar con mi amiga, no quería ver a nadie, así que respondí

con

monosílabos

a

las

conversaciones.

Recién cuando Soraya se retiró, un rato más tarde, abrí los ojos y miré por la ventana. Quería llorar y no sabía bien por qué, tal vez por lo complicada que se había vuelto mi vida, quizá porque no se me ocurría cómo iba a salir de la clínica, ni cuánto dinero costaría, no tenía un duro.

Y volví a sentir que la ira me dominaba, que me llevaba como un torbellino, como un huracán grado cinco.

La ira no se me había pasado y esa noche tuve sueños confusos donde la violencia se llevaba la mayor parte.

Para colmo, desperté en la madrugada, ante el contacto de la mano de Sanpierone en mi mejilla.

—¡Déjame! —le exigí—. ¡Déjame

en paz! No soy tu novia postiza, no soy tu trampa. No soy repuesto, *backup*, pendrive, no soy felpudo ni juguete sexual. ¡No soy y nunca voy a ser tu puta! ¿Entiendes?
¡Nunca!

Se sentó a mi lado, me tomó la mano que me había

lastimado con la sonda, y se la llevó a los labios. Con sumo cuidado me besó el dorso, la palma, luego la yema de los dedos, uno por uno.

Cuando terminó, apoyó mi mano sobre su corazón y la mantuvo allí.

Quizá se suponía que debía escuchar los latidos, no sé, pero yo no estaba para suaves detalles de novela rosa. Sentí, eso sí, la dureza de sus músculos, los contornos bien perfilados de quien pasa muchas horas en el *gym*. Ese hombre no solo exudaba poder, también era de piedra.

Quería tocarlo, quería pasar mis uñas por sus tetillas, arañarlo, enredar mis dedos en su pecho y repasar el camino de sus rizos, más abajo. Me volví líquida y jadeé.

Él se inclinó entonces sobre mí e invadió mi boca. Nos besamos sin delicadezas, desesperados, las lenguas duras,

agresivas,

impacientes

por

hundirse hasta el fondo, entrando y saliendo, él en mí, yo en él.

No me di cuenta de que él había liberado mi mano hasta que sentí que la suya se posaba sobre uno de mis senos.

Ponderó allí, con la seguridad de quien se siente dueño, y mi carne le respondió frunciéndose sin recato. Me acarició entonces, tomó un pezón entre sus dedos pulgar e índice y lo estiró con suavidad, lo hizo girar, lo estrujó suavemente, con la delicadeza de quien conoce la fuerza justa, el punto exacto, era un maestro y estuve a punto de correrme ante el contacto.

Comencé a formularme una serie de preguntas de física y mecánica, por ejemplo, si la cama hospitalaria estaba preparada para eso, si crujiría ante nuestro peso, si el maldito gotero me impediría pasar los dedos por su pelo.

Quería saber si era posible hacerlo, allí, en ese preciso momento, pues toda demora,

cualquier

aplazamiento

resultaba insoportable.

Pero él apartó sus labios de mi boca, los llevó a mi cuello, me besó allí y tras mi oreja. Entonces susurró con la voz tensa:

—No. Cuando te tome, no será en un polvo rápido. Los dos sabemos que queremos mucho más que eso.

Protesté, no le veía nada de malo al polvo rápido, quería decirle que no se rechaza un bombón de limón y chocolate por la promesa distante de un almuerzo.

No escuchó. Fugaz como había

llegado, se marchó, dejándome sola, enferma, famélica y febril.

*

Sanpierone tenía un grave defecto, decidí, siempre estaba presumiendo de saber si yo quería esto o aquello. Ni que hubiera sido Nostradamus. ¿Cómo podía saber aquello que ni yo misma sabía?

¡Joder! Me había dejado frustrada una vez más. ¿Y a dónde se llevaría él sus propias frustraciones? ¿A la ducha?

¡Ja! No lo creía.

El pensamiento me inundó de rabia.

Entretanto, ahí estaba yo, atrapada en la cama con un gotero por compañía.

La vida era injusta, pensé, cuanto menos merecía contar con la ayudita del Jefe Supremo pero ni eso.

Hice cálculos.

Si antes había estado a metro y medio de hacerlo con Sanpieronone, había logrado mejorar la marca. A veinte centímetros quedamos, calculé. Veinte centímetros, hum, podía apostar que al menos medía eso. Con la imaginación a pleno vuelo, me dije lo que toda mujer sabe: veinte centímetros no es poco, no es poco en absoluto.

Para

enfriarme,

me

pregunté

entonces qué habría pasado con el sex shop. ¿Habría regresado mi jefe de su viaje espiritual? ¿Me habría buscado reemplazante? ¿Estaba yo en el paro una vez más?

Necesitaba dinero pero con lo poco que había trabajado, no me correspondía más que calderilla. Mi sueldo era en

parte fijo y en parte, comisión por ventas, y de ventas no había habido nada, nada más que tangas, condones y cremas, ni siquiera un conejo o un dildo.

Y aunque el fijo era groseramente alto, no podía cobrarlo si había desaparecido casi tres semanas.

Mi tren de pensamiento me llevó a la clínica. Era un lugar caro, se lo había preguntado a las enfermeras, ¿qué bicho le había picado a Lucas para llevarme allí? Mi seguro estaba lejos de cubrir esos lujos, ¿y total para qué? Para curar una neumonía que habría podido atacar con un par de inyecciones desde casa.

Resumí:

Tenía que pagar la clínica.

Tenía que encontrar trabajo. Ah, y piso, no me apetecía tener a la señora Ibáñez a mi lado.

Tenía que hallar a Laura Vilte.

Tenía que rescatar a la madre de Milagrosa y ver qué hacer con ella, con Alicia y con las chicas y niños que había dejado en manos de la ONG.

Tenía que huir: de la mafia rusa, de la ‘Ndrangheta, de los

chulos cuyo local había atacado, del policía que estaba a cargo, de la señora Ibáñez, de Simonetta, de mi prima, de Conde y de Sanpierone.

Sobre todo de Sanpierone. Ya

enfriada me di cuenta de que había llegado al límite. No había distancia menor a esos veinte centímetros; él era el tren y estábamos llegando a la última parada.

Literalmente.

Para colmo, la deuda que tenía con él iba creciendo de forma exponencial, como la economía en negro, la deuda del gobierno y los crímenes de la mafia.

No pude volver a dormir y tan

pronto como se hizo de mañana cogí el móvil nuevo para llamar a Lucas.

—Necesito

un

préstamo

—le

anuncié.

No respondió hasta pasados unos segundos.

—¿Has

avanzado

en

la

investigación?

—Se puede decir que sí —respondí, cruzando los dedos. Me prometí que ese mismo día iba a preguntar en la ONG si no habían rescatado a alguna Laura Vilte, por si acaso.

—¿Ya tienes a la mujer?

—Bueno, no.

—Entonces no puedo darte nada. Lo siento, Malala, pero esta gente está poniéndose impaciente, no van a largar más billetes si no tengo respuestas y será mejor que las tenga pronto o me van a reemplazar por alguien más.

—Ah.

Hice silencio, no sabía qué decirle, el ánimo se me fue a los pies, no podía pensar en nadie más a quién pedirle.

¿Soraya? Imposible, todo su dinero venía de Latorre y era dinero negro.

¿Valeria? No iba a prestarme. ¿Alicia?

¿De ninguna manera, la pobre se había quedado sin trabajo también! Y sin dedo.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Lucas entonces.

Suspiré.

—Tengo que pagar la clínica y

cuesta un dineral. Lucas, ¿por qué me trajiste aquí?

—Fueron órdenes, te imaginas de quién.

Era como me lo temía y suspiré otra vez.

—Él va a pagar, no te preocupes —

siguió diciendo Lucas.

—No

puedo

aceptar,

¿no

lo

entiendes?

—No. Estás enferma, él te envió a una clínica, él va a pagar, ¿qué más da?

—Es que no puedo, Lucas —me

angustié—, no puedo deberle más, no quiero. Necesito estar en plano de igualdad y así es como si me comprara, pedazo por pedazo y en cuotas.

—Estás exagerando.

—Busca en el diccionario. Hay una palabra llamada decencia, todavía existe, según creo.

Lucas se echó a reír.

—Tal vez exista... en los países bálticos.

Colgó, y me quedé mirando el móvil.

Estaba sorprendida de que Lucas supiera cuáles eran los países bálticos, yo misma tenía dudas.

En ese momento Alicia entró en el cuarto.

—¡Querida!

—Me

abrazó

con

fuerza.

No recordaba haber sido tan amiga de mi antigua compañera de Auditoría, pero supuse que el asesino del machete nos había unido de alguna manera.

Se sentó en una silla, al lado de la cama.

—¿Qué puedo hacer por ti? —

indagó.

—Quiero irme, Alicia —contesté—, quiero que esta gente me dé el alta.

Tiene que haber algún medicamento que pueda tomar, me siento prisionera. Si no me dan el alta ahora mismo, me tiro por la ventana.

Bueno, no había tenido idea de que estuviera tan alterada, pero por lo visto sí lo estaba.

Alicia trató de calmarme.

—No, no hables así, ya mismo lo soluciono.

Dejó la habitación y estuvo ausente un buen rato.

—Listo

—anunció

feliz,

tras

regresar—, puedes irte cuando quieras.

Aquí está la lista de remedios que debes tomar y aquí está la cuenta a pagar.

Miré la cuenta. Tirarme por la ventana no era tan mala idea.

Por lo pronto, dejé reposar ambos papeles sobre mi vientre.

—¿Y qué me cuentas tú? —pregunté para cambiar de

tema.

Alicia hizo una mueca, estirando los labios hacia un costado.

—Como loca. Te cuento que han

despachado a las mujeres del hospital y solo tres niños quedaron en estado de observación. Dos mujeres han vuelto a ejercer el oficio. Son las estadísticas,

¿sabes? Está comprobado que ochenta por ciento de las prostitutas no trabajan en eso por voluntad propia. En algunos casos los proxenetas retienen a sus hijos, en otros, sus pasaportes. Son inmigrantes y contraen deudas que no pueden pagar o amenazan a sus familias, en los países de origen. No en pocos casos, los proxenetas son sus parejas y les hacen chantaje emocional hasta que caen en el tráfico. Golpeadas y amenazadas, van pasando de mano en mano.

Me pregunté cuál de esos era el caso de Alicia, pero no me atreví a indagar.

—¿Y las ocho restantes? —quise saber.

—Técnicamente vendrían a estar en el paro. Por eso vengo, tenemos que ayudarlas.

Fruncí el ceño.

—¿Nosotras? ¿Y el ministro de no sé qué?

—Solo está para las fotos.

—¿Y la ONG?

—Desbordados. Las albergan y las visten, les dan apoyo psicológico pero en algún momento ellas tienen que sostenerse por su cuenta. Si no lo hacen, vuelven a caer.

Asentí, ya me había imaginado que sería así.

—¿Qué sugieres?

Se encogió de hombros.

—No tengo idea. Tú eres la que tiene la magia y los contactos. ¡No digas que no! Todo el mundo lo comenta.

En eso sonó su móvil, lo atendió con una mueca y tras colgar, me miró con pena.

—Tengo que irme, Milagrosa ha

escapado del hogar de acogida al que la habían llevado.

Me asusté.

—¡Ve, ve! En cuanto salga de aquí te llamaré para ver cómo la ayudamos.

Alicia me dejó más abrumada de lo que ya estaba y cuando se marchó y una enfermera entró para retirarme la vía, ni siquiera me sentí contenta.

Estaba el asunto de la deuda y pensé en sentarme afuera para hacer una colecta, quizá incluso una rifa, aunque mejor no, la última rifa que había organizado no había terminado nada bien.

Me acordé entonces de Montorvo y se me apretaron las tripas. Tenía que verlo, decidí. Él era mi única salida.

Como policía, podía ayudarme en mi siguiente paso: liberar a la madre de Milagrosa. Realmente no me veía con el bolso, los pantys y la Uzi-Pro entrando en otro club. No, mejor lo hacía con el apoyo de la ley.

Una

voz

insidiosa

empezó

a

ronronear en mi interior: era mi conciencia. ¿Realmente esa era la única razón para encontrarme con él? Supe que no, debía ser sincera. La angustia me embargó al confesarme lo que no quería saber: necesitaba un último encuentro, una conversación cara a cara donde él me dijera lo que tres insultos, tres meses y tres semanas me habían dicho ya, aunque necesitara un refuerzo: que lo nuestro estaba muerto.

Rogué que no fuera así, que él me tomara en sus brazos y me besara, que me dijera que no trabajaba para Giorgio, que había dejado de hacerlo.

Rogué que el amor resucitara.

Lo rogué por él, lo rogué por mí, lo rogué porque si no era así, ya no habría nada, nada que me apartara del destino que –yo sabía- me esperaba.

Volví a coger el papel de la cuenta,

¡diablos! Tenía que encontrar la forma de pagarla aunque para eso tuviera que echar las cartas durante mil años.

En ese momento la puerta de la habitación se abrió y entró Conde. Me sorprendió verlo allí, sonriente y compuesto como si no le hubieran trasplantado un ficus en el cerebro ni hubiera recibido un tiro en una pierna.

Cojeaba un poco, observé cuando empezó a caminar hacia mí, pero fuera de eso, no se le notaba nada en términos arbóreos.

—¿Cómo estás? —quiso saber, tras besarme las mejillas.

—¿Cómo estás tú? —pregunté a mi vez—. Siento mucho lo ocurrido, ¡mira todo lo que has pasado por mi culpa!

El abogado tomó asiento a mi lado y me cogió la mano.

—¡No digas eso! Si hay alguien aquí que no tiene culpa, esa eres tú.

Se quedó en silencio mientras

jugueteaba con mis dedos y me entró miedo.

—¿No habrás venido de parte de Giorgio?

—No, no —me aseguró—, ya no

trabajo para Giorgio, ¡tranquila!

Suspiré aliviada, pero de pronto se me ocurrió una idea nefasta. Tal vez no era libre, tal vez solo había cambiado de bando, como él mismo había sugerido.

—Vengo porque estoy en deuda

contigo —siguió diciendo—, dejaste de trabajar en mi estudio y nunca te hicimos un

arreglo.

Según

mis

cálculos,

quedamos debiendo...

Lanzó una cifra exorbitante, que alcanzaba para pagar la clínica, el depósito de alquiler de un nuevo piso y hasta un par de jeans. Parpadeé. Traté de hablar pero solo me salió un graznido.

Lo intenté de nuevo y tragué saliva.

—Dile que no —anuncié por fin—, dile que le agradezco, pero no puedo aceptar, no puedo.

No hizo falta decir de quién

estábamos hablando y nos miramos en mudo entendimiento. Me sorprendió ver pena en esos ojos como chocolate fundido, me sorprendió más hallar respeto.

—Entonces... ¿me permites que te haga un préstamo? —
susurró—. Te juro que es dinero mío.

Dudé pero, ¿tenía otra salida? Acabé por asentir.

—Prometo que te lo voy a devolver.

—Sé que sí, sé que sí.

Media hora más tarde, Conde me conducía en su Audi hasta el piso de Alicia. Durante todo el trayecto, me entretuve

mirando

alrededor

con

nerviosismo. ¿Nos seguían? Podía apostar a que sí. Si Sanpieronone podía oír todo lo que yo decía, no me imaginaba siquiera que iba a dejarme ir sin ponerme al menos una escolta.

No vi a nadie, lo que significaba, en mi criterio, que los tipos eran profesionales, eran mejores que la señora Ibáñez aunque ella misma parecía haber recibido entrenamiento.

Tal vez yo misma necesitaba

entrenamiento, pensándolo bien.

Tras llegar, nos despedimos en la acera y él me estrechó la mano, en lugar de los dos besos a los que me había acostumbrado. Con los pelos en punta, volví a mirar alrededor, ¿significaba eso que nos estaban filmando? No quería volverme paranoica, pero por las dudas,

¿me había peinado? No, recordé, me había olvidado de ir al baño en la clínica. No debía lucir nada, nada bien.

¿Qué importaba? Sonreí para las cámaras.

Alicia me dio asilo y tras contarme que Milagrosa había sido encontrada y devuelta al hogar de acogida, me ofreció una cama y la oportunidad de darme un baño.

La

acepté

y

aproveché

para

analizarme

en

el

espejo.

Había

adelgazado,

comprobé.

Tenía

las

mejillas hundidas, los ojos sin brillo, la cara triangular y no redonda, el labio inferior

sobresalido

y

un

poco

tembloroso, tan tembloroso como la barbilla.

Me observé en tres cuartos de perfil.

Me veía distinta, decidí, me veía parecida a... ¿Hiba Abouk? Tal vez sí, pero tenía otro nombre en la punta de la lengua. Cambié de lado. Ya no me parecía tanto a Malalona, comprobé con agrado, me parecía más a... Fruncí el ceño. ¡No podía ser! A Malena, me parecía a ella. El nombre apareció inopinadamente en mis labios. Claro que Malena era rubia y hermosa, recordé. Y

tenía la nariz más recta y pequeña. Y los labios, los labios de Malena eran parejos, perfectos. Los dientes también, claro.

Mi hermana, menor por un año,

siempre había sido delicada y bella, la gran atracción de la familia. Hasta que se había peleado con mi madre y se había marchado a Nueva York a vivir la gran vida con su novio del barrio. Mamá le había hecho alguna clase de magia negra, supe después, así que quizá no le había ido tan bien como los padres del muchacho pregonaban.

Cerré los ojos para despejar el parecido, decidí que necesitaba gafas.

Apreté los párpados y al abrirlos, me convencí de que me había equivocado, no me parecía a Malena en absoluto, además habían pasado cuatro años desde que la vi por última vez.

De todas formas, tampoco me

parecía a mí. Bueno, no había nada que pudiera hacer al respecto, excepto comer, y no tenía tiempo para eso.

Alicia me prestó una camiseta rosa que se tensaba despiadadamente sobre mis atributos (hay sectores del cuerpo que no toman nota de la dieta) y la lavadora me devolvió mis jeans, que me quedaban grandes y hacían una bolsa poco halagüeña donde antes habían abrazado cariñosamente mi culo.

No estaba lista, pero quizá nunca iba a estarlo, así que aspiré, tomé fuerzas y cogí el móvil para llamar a Francisco.

Me atendió en el acto y quedamos en encontrarnos media hora después, en un sitio de comidas rápidas a pocas manzanas de distancia. Dejé el bolso en casa de Alicia, por si estuviera intervenido y tuviera un micrófono o quizá un GPS tracker, un dron o la sonda espacial Rosetta.

Después, obligué a mis pies a

caminar hasta el local elegido y, sentada contra una ventana, las manos en torno a un café, me dediqué a esperar al comisario.

Temblaba como una declaración de impuestos en manos del contribuyente más escrupuloso, que hasta a Messi le entra el pavor una vez al año.

Sufría de antemano y un par de veces estuve a punto de marcharme tan lejos como pudiera, quizá a Siberia. Y tal vez habría terminado por hacerlo, pero de pronto lo vi llegar y observé el contoneo jactancioso de sus caderas, la hebilla ancha del cinturón, la camisa, *s lim fit*, que seguramente se la habían cosido una vez puesta, de tan perfecta como le quedaba.

Mi vista se fijó finalmente en su cara. Había ira en esos ojos celestes de Photoshop y llevaba la mandíbula apretada.

Montorvo tomó asiento frente a mí sin pedir nada. Sus ojos pasaron brevemente por mi cara, bajaron a mis manos temblorosas, volvieron a subir.

—Parece que no te están cuidando bien.

—Estuve enferma.

—Lo sé. —Hizo una mueca—. Pasé por la clínica para ver cómo estabas, pero no me dejaron subir.

Contuve

el

aliento

ante

esas

palabras, ¿se había preocupado por mí?

Un alivio inmenso se debió ver en mi cara porque él aflojó la línea de su mandíbula y sus ojos tomaron una expresión más humana.

—Parece

que

solo

atraigo

problemas —traté de sonreír.

—El problema es que atraes —

remarcó él, y mi sonrisa se hizo más luminosa, me sentí feliz—. Ahora, ¿vas a decirme dónde se esconde Sanpierone o por qué estoy aquí?

No me esperaba la pregunta y la sonrisa se apagó como una vela.

—No tengo idea de dónde se

encuentra —respondí— y no te llamé para eso.

—Sanpierone es todo lo que me

interesa.

Contuve el aliento.

—¿Por qué? ¿Quieres entregárselo a Giorgio? —
contraataqué—. ¿Esperas alguna recompensa? ¿Qué puede haber por encima de jefe de seguridad de la sucursal de la ‘Ndrangheta en el país?

No lo imagino, dímelo tú, seguro que lo sabes.

—No

tengo

por

qué

darle

explicaciones.

—Hace tres meses pensaba que sí

—susurré—. Estaba segura de que tenías explicaciones y estaba dispuesta a escucharlas y a darle las mías.

Entonces te hice una pregunta y esperaba tu respuesta, pero nunca me la diste, nunca me la diste, ¿recuerdas?

Nos miramos en silencio pero en sus ojos había vuelto a flotar un odio maligno.

—No te imaginas —aseguró en voz baja e intensa—, no tienes idea de lo que es pasar cada noche pensando, imaginando lo que Sanpierone hace contigo. ¡Cada segundo de mi vida me pregunto si en ese preciso instante te está follando!

Sentí que la sangre me bajaba a las entrañas, rodeaba mi corazón, me dejaba sin habla. ¡No es así!, quise gritar, pero la voz no salió de mi interior, no salió, no podía mentir, porque yo me había acostado con Sanpierone una y

mil veces, aunque hubiera sucedido solo en mi cabeza.

Me sentí falsa y vil, sin recordar que él me había dejado tres meses antes y solo porque yo le había preguntado si estaba dispuesto a ser un tipo honesto, a dejar a Giorgio por mí.

No atiné a responderle y él siguió casi sin pausa.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó, y en su voz había desafío y amargura—.

¿Quieres saber si todavía se me endurece cuando te miro?
¿Quieres tocarla?

Enrojecí. Sentí confluír la sangre desde la raíz de mi cabello a mis mejillas y mis orejas. No cabían dudas de que el tipo era más bruto que un arado, ¿y dónde me dejaba parada todo eso? Abrí la boca para responderle.

—Te equivocas.

—Pero no importa, ¿sabes? —me

interrumpió—, no importa porque no voy a aceptar las sobras de Sanpierone.

Las putas de Sanpierone no van a estar en mi mesa. —Y mientras yo lo miraba con los ojos muy abiertos,

incrédula, se inclinó hacia mí—. No follaría contigo ni aunque Giorgio me obligara, ni aunque lo ordenara el presidente o lo impusiera el Papa. —Bajó entonces sus ojos celestes a mi escote y los detuvo allí—. Aunque tal vez... si te quitas la camiseta,

puede

que

logres

convencerme, por lo que veo, no llevas nada debajo.

Quise morir. Había ido a buscar respuestas y me había llevado una, lástima que era una bofetada tremenda.

Con manos temblorosas, me llevé el vaso de café a la boca y tragué, sabía a arcilla.

—Gracias por tu tiempo —dije

cuando pude hablar a través del papel de lija que tenía en la garganta.

—¿Te

vas?

Espera,

quiero

presentarte a alguien.

Ví que hacía una seña a otra mesa, situada detrás de mí. De pronto, una mujer joven se acercó a nosotros y besó a Montorvo en los labios. Él le pasó un brazo por la cintura, la atrajo hacia sí, luego la mano que la había acercado se quedó prendada más abajo. Después de un buen manoseo, la joven se echó a reír y tomó asiento a su lado.

Le pedí al suelo que se abriera. No me hizo caso.

Desesperada, busqué anclar mis ojos en otra cosa: en un cartel, en el suelo, en una silla. No encontré asidero y resbalé, resbalé por un tobogán de agua donde el agua eran mis lágrimas y las guardé muy adentro, donde no se vieran. Lástima que ahí donde estaban me ahogaban.

Lloraba por la humillación, no por celos.

—Todavía no has dicho por qué

estoy aquí —repuso el poli, poniendo su atención en mí.

Con esfuerzo, volví los ojos hacia él. Puse toda mi valentía en juego y permanecía sentada, no le tiré el café a

la cara ni nada. Como la mujer madura y educada en la que me convertí, pasé a contarle la historia de Milagrosa. La niña necesitaba ese esfuerzo de mí, pero ay, ¡cómo costaba!

—Necesito ayuda para rescatar a su madre —terminé sin aliento, con la boca seca y el sabor amargo de haber sido golpeada.

Montorvo torció los labios con desprecio mientras movía su mano rítmicamente sobre el muslo de su amiga.

—No era necesario que me llamaras para eso, bastaba con ir a una comisaría cualquiera, hay una en la esquina si mal no recuerdo.

—Te dije que hay policías metidos en todo esto. Si pasan aviso y se enteran los proxenetas, van a cambiarla de club y nunca la encontraremos.

—¡Bah! Exageras. —Pero de pronto, dejó a su compañera y se adelantó en su silla—. Salvo que quieras intercambiar datos. Yo podría ayudarte, si ese fuera el caso.

Me levanté de la silla con rapidez.

Durante un segundo, mi vaso de café tembló en mi mano

pero finalmente primó la cordura así que lo arrojé al canasto y no sobre el comisario.

De todos modos, era el fin.

*

Caminé con la cabeza alta de regreso al edificio de Alicia. Conde era el pasado.

Montorvo era el pasado. Quedaba Sanpierone,

tenía

que

mandar

a

Sanpierone a mi pasado con la

velocidad de un avión supersónico.

Mejor sola, decidí.

Subí hasta el piso de mi amiga y, tras un suspiro, llamé a la puerta. Ella abrió y su sonrisa murió al ver mi cara, pero por suerte no preguntó nada.

—No tendremos la ayuda de mi

contacto para liberar a la madre de Milagrosa —anuncié antes de tirarme sobre un sillón.

—¿Cómo vamos a hacerlo entonces?

¡Esa niña me parte el corazón!

En silencio, medité sobre las

opciones que tenía abiertas. No eran muchas. Taché a Montorvo, taché a Conde, taché a Latorre, a Soraya y a Lucas. Tragué saliva y taché a Sanpieronone.

Vaya, había quedado sola en la lista.

Más sola que el presidente cuando habla por la tele.

—Lo haré sola —anuncié entonces

—. Voy a ir al club, sola, sin armas, a pedir de buena manera que me entreguen a la mujer.

Alicia se echó a reír y luego se puso seria.

—¿Y yo, qué?

—Tú esperarás afuera y quince

minutos después de que entre, estarás rodeada por cámaras de televisión.

Convocarás a los periodistas y los harás ir... diciendo que la salvadora de putas está adentro y en peligro. Asegúrate de que estén allí pero después de quince minutos, no sea que la madre de Milagrosa no quiera venir y hagamos el ridículo en vivo, las tres.

—Muy bien —aplaudió mi amiga.

Por toda respuesta, me limité a gruñir, algo me decía que esa había sido la peor idea que había tenido en el mes, y era decir mucho, pues la reunión con Francisco estaba extremadamente alta en el ranking de desastres.

Capítulo 7: El poder

dominante de lo

grande

Esa misma tarde Alicia hizo varias llamadas y al caer la noche, partimos juntas rumbo al club. Antes de salir, tuve la precaución de dejar la Uzi-Pro en el piso, dejé también el móvil pero me llevé el bolso Hermès, pues si terminaba secuestrada era mejor contar con todos los cachivaches tecnológicos que creía que ocultaba. Podía darse el caso

de que necesitara que alguien me rescatara, pensé entonces.

Miré alrededor antes de subir al taxi que paramos, pero no observé nada fuera de lo común: ningún coche ocupado por dos hombres con pinta de matones, ninguna anciana con una maceta. Me encogí de hombros:

Sanpieronone realmente había usado profesionales.

Veinte minutos después, habíamos llegado a destino. Ambas escudriñamos la calle lado a lado: no había rastro de las cámaras. Mejor así, decidimos.

Todavía no era la hora en la que, suponíamos, llegarían los clientes, pero el bar ya estaba abierto. Alicia se quedó esperando junto a un poste y yo aferré la correa de mi bolso y entré.

Estaba oscuro, fue lo primero que noté, y a pesar de lo temprano de la hora, un par de mesas ya estaban ocupadas por solitarios oficinistas, por un grupo de amigos bulliciosos y unos vejetes barrigones. Sin hacer caso de ninguno de ellos, me dirigí al camarero y me senté en una butaca alta.

Antes de que hubiera podido atraer la atención del hombre, uno de los vejetes tomó asiento a mi lado.

—¿Solita?

No respondí. Empezaba a extrañar la Uzi-Pro.

El camarero se detuvo entonces frente a mí.

— Pide lo que quieras —dijo el vejete y sacó la cartera de su chaqueta

—. Papá te invita.

Revoleé los ojos y me centré en el barman.

—Quiero ver al gerente.

Tanto él como el cliente me pasaron revista.

—¿Buscas trabajo?

—Algo así —enrojecí.

—Te contrato —dijo el cliente y se volvió al camarero—. Yo también quiero ver al gerente, que la contraten, que le hagan una prueba, yo le hago la prueba, ¿de acuerdo?

El cliente estiró una mano hacia mis senos y le di un manotazo que lo frenó de golpe. Tanto él como el camarero me miraron, incrédulos. No iba a llegar al gerente así, barrunté, además no tenía la Uzi para abrirme

paso. La extrañé otra vez.

—No se toca si no hay pago —

anuncié, y por suerte vi que tanto el vejete como el empleado sonreían, encantados.

Poco después el camarero me

conducía a una habitación trasera. Me hizo aguardar allí, mientras él hablaba adentro, y cuando me hizo pasar se retiró para dejarme a solas con su jefe.

Era un hombre joven, bastante

guapo, uno de esos tipos bien puestos, que usan cadenas de oro al cuello, botas y la última moda en jeans. Los periodistas suelen darles el nombre de

«empresarios

de

la

noche»,

un

eufemismo que abarca a proxenetas, fiesteros, puteros y organizadores de fiestas.

Mientras yo lo analizaba, el sujeto me analizaba a mí.

—Sé quién eres —dijo entonces—,

¿qué haces aquí?

No había contado con eso, pero quizá era mejor, ahorrraba tiempo.

—Vine a liberar a las mujeres que trabajan en tu club.

—No tengo mujeres.

—Sí, las tienes, y hay una en

particular que me interesa, pero no te diré cuál es hasta que haya hablado con ella. De todos modos, me llevaré a todas las que no están aquí porque quieren.

—Ajá. —Hizo una pausa, se

acarició la mandíbula, arqueó una ceja

—. Bueno, ven.

Había sido fácil y me sentí exultante mientras recorriamos

un corto pasillo que nos llevó a una habitación amplia, donde un grupo de unas ocho chicas se maquillaban, se colocaban pompas de conejos en los tangas o se inyectaban líquido en las tetas con unas agujas enormes. Arrugué la nariz.

—Aquí estamos —dijo el tipo,

cuando nos detuvimos en medio de aquel caos. Las muchachas hicieron silencio y miré alrededor, a aquellas caras que me observaban, desconfiadas y curiosas.

—Bueno, yo... —Tomé aliento,

tendría que haber ensayado mi discurso de liberación, pensé, quizá buscar en Google alguna frase de Luther King o de Gandhi, algo inspirador, grandioso, algo de premio Nobel o de estatuilla, pero siempre había sido un desastre —. Yo...

No pude continuar, en ese momento el hombre que estaba a mi lado elevó su puño y me lo calzó de pleno en la nariz.

Me la quebró, retrocedí, me tambaleé, empecé a echar sangre. Todavía anonadada, no vi venir la patada que se clavó en mis costillas. Me doblé en dos, caí y con cuatro patas en el suelo, traté de respirar, de pensar, de asimilar

lo que estaba sucediendo. No me dio tiempo, el tipo me alzó de los pelos y me puso frente a sus ojos.

—¿Decías?

¡Vamos,

habla,

te

escuchamos!

Me soltó, y por un acto reflejo logré agacharme y esquivar un poco el puñetazo que lanzó a mi mandíbula: se estrelló en mi ceja. Había tenido suerte, pensé, mejor perder el cerebro que los dientes, y entonces, mientras él se apartaba, caí, caí como un bolo, como un tronco o un cadáver.

Aturdida tras lo que fue un terrible impacto en mi nuca, sentí que unas manos me palpaban el cuello y me tomaban el pulso en la muñeca. El ojo golpeado se estaba hinchando con rapidez, pero abrí el otro y vi sobre mí una cara oscura de mujer. Me hizo una seña y cerré el ojo otra vez.

—Está muerta —anunció.

—Llévala al rincón —vino la orden.

Me arrastraron, sin ceremonias, hasta quedar entre la pata de una silla giratoria y un perchero lleno de prendas.

Inmóvil, ahogándome con mi sangre que se escurría de la nariz a mi boca, tuve pánico por primera vez. Algo le había pasado a Sanpierone, pensé, algo que había impedido que su grupo de matones viniera a rescatarme.

O quizá no, reflexioné con más pánico aún, quizá la señora Ibáñez nunca le había avisado que había presentado su renuncia.

Tal vez Alicia seguía sola, allá afuera, esperando a las cámaras de la tv,

¿cuánto tiempo había pasado? Quizá no acudirían nunca. Podía ser, por qué no, que necesitaran orden del juez y mientras tanto esta gente me levantaría en carretilla para arrojar mi cuerpo al río o para enterrarlo en una fosa.

Me tuve pena, ¿cómo se me podía haber ocurrido una idea tan estúpida?

Realmente no hacía nada, nada bien, mucho menos algo tan complicado como salvar prostitutas.

Y tuve rabia. A pesar del terrible dolor en mis costillas, en mi nuca, en el ojo y en la nariz, me prometí que nunca, jamás, volvería a estar tan vulnerable.

Llevaría siempre la Uzi-Pro, llevaría un ejército tras de mí, si lograba salvarme.

Con los ojos cerrados, esperé, esperé un largo rato, hasta notar que se alejaban las chicas. Había empezado el show, barrunté, y el show realmente debió empezar porque de delante llegó el sonido de la música, luego gritos, golpes y, cosa rara, incluso disparos.

Los disparos arreciaron, parecían ráfagas de metralleta, y busqué hundirme más, bajo una mesa. Pero realmente no podía esconderme, no había a dónde ir, imposible

ponerme

de

pie

o

resguardarme, así que esperé mi suerte.

Después la puerta de la habitación donde me hallaba se abrió de golpe y no pude evitar abrir mi ojo sano para ver.

Me encontré con un grupo de cuatro policías, que entraron en posición de combate, armas en mano. Dos de ellos lo registraron todo, un tercero se acuclilló a mi lado mientras el cuarto hablaba por su móvil.

—Está viva —dijo el poli que me tomó el pulso.

—Está viva —repitió el que hablaba por el móvil. Era un tipo enorme, noté entonces, con la voz profunda y segura del que manda—. Toma, quiere hablar contigo —me extendió el aparato.

Mi mano temblorosa lo aceptó y me lo llevé al oído, aunque el mero hecho de hablar por teléfono me sonara incongruente.

—¿Sí? —balbuceé.

— *Cara.*

Ahugué un sollozo.

En ese instante otro grupo de

policías entró al recinto. Montorvo lo encabezaba, observé incrédula. Estaba allí, arma en mano, y sus ojos penetrantes registraron todo antes de clavarse en mí. Pero había frialdad en el impactante tono celeste, una frialdad

extrañamente mezclada con una rabia asesina.

Los recuerdos de nuestro encuentro me arrastraron y cerré mi ojo sano para no ver que él estaba allí.

—Estoy bien —repuse ante el

teléfono mientras una lágrima se me escapaba de mi ojo a mi sien y a mi mejilla—. Tú... Siempre tú... Gracias...

—Se me quebró la voz—. ¡Gracias!

Después llegó la ambulancia y me sacaron en camilla, con el enorme poli a un lado, Alicia y el paramédico a otro.

Afuera me aguardaban las cámaras: se empujaban, luchaban por lograr la mejor toma de mi cara destrozada. Se las ofrecí sin reparo para que la vieran todos en el telediario de la noche: las putas, los puteros, los chulos, los jueces, los polis y los ministros, todos cómplices, todos corruptos.

Mostré mi cara, no para que vieran la nariz rota ni el patético ojo cerrado, sino para que vieran el otro, el ojo sano, que vociferaba su ira y su sed de venganza.

*

Me llevaron a un centro de salud privado, moderno y bien

equipado pero mucho menos ostentoso que el del día anterior, y respiré aliviada al traspasar la puerta. Al menos podría pagarlo.

No estuve tan segura cuando, un rato después, me revisó un cirujano plástico famoso, de los que dan consejos en revistas. De todos modos, no me dieron tiempo a protestar, en un santiamén había entrado a quirófano.

Cuando desperté, tiempo después, me encontré rodeada por Soraya, Valeria, Alicia, Milagrosa y su madre.

Una a una, me dieron besos en la frente, sobre mi ojo sano, hasta que llegó el turno de la madre de la niña. Ella tomó mi mano, la que no tenía la sonda, y plantó sus labios allí.

—Gracias —murmuró.

—Gracias a ti —respondí, pues era ella quien, al darme por muerta, me había salvado la vida—. ¿Cómo te llamas?

—Mariama.

Apreté sus dedos con fuerza, no tenía palabras para expresar lo que su presencia significaba para mí. Pero entonces Soraya les dijo a todas que yo tenía que descansar, así que se marcharon, dejando el cuarto en

penumbras.

Esperé casi toda la noche, poniendo un esfuerzo especial para no caer presa del sueño. Me obligué a abrir el ojo sano aunque pesara como una bala de cañón de las de antaño. Al final, llegó la madrugada y suspiré: Sanpierone no había acudido, ni siquiera había mandado orquídeas, ni rosas, ni crisantemos, ni una triste margarita.

Quizá le había horrorizado mi cara en la pantalla, barrunté, quizá y con suerte, ya no querría tener nada que ver conmigo. Tal vez yo había logrado lo impensable, que se hubiera aburrido de mis problemas y hubiera decidido desistir.

Quise llorar desesperada.

Pero entrada la mañana, cuando ingresó la enfermera a tomarme los signos vitales, anunció en tono de queja:

—¡Tienes suerte! Desde ahora esta clínica es gratis. ¿Te imaginas? Todo esto —señaló alrededor—, todo el equipo, las comodidades... todo gratis y sin necesidad de contar con seguro.

—¿Gratis?

—Acaban de venderla y los nuevos dueños van a

destinarla a un fin benéfico. Desde ahora nuestros clientes serán las putas y sus niños. ¿Qué te parece? Increíble, ¿no es cierto?

Entonces sí, lloré desesperada, porque Sanpierone había logrado lo que yo le había prohibido: que se metiera en mi alma.

*

Al despertar, ya por la tarde, Alicia me devolvió mi móvil, que había quedado en su piso, y me contó lo que había sucedido.

—Estuve allí, esperando en la

puerta.

Llegaron

las

cámaras

y

empezaron a transmitir en vivo pero pasaron los minutos y no salías. No sabes el pánico que me dio eso. Me sacaron en directo, llorando y exigiendo a los jueces y autoridades

que mandaran a la policía para liberarte y entonces llegó este hombre... el comisario Justo.

—¿Un tipo grandote, con voz profunda?

—Ese mismo. Llegó con su patrulla y nos apartó a todos a empujones.

Alguien en la puerta le preguntó si tenía orden judicial pero él se limitó a sacar el arma y pasó con sus hombres. Y bien que hizo.

—Vi también a otro comisario...

—El guapo. Montorvo, me dijo una periodista. Llegó poco después y también entró sin orden, pero para entonces la gente del comisario Justo ya había reducido a todos los chulos.

—¿Cómo se enteró la policía entonces?

—Supongo que por tv. Tuvo récord de audiencia, me lo dijo mi amiga, la periodista.

—Seguramente no había nada más interesante para ver —

rumié, tras cerrar mi ojo sano y apoyar la cabeza en la almohada.

¡Vaya! Debía mi vida a la pobreza de la programación. Elevé una oración de agradecimiento a todos los directores creativos de las señales de televisión.

Gracias a que ellos se ganaban la vida sin hacer nada, ahí estaba yo, todavía viva.

Alicia guardó silencio durante algunos segundos.

—Las chicas quieren agradecerte —

anunció después.

Volví a abrir el ojo sano.

—Ya me dieron las gracias ayer. —

Estaba pensando en Milagrosa y su madre.

—No esas chicas, sino las *chicas*.

—¿Las que liberamos?

—Esas y las otras, se enteraron de la clínica y han venido con sus hijos. Están todas fuera, haciendo una fila de tres manzanas.

—¿Para sacar turno? —Fruncí el ceño, pero hasta ese movimiento me resultó incómodo y desistí.

—Para mostrarte su cariño. Quieren verte, Malala, dicen que no van a irse hasta que lo hagan.

Me

quedé

mirando

al

techo,

súbitamente

asustada.

No

estaba

preparada para eso, me dije, no me veía saludando al público como personaje de la realeza o político que quiere brillar en los comicios. Suspiré.

—Bueno.

—Bueno, ¿qué?

—Hazlas pasar, pero de una a una.

—¿De una a una no vas a terminar nunca! ¿Por qué no las saludas desde el balcón? Les tiras besos, como Eva Perón.

—No, Alicia. Son personas, no

números. Ellas no quieren escucharme, quieren que yo las escuche.

Mi amiga hizo silencio y después se puso de pie.

—Tienes

razón.

Necesito

un

cuaderno, tomaré notas.

Y así empezó el desfile.

Cinco días después, el desfile empezó a decaer y lo que había sido una corriente constante de personas se

convirtió en un goteo sin ritmo. Para entonces

habíamos

llenado

diez

cuadernos y estábamos agotadas, el alma purulenta de escuchar tantas miserias.

En este caso, la alegría de ver la gratitud

de

esas

personas

lo

compensaba.

Miré

alrededor,

al

exuberante despliegue de flores, plantas, tartas, caramelos, chocolates y algún que otro peluche que me habían obsequiado.

Me habían dado lo que habían podido, lo habían hecho con amor y todo eso me llenaba el corazón.

Lástima que ninguna de ellas se llamara Laura Vilte o la conociera, pero eso no significaba que no terminaría por dar con ella.

Para entonces, llevaba un par de días lista para abandonar la clínica, pero me había quedado ante el pretexto de los mimos y cuidados que recibía allí. Me sentía como en casa, como no me había sentido nunca en mi verdadera casa ni en los monoambientes sucesivos que había ido ocupando.

Finalmente me habían quitado las vendas y fijaciones, y pude notar que mi nariz había quedado recta y un pelín más pequeña. Milagros de la estética.

Así que una tarde, acabados los pretextos para permanecer allí, pedí que me dieran el alta.

Caía la tarde cuando llegaron Alicia, Valeria y Soraya y prácticamente organizaron una fiesta. Soraya inauguró la comilona, eligiendo con deleite uno de los dulces de la

exhibición de regalos sobre la mesa, y las otras fueron en busca de las enfermeras para invitarlas al convite.

—Ahora vuelvo —anunció entonces Soraya y, tras un gesto contrariado, se metió en el baño.

Me reí.

—Te hizo mal el dulce.

Me quedé momentáneamente sola en la habitación y en ese momento se abrió la puerta para dar paso a la señora Ibáñez. De inmediato, me puse en guardia y estuve tentada de llamar a la policía, aunque ya sabía que no iban a acudir a menos que recibieran una llamada de alguien importante, las cosas funcionaban así.

—¿Puedo sentarme? —preguntó mi antigua vecina, y sin aguardar respuesta, acercó una silla.

Me la quedé mirando, mientras me preguntaba si podría alcanzar una maceta de las de obsequio, y que ella misma me había enseñado la utilidad que tenían.

La anciana se quedó jugueteando con sus dedos en las correas de su bolso.

—Quiero que sepas que lo lamento

—dijo la señora Ibáñez entonces—, debí cuidarte, y enfadada como estaba, me fui sin avisar que te estaba dejando desprotegida. No pensé, no imaginé que tendrías otra de tus ideas —Hizo una mueca, que bien podía significar que mis ideas eran locas. Tenía razón, por cierto.

—No se preocupe —Le quité

importancia con una sacudida de mano, como quien espanta un pensamiento inoportuno.

—Perdí mi trabajo por eso.

—Lo siento. —Me senté más

derecha. Me daba pena que hubiera quedado en la calle por mi culpa, excepto que no había sido por mi culpa,

¿o sí?

—Me lo merecía. El jefe había

tratado de explicarme lo importante que eras para él pero no le tomé en serio.

Debí tener en cuenta que él nunca se explica, ese era un fuerte indicio.

Guardé

silencio,

imposible

responder a un comentario que venía a repetir todo lo que yo había estado pensando sin creérmelo.

—Lo siento —volví a repetir.

La señora Ibáñez se puso de pie entonces y dio la vuelta para irse, pero entonces pasó frente a la mesa de obsequios. Noté que se demoraba allí unos segundos, luego dio un paso, retrocedió, se quedó quieta.

—¿Alguien comió de esto? —señaló el plato de dulces del que había pellizado Soraya.

Con el pulgar, señalé con el dedo al baño, del que venía el típico estruendo de las personas con malestar de estómago que no se sienten nada, nada bien.

—¡Ay, que me muero! —se quejó

Soraya.

Mi vecina empalideció. Cogiendo su cartera con fuerza, la abrió y sacó su móvil mientras se dirigía a la puerta de la

habitación.

En

ese

momento

ingresaron

Valeria,

Alicia

y

las

enfermeras.

—¡Rápido! —gritó la anciana—,

¡tenemos un caso de envenenamiento!

Todas se rieron pero fue Alicia quien reaccionó al ver su seriedad.

—¡Dios mío!

Salté de la cama pero para entonces las enfermeras ya habían sacado del baño a Soraya, que boqueaba y temblaba como una gelatina. Sus piernas se habían adormecido y no podía mantenerse en pie, así que entre todas tuvieron que alzarla hasta una camilla. Se la llevaron corriendo y tras ellas salieron Alicia y Valeria. Maldije al ver que yo estaba vestida solo con la bata de hospital, tenía el culo al aire, estaba descalza y no podía seguir las. Alguien había tirado mi ropa ensangrentada y mis zapatillas a la basura.

¡Bah! ¿Qué más daba? Eché a andar hacia la puerta, pero la señora Ibáñez estiró una mano y me detuvo. Entretanto, vi que marcaba un número en su móvil.

—Tenemos un código cinco en la habitación de Macaroni.
—Hizo una pausa—. Negativo, es su amiga. —Otra pausa—. Positivo, seguimos con lo programado... ahora más que nunca, visto el peligro. —Se volvió hacia mí

—: Tú te quedas aquí, ahora mismo vuelvo —susurró.

No pude escuchar más porque salió al pasillo a continuar hablando.

Poco después regresó Valeria y estaba tan pálida que creí que los médicos no habían podido salvar a Soraya. Estuve a punto de morir.

—Dios mío, Dios mío —rogué—,

que esté bien, que esté bien.

—Soraya

está

bien,

le

están

haciendo un lavado de estómago, Alicia está con ella pero yo me largo.

—¿Cómo?

Mi prima alzó su bolso y se

encaminó a la puerta, así que corrí para detenerla de un brazo.

—¡No te puedes ir! ¿Cómo vas a dejar a Soraya...?

—¡Nadie me dijo que iba a haber peligro para mí! Se suponía que solo era una visita... Nadie me habló de envenenamiento. ¡Estuve a punto de morir! —lloriqueó.

—¡Tú no comiste nada, no estuviste a punto de morir! —
Sacudí su brazo sin reparos.

—¡Serás bruta! —se quejó, y tras liberarse de mi apretón,
se dirigió a la puerta—. Es mejor tenerte lejos, ¿sabes?

Eres un peligro, más fácil es cuidar a Malalona, aunque
me dé asco.

No contesté. Rápida como el rayo, me volví hacia el
botón de aviso a las enfermeras y cuando una apareció, le
pedí que me prestara una chaqueta, una sudadera, un
pantalón, lo que fuera, no tenía reparo en el tamaño, todo
lo que quería era salir de allí y estar con Soraya.

—Ella está bien —me tranquilizó—, es mejor que te
quedes aquí. —Eché una mirada a los regalos—, pero no
se te ocurra comer nada.

Quise discutir pero en ese momento pitó mi móvil: me
había entrado un mensaje de texto. Con el ceño fruncido,
fui a mirarlo. ¿Quién tenía ese número, además de Lucas,
Alicia, Valeria y Soraya? Leí:

«Te necesito. ¿Estás dispuesta a hacer algo por mí? PS»

Se me encendieron las alarmas. Me comenzó a palpar la
sien y sentí una úlcera en el pecho. Juro que hasta se me

achicaron

los

senos,

se

me

desmoronaron los huesos, perdí el alma.

Había temido ese momento, lo había temido como al diablo. Y el diablo finalmente me había llamado por el pago de mis deudas. Ni siquiera el diablo da un crédito eterno, de algún modo creo que se parece a los bancos.

Dudé un segundo, lo reconozco, tuve un momento de indecisión, un poco de egoísmo, el sentido al que llaman supervivencia. Pero también estaba en juego el honor, la gratitud, valores que me hacían ir al frente aunque me pusiera en peligro. Finalmente escribí:

«Cuenta conmigo».

La respuesta llegó de inmediato:

«Te espero afuera».

Temblé.

No quería irme y dejar a Soraya enferma.

No quería saber cómo pagaría mi deuda.

No quería pensar en qué había

querido decir la señora Ibáñez con aquello de seguir con lo programado.

Quería que mi programa se limitara a recibir regalos, pero claro, ahora resultaba que la mitad de ellos estaban envenenados o quizá eran bombas en potencia.

Esto último me decidió.

Entré en pánico.

Sucumbí.

Había tenido demasiado miedo en las últimas semanas y de pronto todo ese terror se había acumulado y miré alrededor, histérica. Tenía que irme de allí, tenía que refugiarme en los brazos del italiano.

Un miedo opuesto e igualmente

intenso me decía que con Sanpieronone no debía ir.

Me hincué las uñas en las palmas de las manos y ahogué un sollozo.

Sanpieron me llevaba a un vaivén emocional

violento,

como

un

barquichuelo que se sacude en un mar embravecido o un triste y mísero cometa que se acerca inexorable a un agujero negro.

Cerré los ojos y recé:

«Por favor, por favor, que él sí sea bueno, por favor, Dios, te lo ruego».

Entonces, y tras pedir mentalmente perdón a Soraya, hice lo mismo que la cobarde de Valeria. Cogí mi Hermès, abrí la puerta del cuarto, miré a un lado y a otro para asegurarme de que la señora Ibáñez no anduviera por ahí y eché a correr.

Me pareció que entre toda la gente que andaba por los pasillos -médicos, enfermeras, pacientes- se encontraba un asesino. Miré a todos con desconfianza.

Descalza como estaba, bajé por las escaleras hasta la planta baja y me detuve de golpe. Sanpierone no había dicho en qué puerta me esperaba: ¿sería en la principal o en la trasera? Dudé.

«¿Puerta trasera o delantera?», pregunté por mensaje de texto.

No contestó y mi pánico se hizo aún mayor. ¿Le había pasado algo? ¿Lo habían emboscado, herido, asesinado?

Con el corazón bombeando como un martillo neumático, me dirigí a la puerta trasera del edificio, que me quedaba cerca. Pero antes de abrirla, me detuve de golpe.

Jadeando, pensé con rapidez. La puerta trasera es la clásica de un tiroteo, decidí.

—¿Se siente bien? —Un enfermero se me acercó y di un salto de dos metros al costado. Estaba nerviosa, para qué negarlo.

Asentí, el enfermero pasó a mi lado entonces y abrió la puerta batiente que daba a la parte trasera. Nada, ningún disparo ni el ruido de un cuerpo al caer.

Pero ya estaba loca.

Eché a correr de nuevo, y como me sentía demasiado expuesta en el pasillo, me introduje en uno de los consultorios laterales que tenía la puerta abierta.

Había un ventanuco, observé, pero estaba muy alto y dudaba si podría subir hasta allí, pasar por él y caer del otro lado, vaya a saber dónde. No tenía salida, así que acerqué el escritorio, puse encima la silla, un banquito, el cesto de papeles. Cuando estuvo lista la pirámide, trepé.

Alcancé la ventana, la abrí con la manija lateral, luego hice un esfuerzo y me puse de puntillas. Había alcanzado a pasar mis dos brazos cuando se enganchó el bolso en la ventana, tironeé, se rasgó, tironeé de nuevo hasta que de pronto la pirámide de muebles cedió bajo mis pies y todo se cayó con gran estrépito. Por suerte, quedé colgada arriba, de hecho estaba doblada a la altura del ombligo, con medio cuerpo afuera y medio cuerpo adentro. Pensé entonces que era imposible que no viniera alguien a ver qué había sido ese ruido. Desde la puerta misma podían dispararme, incluso podían ver mis partes pudendas.

Espantada, tomé impulso y me lancé de cabeza al lado de la calle. Y no es que sea suicida, pues ya había visto que tras la pared había una enorme pila de bolsas de basura.

Aterricé

sobre

ellas

y

rodé,

poniendo cuidado en no romper mi nueva nariz. Tuve suerte, lo sé, apenas me hice un par de magulladuras. No pude decir lo mismo del Hermès. De repente había caído la noche y a la escasa luz de esa callejuela pude ver que el bolso se había hecho trizas con el brusco descenso. Supongo que no ayudó que yo cayera sobre él.

—No

hay

manera

con

las

imitaciones —murmuré al ver las hilachas. Lo abrí para ver si rescataba algo de su interior pero claro, solo estaba el móvil, que conservé en mi puño. Arrojé el bolso a la pila de basura y caminé unos metros con paso

vacilante, que no es fácil ir descalza y con el culo al aire.

En ese momento sonó mi móvil y pegué otro salto de dos metros, se estaba haciendo una costumbre.

—¿Sí? —respondí tras aterrizar.

— *Cara.*

Se me enrojecieron las orejas, me lagrimearon los ojos, el corazón me bombeó a mil.

—Pe... pensé que... que te había pasado algo — tartamudeé. Tragué saliva

—. ¿Estás bien?

Se echó a reír.

—No camines descalza, se te van a enfriar los pies.

—¿Qué?

Colgó, alcé la vista y ahí estaba él, en la esquina, un hombre alto y vestido con jean y cazadora negra, negro también el casco, sobre una enorme moto BMW.

Se metió por la calle lateral donde yo me encontraba y frenó junto a mí. Me tendió su mano enguantada, se la cogí

y la apretó brevemente.

Quise llorar de alivio.

En ese momento ni siquiera me

importaba saber cuánto pediría él por mis deudas, todo lo que importaba es que estaba junto a mí.

Después pensaría que, de haberlo sabido, quizá no habría estado tan contenta de verle ni hubiera sentido tanto alivio. Pero esto sería mucho más tarde.

En ese momento, sin embargo, mis ojos buscaron los suyos con el mismo anhelo con que el moribundo espera un milagro.

Me sorprendí. No había miedo en esos fondos grises, noté cuando levantó la visera del casco, había más bien una... ¿chispa de felicidad? ¿Era eso risa? Fruncí el ceño. El tipo era valiente pero, ¿risa?, ¿en serio?

Parpadeé. La noche entera había sido una serie de incongruencias, se sentía como una seguidilla de pequeñas piedras en los zapatos, que me incordiaban pero cuando quería asirlas y examinarlas, se desvanecían como la bruma ante el sol de la mañana.

—¿Por qué no saliste por la puerta principal? Te esperaba allí —dijo entonces.

Me sentí estúpida. Supe que me había dejado llevar por el pánico, no había emboscada ni nada, y ahí estaba yo, casi desnuda y magullada tras saltar por una ventana.

¿Y cuál era mi excusa para

semejante barrabasada? Había creído que me conducía mi infalible instinto.

Pensaba que había percibido peligro, aunque quizá el peligro percibido no hubiera quedado detrás, sino que hubiera huido hasta ahí, conmigo, o quizá yo había ido a su encuentro y se hallaba frente a mí.

Me estremecí.

No era el momento de amedrentarse, así que pensé en un pretexto:

—No podría haber salido por la puerta vestida así, habrían pensado que soy lunática.

Los hoyuelos se marcaron junto a la boca de Paolo y me quedé mirándolos, embobada, hasta que de pronto él me alcanzó un casco extra que tenía enganchado en el

manillar.

En cuanto me senté atrás, él aceleró a ciento veinte en diez segundos.

—Tendría que haberte avisado antes

—grité en su oído.

—¿Qué?

—Con esta ropa y el viento se me ve el culo.

Pensé que se echaría a reír, estaba segura, y aunque me humillaba mi postura, estaba dispuesta a secundarlo si lo hacía, de puro agradecida.

Pero él frenó de golpe, se quitó la cazadora y giró a medias para

alcanzármela, de modo que pude atármela a la cintura.

—Nadie mira lo que es mío —dijo entonces—. Nadie.

Y arrancó de nuevo.

*

Atravesamos la ciudad en un suspiro o tal vez a mí me

pareció así, entretenida como estaba en pensar en lo que había dicho. Era una frase melodramática, truculenta, propia de una novela romántica o de un thriller, y por un momento me pregunté en cuál de ellos me había metido.

Podía ser un psicópata pervertido, advertí, pero también podía ser un amante sensual e intenso... aunque lo de pervertido no era mala idea. El pensamiento me licuó los huesos y sentí la fuerte necesidad de fruncir mis muslos y mi entrepierna.

La moto no ayudaba y como pensar en todo eso no reportaba más beneficio que un sofocón pasajero, opté en cambio por desviar mi cerebro. Geometría, me dije, por qué no calcular mentalmente el tamaño de la estrecha cintura de Sanpierone y su relación con el ancho de su espalda, lo que daba como resultado un buen trapecio. La camiseta negra de manga corta le marcaba los bíceps y reflexioné entonces que nunca lo había visto así, con ese aspecto de tipo enorme y recio al que no quieres encontrarte en una calle oscura. Excepto que lo de la calle oscura no me sonaba mal. De hecho, apretarme contra él en una calle oscura era justo lo que se me antojaba... suponiendo que nuestra historia no fuera en verdad un thriller.

De todos modos, él parecía tener otras ideas. De pronto descubrí que estábamos entrando al aparcamiento

subterráneo de un hotel de lujo. Bajamos por la rampa sin detenernos pero cuando llegamos al pie de los ascensores, Sanpieronone puso punto muerto y acomodó la moto de culata. Llegó el ascensor y vi con sorpresa que era lo suficientemente amplio como para subir con la BMW. Entramos así, él y yo todavía montados en el vehículo.

Colocó una tarjeta y una clave y luego se quitó el casco y se volvió hacia mí. Me retiró el casco, me acomodó el pelo tras la oreja y me miró a los ojos, evaluándome como nunca me había evaluado antes, no como un juez sino como el comerciante que mira la prenda a la que debe ponerle un precio.

Supe que había llegado el momento, me abracé a mí misma.

—¿Qué? Habla ya —le exigí,

poniéndome tensa.

—Antes te pregunté si estabas

dispuesta a hacer algo por mí —repuso con lentitud— y dijiste que sí.

Me atraganté con una bocanada de aire.

De

pronto,

un

sinnúmero

de

posibilidades cruzaron por mi cabeza:

¿Iba a pedirme que entregara un cargamento? Pero él había dicho que no estaba metido en los negocios de su hermano, ¿no había sido por eso la pelea? ¿Quizá quería que preparara una emboscada para engañar a Giorgio? ¿Yo sería la presa? Pero no, él no me pondría en peligro. ¿Qué, entonces? Me rasqué la cabeza, no tenía idea de cómo podía serle útil, después de todo yo no era más que un fracaso, un imán para el desastre.

No respondí, me bajé de la moto y aguardé allí, callada y de pie. Él debió leer la indecisión en mis ojos porque vi en los suyos una especie de tristeza.

—Puedes decir que no —susurró.

—¿Qué...? —carraspeé—. ¿De qué se trata?

Habíamos llegado al último piso pero él no parecía tener prisa por bajar y permanecimos allí, con la puerta abierta, yo parada en un rincón y él sentado en la moto y con las piernas abiertas. Sexy, pensé, se me hacía agua la boca de solo pensar en acercarme a su rodilla.

Me espabilé y volví a notar que evaluaba mis ojos, registrando mis miradas.

—Hay dos grandes problemas que debo resolver, uno es Giorgio —suspiró

—, el otro es mi tío Vincenzo, el padre de Simonetta.

Hizo silencio y lo apuré.

—Quiere que te cases con su hija, lo sé.

—En realidad nunca fue eso.

—¿Cómo?

Torció los labios.

—Él tiene problemas... de negocios, y como su vida podría estar en peligro, me pidió que simulara un compromiso con su hija para que ella estuviera a salvo.

—¿Y eso porque tú no tienes la clase de... de problemas

de negocios que tiene él?

—No, yo no los tengo, mi nombre es respetado y bastaría para protegerla.

—Ajá.

Traté de entender. Al menos, traté de lucir inteligente así que asentí, pero para mí todo era un rompecabezas con las instrucciones en chino.

—Pero el tío Vincenzo se está

equivocando... en algunas cosas. Está tomando decisiones que... perjudican a otras personas. Tiene enemigos.

—Entiendo —sonreí.

—Ya no es posible simular un

compromiso con Simonetta, no pueden verme del lado de él cuando está actuando contra mis amigos.

—Además, él está con Giorgio, que te odia.

—¿Cómo sabes que él está con

Giorgio? —Me miró con más atención aún.

—Se lo escuché decir a Giorgio, ese día en el que me escondí debajo de la mesa de tu casa. Dijo... espera que recuerdo... se me mezclan las cosas. Ah, sí, dijo que él y Vincenzo iban a vaciar las cuentas de... espera, dijo un nombre... eh... ¿Mascarpone?

Torció la cabeza y me miró de reojo.

—No sabía eso.

—Depositarán todo en tu cuenta de ahorros.

Espero

que

no

tengas

problemas con los impuestos. Esas cosas se detectan. Lo sabes, ¿cierto?

Hizo una pausa, esta vez más larga.

Lo vi apretar los labios, cuadrar la mandíbula. Sus ojos grises se volvieron de hielo y por un segundo tuve miedo.

Retrocedí, ¿quién era este hombre? ¿Qué estaba haciendo

yo allí? Mi espalda se pegó a la pared del habitáculo, pero no había mucho dónde ir.

—¿Entonces? —susurré.

Suspiró, sus ojos se aflojaron y volvió a mirarme con cariño.

—Tampoco quiero que el tío se

moleste si dejo a Simonetta de golpe, es la *famiglia*, ¿comprendes?

—Sí, claro, estás en una posición sensible.

Me estaba cansando. Quería comer, quería dormir, quería llamar a Soraya.

También, por supuesto, moría por saber cómo pagaría la deuda, la impaciencia me estaba provocando urticaria.

—Lo he pensado mucho y hay una única forma de quedar bien con mis amigos sin generar una grieta en la *famiglia*.

—Aspiró tanto aire que creí que me dejaría sin oxígeno

—. Voy a casarme.

Lo miré, muda. No lo podía creer, la señora Ibáñez había tenido razón, yo era la segunda, la de repuesto, el cepillo para rascarse las pulgas cuando pican.

Se me vino el alma abajo y no pude evitar que los ojos se me pusieran más salobres que el Mar Muerto. Bajé la vista.

—Si me caso, tío Vincenzo no podrá acusarme de no proteger a Simonetta y mis amigos no van a enfadarse conmigo

—explicó.

Intenté asentir, pero me había quedado de piedra.

—No será un casamiento real —

susurró él entonces, quizá notando mi reacción—. Puede ser una simple actuación para las cámaras, algo que podamos filmar para mostrar.

Seguí en silencio, estaba apabullada.

—Entonces, ¿qué dices? —preguntó.

Alcé la vista.

—¿Qué digo de qué?

—¿Aceptas casarte conmigo?

¿¿¿Qué???

Mi errático corazón detuvo su danza, pude sentir que mi vida pasaba frente a mis ojos, no había sido una mala vida,

¿qué habría después? Esperé ver la luz y el túnel, pero todo lo que vi fueron los ojos hermosos de Sanpierone, fijos en mí como la luz de las estrellas. Mi corazón volvió a latir con un golpeteo arrítmico y febril.

Pero espera un momento, me dije, acaba de decir que no es en serio, no es un

casamiento

real,

no

te

está

proponiendo matrimonio, es para las cámaras.

Él

seguía

allí,

expectante,

aguardando mi respuesta, y aunque yo tenía la boca seca y mi cerebro había sufrido un ictus, me oí decir:

—Bu... bueno. Si me necesitas...

supongo que puedo hacer eso por ti.

De inmediato, alcé un hombro, como para quitarle importancia, no quería que él viera que había estado a punto de morir dos veces en el lapso de diez segundos: primero, por creer que él se casaba, luego, por creer que se casaba conmigo.

Algo parecido al alivio cruzó por sus pupilas y ese alivio me dio más miedo que un disparo en el oído. ¿De qué me había perdido? Había algo allí, algo que no estaba notando en esa estúpida proposición de hacer un casamiento

falso.

Ni

thriller

ni

romántica, me dije, nuestra relación parecía un culebrón o un cuento chino.

Pero la sensación de que no estaba advirtiendo algo siguió estando, como un volcán dormido bajo la superficie de un lago.

Sanpieronone no sonrió, se limitó a girar en el asiento para acelerar la moto y meterla en el hall de ese piso. Lo seguí descalza.

Estaba más perdida que Santa Teresa de Calcuta en el infierno. No sabía en qué me había metido ni cómo había llegado allí y mucho menos, cómo iba a salir.

No

hubo

tiempo

de

seguir

desgranando preguntas. Se abrió la puerta de la suite y un grupo de cuatro mujeres coreó al vernos.

—¡Es tarde y hay tanto por hacer!

¡Daos prisa!

Entonces caí en la cuenta de que el casamiento sería esa noche. Sanpierone lo había tenido todo planeado, resumí.

Él ni siquiera había considerado que la respuesta podría haber sido negativa.

Volví a sentir que había dado un paso en falso y mientras me daba una ducha en un baño majestuoso, traté de entender: ¿Por qué le había dicho que sí?

Segunda Parte: Lo

inmutable

Cuando cielo y tierra pierden sus límites, lo oscuro y lo luminoso se suscitan el uno al otro. No hay allí lugar para el humor. No hay orden.

El dolor es el orden.

Capítulo 8: Ying y

Yang

Las muchachas me peinaron, me

maquillaron, me calzaron Louboutins de doce centímetros

y terminaron por colocarme un vestido de novia color nácar, de corte clásico con escote en “v”

pronunciado hacia los hombros y mangas tres cuartos en encaje. Por atrás, el vestido se abría en una “v” aún más larga, que terminaba justo encima de mi culo. Por suerte, tenía velo para la cabeza, que caía por atrás y ocultaba esa exagerada muestra de piel en la espalda.

Mientras me evaluaba en el espejo, cogí el móvil y llamé a Alicia, que me aseguró que Soraya ya estaba fuera de peligro. Respiré aliviada.

—Te noto rara —dijo mi amiga

entonces.

Bueno, yo no solo me notaba rara: me veía rara, lo que era peor. El vestido me quedaba bien, incluso me hacía parecer elegante ¿quién lo habría creído? Aunque estaba más delgada que de costumbre, todavía seguía teniendo una buena delantera, sin embargo, el vestido no ponía todas las luces allí.

Estaba decente. No, me corregí, estaba hermosa, ¿para qué mentirme? La falsa modestia no sirve de nada.

—Ajá —murmuré.

—¿Te pasa algo?

—No, nada. —Di la vuelta y miré por encima del hombro mi espalda descubierta. Estaba sexy, algo increíble.

Suspiré—. Estoy bien, pero surgió algo... y tuve que salir corriendo.

—¿Cuándo te veo?

En ese momento caí en cuenta de que no le había preguntado a Sanpieronone por cuánto tiempo sería la mentira. ¿Solo por esa noche y para las cámaras?

Esperaba que sí. ¿Y si no fuera así? Me ahogué, tosí, cuando me recuperé, logré contestarle a mi amiga.

—No sé, te llamaré en un par de días.

—En verdad sueñas rara. ¿Es el asunto de Laura Vilte?

¡Joder, qué curiosa era! Deseé no haber llamado nunca, claro que no habría podido estar sin saber de Soraya.

—Ajá —murmuré.

—¿Seguro que no estás en peligro?

Porque mira que vi a esta señora Ibáñez bastante agitada.

—No, no... Te llamaré, ¿de acuerdo?

Corté. Me pregunté entonces si estaba en peligro. El corazón me latía de una forma dolorosa en el pecho, como si presintiera, como si él supiera las delicadas acrobacias del destino.

Dejé mi móvil sobre una mesa y en ese momento se me activaron las células, se me erizaron los pelos de la nuca y mis orejas tomaron un tinte violeta. Giré y ahí, bajo el vano de la puerta, estaba parado Sanpierone.

Sanpierone: un metro noventa de hombre enfundado en traje de bodas, pantalón negro de corte clásico, semilevita italiana completamente negra que resaltaba su imponente físico; bajo ella, chaleco blanco, camisa blanca de pechera

dura,

puños

dobles

con

gemelos, detalle de pañuelo blanco en el bolsillo y amplio corbatón de seda, negra como la noche. Prendido de él, un

único adorno: una delicada «S» de diamantes.

Por encima de tanta exquisitez, vi su mandíbula con barba al ras y dos hoyuelos perfectos que enmarcaban una sonrisa perezosa. Más arriba aún, sus ojos, esta vez sin gafas: el cielo en un día gris, un mar agitado por la tormenta, brillante polvo de estrellas.

Me comía con la mirada, tanto como yo lo comía a él, y me estremecí de un deseo tan violento que jadeé.

Sus ojos cambiaron sutilmente al escucharme, noté que se agrandaban sus pupilas, el repaso sobre mi cuerpo se hizo más lento, más sensual, como si sus manos me estuvieran acariciando.

En otro hombre, una mirada tan abiertamente

lasciva

me

hubiera

acojonado, pero ante él se me fruncieron los senos, desesperados por sentir sus dedos.

No iba a suceder.

—¿Lista? —murmuró.

Caminé hacia él con las piernas como un flan y colgué mi mano del codo que me ofrecía. Entonces me quedé de piedra porque Sanpierone se estremeció de la cabeza a los pies ante mi contacto.

Aspiré, trémula, y el perfume que él usaba entró de lleno en mi cuerpo. Me intoxicaba.

No

recuerdo

el

camino

que

tomamos. No podría decir si estábamos en el mismo piso o si habíamos subido o bajado, solo puedo dar cuenta de la textura suave de su chaqueta, de la fuerza de su brazo, de su cabeza por encima de la mía a pesar de mis tacones.

Íbamos despacio, como saboreando el momento, y en esos minutos agradecí al destino por poner ante mí la increíble experiencia de desposar a ese magnífico hombre, aunque la boda no fuera real y durara solo una noche.

Puedes imaginar que no es así, susurró

una

voz

interna,

puedes

mentalizarte durante toda la noche de que realmente vas a casarte con él y vivir estas horas al máximo, como Cenicienta.

Por delante teníamos ya la puerta doble que conducía al salón. Nos detuvimos ahí unos segundos y cerré los párpados con fuerza. ¿Por qué no? Me prometí que esa noche sería nuestra.

En ese momento se nos acercó un hombre sesentón y algo encorvado, que llevaba en la mano un ramo de boda en forma de cascada: rosas, lirios del valle, orquídeas blancas y flores de luna. Mudo, me lo tendió y lo acepté con una sonrisa indecisa.

Se me ocurrió entonces que conocía a ese sujeto de algún lado y parpadeé.

—Aldo te llevará, ya que no tienes padre —anunció

Sanpierone y posó mi mano sobre el antebrazo de ese hombre.

Me fijé en que el tipo también vestía semilevita, en este caso gris topo, pero en él quedaba un poco desgarbada, como les ocurre a los que no tienen buena percha.

Aldo sonrió y recordé entonces dónde lo había visto: había sido actor de reparto en una película de miedo. Le devolví la sonrisa, trémula, pues acababa de notar que Sanpierone nos había dejado solos.

Mientras aguardábamos, miré al suelo, intentando discernir mis rasgos en el mármol, a la par que desentrañaba mis sentimientos contrapuestos: de un lado, el miedo enorme a dar ese paso y la angustia de no saber si era por unas horas o por cuánto tiempo; del otro, un absurdo e inconfesable desencanto al saber que el casamiento era falso. Estás loca, me dije, y sonreí. De inmediato me inundó un pánico irrefrenable, pues lo que el suelo me devolvió fue una cara patéticamente feliz.

Todavía puedes irte, pensé entonces, y estuve a punto de salir corriendo, pero sonaron unos acordes, la puerta se abrió y vi que nos hallábamos ante una multitud.

Había al menos trescientas personas, sentados prolijamente en lo que parecía ser bancos de iglesia en

una capilla improvisada. Colgaban flores del techo: arreglos como el que yo tenía en mis manos y largos festones de lirios, de lilas y otras flores blancas que se perdían donde no alcanzaba mi vista.

Al final se hallaban dos mesas, una de ellas era un altar; la otra, ubicada a un costado, parecía un simple escritorio sobre el que se hallaba un libro. Por detrás, un enorme ventanal vidriado daba a la noche y a la ciudad.

Aldo dio un paso pero yo me detuve.

¿Invitados? ¿No se suponía que aquello no iba en serio?

—¿Quiénes son ellos? —susurré.

—Actores de reparto... extras... —

respondió Aldo en idéntico tono.

¡Vaya! Esa boda debía haber costado tanto como un corto publicitario. Sonreí para las cámaras, que en ese momento me estaban filmando. Mi sonrisa se hizo más profunda al notar que tras todos esos bancos, al final del pasillo, se hallaba Sanpierone, serio, imponente, tremendamente formal y apuesto.

Avanzamos unos metros. Me detuve otra vez y obligué a

Aldo a hacer lo mismo. Acababa de registrar lo que las cabezas de los invitados no me habían dejado ver: cerca de Sanpierone y a su izquierda se hallaban dos hombres. Eran dos viejos idénticos, bajitos, panzones.

Tararí y Tarará, los gemelos de *Alicia tras el espejo*, pensé, y estuve tentada de reír. Uno llevaba la casulla blanca de los curas, mientras el otro vestía de negro, como un juez o un funcionario.

Parecían dos peones de ajedrez.

¿En serio?, sonreí, pensando que con tantos extras como se habían contratado, alguien podía haber elegido dos tipos distintos para representar los papeles principales. ¿Quién iba a creer que el cura y el juez de registro eran gemelos?

Mis ojos divertidos buscaron los de Sanpierone pero no había risa en esos lagos grises, sino una intensidad perturbadora. ¡Me miraba de una forma...!

Tragué

saliva

y

continuamos

avanzando. Antes de darme cuenta, estábamos frente al escritorio detrás del cual ya se había ubicado Tararí, o el juez de registro. Sanpierone se situó a mi lado pero no arriesgué una mirada en su dirección, aún a treinta centímetros podía sentir que estaba tenso. ¿Por qué?, me pregunté. Acaso temía que el hombrecillo se olvidara del libreto.

Rogué que tras el tropiezo en la elección de aquel elenco, al menos el panzón tuviera bien aprendido su texto.

Así fue.

Terminó pronto, me presentó el libro y, con mano un poco trémula, firmé.

Sanpierone lo hizo tras de mí y noté que sus trazos eran enérgicos. Vaya, nunca había visto su firma, ni siquiera su letra, y nos estábamos casando.

Que no es real, estúpida, repitió mi cabeza.

De

inmediato,

giramos

para

situarnos frente al altar donde Tarará había abierto el Evangelio. Fruncí el ceño. ¿Iba a ser misa completa?

Lo fue y Tarará demostró tanta profesionalidad

como

su

gemelo.

Empecé a entender por qué los habían contratado, eran unos expertos. Quizá habían probado a varios y solo ellos habían podido decir todo ese discurso enrevesado sin confundirse ni una vez.

Me sorprendió mi voz cuando me hicieron la pregunta. Tenía la boca seca y el «sí, acepto» surgió estrangulado.

Sanpierone, en cambio, lo dijo con voz desafiante y profunda.

Arriesgué una mirada hacia él

mientras su padrino –otro desconocido–le alcanzaba las alianzas. De pronto, se lo veía tranquilo, relajado, como si lo peor ya hubiera pasado y se sintiera seguro de sí

mismo. En cambio, yo temblaba. Él tuvo que sostener mi mano con firmeza para colocar dos anillos en mi dedo: una alianza de platino sin adorno ni piedra y un anillo de compromiso del mismo material, pero rematado por un diamante en una pieza, que seguía la forma de la misma «S» que tenía él prendada del pecho.

Me costó ponerle a él su alianza, idéntica a la mía aunque más grande, por supuesto. Mis dedos temblaron al alzarla y estuvo a punto de caer de mi mano cuando alcancé a leer la palabra que llevaba escrita en la cara interna:

«Tuya». Logré sobreponerme a la impresión como pude y tomé el anular de Sanpieronone casi con reverencia.

Después, Tarará nos declaró marido y mujer y todo pensamiento racional (si aún me quedaba alguno) voló por los aires, porque el novio giró hacia mí, situó una de sus manos en mi espalda desnuda y me atrajo hacia su cuerpo hasta que no quedó ni un centímetro de espacio entre nosotros y pude sentirlo duro contra mí.

Cerré los ojos y me hundí en su perfume, un olor tan exótico y adictivo que abrí las fosas nasales para absorberlo, deseando que también impregnara mi cuerpo.

Me besó entonces y no fue un beso casto: me comió los labios, me introdujo la lengua de golpe, me devoró,

girando la cabeza de un lado a otro como quien busca entrar más hondo, más profundo; como

quien

necesita

penetrar,

desesperado. Le respondí, olvidada de las cámaras y los actores de reparto.

Pasé mis manos hambrientas por su cuello y fui a su encuentro con una pasión arrolladora que no sabía que había en mí.

Fue un beso largo, más largo que cualquier beso de iglesia que se haya registrado. Nos quedamos allí, yo, sintiendo su duro miembro pegado a mi abdomen y su mano en mi espalda, subiendo y bajando rítmicamente sobre mi piel erizada. Sintiendo también mis senos,

despiertos,

hambrientos,

deseosos de abrir su chaleco y su camisa para restregarse sin pudor contra su vello.

Nos habíamos quedado sin público: todos se habían ido de allí e incluso alguien había apagado las luces del salón, solo nos iluminaba el resplandor de la ciudad, que llegaba por el ventanal del fondo. Parecía haber estado todo planeado de antemano, pero nosotros apenas si nos habíamos dado cuenta.

Sanpierone había dejado de besarme pero me mantenía abrazada a su cuerpo, pegada

a

él,

nuestras

piernas

entrelazadas y los pechos unidos como siameses. Noté que él respiraba en forma agitada y profunda y murmuraba palabras contra mi pelo, que no llegué a entender.

—¿Qué dice mi alianza? —Le

pregunté por fin, cuando la líquida oleada de deseo amainó lo suficiente como para no abrirme de piernas en el primer banco.

La sonrisa perezosa volvió a bailar en sus labios y me

tomó la mano. Hizo girar un anillo, luego el otro.

—Tendrás que averiguarlo. —Me

besó la palma—. Pero no ahora.

A continuación entrecruzó sus dedos con los míos y me arrastró hasta la puerta del salón y más allá, me llevó por un ancho pasillo. Entonces escuché la música: un ritmo cadencioso y sensual, desconocido.

Llegamos al final del corredor y un empleado uniformado del hotel nos abrió otra puerta que conducía a un salón aún mayor que el de la «iglesia».

Allí estaban nuestros invitados más otros cientos de personas; todas sonrientes, saludando a nuestro paso.

Llegamos al centro y entonces

Sanpierone enlazó su brazo izquierdo en mi espalda, me atrajo nuevamente contra su cuerpo, y bailamos.

De

inmediato,

supe

que

me

enfrentaba a dos problemas. El primero era que aquella música sensual y hechicera no estaba hecha para bailar sino para hacer el amor de una forma lánguida e intensa. El segundo era que Paolo bailaba bien. Demasiado bien. Se movía con dominio sobre su cuerpo y me pegaba a él como una segunda piel.

Tras dos minutos de baile ya estaba tentada de tomarlo de la mano y volver al otro salón para acostarme con él sobre el escritorio del juez o sobre el altar, que al fin y al cabo era una mesa, que Dios me perdonara el sacrilegio.

Arriesgué una mirada a su cara para tantear como recibiría mi sugerencia y sus ojos, ahumados y alertas, se centraron en los míos.

—¿Lo sientes, verdad, *cara*? —

susurró—. Esta unión.

Bajé la vista y ahogué un sollozo contra su pecho mientras él me apretaba con más fuerza. No quería eso. Sentirme así no había formado parte del trato, prefería pensar que esta atracción aterradora solo era sexo.

Y por eso, tan pronto cambió el ritmo me aparté de él, hice volar el velo de mi cabeza y los *stiletos* de tacón alto, y me reí. Bailé como loca, moviendo el cuerpo como si tuviera quince años y él hubiera sido una estrella de tv.

Se echó a reír y me siguió el ritmo, pero pasados unos minutos su mano estaba

otra

vez

en

mi

cintura,

acercándome y alejándome a él pero nunca dejándome ir.

Y sin que yo pudiera decir cuándo pasó o por qué, pronto estuvimos nuevamente abrazados, bailando en un vaivén sinuoso y sensual que nos hacía conscientes de nuestros cuerpos y agitaba nuestra sed.

Me dije que debía aguantar de forma estoica. De ninguna manera él debía saber qué efecto me causaba. No quería quedar como una puta, ¡joder!

Pero se me escapó un gemido.

—Por favor, Paolo —susurré.

Él besó nuevamente los dedos de mi mano, que había estado apoyada sobre su pecho, y luego lamió la palma con largos lengüetazos.

—Dime qué quieres, *cara*.

Me perdí en la lujuria de sus ojos y jadeé.

—Tú sabes qué —tembló mi voz y en mis pestañas se prendó una lágrima.

Volvió a besarme. Un beso loco, profundo, de esos besos que no se dan en público y solo se otorgan en la cama.

Sentí que su mano se hundía en el límite inferior de mi espalda, donde se acababa la abertura en «V», y deseé enroscar las piernas en su cuerpo. Me apreté contra él.

Entonces Paolo dejó mis labios y llevó los suyos a mi oído.

—Dime qué quieres. Necesito escucharlo.

Tragué saliva y sentí que se

enrojecían mis mejillas.

—Quiero que nos vayamos, que

dejemos ya esta fiesta —le pedí, con la voz trémula—.

Necesito que estemos solos.

No respondió. Dimos otra vuelta como si no me hubiera escuchado.

—Necesito que me hagas el amor —

insistí con mi rostro hundido en su pecho,

mortificada,

muerta

de

vergüenza. El perfume de su cuerpo me estaba enloqueciendo y sentí mis labios internos hinchados y humedecidos. Temí que la humedad se deslizara por mis muslos.

Me soltó de golpe.

Intenté recuperar el ritmo de la música pero no podía apartar la mirada de su cuerpo. Tropecé con mi vestido, de inmediato Paolo volvió a abrazarme y entonces jadeé de deseo ante la evidencia del suyo. Él no estaba mejor que yo, no señor, y obviamente era inmenso.

—Por favor —supliqué, porque de pronto, mi humillación no era tan importante como tenerlo—. Te lo ruego.

No puedo más, no puedo más. Si no te tengo adentro, me muero.

Jadeó él también pero no dejó de bailar.

—Tres meses llevo así —respondió con la voz ronca, sus labios en mi oído

—, llevo así desde que te conocí, desde ese loco día en el que te vi envuelta en una sábana, desnuda en mi salón, y ya entonces te reclamé como mía porque sabía... sabía...

—Hizo una pausa, agitado—.

Tres

meses

llevo

planificando las cosas que haré contigo, en ti. Mañana,

tarde y noche te he follado.

Pero

ahora

quiero

que

recuerdes esta noche, nuestra noche, no por la boda, nuestra boda, ni por el baile y los invitados. Quiero que la recuerdes como la noche en la que más me has deseado, la noche en la que por fin has aceptado la pasión que sientes por mí.

Lo odié con ganas, con tantas ganas que, sin saber si iba a atreverme, me atreví.

Le metí una mano por debajo de su chaleco y le arañé suavemente una tetilla. Jadeó de nuevo. Moví el culo contra él, como una bailarina de club, y jadeó otra vez. Le apoyé mis senos.

—Mierda, Malala, lo haces difícil.

Me soltó y siguió bailando junto a mí pero sin mirarme durante el resto de la noche. Sonreí.

Y bebimos cava del más fino

mientras comíamos sushi y canapés, pero entre copa y plato volvimos una y otra vez a la pista de baile, sin detenernos ni un segundo.

Estaba muerta cuando, a las cuatro de la mañana, cambió el ritmo y la música volvió a ser misteriosa y lenta.

Paolo me buscó entonces con los ojos y nos abrazamos con la misma avidez del que ve un alimento y lleva días sin comer. Ya nada podía detenernos, mi piel pedía a gritos la de él y él me apretaba contra su cuerpo como si quisiera entrar en el mío, no con su miembro sino con todo su ser.

Bailamos, pero aquello no era un baile, era mi mano paseando por su pecho, la otra en su mejilla, acariciando.

Era su mano, viajando por mi espalda, predicando

su

pasión

como

un

incansable misionero, la otra en mi cabello, que para entonces ya estaba suelto y caía sobre mis hombros en bucles revueltos.

Nos besamos. Besos pequeños,

cortos, castos, como dos novios muy jóvenes que se degustan por primera vez.

—Vamos —susurró él y asentí.

En mis ojos Sanpierone debió leer mi gratitud, o quizá mi anhelo, porque antes de marcharnos me dio un beso brutal y profundo. Después, simplemente me alzó en brazos y desaparecimos en el ascensor más cercano.

Terminamos en la terraza y allí nos aguardaba un helicóptero.

—Estoy descalza —anuncié, aunque en realidad tenía miedo de subirme a aquello.

Él sonrió.

Alguien nos abrió la puerta del aparato y Sanpierone me subió, me sentó en un asiento, me abrochó el cinturón.

Luego ocupó la butaca de al lado y en cuanto la puerta se hubo cerrado, partimos rumbo al cielo.

Él pasó los siguientes quince

minutos conversando con el piloto, mientras yo miraba asombrada la ciudad, más abajo.

Cuando descendimos, me di cuenta de que lo hacíamos en un aeropuerto.

Paolo volvió a alzarme –me dio pena pensar que podía dolerle la espalda con mi peso- y recorrimos unos pocos metros para terminar en un avión Gulfstream de veinte plazas.

Al entrar en la aeronave, comprobé que solo estaba acondicionada con ocho cómodas butacas. Más atrás se hallaba una puerta abierta por la que pude entrever un dormitorio. La cama ancha estaba lista y ya abierta. Volví la vista hacia

los

pilotos,

repentinamente

sonrojada.

Sanpierone

me

depositó,

no

obstante, en la primera fila y me abrochó el cinturón. Tomó asiento a mi lado, se abrochó también y cogió mi mano.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

—A las montañas —sonrió—. He

pensado que te gustaría ir allí pero si prefieres otra cosa...

Bajé la vista, a los anillos que brillaban en la mano que tenía cogida él.

Me pregunté si toda esa pantomima de luna de miel era necesaria. Quizá sí.

Despegamos

y

tan

pronto

se

apagaron los carteles indicadores, Sanpierone me ordenó que me acostara en la habitación de atrás. Me llevó hasta allí, otra vez en brazos, y cuando me dejó sobre la cama se dio vuelta para irse.

—Descansa bien —me ordenó junto a la puerta.

—Paolo —lo llamé, no quería que se fuera, tenía mil preguntas para hacerle. Él se volvió hacia mí, la sonrisa perezosa en los labios y un brillo especial en los ojos. Me sonrojé otra vez—. ¿Tienes ibuprofeno... por si te duele la espalda? —pregunté.

Se echó a reír con ese sonido ronco que me gustaba tanto y cerró la puerta.

Todavía lo escuché reírse en la parte delantera.

Estaba muerta, así que me dejé caer sobre la cama. Pensé en quitarme el vestido, pero no quería estar sola y desnuda en un avión desconocido. Mejor así, me dije, y me dormí casi en el acto.

—Despierta, dormilona.

Sentí la caricia de un dedo en mi mejilla. No quería saber

nada y me volví de lado mientras manoteaba para espantarla.

A la caricia siguió un beso. Otro en la comisura de mis labios. Luego Paolo me tomó de la barbilla para darme un beso pleno. Desperté.

Me dio rabia al ver que él se había bañado y cambiado de ropa. Su cabello todavía estaba húmedo y su cuerpo lucía impresionante con un jean negro y un polo de un verde seco que se tensaba en sus hombros y en sus bíceps. En cambio, yo me sentía sucia, desgañada, con el vestido arrugado y los pelos en punta.

Cerré los ojos.

—Te ves bien ¡y es tan injusto! —

murmuré.

Se echó a reír otra vez.

—Hemos llegado.

Puse los pies en el suelo y descubrí que allí me esperaba un par de bailarinas. Vaya, alguien se había tomado el trabajo de comprarlas de antemano, en mi número y en color blanco. Fruncí el ceño. ¿A eso se había referido

Sanpieronone al decir que desde hacía tres meses que tenía todo planificado? El tipo era un estratega, no quedaban dudas de que desde el primero al

último

aspecto,

estaba

todo

organizado para que fuera perfecto en esa boda falsa. Salvo el detalle de Tararí y Tarará, claro.

Al pie de la pista nos esperaba un todoterreno y en él subimos solo Paolo y yo. Miré alrededor mientras él conducía por caminos sinuosos de montaña, atravesando hermosos bosques de pinos y pequeños arroyos saltarines.

No tenía idea de dónde estábamos, ni siquiera sabía en qué país estábamos, y no pregunté para no demostrar que era una bruta en geografía. Aunque por mí podíamos estar en la luna, por todo lo que me importaba.

Me dejé llevar por la emoción del momento, la expectativa de no saber qué traería el nuevo día, el sol surgiendo tras un pico aún nevado. De pronto, doblamos

por un camino auxiliar, tan solitario como un águila en el cielo, y nos

detuvimos

treinta

kilómetros

después, frente a una solitaria cabaña de dos pisos, rodeada por alerces y robles.

—Hemos

llegado

—murmuró

Sanpierone y giró hacia mí—. ¿Te gusta?

—Sí

—susurré,

repentinamente

tímida.

Era un lugar encantador, misterioso, sobrecogedor ¡y

estábamos tan solos!

De pronto, me vi desde afuera y caí en cuenta de que tal vez estaba en un país extranjero, con un hombre con el que había tenido un casamiento falso, sin móvil, sin documentación ni dinero. El hecho de que ese hombre fuera

Sanpierone constituía la guinda del pastel y se me erizaron los pelos.

Sacó una llave de la guantera y salió del vehículo para dar la vuelta y abrir de mi lado. Me alzó entonces y protesté.

—¡Pero si ahora tengo zapatos!

Se rio y me llevó hasta la cabaña.

Así se las ingenió para abrir la puerta, mientras yo me sostenía de su cuello y volvía a hundirme en ese perfume tan suyo y tan masculino, que me hacía temblar como si estuviera con gripe.

—Bienvenida a casa —dijo con voz ronca, al dejarme en una acogedora habitación que hacía de sala y comedor.

Acojonada,

miré

alrededor,

buscando anclar mis ojos en algo que no fuera él, que no fuera la intensidad de sus pupilas y la soledad en la que estábamos. Y al mirar, noté que el ambiente allí adentro era cálido, una predominancia

de

maderas

con

pequeños detalles de colores naranjas, verdes y ocres.

Por una puerta se veía una cocina moderna y al fondo había una escalera que llevaba al piso alto. El dormitorio, intuí.

De pronto, fue demasiado. No estaba preparada, me di cuenta, necesitaba huir.

Huir de Sanpierone, de esa loca experiencia,

de

mi

indiscutible

dependencia de él, esa necesidad tan profunda y primitiva que vaporizaba el contenido de mis venas.

—Hum... estoy cansada —murmuré

—, creo que... hum... será mejor que duerma.

Era cierto: había pasado la noche en pie y el viaje de dos horas no había alcanzado

ni

remotamente

para

recuperarme de los cataclismos que, uno tras otro, se sucedían en mi vida como las plagas de Egipto.

Paolo asintió, amable, incluso me pareció que indiferente.

—Sí, *cara*, es necesario que duermas, pero primero tomarás el desayuno.

Bueno, yo había esperado un poco más de resistencia. A decir verdad, pensé que se abalanzaría sobre mí y me exigiría que abriera las piernas sobre los cojines o la alfombra de la sala. Se veían mullidos, pero en fin. Nunca iba a entender a ese hombre.

Suspiré mientras él me indicaba la ruta a la cocina y una vez allí, me percaté de que el desayuno ya estaba servido en una cómoda isla.

—¿Leche con algunas gotas de café?

—preguntó tras alzar las jarras que ya estaban listas sobre los soportes eléctricos.

No respondí. Él sabía exactamente qué tomaba yo en el desayuno. Conocía la marca de chicles que masticaba y mis pijamas, recordé. En cambio, yo no sabía nada de él.

Puse cuidado en registrar la taza de café negro, sin azúcar, las tostadas, que había cogido con la mano izquierda, la mano en la que brillaba la alianza que en realidad no nos había unido.

—¿No comes nada? —murmuró.

Bajé la mirada a mi taza de leche.

Tenía el estómago apretado en un nudo, pero me obligué a alzar la taza y a tomar un trago. Lo hice pasar por mi garganta.

Repetí la operación, una y otra vez como una autómatas, hasta que alcé la vista y noté que Paolo me observaba.

Todavía tenía una tostada en la mano pero sus ojos no se apartaban de mi cara, de mi boca, seguían mis labios con una atención minuciosa que me produjo una descarga.

—Creo que... será mejor que me retire —anuncié, poniéndome de pie.

—Creo que sí —susurró él, tras imitar mi movimiento. Alzó las tazas y las llevó al fregadero—. Súbete arriba y ponte cómoda.

Abrí mucho los ojos porque la frase tomó para mí una connotación inmediata.

Había soñado con colocarme arriba, lo había soñado demasiado.

Aspiré de golpe y él debió

escucharme,

porque

se

quedó

repentinamente inmóvil, dándome la espalda. Por un segundo creí que se daría la vuelta y que yo no llegaría

arriba después de todo, pero cuando giré para marcharme, Paolo seguía en su sitio.

Se lo agradecí.

Subí la escalera murmurando. Me sentía estúpida, torpe como una virgen, melindrosa como una monja. Vaya, cuatro años y tres meses es mucho, me dije, aunque todo el mundo afirma que es como andar en bicicleta. El problema es que él no era bicicleta sino mi tan mentado tren de los trescientos cincuenta kilómetros por hora.

Y ese era el punto, ¿no?, porque yo había estado cerca de hacerlo con Montorvo, no una sino dos veces, y no había tenido esta desazón. Pero claro, Montorvo no era Sanpierone. Solo Sanpierone era Sanpierone.

No estaba lista, reflexioné al entrar en lo que a todas luces era el único cuarto de la casa; no estaba lista, dije tras buscar infructuosamente un pijama bajo la almohada. No aguantaba más el vestido de novia y necesitaba dormir, de veras lo necesitaba. Supuse que tendría que dormir desnuda e hice una mueca,

¿quedaría mal si echaba llave? Imaginé que sí, que a Sanpierone le sentaría como una patada en los cojones. Al menos, rogué que si él tenía que entrar en el cuarto, tocara la puerta. Éramos dos seres civilizados, ¿no es cierto?

Bostecé y tras descartar el vestido y lanzar los zapatos, me metí en la cama con tanga y sin sostén, y me tapé hasta la barbilla con las suaves sábanas.

Capítulo 9: Arriba, el

cielo, lo supremo

Debí estar realmente muy cansada porque desperté en las primeras horas de la tarde. Había dormido de un tirón desde las nueve de la mañana hasta las tres.

Me desperecé lánguidamente en la cama, mientras miraba la luz del sol que entraba a raudales por los cristales de la enorme ventana, que daba directamente al bosque.

Después me puse de pie, aún

atontada y somnolienta, para llegar hasta el baño a lavarme los dientes.

Aproveché para mirarme al espejo con ojo crítico y concluí que estaba un desastre. Necesitaba otra vez a la peluquera y a la maquilladora de la boda, barrunté, pero solo estaba yo, enfrentada a enormes ojos pardos que me miraban con espanto desde una cara triangular y demasiado pálida. Rogué que Sanpierone no me viera en ese estado, rogué que estuviera en otro lado, quizá en

Manhattan o en Indochina.

No iba a tener esa suerte, en cuanto salí de allí me tropecé con sus pies.

Pegué un salto, retrocedí un par de pasos y nos miramos. Si las miradas quemaran, me habría quemado. De hecho, me encendí, me puse roja desde el pecho hasta la frente. Por Dios, ahí estaba yo, horrible, desnuda, con solo un tanga, y él, de pie, con una impecable camisa negra metida en sus pantalones de jean.

Retrocedí una vez más, hasta que me detuvo el vano de la puerta del baño.

—No me mires así —rogué.

Sus ojos profundos y hambrientos me recorrieron el cuerpo con una lentitud arrulladora que a mí me cortaba el aliento. Luego, en algún momento esas tormentas grises se detuvieron en mi cara, se centraron en mis pupilas, bajaron a mis labios, que temblaban.

Y susurró con suma lentitud, la voz ronca:

—¿Me estás pidiendo que no mire...

el cuerpo de la mujer con la que voy a hacer el amor

durante el resto de mi vida?

Sus palabras me perforaron el alma y busqué sus ojos, incrédula, extasiada, desesperada por entender.

Pero él ya no me miraba a la cara.

Sus ojos bajaron otra vez por mi piel, registrando, según creí, el fruncimiento de mis senos y mis manos crispadas, que se abrazaban mutuamente frente a mi pubis, como hermanas en duelo.

—Ven aquí —me ordenó, pero no

me moví. Me había quedado sin piernas, había echado raíces. Miré alrededor, buscando un camino para huir pero allí donde mirara, ahí estaba él, sus ojos llameantes, su respiración agitada.

Sanpieronone debió notar la terrible lucha que había en mí porque suspiró.

Luego se alejó unos pasos y me dio la espalda, mientras miraba por la ventana.

El silencio se extendió por minutos que se me antojaron interminables y quise ir a él, abrazarlo por la espalda, besarlo y aliviar la tensión que adiviné en sus anchos

hombros y en su cuello.

No me moví.

—Necesito hacerte el amor —

susurró él entonces—. Lo necesito con toda el alma.
Necesito tenerte como necesito

respirar,

Malala.

—Giró

entonces hacia mí y me miró, el rostro serio y los ojos intensos—. Pero aún más que eso, necesito que tú me ames a mí.

Bajé los ojos y gemí, destrozada, porque yo quería, ¡ah, cuánto quería hacerlo! Y a la vez, tenía miedo de hacerlo como no le temía a nada.

No sé si él vino a mí o yo a él, todo lo que recuerdo es que me pegué a su cuerpo y murmuré:

—Yo

también

necesito

verte

desnudo. Muero por estar contigo. Me muero, Paolo.

Y él debió notar el desgarró en mi voz porque me cogió las manos y las llevó a los botones de su camisa. Luché con ellos pero me turbaban su cercanía, la severidad de su boca, el perfume exótico de su cuerpo, la amplitud de su pecho. Me turbaba tanto, que él tuvo que ayudarme mientras yo paseaba mis dedos trémulos por su piel, seguía el contorno de sus tetillas, conociéndolo, viajaba más abajo, hasta el borde de su jean.

Él se ocupó del resto y entonces sí, me quedé sin aliento porque Sanpiero era en verdad grandioso.

Mis ojos devotos se regodearon con cada detalle de su cuerpo y entonces alcé la vista. Unas palabras temblaron en mi garganta, quedaron atrapadas como ciervos en una trampa y se negaron a salir.

— *Cara* —susurró y sus ojos hermosos me devolvieron una pasión incontrolable y una pena, más grande aún.

No soporté esa pena y sucumbí, animándome a todo aquello a lo que antes me había negado a hacer.

Lo

besé,

locamente,

desesperadamente. Me prendí de él y lo fui llevando hacia la cama. Lo hice caer sobre el colchón y él me sostuvo por mi cintura para alzarme y colocarme encima de su cuerpo, con mi tanga pegada a su miembro.

Le follé la boca con violencia, lo arañé, retiré la tira del tanga y con un gemido largo, lo monté. Era inmenso pero lo hice entrar hasta el fondo y lo cabalgué, desesperada, subiendo y bajando una y otra vez porque hasta en ese momento yo quería que fuera sexo, solo sexo.

—No —me detuvo, la voz ronca de deseo y la angustia grabada en los rasgos tensos de su cara.

Me atrapó la cabeza con las dos manos y la sostuvo contra su pecho.

Entonces escuché su corazón, galopando furioso, vibrando contra mi oído; su corazón, tan mío y tan violento. Gemí de nuevo—. No, Malala, no será así entre nosotros. —Y vació mi cuerpo.

Quise llorar de rabia.

Dejé la postura en la que estaba, sobre él, y me dejé caer en la cama, a su lado. No soportaba mirarlo y me coloqué boca abajo, la cara enterrada en la almohada, deseando morir.

No quería que me hiciera el amor.

No quería que se apropiara de cada centímetro de mi cuerpo y ¡ah, estaba segura de que sería así! Es que, en el fondo, no soportaba sentir.

Entonces vino a mí.

Sanpierone,

con

las

rodillas

separadas, aparcadas a cada lado de mis muslos; sus manos viajando por mi espalda, yendo desde mi nuca hacia abajo por mis vértebras, que repasó una por una; sus labios, posados en mi hombro, en mi brazo, en mi codo, en mi axila; sus dedos, recorriendo mi piel, que se moría ante el contacto.

Sanpierone cubriendo desde atrás mi cuerpo entero, sus manos posadas sobre mis senos y su boca mordiendo mi oreja, mi mandíbula, mis labios. Su lengua exigiéndole a la mía, que respondía desesperada a su llamado.

Sanpierone encendiendo mi fuego, cubriéndome los senos con una mano y bajando la otra hasta mi pubis, hasta que él también pudo sentir que estaba líquida.

Sanpierone: dos brazos fuertes cubiertos con vello negro que me moría por tocar y apreté los dientes para no hacerlo; Sanpierone y un pecho inmenso, que en otro le habría restado elegancia pero en él daba como resultado una obra maestra, un cuerpo hermoso, rematado por dos ojos aún más hermosos que me hablaban de amor, de pasión, de poder y de violencia.

Jadeé cuando él volvió a colocarse de rodillas, en torno a mis glúteos, sus manos abarcando, adueñándose de todo aquello que yo no había querido darle y que era suyo.

Sentí su miembro, apretado contra mi entrepierna, y gemí.

—Dios mío, Malala, eres tan

hermosa, ¡tan hermosa! —Su voz, sensual e intensa, sonó como un bramido lejano y me estremecí.

Un dedo recorrió mi piel, el tanga, mi raja; la mano opuesta bajó de mi cuello a mi espalda, hizo una «s» para rodear mi axila, me forzó a elevar mi pecho y cuando apoyé mis codos y mis antebrazos en la cama, terminó anclada en un seno. Gemí de nuevo. Jugó con un pezón, lo endureció, lo retorció un poco y lo estiró, pero no se detuvo allí, esa mano bajó, bajó hasta mi vientre y sin esfuerzo elevó mis caderas hasta que me apoyé en mis rodillas, la cabeza aún en la almohada, para ofrecerle lo que buscaba.

Lo escuché jadear cuando aproximó su cara a mi cuerpo, desde atrás. Jadear cuando destrozó el tanga, jadear cuando pasó su lengua por toda mi longitud.

—¡Tan hermosa! —susurró en mi

culo y me introdujo la lengua. Estuve a punto de morir del placer que me daba.

Nadie, jamás, me había hecho algo así.

—¡Tan hermosa! —repitió mientras forzaba mis piernas abiertas y bajaba a mis labios internos para hundirse también allí.

—Dios mío, Paolo —susurré.

Me sentía líquida, me sentía en la estratósfera, allí donde falta el aire y mueres de placer. Y subí y subí mientras él me acariciaba con su lengua una y otra vez. Un dedo lo acompañó y se coló adelante, otro le siguió atrás, para mi sorpresa. Me poseía completa, era suya, suya, por fin, me mordió entonces y estallé en convulsiones violentas, tan violentas que estuve a punto de caer, tan violentas que grité y grité su nombre, para terminar llorando y rogando que me dejara.

En ese momento me introdujo otro dedo por ambos lados. Y chupó mi centro otra vez, lo sorbió con sus labios y chupó de nuevo. Chupaba y lamía como quien muere de placer y deseé matarlo porque verle por entre mis piernas

resultaba

imposiblemente

erótico,

insoportablemente

intenso,

brutal, inhumano.

—Paolo —imploré. Quería decirle...

quería decirle... pero su poder en mi cuerpo me arrastró, me llevó como un dique que se rompe, me elevé con él al cielo y estallé de nuevo con espasmos incontrolables que hundieron mi cara en la almohada y me hicieron aferrar las sábanas para no estrellarme contra la pared.

Seguía así, con el culo en pompa, incapaz de moverme, cuando lo sentí entrar. Era grande en verdad y mi cuerpo tembló al recibirlo. Un instante se mantuvo inmóvil y durante ese segundo agradecí al destino la generosidad de darme ese hombre, durante ese día; por concederme la increíble experiencia de tenerle adentro.

— *Donna*

indomabile

—susurró

Sanpierone contra mi oído, inclinado sobre mí. Después, me aferró el cabello con una mano, sostuvo la parte delantera de mi pelvis con la otra, y empujó con envites largos y profundos.

Mientras mi cabeza se hundía una y mil veces en la cama, sentí que me derretía, sentí que había dejado de ser y que todo lo que de mí existía era ese sitio donde él entraba una y otra vez.

Gemí por la intensidad del momento, el deseo violento, su cuerpo contra el mío, golpeando rítmicamente con un compás que me decía que ese hombre me pertenecía aunque en esa postura yo le perteneciera a él.

De pronto, gruñó, se detuvo y la mano que tenía en mi pelvis fue hasta mi clítoris, y lo acarició con dedos maestros. Retomó el movimiento y estallé en un orgasmo supremo por tercera vez.

—¡Paolo, Paolo! —susurré con voz ahogada.

No podía más. Había imaginado

intenso, pero aquello era demasiado.

Era mi vida entera de cabeza, era el mundo a mis pies, a sus pies, que eran míos.

Jadeando, Sanpierone salió de mi interior y yo, todavía trémula, parpadeé.

Pensaba que era su turno pero él se coló bajo mi cuerpo, en mi misma dirección y con la cara entre mis rodillas. Estando así me aferró los glúteos para bajar mi entrepierna

hasta

que

estuvo

a

centímetros de su cara.

—¡Ya no, ya no! —protesté mientras mi humedad caía sobre su rostro, le mojaba las mejillas y los labios entreabiertos.

—¿Con qué sueñas cuando sueñas conmigo, Malala? —preguntó mientras su pulgar me acariciaba la piel de la cara interna de los muslos, los pliegues ocultos, mi centro —. ¿Sueñas con esto?

Había colocado sus manos en mis glúteos y empujó hacia abajo, hacia su rostro, hasta que no hubo espacio entre nosotros y me bebió por completo, mi cuerpo enterrado en su cara.

Jadeé desesperada. Entonces me apartó de nuevo, mientras sus ojos seguían fijos en mi centro. Nunca me había

sentido

tan

expuesta,

tan

entregada.

—Tus sueños no me dejan dormir —

continuó y esta vez me mordió al acercarme a su cara. Gemí—. Verte dormir y soñar conmigo ha sido la experiencia más erótica que viví.

Llevó otra vez mi cuerpo contra sus labios mientras sus manos se prendaban de mi culo. Me metió un dedo ahí y gemí otra vez.

—Dime, Malala, ¿cuál es la

experiencia más erótica que viviste tú?

—¡Esta, esta, contigo! —sollocé y entonces él ya no apartó su boca de mi centro hasta que convulsioné una y otra vez en un cuarto orgasmo interminable que me sacudió hasta la raíz, rompió con todo lo que yo creía de mí y dio vuelta mi alma y mi cuerpo.

Cuando terminé, Sanpierone se

apartó de mí y se dejó caer a mi lado sobre la cama.

Seguía enorme aunque yo estuviera desarmada y mis piernas temblaran como flanes.

—Ahora sí, *cara* —susurró y con facilidad me alzó por la cintura para ubicarme sobre su cuerpo—, ahora puedes montarme si te hace feliz.

Sollocé

de

nuevo,

entregada,

destrozada, y lo introduje hasta el fondo.

Me colmaba. Sus manos, situadas en mi espalda, acercaron mi pecho a su boca y me devoró los senos, uno y otro, succionando locamente primero y luego acariciando con su lengua, no solo los pezones sino todo, toda mi piel, como un hambriento. Gemí de placer y con los ojos cerrados, me enderecé para subir y bajar a lo largo de su miembro.

Temblaba.

Temblaron mis manos al pasar por su pecho, al enredarse en su vello, al dejarle

marcas.

Temblaba,

conmocionada por la tormenta de deseo y desesperación que me azotaba, porque ese era un viaje de ida y no sabía dónde me llevaba. Gemí otra vez.

—Mírame —pidió.

Y abrí los ojos, para centrar mis pupilas en las de él.

Y ahí estaba, nuestros ojos anclados, los del uno en los del otro, diciéndonos todo lo que no había sido dicho en nuestra piel.

—Ahora sí, ahora sí —susurró y sus ojos brillaron con una pasión que me llevaba.

Entonces me hizo girar en la cama sin perder el contacto, de modo que él quedó arriba, cubriéndome, sus fuertes brazos pegados a mi cuerpo, las manos enmarcando

mi

cara,

su

pelvis

estrellándose una y otra vez contra la mía.

Le abracé con todas mis fuerzas, con mis piernas y mis brazos, elevando mis caderas, tensándome para él.

Estábamos tan cerca que no había principio ni fin entre

nosotros,

solo

su

cuerpo,

hamacándose en el mío, el mío abierto para recibirlo en él.

Y lo amé, lo amé.

—Eso es, así, mírame así, hazme el amor, *cara mia* —
dijo aún y cuando lo sentí pulsar en mi interior, tan grande
y tan

increíblemente

mío,

llegué

nuevamente al orgasmo y lo acompañé, estallando de placer a la par que lo hacía él.

*

Nos quedamos mudos durante un rato, uno en los brazos del otro, sin saber qué decir porque nada que se dijera podía acercarse a describir lo que había pasado entre nosotros.

Estábamos tan inmóviles que por momentos pensé que él dormitaba, así que aproveché para estamparle un tenue beso en su pecho, junto a su tetilla, luego en un brazo.

Su reacción me confundió porque se volvió hacia mí con violencia, me aprisionó con su peso y sin mediar palabra, lo tuve otra vez adentro, enorme, duro.

Busqué sus ojos pero él había

cerrado los suyos y empezó a empujar, una y otra vez, cada vez más intenso.

Supe entonces que no estábamos haciendo el amor, que eso era solo sexo y levanté mi pelvis para unirme a su movimiento.

Me volvió loca ver su cara tensa, los labios apretados, los músculos del torso tan perfilados y más abajo, los del abdomen, que se flexionaban contra mí con inquebrantable potencia. Y sentí una vez más que subía mi deseo, la pasión que él suscitaba y me arrastraba como el viento.

—Así, así, eso es —susurré

extasiada, y él abrió los ojos. Anclados en los míos, llegamos otra vez al orgasmo

con

una

intensidad

devastadora, para luego yacer agitados, sudorosos, apretados, su miembro todavía en mi interior, largo, largo rato, hasta que volvió a estar imposiblemente duro.

Una y otra vez hicimos el amor durante esa tarde-noche que duró más horas de las que puede contar un reloj analógico. Hicimos el amor hasta que nos olvidamos de nosotros: de comer y de dormir. Vivimos solo el uno para el otro, para la sed y el hambre del otro, que solo se saciaban de esta manera.

*

La luz de la mañana había empezado a filtrarse por la ventana cuando desperté tras un sueño corto. Sanpierone ya no estaba a mi lado y en su lugar había una sábana arrugada y un hueco.

Trémula, agotada, me levanté para ir al baño y, encerrada en ese cuarto, sola por fin, abrí el agua de la ducha. Había un sinnúmero de botones, pues aquello más que ducha era piscina y jacuzzi, pero me las ingenié para que al menos saliera un chorro potente.

Me gustaba tan caliente como

pudiera soportarla así que entré cuando la tuve así.
Suspiré de placer.

Y entonces, cuando menos lo

esperaba, apoyé mi frente en la cerámica, fruncí la cara y lloré, lloré como no lo hacía desde mi infancia.

Lloré por la boda falsa, por esas dieciocho horas de una pasión tan intensa que lastimaba, lloré por mí, porque a la luz del día y estando sola, no podía ya negar lo que nunca había querido aceptar ni decirme: me había enamorado de Sanpierone. Lo amaba completamente, intensamente, como

una tonta.

Lloré con grandes espasmos y clavé mis uñas en mis palmas. Lloré

desesperada, como lloran los que lo han perdido todo pero aún no se resignan.

Fue un llanto violento, que quebró mis uñas al arrastrarlas por las paredes y me dejó hecha un ovillo cuando llegué al suelo de la ducha.

Así me encontró él y se metió bajo el agua caliente para alzarme, aunque ya estuviera vestido.

Tomó asiento en una de las

banquetas que formaban la bañera y me sentó a horcajadas en su regazo, mientras el agua nos mojaba a ambos.

—Shhh, ya está bien—susurró,

pasando su mano suavemente sobre mi pelo mientras yo hundía mi nariz en su cuello e hipaba—. Ya está bien.

Traté de hablar, traté de explicarle, pero no había palabras para explicar el dolor de amarle y sollocé de nuevo.

Regó besos en mi frente, en mi sien, en mis mejillas.
Cuando su boca llegó a mi oído, se detuvo.

—No sabes cuánto me duele que
este amor te duela así.

Y había agonía en esa frase, tanta agonía que alcé la cara
y lo miré a los ojos. Me golpeó como una trompada la
desolación que vi ahí.

Entonces lo besé, desesperada. Le quité el polo, le abrí el
pantalón y me enterré en su miembro, que ya estaba duro.
Le hice el amor porque era lo único que tenía para darle:
él ya había robado mi corazón y yo no quería perder lo
poco que quedaba de mi alma.

*

Después él me invitó a tomar el desayuno, que ya estaba
preparado cuando bajamos. Imaginé que alguien echaba
una mano en las tareas de la casa cuando estábamos
arriba, pero que nos dejaba solos en cuanto
descendíamos.

Nos habíamos vestido los dos con sendas batas blancas de
baño y pantuflas (aunque acababa de descubrir que había
ropa para ambos en un ropero) y nos sentamos frente a

frente, con café, panes, frutas, quesos y zumos de por medio.

Una escena doméstica como cualquiera, como la de cualquier pareja, la de cualquier hogar, pero tan fuera de lugar para nosotros como un caramelo en la trompa de un Airbus.

—Tienes que comer —murmuró al

ver que yo solo estaba tomando mi leche con café.

Cogí un panecillo para contentarlo, pero la verdad es que todavía tenía el estómago en un nudo. El panecillo tembló en mis manos y volví a dejarlo en el plato.

Vacilé.

—¿Supongo... que estamos cerca de alguna ciudad o un pueblo? —pregunté, con las mejillas rojas, mortificada.

En el acto, Paolo levantó la vista.

—¿Necesitas algo?

—Tengo que ir a una farmacia —

susurré.

Por supuesto, él no iba a contentarse con eso y aguardó en silencio, mientras yo deseaba estar bajo la mesa. No quería que se enojara o que pensara que había sido tonta o peor, que quería pescarlo con una de esas tretas de mujer piraña.

—Llevaba mucho tiempo sin... sin...

—Hice un movimiento de molino con las manos, me sentía torpe como un pato

—, sin estar con alguien —concluí, graznando. Solo me faltaba salir volando para terminar con la temporada de apareamiento. Arriesgué una mirada en su dirección, pero él seguía mudo, pendiente de mis palabras—. No había previsto que... que... y no tomé ninguna medida. Lo siento.

¡Joder! No era culpa mía, él

tampoco había parecido muy proclive a usar condones y yo ni siquiera había pensado en eso... o en nada.

— *Cara.*

—Quiero comprar la píldora del día después —terminé de golpe.

El silencio entre nosotros se hizo más largo y cuando

terminó, Sanpierone me habló con frialdad, en plan médico:

—Vamos a tener relaciones muchas veces en los días sucesivos. Para estos casos la píldora del día después no es lo que conviene, pero existe otra, la píldora de los cinco días, que puede tomarse hasta cinco días después de la relación sexual de riesgo. Te la daré si la quieres.

Abrí los ojos y lo miré, inquieta.

—¿La tienes aquí?

Vaciló.

—Está en el botiquín.

Cambié la vista, tratando de que ese dato no me golpeará. No lo logré y sentí esas palabras como un mazazo.

Me puse de pie bruscamente para ocultar mi turbación, la vergüenza, mi pena, y llevé la taza al fregadero. ¿Qué género de hombre tiene en el botiquín de su cabaña de las montañas una pastilla anticonceptiva de emergencia? Alguien que acostumbra tener ese tipo de problemas, resumí. ¿Cuántas mujeres habían estado allí, en esa casa, en su cama, haciendo lo mismo que habíamos hecho nosotros? Se me anegaron los ojos, se me derritieron

como helados en un tórrido verano. ¡Por Dios, qué tonta había sido al creer que todo aquello era nuevo para él, como lo era para mí!

De pronto, sentí sus manos en mis hombros y me atrajo suavemente para que me apoyara en su pecho.

—No es así —susurró—. Para

empezar, compré este lugar hace un par de semanas, cuando decidí... —Se interrumpió—. Es nuevo, lo estamos estrenando, tú y yo. —Abrió un cajón y vi un juego de cubiertos en su estuche.

Lo cerró y abrió un mueble bajo: lo mismo para los artefactos, estaban im-polutos, perfectos—. ¿Lo ves?

Asentí, todavía trémula.

—Para seguir... —Y él hundió su nariz en mi pelo, aspiró hondo y me besó allí, en mi oreja, me mordió suavemente el pabellón y luego el lóbulo

—. Nada me gustaría más que dejarte preñada... —Hizo una pausa— pero traje la pastilla, por si acaso la pedías.

Soy ginecólogo, ¿recuerdas?

Me di la vuelta de golpe para

mirarlo de frente, asustada, inquieta como si caminaran cientos de arañitas por mi espalda. ¿Dejarme preñada?

Paolo aprovechó la posición para desatar el nudo de mi batón y miró mi cuerpo. Suspiró y me subió a la encimera, junto al fregadero.

Abrió su bata y mis ojos pasearon por su pecho, siguieron más abajo, hacia su erección. Sanpierone era de hierro, conluí, un tipo incansable, un maestro.

—¿Tomas Viagra?

Se echó a reír y mientras lo hacía, me penetró hasta el fondo. Luego puso sus manos en mis glúteos y me sostuvo, moviendo mi cuerpo al compás del suyo en una espiral de placer que me llevó en segundos al orgasmo. Él me siguió, pulsando una y mil veces en mi centro y llenándome de su simiente por enésima vez.

—Tengo cuatro días para hacerte cambiar de opinión — susurró junto a mi boca cuando salió.

—¿Sobre qué?

No respondió. No hizo falta, y las arañitas volvieron a caminar sobre mi espalda.

Después me llevó otra vez a la mesa del desayuno y me sentó en su regazo.

—Ese fue uno rapidito —anunció—.

No puedo hacer otra cosa contigo hasta que comas algo. Hasta que comamos los dos.

—¿Qué haremos entonces... ver

televisión?

Se echó a reír.

Y me alimentó, preparándome un sándwich de queso, llevando el vaso de zumo a mi boca, tentándome con un panecillo.

—¡Ey! —protesté—. ¿No serás un sádico controlador como el de esas novelas que enloquecen a las mujeres?

Se rio una vez más.

—No soy sádico... y en cuanto a enloquecer a las mujeres, solo hay una a la que me interesa enloquecer. —Me besó.

—Ella ya está loca. —Lo besé a mi vez.

—Bueno,

come.

—Me

apuró

entonces y pude sentir que, bajo mi cuerpo, había vuelto a crecer.

Entorné los ojos, calculadora.

—Hum... comeré si por cada bocado que dé, contestas a una pregunta.

Eché

el

cuerpo

hacia

atrás,

súbitamente tenso, y me miró con ojos que se habían vuelto fríos.

Me dolió eso, dolió notar que él ponía una barrera infranqueable entre nosotros. Acaricié su mejilla, luego mi mano bajó hasta sus labios y dejé mis dedos allí.

—Serán

preguntas

simples

—

susurré.

Nos miramos, los rostros serios.

—Está bien.

—En primer lugar, quiero saber qué te hace feliz.

Sonrió.

—Preguntas simples, ¿eh? —Lo

sentí relajarse—. Bueno, veamos. Me hace feliz estar contigo. —Me besó en la punta de la nariz. Luego pareció pensárselo un momento antes de continuar, con un dejo de timidez—: Me hace feliz operar a mis pacientes, devolverles el orgullo de ser mujeres...

¿Y a ti?

Me arrellané en su regazo y de inmediato noté que él colaba una mano entre mis muslos y la dejaba allí, acariciando.

—No sé —susurré—. Quizá... me

hace feliz salvar a las víctimas de la trata. En todo lo demás soy un desastre

—me sonrojé.

No dijo nada del hecho de que no lo hubiera mencionado a él entre las cosas que me hacían feliz.

—Te toca comer un bocado.

Lo di y me apoyé en su pecho

mientras tragaba.

—Siguiente pregunta. ¿Hasta cuándo vamos a estar aquí?

Suspiró, mientras me repasaba el cabello una y otra vez, esa mano siguiendo el compás de la otra, que iba desde el canto interior de mis rodillas hasta la unión entre los muslos.

—Teníamos cinco días en total, ahora nos quedan cuatro —respondió—, lamentablemente no puedo disponer de más tiempo que eso.

—¿Y después? —Elevé mis ojos

hacia él.

—No has comido tu bocado.

Obedecí y me costó tragarlo. Él seguía acariciándome, pero noté que se estaba alejando y me asusté.

—Después regresaremos y entonces te propondré si quieres vivir conmigo.

—¿En tu casa? —Abrí los ojos.

—No, no puede ser ahí. Por ahora será en un hotel... dado que mi ático voló por los aires.

Bajé la vista. Quería preguntarle por la bomba en su piso y en el coche en el que viajaba Simonetta... ¿habían estado destinadas a ella o a él? Quería detalles de ese compromiso. Quería saber si él iría a visitarme al hotel solo algunas noches, y si eso me hacía su puta, porque de una cosa estaba segura: lo que se dice vivir, Sanpierone vivía en la mansión, con su madre y con su hermano, y allí no había cabida para mí.

Fugazmente me pregunté qué habría pasado si él me hubiera propuesto vivir en verdad con él, como pareja. No supe qué responderme.

—Me debes dos bocados —susurró pero no pude obedecerle y me levanté.

—Será mejor que ordene esto.

—No, alguien se ocupará en cuanto lo llame. ¿Ves ese botón de ahí? —Me señaló uno junto a un intercomunicador

—. Sirve para llamar al servicio, que vive a cien metros

de aquí.

—Oh, bueno —Me encogí de

hombros. Estaba cansada y quería estar sola, pero no había lugar para estar sola en esa cabaña, no con Sanpieronone siguiéndome como una sombra.

—Nosotros vamos a dormir —

ordenó—,

ambos

lo

estamos

necesitando.

Pasó una mano por mi cintura y así, abrazados, subimos a la habitación.

Insistí allí en cambiar de sábanas, me ayudó, y cuando la cama estuvo presentable una vez más, me quitó la bata.

—Estoy cansada —susurré.

—Yo también. Dormiremos, pero

aún dormido necesito sentir tu piel.

Asentí, pues yo también quería sentir su piel contra la mía. Necesitaba apoyar mi cabeza en su bíceps y ver que su cuerpo me rodeaba.

Dormimos así, una mano suya en mi cadera, luego colada entre mis piernas, su pecho contra mi espalda. Y desperté así también, tras dos cortas horas, con su erección pegada a mis nalgas.

—Tomas Viagra —insistí y rio de nuevo. Su risa trepaba por las vértebras de mi columna hasta hundirse en un lugar muy hondo de mi pecho y horas después todavía anidaba allí—. ¿Otro rapidito?

—No esta vez.

Y desde luego, no lo fue.

Fueron horas de caricias, un

abordaje muy lento de mi cuerpo, la revisión minuciosa del médico, el estudio concienzudo del erudito y fórmulas mágicas de placer en su boca y en sus dedos, como solo conoce un alquimista.

—Me torturas —le dije una vez, cuando su boca chupaba

mis senos sin llegar a los pezones, que se erguían desesperados.

—Me torturas —repetí al sentirlo lamer la cara interna de mis muslos, avanzar hasta mis pliegues exteriores y detenerse allí, justo allí, sin dar un paso más, el paso que yo ansiaba.

—Me torturas —cuando me colocó boca abajo y me masajeó la espalda, mimando los músculos de mis hombros, los omóplatos y más abajo, hasta mi cintura, dejando mis nalgas huérfanas aunque yo se las ofrecía, levantándolas de la cama.

De pronto, se irguió para rebuscar en el cajón de su mesilla y abrió un paquete de un tirón. Supe de qué se trataba tan pronto me untó el gel: había trabajado lo suficiente en el sex shop como para saber lo que se avecinaba. Y

aunque no lo había hecho nunca, fruncí los muslos y me volví líquida ante la expectativa.

Me encajó primero un dedo, tras una caricia que se arrastró por mi centro.

Jadeé. Luego retiró su mano y hundió el dilatador.

Retomó sus caricias, más lentas, desesperantes.

—¡Por Dios, Paolo, ya es suficiente!

—lo reté. Rebelde, lo eché de espaldas y me puse sobre él. Estaba enorme y yo necesitaba tenerle adentro con todo mi ser. Luchamos, pero no era realmente una lucha porque él reía, reía mientras me hacía una llave y me ponía

nuevamente boca abajo. Reía mientras ponía su cuerpo sobre el mío, su miembro apretando el dilatador y mi raja.

—Te dije que no sería rapidito.

—Te odio.

—¿Te gustaría más que lo hiciera de golpe? Puedo retirar esto —Y lo sacó un poco para volver a meterlo— y ocupar su sitio. No sabes cuánto daría por hacerlo, por meterme en ti con violencia, hasta el fondo, haciéndote sufrir.

Me callé, de pronto inmóvil.

—¿Te aterra eso, *cara mia*? —

susurró—. A mí también me aterra porque sí, me encantaría, adoraría hacerlo. —Hizo una pausa—. El

problema es que después tendría que ver tu cara, tus ojos bañados en lágrimas, los vería hasta en sueños, *cara*, y no podría vivir.

Me besó entonces, volcando mi

rostro de costado para acceder a mi boca. Y lo hizo con violencia, entrando y saliendo con una brutalidad que no le conocía.

—¿Quieres saber si muero por estar dentro de ti? Sí, Malala, muero por estar dentro de ti. También mataría por estar dentro de ti. Pero estoy dispuesto a esperar para darte todo el placer. Tu placer es mi vida.

Sollocé. Sanpierone era demasiado intenso y siempre me llevaba hasta el borde

del

abismo

emocional.

Suspendida

en

ese

borde,

me

tambaleaba, preguntándome qué me esperaba tras la caída, segura de que tarde o temprano, terminaría por caer.

—Hazlo

—susurré—.

Tómame,

Paolo, hazlo ahora, te doy permiso y te absuelvo.

No hizo caso. Retomó las caricias en mi cuerpo y cuando finalmente me tomó, yo estaba más que lista. Me abrí para él, relajada,

aceptándolo,

gimiendo

y

jadeando a medida que él se estrellaba contra mí mientras sus dedos se apoderaban de mi centro.

— *Donna indomabile* —murmuró en mi oído una vez y entonces los dos estallamos en un explosivo orgasmo que continuó en oleadas, como exquisitos latigazos que parecían no tener fin.

—Definitivamente te absuelvo —

dije después, con la respiración todavía acelerada, la piel sudorosa y el corazón bombeando como el motor de un tanque.

Y sí. En ese momento lo absolvía de todo lo que hubiera y no hubiera hecho.

Especialmente lo absolvía de todo lo que le quedaba por hacerme... De solo imaginarlo, el tanque dio un salto en mi pecho.

Ego te absolvo en nombre de la locura, decidí, y no me avergüenzo. La carne es débil, repiten las mujeres por ahí, pero sin duda las que lo dicen no conocieron nunca a Paolo, él de débil no tenía nada, nada. Por mí, que siguieran sin conocerlo, lo quería todo para mí.

Ese día no salimos de la casa. Nos turnábamos para bajar a saquear el refrigerador cada pocas horas, y entretanto, hablábamos y hacíamos el amor.

Una vez le pregunté qué era lo más triste que le había pasado. Estábamos abrazados, mi cabeza apoyada en el hueco entre su hombro y su pecho, mi mano paseando lánguidamente por su abdomen

mientras

mi

pierna

se

enroscaba entre las suyas.

Se quedó en silencio un largo rato y entonces entrelazó los dedos de su mano con los míos.

—No sé si es lo más triste. —Hizo una mueca—. De alguna manera también fue lo mejor.

—¿De qué se trata?

—Cuando tenía seis años y Giorgio cuatro, murió nuestro padre y fuimos a vivir con el hombre que nos crio. Él fue nuestro padre desde entonces, le debemos todo.

—Debe ser un gran hombre, se nota que le admiras — dije, apretando sus dedos con cariño.

No contestó.

—¿Y tu madre? —insistí.

—Se instaló en este país. Cuando crecimos, recibimos la orden de venir también aquí.

Fruncí el ceño, ¿lo habían separado de su madre a los seis años y había vuelto a verla siendo adulto? ¿Cómo era eso posible? La tensión en el cuerpo de Sanpierone me dijo que era mejor no preguntar.

—¿Qué fue lo más triste para ti?

—Bueno, no conocí a mi padre, pero fue un héroe de guerra, así que pensar en él me pone un poco triste pero no demasiado —sonreí, pero luego me puse serio e hice una pausa—. Creo que lo más triste fue esa noche en la que compraste a mi madre por cinco millones.

—Lo siento —me apretó contra su cuerpo en un abrazo.

—No lo lamentes, no fue tu culpa.

Pero, Paolo... —Giré hacia él y apoyé mi cabeza en mi codo flexionado para mirarle de frente—. Prométeme que nunca vas a ofrecerme dinero o regalos caros, ¿sabes? No podría soportarlo.

Para mi creciente desasosiego, lució culpable.

—Bueno —aceptó al fin—, no te

haré regalos que sean para ti pero sí regalos que sean para mí, ¿de acuerdo?

—No entiendo.

Se levantó de la cama y rebuscó un rato en su ropero. Volvió con una caja de terciopelo que dejó en mi regazo. La abrí con el ceño fruncido y adentro encontré lo que a todas luces era un collar de perlas. Auténticas, asumí, inusualmente

grandes

y

brillantes,

perfectamente redondas y blancas.

—Se me pone dura al pensar en

cómo se verán en ti.

—Es... —vacilé, alzándolas. Se veían raras, no como un collar sino como...

—Es un tanga.

Me eché a reír. ¡Vaya con los regalos de Paolo!

—Realmente

eres

un

sádico

perverso —musité—. Deben doler ahí abajo.

—Solo lo suficiente para que te acuerdes de mí cuando no estemos juntos.

Reí de nuevo y dejé el estuche en la mesa.

—¡Ay, Paolo, como si pudiera no pensar en ti!

Se le ablandaron los ojos. Se dejó caer en la cama y se situó sobre mí.

—Es lo más hermoso que me has

dicho hasta ahora —dijo—, una

auténtica perla. La guardaré para siempre. Gracias, *cara*

mia.

Capítulo 10: El poder

dominante de lo

pequeño

Para mi sorpresa, en los siguientes días nos dimos tiempo para salir a caminar: abrazados, descubriendo el bosque como nos íbamos descubriendo el uno al otro.

Eran paseos que nacían con la

promesa de llevarnos a conocer una colina lejana, que habíamos identificado y nos gustaba, pero las excursiones siempre terminaban antes, con la premura por regresar y devolvemos a la cama. Y es que la pasión fluía entre nosotros en forma permanente, como un manantial que recicla el agua.

Pero terminó: al caer la tarde del quinto día, él y yo nos vestimos para salir.

—No te preocupes por tus cosas —

me

dijo

entonces—,

alguien

empaquetará por nosotros y las enviará al hotel.

No respondí pues aunque me había puesto un jean, camiseta, sudadera y zapatillas, era plenamente consciente de que nada de aquello era mío. Salvo el tanga de perlas, que guardé en una bolsa de plástico de las que entregan en las tiendas y dañan el ambiente.

Vaya con el tanga de perlas, no tenía pensado usarlo, ¿qué se creía? Pero lo conservaría, por supuesto, era un regalo, como esos recuerdos de viaje un tanto bizarros que nos traen los parientes tras sus viajes.

No había llevado cartera ni móvil y me preocupaba no haber podido avisar a Alicia y a Soraya de dónde me

encontraba. Sanpierone, en cambio, había usado su teléfono para hablar a diario, largas llamadas que hacía o recibía muy temprano en la mañana, en la planta baja, cuando yo todavía estaba adormilada

después

de

nuestros

larguísimos encuentros amorosos.

Una vez le había pedido prestado el móvil para llamar a Alicia, pero él me había mirado fijamente antes de responder que no era posible, que su número

era

rastreado

y

estaba

intervenido. No quise saber por quién, imaginé que por la policía.

En cambio, se había ofrecido a dejar un mensaje a Latorre, favor que yo rechacé. No quería que Soraya supiera que estaba con Sanpierone.

Una mirada a Paolo me dijo en ese momento que con el rechazo, yo lo había herido a él. Y es que en esos cinco días nos habíamos dicho mucho, pero era mucho más lo que había quedado sin decir.

Estábamos en la sala, ya listos para partir, cuando él abrió

una botella de cava y sirvió el líquido en dos copas.

—Por nuestra luna de miel, que terminó, y por la vida que comienza —

propuso.

—Por ti —dije a mi vez—, porque aquí fui feliz.

Pude notar en sus ojos la alegría que le daba mi respuesta y sonreí.

Él tomó entonces un sorbo de su bebida y dejó la copa sobre una mesa aledaña, al lado de la botella. Luego rebuscó en el bolsillo de su chaqueta y extrajo un comprimido, tomó mi mano, abrió la palma y dejó la gragea ahí.

Durante un segundo clavó sus ojos en los míos pero antes de que yo me hubiera movido, dejó la cabaña dando grandes zancadas.

Cerré los ojos. Luego abrí el

comprimido y lo tragué.

*

Como suele suceder en estos casos, el regreso fue mucho

más rápido que la ida y cuando llegó la medianoche, ya estábamos los dos en la suite del hotel donde me había preparado para la falsa boda.

Ahí también estaba mi móvil, que alguien se había ocupado de mantener cargado y tenía un millar de llamadas perdidas. Alicia, Soraya, Lucas, Valeria, la señora Ibáñez, repasé. Las llamaría al día siguiente pues ya era muy tarde. Aún más importante, Sanpierone estaba pegado a mi espalda y me estaba desnudando.

No dormimos esa noche y a la

mañana, cuando desperté sola, me sobresalté al notar que habían dado las diez. Salté de la cama, me bañé, agradecí mentalmente a la gente de Sanpierone, que había surtido el ropero con ropa de mi talla, y me calcé un jean y una camiseta nuevos.

Después tragué saliva y llamé

directamente a Soraya.

—¡Madre mía, estás viva! —gritó mi amiga y la escuché llorar por el teléfono. De inmediato, me invadió la vergüenza—. ¡Está viva, está viva! —

Escuché que les decía a otras voces que se escuchaban

por detrás.

—¿Cómo estás tú? —pregunté—, ¿te has repuesto bien?

—¿Cómo voy a reponerme si

desapareces? ¡Parece que me hubiera pasado un tren por encima!

Estaba casi segura de que el tren me había tocado a mí, pero volví a sentir la culpa de haber dejado a mi amiga.

—Necesito verte —dijo Soraya—, tengo que asegurarme de que estás bien.

¿Dónde te encuentras? La gente de Latorre ha dado vueltas por tu piso y el sex shop y nadie te ha visto por allí.

—Es que no estuve... —Pensé

rápidamente—. Nos encontremos en...

—Le di la dirección de un café—, en media hora, ¿te parece bien? Ah, Soraya, ¿tú tienes las llaves de mi piso y del sex shop? Las dejé en el hotel ese que contrató Lucas, donde estaba Alicia...

—Las tiene Valeria. Ella tiene también a Malalona y el puñal dorado con la letra «S», ¿recuerdas?

—Necesito recuperar mis cosas.

—Está bien, me ocuparé.

Acordamos y corté. Después me

miré al espejo: estaba más delgada que nunca antes, los ojos enormes y brillantes, la boca hinchada, un par de chupones me saludaron desde el cuello.

Gemí, ¿cómo iba a explicarle a Soraya todo aquello? Para empezar, me saqué los anillos y los guardé en el botiquín del baño.

Volví a sacarlos, miré la cara interior y leí.

«Por siempre tuyo», decía la alianza.

«Ti amo», decía el cintillo. En ambos también estaba grabada la sigla

«PS».

Sonreí. La boda era falsa, pero los anillos no, los anillos estaban ahí, testigos táctiles de lo que estaba pasando.

Más contenta que antes, salí del hotel, mientras pensaba en qué iba a decirle a Soraya. Se me ocurrieron toda clase de cosas: que me habían

secuestrado fuerzas de otro planeta, que me habían llevado a un experimento en Groenlandia, que me habían llamado para un papel de actriz porno en un film triple-X, qué sé yo, se me ocurrió incluso decir que me había picado un mosquito y que había tenido la malaria.

Pero cuando llegué, todavía no sabía cómo se lo iba a explicar a Soraya. A Soraya y a medio país más, porque mi amiga se presentó acompañada por Alicia, Valeria, Simonetta, Milagrosa, Mariama, Lucas, Latorre y la señora Ibáñez, abrazada a su pototo dorado.

Malalona cerraba el equipo, vestida con un viejo vestido de mi prima de algún tejido *stretch*.

Todos estaban ya instalados cuando entré, de modo que tuve nueve pares de ojos fijos en mí mientras me acercaba a la mesa (los ojos de Malalona no miraban).

—¡Vienes follada! —gritó Soraya al verme y de pronto tuve otros treinta pares de ojos fijos en mi espalda: todos los comensales la habían escuchado y me miraban.

Molesta, saludé a todos y me senté en una punta de la larga mesa y de inmediato me sentí como el acusado ante un jurado nada dispuesto a la clemencia.

Llovieron las preguntas.

—Tengo derecho a un abogado —

contesté—, ¿alguien tiene el teléfono de Conde?

—¡Ey! —exclamó Simonetta.

Finalmente, poco a poco se fueron calmando las aguas, aunque supuse que el rencor de mi partida no iba a pasárseles tan pronto. Y razón tenían.

No quise ni imaginar el rencor que sentirían algunos de ellos si se enteraban de que era la pareja de Sanpierone: pensé en Simonetta, en Valeria, en Soraya, en la señora Ibáñez...

Bueno, a mí misma no terminaba de encajarme

la

idea.

Pareja

de

Sanpierone, repasé la frase; aunque tal vez no era su pareja, barrunté. Quizá era solo la amante de Sanpierone. Quizá era su puta. Las palabras quemaron en mi garganta como si hubiera tomado lejía.

—¡Atención!—Latorre pegó un grito y me obligó a concentrarme—. Vamos por partes —dijo, y logró imponer el orden. Supuse que ayudaba que tuviera dos armas bajo el sobaco, aunque no iba a usarlas contra nosotras, claro—. Cada uno tiene dos minutos para contar sus novedades, empezando por Malala y de ahí, a la izquierda. No vale interrumpir ni hacer preguntas hasta que todos hayan terminado.

Suspiré aliviada. Podía hablar durante dos minutos sin meter la pata,

¿cierto? Tomé aire.

—Estaba en la clínica, esperando noticias de Soraya, cuando recibí un mensaje que me convocaba en forma urgente. Tenía motivos para pensar que la persona que me llamaba así realmente necesitaba un favor importante y me fui.

Esta persona me esperaba afuera...

—¿Era un hombre? —interrumpió

Valeria.

—No interrumpas o no seguiré

contando. Ya ha pasado un minuto y medio, según creo. — Bueno, aquello era una exageración, por supuesto. Comencé a sudar y lamenté no haber llevado el móvil para ver la hora. Ni el móvil ni dinero, no tenía un duro y cuando llegó el mozo, me abstuve de pedir para no ser una carga para los demás. Suspiré antes de continuar—. Sí, era un hombre, un extranjero... y me pidió que le ayudara con algo... confidencial.

—Eres

demasiado

crédula

—

interrumpió Soraya—, estoy segura de que quería abusarte. Supongo que le habrás puesto en su lugar.

—Está claro que se enredaron —

aportó Mariama, la madre de Milagrosa

—. Tiene ese brillo en los ojos, ¿no lo veis?

—Sí, lo ayudé y sí, nos enredamos

—claudiqué—. Siento mucho haberos dejado, soy una

pésima persona, ya podéis odiarme.

Todo el mundo aulló, aplaudió y zapateó con los pies.

—¡Por fin te han follado, madre mía, y se ve que lo han hecho bien! —gritó Soraya.

Se levantaron, me palmearon en la espalda, propusieron un brindis mientras yo me iba hundiendo en la silla de vergüenza.

—¡Cuenta más, cuenta más! —

corearon después.

—No hay mucho para contar...

—Pero, ¿cómo se llama?, ¿qué

hace?, ¿dónde vive?, ¿no habrás sido tan loca como para irte a vivir con él?

Enrojecí.

—En realidad él de momento está en un hotel y sí, por ahora estoy allí, pero no creo que dure mucho así que no hagáis más preguntas, ¡os lo pido!

—Cuídate, no vaya a ser un sádico

—dijo Alicia con voz truculenta, y recordé que ella había estado a punto de morir en manos de uno.

—Ni

un

perverso

—pidió

Mariama.

—Ni un talle «S» —apuntó Soraya.

—Seguro que es un «S» —terció

Valeria—, ¿quién si no, se metería con Malala?

Simonetta

se

rio,

los

demás

abuchearon y Latorre nos llamó al orden.

—Con un talla «S» no vendría tan contenta —opinó Mariama.

—¡Joder, que hay niños! —me

quejé, roja hasta la punta de los pies.

—Estuvimos muy preocupados por ti

—interrumpió Latorre—, pregunté a todos nuestros amigos pero nadie nos pudo aportar datos. Y eso que tenemos muchos amigos. No sabían nada de ti ni la policía, ni el gobierno, ni la mafia, ni los narcos...

Montorvo se preocupó muchísimo y movilizó a todas las divisiones hasta que recibió mi llamada, hace media hora... Ahora que lo pienso, supongo que no van a agradarle las noticias.

No supe qué responderle. No había pensado en Montorvo en esos cinco días, de hecho, había pensado muy poco en él durante las últimas semanas.

—Perdió su oportunidad, que se fastidie

—apuntó

Soraya

y

me

sorprendió notar rencor en su voz. Le sonreí, agradecida. Soraya era la única que en verdad me quería, aunque no aprobara a Sanpierone.

—Es mi turno —dijo entonces

Simonetta, que estaba a mi izquierda. Se puso de pie y noté por primera vez la excitación en su voz y en su pose —.

¡Voy a casarme!

A continuación mostró un gran anillo de diamantes. Por un segundo, me quedé mirando su mano, incrédula. ¿Iba a casarse con Sanpierone? Él ya estaba casado. Claro que no, en realidad no estaba casado, pero se suponía que estaba casado. Simonetta no lo sabía, caí en cuenta, entonces, ¿para qué se había casado sin casarse, si la destinataria de la treta no se había enterado? Parpadeé, mientras un dolor impensado me asaltaba el pecho, me retorció el corazón como si fuera un trapo, lo deshacía como una picadora de papeles.

—¿No vas a preguntar con quién? —

continuó la italiana, riendo con todos los dientes, que quise romper de una patada.

Me pregunté si Latorre me prestaría un arma—. ¿No lo adivinas?

—Deja que lo adivine —interrumpió Valeria y volví a escuchar su risita traviesa.

Mejor le pediría a Latorre las dos armas, decidí.

Para entonces toda la mesa me

miraba, expectante. Se suponía que yo tenía que decir el nombre, pero tenía el nombre de Sanpieronone atravesado en mi garganta, como la lanza de un zulú, como una flecha.

—Disculpadme —grazné y salí

corriendo rumbo a los sanitarios.

Allí me encontró Soraya, un par de minutos más tarde.

—No me hagas correr, que todo el ejercicio aeróbico lo hago en la cama —

dijo con la respiración agitada, tras abrir la puerta.

Me lancé a sus brazos y lloré, lloré hasta que no me

quedaron lágrimas.

—Ya,

ya

—me

calmó,

estrechándome con fuerza—. No tenía idea de que sentías algo por él. Siempre pensé que era un capricho juvenil...

Le mojé el hombro y cogí su blusa con tanta fuerza que la arrugué entera.

—¡Vamos!

—me

animó—,

no

puedes darles el gusto de que vean lo que te pasa. Tienes que salir con la cabeza alta y demostrarles que ese Conde te importa una mierda.

Alcé la cabeza.

—¿Conde?

—¡Claro! ¿Quién creías que era el novio? ¿Santa Claus?
¿Sanpierone? —

Soraya se rio de su broma y yo la secundé, reí tanto que mi amiga me preguntó si estaba bien.

Después me mojé la cara y regresé del brazo de ella.

En la mesa, todos quedaron en silencio al verme llegar.

—¿Todo bien? —preguntó Alicia, que estaba a mi derecha.

Asentí.

—Me vino la regla y no estaba

preparada —susurré lo suficientemente alto como para que todos escucharan.

Me estaba haciendo ducha en mentir e incluso creí que los había engañado a todos, excepto a Soraya, que miraba el mantel, y a la señora Ibáñez, que me estudiaba atentamente desde la otra punta de la mesa.

Simonetta no perdió la oportunidad de contarle todo con lujo de detalles, cosa que llevó al menos cuarenta minutos. La noche en que envenenaron a Soraya, aquella en la que yo partí de viaje, Valeria se encontró en la puerta de la clínica con el abogado Nicolás Conde, que iba a visitarme. Enterado de que ella estaba tan atribulada por lo sucedido, se había ofrecido a llevarla a su casa en su coche. Ahí había conocido a Simonetta.

—Nos enamoramos en un instante —

dijo la italiana— y dos días después me propuso matrimonio. Obviamente le dije que sí.

Todos zapatearon y aullaron en la mesa, así que los imité, aunque algo en la historia no me encajaba.

Era ella, decidí. Simonetta no me engañaba: ella había estado enamorada de Paolo y esperaba que su compromiso fuera real. Pude sentirlo ese día, cuando explotó su coche y me llevó a casa de los italianos. Ella había hablado de Sanpieronone con orgullo de propietaria.

Y era él. Conde no era del tipo que se enamoraba fácilmente, era el clásico picaflor, cuando se casara, si llegaba a hacerlo,

sería

por...

¿obligación?

Parpadeé, pero me estaba perdiendo lo que decía Simonetta así que volví a escucharla.

—Estáis todos invitados a la fiesta

—resumió.

Aplaudimos y brindamos por los novios, pero aún entonces percibí la mirada quieta de la señora Ibáñez sobre mí.

Le tocaba el turno de hablar a Lucas, que se rascó la nariz y me miró fijo:

—Tú sabes que puedes contar

conmigo para lo que necesites.

—Te necesito —respondí, las orejas rojas ante la mirada curiosa de los otros.

—¿Lo mismo de la última vez?

Hice memoria. La última vez le había pedido que me rescatara de la trata. Me había llevado la Uzi-Pro, que

había quedado en el piso de Alicia, el nuevo móvil y el bolso Hermès, que había quedado destruido.

—No... solo lo que me prestaste una vez... antes de eso.

Me refería al detector de cámaras y micrófonos y esperaba que él se hubiera dado

cuenta.

Me

encantaba

que

Sanpierone me cuidara, pero no estaba de acuerdo con que escuchara todas mis conversaciones. Una cuidadosa revisión de las ocasiones en las que él había sabido qué decía o dónde estaba, me conducía al Hermès, que ya había perdido, o a mi móvil, que el mismo Lucas me había conseguido.

El adolescente se sonrojó como un niño que acaba de mojarse los calzones y rebuscó en el bolsillo trasero de su jean. En su mano apareció un móvil nuevo, que empujó hacia mí.

—Te doy mi palabra de que esta vez está limpio.

Rugí, quise matarlo, me paré y le tiré un manotazo. Tuvo la habilidad de retroceder.

—¡Ey! Si te acabo de dar mi palabra...

—¡Confíe en ti la última vez!

—¡Me hicieron una propuesta que no pude resistir!

—¿¿¿Y qué cambió esta vez???

Lucas volvió a sentarse y se miró las manos.

—Cambió... que esta vez recibí cinco propuestas. Muchas personas quieren saber de ti, Malala, creo que estás en grave peligro.

*

Rumié ese dato durante un tiempo y luego lo revoleé al fondo de mi conciencia. Entretanto, guardé el nuevo móvil en mi jean; esperaba que tuviera algo de crédito porque si no, tampoco iba a servirme de mucho.

Eso me recordó que tenía que

recuperar mis llaves y se las pedí a Soraya. Fue Valeria

quien me las alcanzó, en una coqueta bolsa de cartón de tienda fina. Allí adentro también se hallaba el puñal de la «S».

A continuación era el turno de hablar de mi prima, que usó sus dos minutos para quejarse de que no llegaría a tener listo su vestido para la boda de Simonetta.

—¿Cuándo es? —pregunté.

—¿No me escuchaste? —se quejó la novia—, ¡te dije que es este viernes! Y

espero que vayas con tu extranjero, que todos queremos conocerlo.

Faltaban tres días para el viernes, pensé que realmente tenían prisa por casarse. Claro que ella había tenido todo listo, incluso el vestido de la abuela de Sanpierone. Solo debían cambiar un nombre en las invitaciones.

Estaba hablando Latorre cuando una idea cruzó como un rayo por mi cerebro y me provocó una tormenta eléctrica de proporciones.

¿Sanpierone

iría

al

casamiento? ¿Me invitaría a ir con él?

¿Iríamos juntos, como pareja? Mi corazón empezó a rebotar como si yo fuera Stephen Curry y mi pecho, un estadio de baloncesto.

De pronto, algo que dijo Latorre me llamó la atención y volví los ojos hacia él.

—No son muchas las muertes,

pero...

—¿Cómo? —pregunté—, vuelve a

decir eso, que me distraje.

Todos me miraron y enrojecí otra vez.

—Decía que debéis tener mucho

cuidado —repuso Latorre—, la ciudad se ha puesto violenta. No son muchas las muertes, pero la policía no logra saber qué está pasando y se pone nerviosa.

—¿Quiénes han muerto?

—Tres jueces y dos comisarios.

Malala, tú conociste a uno de ellos según creo, ¿te acuerdas del comisario mayor Luciérnaga, el jefe de Montorvo?

Asentí. El comisario Luciérnaga había sido corrupto como Montorvo y me había dado miedo. Respondía a los Sanpierone, recordé. Bueno, ahora tendría que responderle a San Pedro.

—Montorvo fue ascendido y ahora ocupa su puesto. El gobierno ha cambiado al jefe de operaciones de narcotráfico y se habla de relevar a la máxima cabeza del área Seguridad.

—Ajá —repuse—, y eso ¿en qué se relaciona con nosotros?

Nadie respondió. Todos miraron para abajo y se me erizaron los pelos.

—Hay una guerra —escuché que susurraba Soraya.

Por lo demás, nadie dijo nada. Alcé la vista y la clavé en la señora Ibáñez, que me miraba, pero sus ojos no dejaban

traslucir absolutamente nada.

Inquieta, recordé que Conde me había contado que había una grieta en *La Santa*. «Se han dividido los hermanos Sanpierone», había dicho. Giorgio unido al padre de Simonetta, intentando matar a Paolo. Tal vez no asistiríamos a la boda de la italiana, después de todo.

Angustiada, me pregunté qué rol le cabía a Sanpierone en *La Santa*. Había de todo, de acuerdo a la versión del abogado:

mafiosos,

masones,

empresarios, políticos y jueces.

—Me toca a mí —dijo Mariama—,

pero prefiero que sea Alicia la que hable.

Volví la vista a mi amiga de la universidad.

—Mejor lo hablamos en privado —

repuso.

Quedaba la señora Ibáñez, pero dijo que no tenía nada

para contar mientras usaba una servilleta para limpiar las hojas de su pote.

La reunión se partió en pequeñas conversaciones y, tras echar una breve mirada alrededor, me incliné hacia Simonetta.

—Te deberé un inmenso favor si pagas esta cuenta —susurré, pues aunque yo no había consumido nada, Mariama, Milagrosa y Alicia sí lo habían hecho, y pensaba que se verían en apuros al pagar. Hubiera preferido hacerle el pedido a Latorre, pero estaba en la otra punta y ni siquiera pude conectar con sus ojos, ocupado como estaba en hablar con la señora Ibáñez.

—Ya sé qué te pediré a cambio: que me echés las cartas —se rio Simonetta, y se puso de pie para aproximarse a la caja mientras sacaba de su bolso la célebre American Express.

Aprovechando esa ausencia, Alicia se sentó a mi lado y aproximó su cara a mi oído.

—Debemos hablar.

—Sí.

Y le dicté la dirección del sex shop, poniendo cuidado de

que nadie más escuchara, ni siquiera Soraya.

Poco después, la reunión había terminado y nos desperdigamos, cada uno por su lado. Cinco de ellos se ofrecieron a llevarme hasta el hotel, y supe que estaban pescando detalles, pero yo los rechacé y, en cambio, acepté la propuesta de Latorre y Soraya de dejarme en el sex shop.

—Tengo que devolver esto —dije, señalando a Malalona—, ya que se ha quedado sin dueño. Y tengo que ordenar las cuentas. Debe haber cosas por pagar, por cobrar, el cálculo de mi sueldo... —

Bostecé para hacerlo parecer tan aburrido como en realidad era.

Por

suerte,

no

insistieron

en

acompañarme y cuando entré en el «Six Tricks sex shop» con Malalona, cerré la puerta, colgué le cartel de cerrado

y suspiré.

El dildo del Jefe Supremo seguía en su estantería de honor, Angelina continuaba sentada sobre el taburete y todo estaba exactamente igual a como yo lo había dejado. Revisé las cartas que se habían juntado pero ninguna era de cuentas: las cartas de impuestos y servicios no llegaban nunca al local.

Empecé a trabajar y me concentré tanto que habían pasado dos horas cuando caí en cuenta. Para entonces ya había ordenado las cosas y sabía aquello que había ido a averiguar: Mi jefe no había vuelto de

Katmandú, no se había comunicado conmigo a través de email, no me había buscado sustituta y nadie había hecho compras ni ventas. Eso me ponía en la obligación moral de trabajar o el tipo no encontraría el negocio a flote cuando volviera... si regresaba, cosa que yo dudaba. Se me había ocurrido de golpe que tal vez mi jefe no era mi jefe.

Siguiendo ese hilo, logré ubicar al dueño del inmueble donde funcionaba el local y me comuniqué por teléfono con él. Le pregunté quién era realmente su inquilino. Me confirmó entonces lo que había intuido: mi jefe, Silver Benson, no era más que una pantalla. Quien figuraba en el contrato de alquiler era La Santa SA.

Suspiré. Sanpieron y su manía de adueñarse de mi vida. Tendría que tener una seria conversación con él cuando regresara al hotel. De inmediato, sentí crecer en mí un deseo abrasador y fruncí las piernas como respuesta. Vaya que estaba jodida, parecía un borracho desesperado por la última gota de whisky. ¡Pero qué whisky era!

En eso llamaron a la puerta y me encontré con Alicia y Mariama.

—Por suerte la señora Ibáñez

ofreció llevarse a Milagrosa para comprarle unos vestidos —me contaron en cuanto las hice pasar.

No había muchas comodidades, así que senté a una en mi silla y a la otra, en el taburete de Angelina. Tuve que apoyar a las dos muñecas contra la vidriera,

como

si

estuvieran

conversando, y yo tomé asiento sobre unas cajas que apilé entre mis amigas.

—Bueno, ahora sí, decidme.

—Las cosas se han complicado —

empezó Alicia—. Han empezado a llover los pedidos de liberación.

—Explícate.

—Empezaré por el principio. No teníamos dónde trabajar y la clínica nos cedió amablemente una oficina y un teléfono.

¡Ay, Sanpierone!, pensé, ¿cómo podía estar en todos los detalles? Mi corazón saltó al saber que había tenido ese gesto con mis amigas, porque él sabía que ese era mi proyecto, la razón de mi vida.

—Las chicas comenzaron a llamar a ese teléfono, una vez que lo dimos a conocer —apuntó Mariama.

—Llegaron donaciones anónimas.

—De particulares y empresas...

Hablaban completándose la una a la otra, y no pude evitar sonreír ante el excelente equipo que habían formado, me hacía feliz el verlas.

—Queríamos consultarte qué hacer con el dinero...

—Pero como no estabas, lo dejamos en la clínica.

—Hay que abrir una cooperativa —

aclaré.

—¿O una ONG? —dudó Alicia.

—Una

cooperativa

—insistí—,

porque será todo de las chicas. De ellas, que serán miembros.

—Pero así tendrás menos control...

—No quiero tener el control —

decidí—, quiero que ellas tengan el orgullo de sentirse dueñas.

Mariama aplaudió y Alicia terminó cediendo. Una luz brillaba en los ojos de ambas.

—Bien, nos ocuparemos de eso. La clínica tiene un abogado y nos lo prestan.

Revoleé los ojos al cielo, ¡ay, Sanpierone!, ¿qué iba a hacer con él? Se me ocurrían unas cuantas cosas. Sonreí otra vez.

—Bien,

una

vez

abierta

la

cooperativa podremos poner el dinero en una cuenta bancaria.

—Perfecto.

Alicia había traído su cuaderno e iba tomando notas.

—Tenemos dos grandes problemas por resolver. Por un lado, a través de ese teléfono llegan muchas denuncias por trata.

—Hemos tratado de derivarlas a la policía —aclaró Mariama— pero no actúan. A veces recibimos una segunda llamada para que hagamos algo, a veces no la recibimos y eso es lo peor, no saber si las descubrieron y

las trasladaron, si las mataron o qué.

Me estremecí.

—Debe haber policías honestos —

me desesperé.

Alicia y Mariama negaron.

—Putas vip, negocio de jueces; putas pobres, negocio de polis.

No supe qué contestarles. Me puse de pie y empecé a caminar arriba y abajo por el pequeño local.

—¿Qué hacemos entonces?

—La señora Ibáñez ha armado una pequeña fuerza de choque.

—¿¿¿Qué???

—Cuando te fuiste, la vimos

desesperada. Nos contó que había perdido el empleo, que era una anciana muy sola y se deprimía. Nos pidió trabajar con nosotras y sin paga. No pudimos decirle que no, ¡es una mujer tan dulce!

—Era tan dulce —terció Mariama

—, porque al segundo día de no recibir respaldo de la policía y después de que Alicia intentara el truco de llamar a las cámaras...

—No acudieron —se lamentó Alicia

—, mi amiga, la periodista, dice que la misma noticia vez tras vez, no vende.

Además, no estabas tú, que eres la heroína.

Hice molinetes con los brazos, cada vez más alterada. Iba a matar a alguien, juré que iba a matar a alguien.

—¡Me estáis matando! Entonces,

¿qué?

—La señora Ibáñez se presentó con cuatro chicas que había reclutado en la clínica... eran prostitutas cansadas del trato que recibían, y empezaron a actuar por su cuenta.

Me dejé caer en el suelo, con las piernas extendidas frente a mí. No lo podía creer. No lo podía...

—¿Hubo muertos? —pregunté con la boca seca.

Alicia y Mariama se miraron en silencio.

—Rescatamos a cincuenta mujeres más solo en esta ciudad.

—Pero

también

nos

estamos

expandiendo. ¡Es increíble lo que pudimos crecer en cinco días! Imagino lo que lograremos de aquí en más.

Cerré

los

ojos.

No

habían

contestado. No habían contestado. ¡Ay, por

Dios!

¿Qué

iba

a

hacer?

¿Denunciarlas? ¿Correr a la policía? Me quería morir, la obra más maravillosa de mi vida y tirada a la basura porque un par de mujeres sin experiencia y una metomentodo habían formado una banda.

—Nos estamos desviando, todavía no te hemos contado los problemas.

¿Así que esos todavía no eran los problemas? De pronto, me sentí cansada. Quería volver al hotel y abrazar a Sanpierone y no salir nunca más de su cama.

—Las mujeres necesitan trabajar.

Algunas no quieren abandonar la prostitución porque saben que en ningún otro negocio ganarán tanto, pero estas son las menos, las *escorts* de hotel y otras prostitutas de nivel. Pero la mayoría de las víctimas de la trata ganan calderilla o no ganan nada, ya que están permanentemente en deuda con sus dueños, a los que entregan todo cuanto

ganan —explicó Alicia.

—Ellas están dispuestas a hacer cualquier cosa, cualquier trabajo que les permita mantener a sus hijos o regresar a las casas de las que salieron, a veces en otros países — agregó Mariama.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Tú eres la de las ideas —me

ensalzaron ambas.

Miré alrededor. ¿Qué podía hacer yo? Era un desastre, ni siquiera había mantenido a flote el sex shop, y eso que no había nada más fácil que vender tangas, geles y velas. ¿Qué sabía yo de lo que estas pobres mujeres podían hacer o no? Me volví hacia Mariama.

—¿Qué sabes hacer tú?

—¿Cómo?

—Dime qué hacías antes de venir a este país.

—Bueno, ayudaba en mi casa, estaba prometida para casarme, cocinaba...

cosía... esa clase de cosas.

Me puse de pie y alcé una vela. La analicé. Luego la dejé y tomé un frasquito de aceite de masajes.

—¿Podrías fabricar velas y aceites si te enseñaran? Es fácil.

—Supongo que... si es fácil...

—Ah, sí que lo es —se entusiasmó Alicia—, yo misma lo hice en la escuela para una feria de ciencias.

—¿Podrías coser tangas, bodis y disfraces? —pregunté, yendo a las perchas donde se hallaban colgados los de colegiala, enfermera, policía y diabla. El de diabla era mi favorito por la cola en forma de flecha y el pincho.

—Sí, claro...

—Bueno, ya está —dije, girando hacia ellas con una sonrisa en la boca—.

Abriremos nuestro propio sex shop. Una cadena de sex shops. El sex shop de la cooperativa. Un grupo de chicas coserá disfraces, otras fabricarán velas, geles y esencias. Otras harán la venta. Podemos empezar con venta callejera. No de dildos, claro —eché una mirada de reojo al jefe supremo e hice con la boca un gesto de desprecio. Desde que yo estaba con Sanpierone, había perdido su

magnificencia—, pero hay muchas cosas que se pueden vender en la calle y les aseguro que se venden. Hay vibradores en forma de lápiz de labio que vienen de China a bajos precios...

—¡Será un gran negocio! —Se

animó Alicia—, ¡y algo que ellas pueden hacer sin tener miedo de no saber!

Sonreímos las tres y luego nos sentamos en un círculo, en el suelo, a afinar los planes.

Era ya noche cerrada cuando mis amigas se fueron. No veía la hora de marcharme también, pero me entretuve unos minutos, separando el escaso dinero que me correspondía como sueldo, que metí en la bolsa de cartón que me había dado Valeria, donde también estaba la llave de mi piso, el puñal y el móvil nuevo. Finalmente y con un suspiro de satisfacción, apagué la luz.

De inmediato, gruñí, porque me había olvidado el ordenador encendido.

Dejé mi bolsa junto a la puerta y medio a oscuras, caminé rumbo al escritorio, cliqueé el mouse y tamborileé sobre la mesa mientras el maldito sistema comenzaba una actualización. Decidí que lo dejaría actualizando y que se

apagara cuando quisiera, alcé la vista y en eso percibí que un coche estaba pasando por la calle, sin los faros aunque era de noche, y a una velocidad cercana a cero.

Por instinto, me tiré al suelo y me acurruqué bajo la silla. Un segundo después, la vidriera del local explotó en miles de pedazos de vidrios que saltaron alrededor. Una ráfaga de metrallata, noté, luego el coche aceleró y se encendió la alarma.

Era un ruido que ensordecía y me tapé las orejas, pero yo seguía allí, agachada bajo mi silla, hasta que vi el reflejo azul de un coche de policía.

—¿Están muertas? —escuché una

voz.

—Son solo muñecas —respondió

otra.

Entonces sí, me puse de pie y para mi espanto, vi que de la vieja vidriera sobresalían hacia la calle dos cuerpos deformes: Angelina y Malalona, la silicona completamente destrozada por la ráfaga de disparos.

Sudé frío.

Los policías me daban la espalda y hablaban por la radio, así que yo salté lo más sigilosamente que pude por la esquina rota de la vidriera y comencé a caminar en la dirección opuesta a ellos, con la cabeza metida entre los hombros.

Creo que me dieron la voz de alto cuando llegué a la esquina, pero para entonces otros dos coches se estaban acercando y las sirenas no me dejaban escuchar. Seguí andando.

Seguí, hasta que a las dos de la mañana, me detuve a los pies del hotel de

Sanpieron.

Suspiré,

mientras

temblaba incontrolablemente. Todo lo que necesitaba en ese momento era estar con él. No había seguridad en el mundo que no viniera de él, de sus brazos, de sus besos. Lo necesitaba como no había necesitado a nada ni a nadie antes.

Pero no iba a ser tan fácil. Un botones melindroso se negó a darme paso y cuando noté que me miraba con desprecio,

miré hacia abajo: tenía la ropa destrozada. Otra vez me había cortado los jeans y la camiseta colgaba hecha girones desde un hombro. Había sido un milagro que no me detuviera la policía por vagabundeo, aunque bien es cierto que con las modas de hoy en día se disimula cualquier raja o agujero.

Estaba cansada, así que respondí como una dama.

—Déjame pasar, te digo que vivo en la suite.

—Y yo soy Peter Pan. ¡Vamos, vete ya o llamo a los polis!

—Mira, amigo, no me amenes —

insistí—. No te conviene, escucha bien lo que te digo. ¿Sabes quién vive en la suite? ¿Lo sabes?

Inclinó la cabeza hacia un lado y me midió por entre párpados caídos.

—Claro que lo sé.

—Pregúntale entonces.

—Él no está. ¡Bah, márchate ya! —Y

me empujó hasta el borde de la acera.

Traté de hacerle frente. Volví una y otra vez sobre mis pasos, girando a uno y otro lado de su cuerpo para

esquivarlo, pero él me agarró con fuerza del brazo y me dio un empujón tal que me hizo caer sobre la acera.

—¡Mierda! —grité—. ¡Ya verás, ya verás cuando se entere Sanpierone!

Quise llorar de rabia. Quise llorar y me juré a mí misma que nunca, nadie me iba a volver a tratar así.

De pronto, no daba más y me dejé caer donde el repugnante botones no pudiera verme. Elegí el extremo de la puerta del garaje.

Había olvidado la bolsa con mis cosas en la puerta del local: mi escaso dinero, el móvil nuevo, el puñal: todos los elementos necesarios para la supervivencia en la ciudad. Me quedé allí, hecha un ovillo, aguardando a que llegara la mañana como un indigente o un perro.

¿Qué iba a hacer si de veras

Sanpierone había dado la orden de que no subiera? ¿Qué iba a hacer durante el resto de mi vida sin él? En realidad era eso lo que me acojonaba y no el estúpido botones. Ahogué un sollozo y me clavé las uñas en las palmas.

Aguanté sin dormir hasta que llegó el amanecer.

Y a las seis de la mañana ocurrieron dos cosas: el botones salió a la acera mientras un coche abría el portón automático desde adentro. Había estado apoyada en ese portón y me caí de espaldas, asustada, así que desde esa posición el tipo me alzó de los pelos para sacarme. Tuvo mala suerte, en verdad muy mala, porque quien iba en el coche era el mismísimo Sanpierone.

El todoterreno bajó de velocidad tras subir la rampa y antes de que se detuviera del todo, vi abrirse la puerta trasera. Paolo saltó hacia nosotros hecho una furia, la palabra muerte escrita en sus ojos y en su ceño. Echaba chispas, tenía los puños apretados y la boca dura.

Supe qué iba a hacer en cuanto lo vi venir. Un segundo después, saltaron sus guardaespaldas

de

los

asientos

delanteros, arma en mano, y nos rodearon. Y aunque el estúpido botones todavía me tenía cogida del cabello, me las ingenié para girar y me puse entre él y ellos.

—¡Fue

mi

culpa!

—anuncié,

levantando las manos—, ¡fue mi culpa!

El botones me soltó de golpe,

seguramente acojonado por las dos semiautomáticas que se situaron a cada lado de su cuello, o quizá por el mensaje en los ojos de Paolo, mucho más alto que él, mucho más fuerte que él y mil veces más violento.

Cubrí al hombre como pude,

asustada, pero no había cómo taparlo cuando tres sujetos lo amenazaban con sus puños y sus armas.

—Fue mi culpa —dije, y di un paso adelante para apoyar mi mano estirada en la mejilla de Paolo—, de veras, te juro que este tipo no me hizo nada.

Logré que bajara la vista. Logré que clavara sus ojos en mí y ese gris casi celeste se derritió por un momento. Me pegué a su cuerpo y rodeé su cintura con mis brazos.

—No le hagas nada —rogué—, no

hagas que pierda el empleo. Necesito estar contigo.
Necesito que me beses —

sollocé, porque su cuerpo contra el mío seguía tenso,
inflexible—. Por favor, Paolo —susurré contra su pecho
—, hazme el amor, lo necesito.

Lo sentí fundirse contra mí y mis piernas flaquearon de
puro alivio. De inmediato, me rodeó con los brazos y
giramos para entrar al hotel. Agradecí al cielo que no
hubiera dado una orden a sus guardaespaldas, pero claro,
él era mucho más alto que yo y quizá había hecho una seña
o quizá bastaba con sus ojos para que ellos actuaran.

No, me dije, no sería así. Él me había oído y sabía que
aquello era importante

para

mí:

no

iban

a

amedrentarlo, no iban a hacer que quedara en el paro.

Mudos, subimos en el ascensor, él apoyado en las paredes del habitáculo, yo apoyada sobre él mientras su mano izquierda paseaba por mi pelo y la derecha me abrazaba por la espalda.

—Necesito darme un baño —susurré cuando estuvimos en la suite—, me siento sucia.

Fue él mismo quien me desnudó, se desnudó y nos metimos juntos bajo la ducha. Me enjabonó entonces todo el cuerpo y aunque ya estaba duro, no había sensualidad en sus manos sino un cuidado inmenso.

—Te has lastimado —murmuró, al notar un par de cortes superficiales en mi hombro y en mis pantorrillas.

—No es nada.

Después me llevó hasta la cama y supe que no sería uno rapidito, aunque se notaba debajo de sus ojos que él tampoco había dormido durante esa noche que habíamos estado separados.

En silencio, nos amamos, bebiendo cada uno de la piel del otro toda la angustia que habíamos pasado, borrando la pena con suaves besos y lengüetazos, mordiendo y

chupando cuando el dolor se negaba a desaparecer.

Fui yo quien primero bajó por su cuerpo para abrazar con mi boca su miembro. Lo sentí jadear de placer. Lo tenía bajo mi cuerpo y sentí que él elevaba la cabeza para mirar lo que le estaba haciendo. Me sentí poderosa... y un poco torpe también, la poca práctica me estaba avergonzando.

—Así, así, *cara mia* —susurró él y entonces la falta de experiencia no tuvo importancia porque ese no era un curso por correspondencia ni una película de internet: éramos él y yo, construyendo nuestras memorias.

Quería que se corriera en mi boca, quería darle ese regalo, pero en un segundo se apartó, me giró, me puso de rodillas y se hundió en mi cuerpo.

Bueno, decidí que ese también era un regalo, aunque fuera un regalo para los dos.

Bombeó en mí mientras yo hundía la cara en la almohada, me cogió el cabello, luego se detuvo y hundió un dedo en mi trasero. Supe lo que él quería.

—Tómalo —le exigí—, tómallo todo y como tú quieras. Te absuelvo.

— *Donna indomabile* —Sentí el orgullo en su voz.

Pero después de algunas acometidas volvió a salir, se sentó y me encajó en su miembro otra vez. Los dos de frente, los dos iguales, mi culo sobre sus muslos, hamacándonos

en

simultáneo.

Así

estallamos los dos en el más glorioso orgasmo, yo, convulsionando sobre él, estremecida de placer; él, pulsando en mí con violencia apenas contenida.

Permanecemos en esa posición aún después de terminar, por un rato, y cuando nos acostamos, él acomodó mi cuerpo sobre el suyo como si no quisiera, como si no pudiera tolerar entre nosotros ni un centímetro.

—Pensé que te habías marchado —

susurró con agonía—, pensé que no volvería a verte nunca.

Besé su pecho, una y otra vez, estremecida.

—Pensé que ibas a casarte con

Simonetta —susurré a mi vez— y quise matarla, matarla.
Lo habría hecho si hubiera tenido un arma.

Me acarició el cabello.

—Dejaste tus anillos en el baño...

creí que nunca más te los pondrías.

—¡No iba a andar por ahí con los anillos puestos! ¿Cómo iba a explicar a mis amigos que me había casado pero que no iba en serio?

Su mano se detuvo por un momento largo, pero luego comenzó un recorrido por mi espalda.

—Dejaste tu móvil... ¡nunca más dejes tu móvil!

Alcé mi cara para mirarlo.

—Paolo, no puedes escuchar todas mis conversaciones, seguir mis pasos, espiarme con cámaras mientras duermo.

—¿Por qué no? —me sonrió con su sonrisa perezosa, la que marcaba hoyuelos en sus mejillas.

—Porque yo no puedo hacer lo

mismo contigo, aunque me encantaría —

argumenté. Debió ser un argumento irrefutable, porque se quedó en silencio.

Unos segundos después sonó su

móvil y él estiró un brazo para identificar la llamada. Debió ser alguien importante, porque atendió.

Fue cortante, dijo unas pocas

palabras, pero mientras escuchaba, su mano se detuvo en mi espalda. En seguida, colgó.

Y entonces se volvió sobre mí, me aplastó con su peso y se introdujo en mi cuerpo hasta el fondo, de golpe.

Asustada, busqué sus ojos y lo que vi ahí me asustó más aún: un dolor enorme, una angustia sin medida, rabia pura.

Muda, lo acompañé en sus brutales embestidas hasta que lo sentí ceder poco a poco. Sus envites se hicieron entonces más suaves y me acarició el cuerpo, dulcemente, quedamente, hasta que permaneció inmóvil aunque estuviera imposiblemente duro.

—Lo siento —susurró contra mi

pelo—, no pude controlarme. Me vuelves loco, Malala, me pone loco saber que pudiste morir anoche mientras yo

estaba aquí, en este piso, a salvo, preguntándome estúpidamente si me seguías queriendo.

Le acaricié la mejilla, las cejas, los párpados, luego mis manos bajaron hasta su boca, las pasé por sus labios.

Mis manos se prendieron entonces de sus orejas y lo acerqué a mí para besarlo. Mientras tanto, elevé mis caderas y me tensé, invitándolo a seguir.

—Ya me hiciste el amor —susurré

—, ahora necesito que me folles.

Y cumplió.

*

Permanecimos juntos todo ese día y esa noche. A la mañana siguiente, mientras estábamos

desayunando,

un

guardaespaldas nos acercó un paquete que enviaba el comisario Justo: se trataba de la bolsa de cartón con mis cosas, que habían quedado junto a la puerta del sex shop.

—¿Qué tienes ahí? —curioseó Paolo mientras yo revisaba el contenido.

Para que él supiera que no le

ocultaba nada, fui dejando los ítems sobre la mesa.

—Mi sueldo —dije con una risa, y puse en la mesa el patético manajo de billetes que resumía lo atribulado que había sido el mes.

—Te

explotan

—gruñó

él,

sacudiendo la cabeza—. ¿Estás segura de que cobras tan poco?

—Es lo que calculé, tuve muchos días de baja. — Mientras él gruñía otra vez, seguí con los ítems—. Mi móvil nuevo. —Sanpieron estiró una mano y rápidamente lo puse lejos de su alcance

—. No, no, nada de eso, este está limpio y no vas a contaminarlo con baratija china.

—¡Baratija china! —se echó a reír

— Ni la NASA tiene cosas de ese calibre.

Me encantaba verlo reír, y sonreí a mi vez.

—Las llaves de mi piso.

Esta vez él fue más rápido que yo, me las arrebató y se las metió en el bolsillo de la chaqueta, como si nada.

—¡Ey! —me quejé—. Pues vaya a

saber dónde están ahora las llaves del sex shop... aunque tal vez no importa que no tenga llave, dado que tiene una abertura de tres metros en la ventana.

Quizá deba comunicarme con La Santa SA y avisarles del desastre —continué, mi voz vibrando de picardía.

Se echó a reír de nuevo.

—¡Me

pescaste!

Para

tu

tranquilidad, el escaparate ya fue cambiado pero el sex shop ha cerrado definitivamente sus puertas.

Abrí grandes los ojos.

—¿Me has despedido?

Asintió, riendo a las carcajadas.

—Te debo una indemnización. Ven aquí.

Me dio la mano para que dejara mi silla y me atrajo hacia sí, para sentarme a horcajadas de su cuerpo.

—Desde ahora tienes un solo trabajo

—susurró, y en seguida pasó las manos sobre mis nalgas, embutidas en un nuevo jean.

— *Ese* es un trabajo demasiado intensivo —me quejé—, no estoy acostumbrada... soy un poco floja.

Volvió a reír.

—Ahora que me he enterado de que tú eras el dueño —continué—, tengo un par de preguntas muy serias para hacerte.

Arqueó una ceja.

—¿Quién ponía el dildo del Jefe Supremo tres veces por semana frente a mi puesto de trabajo? —Traté de arquear una ceja, como hacía él, pero no me salió bien.

Parpadeó.

—Me mataste con eso. ¿Un dildo?

Desde luego no fui yo. —Torció un poco la cabeza y luego sonrió—. Habrá sido la señora Ibáñez, tiene llave del local por cualquier eventualidad que se produjera en el sistema de audio y de filmaciones. De hecho, a ella se le ocurrió ese trabajo, le pareció una buena broma. Tiene un extraño sentido del humor, ¿no crees?

Bufé y se echó a reír otra vez. Le hiqué un dedo en las costillas, rio más, luego atrapó mi dedo y lo lamió.

—¿Y quién encargó a Malalona? —

Quise saber.

En lugar de reír, me besó locamente.

—¿Conque

Jefe

Supremo?

—
Cambió de tema—. Ahora yo soy tu jefe supremo, solo yo, ¿entiendes?

Me reí.

—No lo sé —dije, poniendo un dedo sobre mis labios e inclinando la cabeza a un lado—, tendría que comparar para estar segura de eso.

Me apretó contra su duro miembro y me humedecí de deseo. Mejor no insistir, decidí.

—No importa que cerraras el sex shop —cambié de tema—, porque ahora voy a trabajar para la competencia.

Y le conté el proyecto que tenía para la cooperativa. Para mi sorpresa, no solo me escuchó con atención sino que aportó varias ideas que no se me habían ocurrido y que podían hacer que el negocio fuera realmente viable.

—¿¡Cómo sabes todo eso!?! —me admiré.

—Bueno, tengo un máster en

finanzas y mercado de capitales, y una especialización

en

mercados

emergentes.

Entorné los párpados.

—¿Me estás tomando el pelo? La última vez me dijiste que eras médico.

¿O eso fue solo para verme desnuda con el pretexto de curarme?

Se rio una vez más.

—Estudié negocios antes de estudiar medicina. Justo cuando terminé con el máster y empecé a trabajar, mi padre me permitió hacer también la otra carrera.

Había una sombra en el fondo de sus ojos y no pude evitar preguntar:

—¿Por qué? Si la medicina era lo que te gustaba...

Se encogió de hombros.

—Puede ser, pero se necesitaba que dominara el mercado de capitales y cumplí.

Me bajó de su regazo y no protesté.

Estaba pensando que él había logrado todo eso y yo, nada, no había podido terminar ni un curso de verano.

—Te olvidas que tengo varios años más que tú —dijo, y tras ponerse de pie, me acarició una mejilla—. ¿Has terminado de sacar todo el contenido de tu bolsa?

Necesitas una cartera... podría regalarte una —especuló.

—¡No! Te la tiraría por la cabeza, tus carteras vienen con drones y todas esas cosas.

Rio de nuevo. La risa terminó

abruptamente segundos después, cuando coloqué sobre la mesa el puñal con la

«S».

De inmediato, sentí que algo había cambiado en él. Había una sombra oscura tras sus ojos, que se habían vuelto cautos. Tenía los labios apretados en una línea y el cuerpo tenso.

—¿Y esto? —quiso saber.

—Es el puñal que clavaron en el cuello de Malalona.

—¿Quién?

—Malalona, la muñeca de silicona, la que murió anoche
—suspiré—.

Bueno, ya estaba muerta porque la mataron en tu casa, ese día que fueron a atacarte, ¿recuerdas?

Se quedó en silencio un momento.

—No vi el puñal entonces. De

hecho, no volví a ver a la muñeca... Te llevé a tu piso y luego tuve que ocuparme de otras cosas.

—Simonetta la rescató y me la llevó, con el puñal todavía clavado en la garganta. Es una joya bonita, ¿no es cierto?

Demasiado

para

dejarla

olvidada.

Miré el puñal dorado con la «S» y en ese momento me hice una pregunta que, estúpidamente, no me había hecho antes. ¿«S» por Sanpierone? ¿«S» por Simonetta?

Espió

los

ojos

de

Sanpiero. Era obvio que el puñal le decía algo, pero ¿qué?

—¿Me

lo

dejas?

—pregunto

lentamente.

Estaba desesperada por saber y mis ojos buscaron los suyos, preocupada.

Me esquivó: no me devolvió la mirada, tenía sus pupilas fijas en el puñal, como si hubiera sido una víbora y pudiera mordernos en cualquier instante.

—Claro —susurré.

Se marchó con puñal y todo y yo aproveché para volver mis cosas a la bolsa. Acto seguido, me preparé y cuando estuve lista para salir, me dirigí a la puerta de la suite. Del lado de afuera me encontré con un hombre: uno de los guardaespaldas que me había defendido del botones el día anterior.

Era un tipo grandote, pelirrojo, bastante apuesto, de pómulos altos y cabello algo ralo en la frente y apretado en una coleta.

—Lo siento, señora, no puede salir

—me aseguró.

—Pero...

—Son órdenes.

Tensó los músculos del pecho, le vi las armas, retrocedí y cerré la puerta.

Sigilosa, presioné el botón del ascensor interior, ese amplio que llevaba directamente al garaje. Cuando llegó, bajé, cruzando los dedos, pero no hice más que pisar el aparcamiento y me encontré con otro hombre.

—Lo siento, serán mejor que vuelva a la suite.

Cerré otra vez el ascensor, que me llevó arriba. Ya sola en la suite, miré al techo y apreté los puños, gritando:

—¡Mierda, Paolo!

Me había dejado prisionera.

Llamé a Alicia con los dientes chirriando y le avisé que no podría ir a la clínica. Llamé a Soraya y me excusé del plan que habíamos hecho para visitar en la cárcel a la tía Hermilda.

Llamé a Lucas y le conté que seguíamos buscando a Laura Vilte, pero a pesar de que se habían entrevistado a miles de prostitutas, ninguna había sabido nada de ella.

Luego se me acabaron las llamadas por hacer y deambulé por la suite, de arriba abajo, rumiando mi rabia. Hasta eso me cansó y me senté a mirar televisión. Vagamente, registré los problemas del gobierno, la deuda, los asaltos, la crisis en otras partes del mundo, un pacto suicida de una pareja de rusos en una oficina del centro, el coche que se había hundido en el río con cuatro ocupantes adentro. Nada de eso era importante para mí. Nada de eso aplacaba mi ira, la necesidad de estar con Sanpierone y de arañarle la cara.

Se me ocurrió una idea y la mastiqué durante un solitario

almuerzo. La hamaqué como a un bebé de pecho y finalmente la puse en práctica por la tarde: me di un baño, me depilé, me puse el tanga de perlas y caminé por la suite hasta que abrí un surco en el mármol del suelo. Después, me senté a esperar a Paolo.

Me encontró en el balcón, con las piernas cruzadas, mirando las luces, que ya se habían encendido en la ciudad.

No dijo nada. Solo apoyó sus manos en mis hombros, me hizo un pequeño masaje, luego me besó en la nuca y me movió un poco para sentarse en la hamaca tras de mí. Mientras me torcía la cabeza para acceder a mi boca, sus manos se metieron por mi abdomen hasta el botón del jean. Su lengua encontró la mía y comenzó la danza erótica que tanto me gustaba. La seguí, aunque por momentos quería morderle de la ira que sentía. Y él debió notarla, porque de pronto me buscó los ojos.

—Mírame —exigió. Clavé mis

pupilas en las suyas y no sé lo que encontró, pero lo sentí endurecerse y clavarse entre mis nalgas—. Me vuelves loco, loco —murmuró mientras sus dedos desabotonaban mi pantalón—. Te he follado feliz y te he follado triste, no veo las horas de follarte enfadada.

—Hum.

Sus dedos encontraron el tanga, sentí que se deslizaban por las perlas, las acariciaban.

— *Cara* —susurró, y su beso se hizo más ardiente, más violento.

Me bajó el cierre y ahí estaba: sus dedos tocando mis pliegues, la otra mano sobre un seno. Jadeó y ahogué un gemido porque, a pesar del dolor, lo deseaba. La evidencia de mi deseo multiplicó mi dolor y él debió notarlo porque se detuvo, quitó su mano de golpe y me tomó de la barbilla.

En ese momento yo tenía la cabeza en su hombro, estaba inclinada hacia atrás, medio cuerpo apoyado en el suyo.

A la luz de la ciudad nos miramos y nos medimos. Porque aquella no fue una mirada, era una guerra de meadas. Su voluntad contra la mía. Su poder contra el mío. Se quedó sin habla.

De golpe, se levantó, me cogió en brazos y me llevó a la cama. Silencioso, encendió la luz, me quitó el pantalón, luego el tanga. No olvidaré nunca la expresión de sus ojos, esa impotencia, la angustia, la pena. Luego corrió al botiquín, tiró algunos medicamentos y potes y regresó con

un recipiente con agua, algodones y un ungüento que me untó delicadamente por entre medio de mis pliegues.

— *Cara*, ¿por qué te hiciste esto? —

preguntó tan pronto terminó—, es imposible que solo las perlas...

—Caminé durante muchas horas

entre este cuarto, la sala y el zaguán. Ah, y por si no surtía efecto, me unté con sal después de depilarme.

Hizo silencio.

—¿Por qué? —preguntó al fin, la voz ronca.

—Querías que pensara en ti cuando las usara —dije, la voz amarga—, pues ahí tienes, hoy he pensado mucho en ti...

he pensado mucho, dado que no me dejaste salir.

Me enrosqué sobre mí misma como un caracol. Tenía las nalgas al aire pero ni aun así lograba calmar el ardor. Y él seguía allí, al pie de la cama, inmóvil, mirándome. Me giré entonces y lo miré con la severidad de una maestra:

—¡Y no digas « *donna indomabile* »

porque no te lo perdonaré!

Mudo, se quitó la chaqueta, la corbata, la camisa blanca. Luego hizo volar los zapatos y el resto de su ropa.

Seguía duro y suspiré. Ya me había arrepentido de darle una lección pero no quería que él se diera cuenta.

Se dejó caer a mi lado en la cama y me obligó a apoyar mi cabeza en el hueco de su hombro.

—Ven aquí —susurró—, pon una

pierna sobre las mías. Si te abres, se sentirá mejor.

Obedecí. El ungüento que me había puesto estaba comenzando a hacer efecto y logré relajarme un poco.

—¡Tan valiente y tan loca! —dijo entonces—. En toda mi vida solo conocí a una persona como tú.

Volví a tensarme, de nuevo furiosa.

—¿Quién era ella?

—No ella sino él. En muchas cosas me recuerdas a mi padre.

¿El real o el adoptivo? No pregunté.

—Cuando yo era más joven también era un poco loco —
continuó—, y una vez me excedí, entonces mi padre me
enseñó una lección. Me dijo que si haces cosas
irreflexivas, tienes que vivir con las consecuencias.

—¡Ja! ¿Y en este caso cuáles son las consecuencias? Ya
se me está pasando el dolor.

Giró

sobre

mí

y

me

besó

profundamente. Luego me hizo el amor durante largas
horas, sin penetrarme, sin que ninguno de los dos se
corriera. Era una tortura de lo más cruenta, tenerle allí, tan
cerca pero tan inaccesible, y todo ese tiempo lamenté mi
estúpida idea.

Al día siguiente, sin embargo, recuperamos el tiempo
perdido y con creces, debo decir. Solamente se fue a
trabajar a mediodía y eso porque recibió la llamada

histórica de una paciente que esperaba por su cirugía.

Bañada y vestida, me quité los anillos, que dejé en el botiquín, y luego saqué la bolsita con mis cosas. Ya lista, me aproximé a la puerta de la suite.

El guardaespaldas pelirrojo del día anterior seguía allí.

—Tengo órdenes de acompañarla, señora.

Asentí, no del todo disgustada. Tener guardaespaldas era mejor que no salir.

De hecho, casi era mejor que salir sola, dada la cantidad de percances que podía sufrir en la calle.

Tomé un autobús y obligué a mi guardián a hacer lo mismo, aunque revoleaba los ojos de disgusto, y me bajé en la puerta de la clínica, con él pisándome los talones.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté antes de entrar.

—Jimmy, el látigo.

Parpadeé, me sonaba a nombre gay.

—Bien, Jimmy. ¿Por qué te eligió a ti?

—Porque soy gay.

—Hum. Bueno, mira, aquí adentro están mis amigas. Si entras conmigo van a pensar que eres mi pareja porque saben que estoy viendo a alguien pero no a quién. Así que... ¿qué me dices?

¿Entras conmigo o te quedas afuera?

Sanpierone debía elegir a sus

hombres por su coraje, porque el tipo no parpadeó.

—Entro con usted.

—No me trates de usted y no me digas señora, que no lo soy.

—Lo que usted diga, señora.

Alicia, Mariama, Soraya y Valeria nos miraron con la boca abierta cuando entramos en la oficina. De inmediato y tras la espalda del pobre Jimmy, comenzó un intercambio de gestos obscenos que aguanté con el estoicismo de un mártir o de un votante en los comicios generales.

—Bueno, trabajemos —propuse,

tras dejar al guardaespaldas en el sillón bajo del rincón, leyendo una vieja edición de *Cosmo*.

Nos sentamos en torno a una mesa redonda y logré que nos concentráramos durante diez minutos, pero entonces llegó Simonetta.

—¡Qué suerte que os encuentro a to...! —se calló de golpe, tras mirar a Jimmy.

—El novio de Malala —dijo Valeria con una risita nada encubierta.

—Oh, oh, claro —dijo la italiana, haciendo un burdo intento por disimular una carcajada—, bueno, un gusto...

—Jimmy, el Látigo —se presentó él, poniéndose de pie.

Revoleé los ojos al techo. Iba a matar a Sanpierone. Iba a matarlo sin dudas.

—Encantada —Simonetta tosió—.

Ya que estamos todas... eh... todos, aprovecho para dejaros las invitaciones para mi boda —Y las repartió.

—¿Cuándo dijiste que era? —

pregunté.

—¡Te dije que es mañana! ¿Cuántas veces tengo que repetirlo? Es mañana y voy a enojarme mucho si no

apareces con... hum... el Látigo.

Todas rieron a las carcajadas. Todas menos Jimmy, que estaba leyendo una noticia sobre Bruce Jenner.

—No sé si podré ir...

—¡Oh, vamos! Nicolás me lo pidió especialmente, ¡no puedes fallarnos!

Será en una finca a las afueras de la ciudad, que hemos alquilado. Van a venir muchos amigos desde Italia, van a estar los Sanpierone...

Empalidecí.

—¿Van a estar...?

—Va a ser la primera reunión de los dos hermanos después de la pelea, por eso es una ocasión importante. Además de la boda, claro, lo más importante es la boda, pero también será la primera reunión completa de *La Santa* en mucho tiempo.

Jimmy levantó los ojos y Simonetta se calló de golpe.

—Bueno, olvidaos que os di esos detalles —continuó, la sonrisa incierta

—, son cosas sin importancia. ¡Lo importante es que vamos a casarnos y los famosos Aramayo oficiarán la ceremonia! Será todo perfecto...

Y se embarcó en un nuevo relato sobre los invitados, el menú, el espectáculo y la fiesta. No la escuché, pensaba nuevamente en que Sanpieroné iría allí y no me había invitado. Me sentí enferma.

Poco después, la italiana se despidió y se llevó a Valeria con ella, así que pudimos centrarnos nuevamente en el trabajo. Pero yo no estaba atenta, mi cabeza volvía una y otra vez al tema que me preocupaba: ¿qué éramos?, ¿cómo podía definirse nuestra relación?

Soraya me hizo una pregunta, pero yo no le presté atención, quería marcharme, quería salir corriendo, me ahogaba. Finalmente fue Mariama quien me salvó.

—Ey, Jimmy, ¿me ayudarías a traer unos vasos de café? Hay una máquina en la recepción.

El pelirrojo levantó la vista, me miró, pareció indeciso por un momento pero luego asintió y partió con ella.

—Bueno, a ver, desembucha ya, que si sigues tan mentirosa te crecerá la nueva nariz —dijo Soraya en cuanto se hubo cerrado la puerta—. ¡Y no me digas que

ese oso es tu novio porque para empezar desconoce por dónde entra!

Bajé la vista. Soy la pareja de Sanpierone, pensé. No, no soy la pareja, a la pareja no se la esconde. Soy amante de Sanpierone, ¿por qué es tan difícil de decir? La frase se me trancaba en la garganta.

—¿Estás embarazada? —me apuró

Soraya—. Mira que cada vez que se hacen gárgaras, algo de agua se traga.

Me ahogué. Tosí. Mierda, tenía que preguntarle a Sanpierone cómo íbamos a seguir con el control de la natalidad.

Quizá necesitaba otra pastilla de los cinco días, barrunté.

—Necesito ayuda... —dije, tras recuperarme—, necesito ir a la fiesta de Simonetta y no tengo qué ponerme.

Alicia sonrió.

—En eso puedo ayudarte. Tengo

muchos vestidos de fiesta... fui una *escort*, ¿recuerdas?

Soraya bufó.

—Buen intento, pero no vas a

escaparte. —Se puso de pie y empezó a caminar por la habitación—. ¡Conque tienes que ir a esa fiesta! ¡Conque tienes que ver cómo se casa Conde!

—Conde me importa una mierda.

Se volvió hacia mí como el rayo, rápida como Messi y atlética como Ronaldo.

—¡Ajá! Entonces, ¿qué diablos

pasa? —Vi pasar los pensamientos por su frente. Una duda flotó en su cara, que se volvió más oscura, se abrieron sus ojos y el blanco se agrandó como la luna

—. ¿No estarás con... no será...? Dime que no es él, Malalita, dime que no cometiste esa estupidez.

No supe dónde esconderme.

—Tú

no

puedes

liarte

con

Sanpierone —insistió—. No puedes, Malala, no puedes.

—No es él —le aseguré, y la

mentira era tan flagrante, tan absurda, que cogí mis cosas y me fui.

Capítulo 11:

Oscureciendo la luz

Alicia me alcanzó en la puerta.

—Vamos a elegir ese vestido —

propuso, y acepté sin decir palabra.

Mudas, fuimos a su piso y con toda la generosidad del mundo, fue sacando todo su ropero.

Pero a mí nada me convencía, todo me parecía o demasiado recatado o muy corto o muy largo, o muy escotado o directamente bizarro.

Finalmente mi amiga hizo una pausa y nos sentamos tras sendas tazas de té a conversar sobre la vida.

Ahí fue cuando desembuché. Le

conté todo: desde mi amor infantil por Conde, a mi amor idealizado por Montorvo, hasta el amor crudo y doloroso que sentía por Sanpierone.

—Entonces, ¿él pertenece a la

mafia? —quiso saber.

—No, no... él es un médico

especializado, pero ellos no lo dejan en paz, quieren que se meta en sus negocios, por eso se peleó con su hermano, Giorgio intentó matarlo.

—Y ahora hacen las paces...

—Bueno... son hermanos.

—Se casó contigo en una boda falsa.

—Para librarse del compromiso con Simonetta, nada más que para eso.

—Pero te tiene escondida, no le ha contado a nadie de esa boda, ni siquiera lo sabe su antigua prometida.

—Hum... quizá se arrepintió o no necesitó usar ese

pretexto.

—Está contigo todas las noches, pero va a una boda sin ti y te hace pasear por la ciudad con un bobo del brazo.

No respondí. Acababa de darme

cuenta de que habíamos perdido a Jimmy.

—Sabes que toda la historia no encaja, ¿verdad?

No respondí tampoco. No hacía

falta.

Se puso de pie y enfiló hacia los vestidos.

—Lo que necesitas es este.

Era un vestido corto, por encima de las rodillas, de un hermoso tono celeste cielo, con escote corazón recubierto por una tela semitransparente, que cubría también las mangas tres cuartos. Tenía una cintura estrecha y marcada por bordados, y abajo fluía en una falda liviana.

Me lo probé y me miré frente al espejo. Me quedaba bien. No, bien no, me quedaba estupendo. Tenía esa cualidad misteriosa del vestido perfecto, que hace que nadie mire el vestido sino a la mujer que lo lleva puesto.

Alicia rebuscó hasta encontrar sandalias altísimas y una carterita que combinaban.

—Ve a patear culos, hermana —dijo entonces, poniendo una mano en mi hombro—, naciste para eso.

Sonreí.

*

Lo planificamos todo y cuando estuve segura de lo que haría al día siguiente, regresé al hotel. Pero tan pronto llegué, me encontré con que Sanpierone estaba ya allí y furioso: se paseaba de un extremo al otro de la suite, con el móvil pegado a la oreja, ladrando órdenes. Se calló de golpe cuando dejé el ascensor y empecé a caminar hacia el cuarto.

—Aquí está —cortó la llamada de golpe.

No me siguió y agradecí que me diera un poco de espacio: lo necesitaba.

Así que me di una ducha, me envolví en una bata de baño y me tiré sobre la cama. Al cabo de un rato, me pareció que ya me había dado demasiado espacio y quise saber por qué no me buscaba. No pensaba ir tras él, claro, todavía estaba enojada por lo de Jimmy y por la

invitación a la boda. Aunque tal vez sería mejor si iba a buscarlo y le preguntaba directamente por Simonetta, por Giorgio o por *La Santa*, reflexioné.

Finalmente, fui tras él a secas, sabiendo que no preguntaría nada.

Lo encontré de pie en el balcón, las manos en los bolsillos, las piernas separadas. En ese momento, mientras miraba su ancha espalda, rogué a Dios que me invitara a la fiesta, rogué que me llevara como su pareja, que me presentara a sus amigos y que yo pudiera ver que él era en verdad Michael Corleone, pero antes de volverse maligno.

—Mañana es la boda de Simonetta y Conde. Nicolás me ha pedido que sea su padrino —anunció entonces y mi corazón latió con una excitación casi dolorosa, pero entonces giró hacia mí y anunció—: No quiero que vayas, Malala, no quiero que estés ahí.

—No me lo puedes prohibir.

—No te lo estoy prohibiendo, te lo estoy pidiendo.

—¿Por qué?

Vi que sus ojos vacilaban y me acerqué a él, tanto que

tuve que alzar mi cara para mirarlo.

—¿Por qué, Paolo? —insistí.

Noté que sus ojos se veían fríos, tenía apretados los labios y la mandíbula y no quitó sus manos del pantalón, era una posición que imponía distancia.

Cansada de luchar contra un enemigo desconocido, suspiré.

—No es necesario que me lleves como tu pareja. Si te da vergüenza, no tienes que hacerlo. Pero quiero ir.

No

respondió.

Confundida,

resignada, me di vuelta, pero entonces estiró un brazo y me cogió la muñeca.

—Te lo ruego —susurró.

Y entonces sí, pude leer que había pasión en sus ojos grises, en ellos había incluso desesperación.

—Dime por qué.

No contestó.

—Está bien, está bien, no estaré ahí

—cedí al ver su pena, sintiéndome angustiada,

dolida,

pero

también

profundamente enamorada.

Y como estaba enamorada, abrí su camisa, sin quitarle la chaqueta, y cuando tuve su pecho a mi disposición, le acerqué mi nariz para aspirar su perfume, para que me impregnara. Y

besé su piel una y mil veces,

acariciándolo con mis labios y con suaves

lengüetazos.

Él

respondió

desatando el nudo de mi bata y deslizándola por mis hombros hasta el suelo, de modo que quedé totalmente desnuda.

Me pregunté vagamente si alguien podía vernos por el balcón, pero en realidad no me importaba. Sedienta de su cuerpo, me arrodillé para liberar su miembro del pantalón y, duro como estaba, me lo llevé a la boca mientras él sujetaba mi cabeza y me empujaba en un movimiento rítmico que lo sumergía hasta la raíz.

Como

había

hecho

en

otras

ocasiones, me detuvo antes de correrse, y tirando de mi pelo con suavidad, me puso de pie.

Pude leer la lujuria en sus ojos, la locura que sentía por mí, y me besó honda,

largamente.

Le

respondí,

abrazándome a él con piernas y brazos, loca por tenerle adentro, loca por pertenecerle.

Pero algo no andaba bien, no era como había sido las otras veces y él apartó su boca de la mía, sus grandes manos tomaron mi cara y me atrajo hacia su pecho, que temblaba.

—Quiero hacerte lo que más desees

—susurré apasionada, no solo porque lo amaba y lo deseaba sino también, principalmente,

porque

le

había

mentido, le había hecho una promesa que no pensaba cumplir, y esa mentira me mataba—. Quiero que me tomes como más te guste.

Su pecho enorme se estremeció con un sollozo mudo, que me tomó

absolutamente por sorpresa y encontró un eco en mi alma. Luego respondió con la voz ronca:

—Lo que más deseo es morir en tus brazos cuando llegue el momento, pero hasta entonces quiero vivir en tus brazos y que tú vivas en los míos, Malala.

Me

quedé

inmóvil,

sabiendo

entonces que él lo sabía: sabía que al día siguiente yo estaría en esa fiesta, y presintiendo, presintiendo que esa presencia mía era tan importante, tan vital que podía echarlo todo por la borda, que significaría un quiebre en nuestra relación, quizá el fin.

Ahí estaba la pesadumbre de él como evidencia, ese sollozo mudo, la forma en la que me abrazaba, las palabras que había dicho.

Sí, supe con claridad meridiana: por alguna estúpida razón, después de esa fiesta todo terminaría entre nosotros.

Me angustié. ¿Por qué?, ¿por qué?

¿Qué iba a ver yo en esa fiesta que podía ser un golpe mortal para lo nuestro?

Me quedé en silencio y él suspiró, con una resignación que me horadó el pecho.

—Hazme el amor, *cara mia* —Y me alzó para llevarme a la cama.

Le había hecho el amor muchas

veces en esos días. Conocía su cuerpo como él conocía el mío, y dudé un segundo en cuanto a qué me pedía. Pero entonces vi en el fondo de sus ojos y lo supe: me estaba pidiendo mi alma.

Y mientras yo lo recorría con mis dedos y mis besos, mientras él me recorría también a mí, empecé:

—Morí de miedo la primera vez que te vi. Estaba desnuda en la sala de tu casa y de pronto apareciste... yo había roto el falo de una estatua.

—Era horrible. —Mientras lo decía, me besó un pezón, lo lamió después, lo succionó mientras su mano acariciaba el otro y lo fruncía también.

Cambió de lado y arañé su espalda.

—Lo del falo debió ser un símbolo

—repuse.

Se echó a reír, pero a mí todo aquello me angustiaba, esa despedida en la que estábamos sin decirlo.

¿Por qué?, ¿por qué?

—Me salvaste de tu hermano —

ahogué un sollozo—, no me conocías y, sin embargo, me salvaste.

Hundí mi mano en su pelo y lo cogí para obligarlo a mirarme.

Y vi sus ojos: lagos grises inmensos de tristeza.

—Quería impresionarte —sonrió.

Lo besé una y mil veces, primero besos

pequeños,

luego

largos

y

profundos. Me respondió con una dulzura infinita.

¿Por qué?

Lo obligué a girar entonces y me acomodé sobre su cuerpo, las piernas abrazando su erección.

—Ese día me besaste y en ese beso sentí... —continué, pero mis lágrimas cayeron sobre su pecho y se perdieron entre su vello como gotas de lluvia en el desierto—, sentí que querías apropiarte de mí.

—Todavía lo intento.

Sus dedos se enredaron en un

mechón de mi cabello y trató de acomodarlo tras mi oreja. Volvió a soltarse. Lo intentó nuevamente. Sonrió satisfecho, cuando lo logró por fin.

—Sentía por ti una atracción

imperiosa que quería ahogar a toda costa —murmuré.

—En eso estábamos iguales —dijo, y me alzó por las

caderas para encajarse en mí—, pero yo fui el primero en darse cuenta que esto no es una atracción cualquiera. Esto, *cara mia*, es amor, aunque tú no lo reconozcas.

Nos amamos toda la noche con una intensidad que nos dejó arrasados, demolidos. Pero cuando llegó la mañana, a pesar de todos los orgasmos que habíamos tenido, no estábamos saciados.

Supe entonces que siempre habría un hambre inextinguible entre nosotros, porque aquello no era atracción, era amor.

Luego nos bañamos, cada uno

enjaponando el cuerpo del otro, acariciando al otro como se acaricia al objeto máspreciado.

Después, mientras yo me vestía con un jean, camiseta y zapatillas, mis ojos hambrientos siguieron su silueta alta hasta que quedó ataviado con un elegantísimo chaqué gris, con camisa blanca de cuello duro, amplio corbatón de seda gris perla y chaleco al tono.

Deseé tener las agallas suficientes como para desnudarlo de nuevo. Deseé pedirle que no fuera, pero nos habíamos quedado sin tiempo y no me refería al tiempo físico.

Se dirigió entonces al ascensor y lo seguí, pisando sus

talones como un perro. Presionó el botón y aguardé, el alma en vilo, esperando que me besara antes de irse, pero el ascensor vino y él dio un paso adelante sin mirarme. Supe entonces que ya no habría besos entre nosotros.

Quise morir.

—Te amo —le dije antes de que se cerrara la puerta y lo último que vi fueron sus ojos, grises y brillantes, fijos en mí.

*

Lo que siguió fue tan absurdo como cinematográfico. Corrí hasta el cuarto, para alzar la bolsita en la que guardaba el móvil y el poco de dinero que tenía.

Luego salí por la puerta de la suite en lugar de tomar el ascensor interno, como había hecho él, y me encontré con dos guardias en vez de uno.

—No puede salir —anunciaron,
cuando quise dar un paso.

—Si no me dejáis salir, llamaré a la policía. O peor, saltaré por el balcón.

Dudaron.

—Si nos dice a dónde va, tal vez...

Revoleé los ojos al techo.

—Voy a casa de mi amiga Alicia,

¿me dais permiso?

Se miraron entre ellos. Supuse que estaban evaluando si eso encajaba o no en las órdenes de su jefe. Finalmente asintieron.

Sonreí. Estaba segura de que Paolo no iba a prohibirme la salida, él sabía, sabía que yo haría lo imposible por salir.

Llegamos abajo y subimos a un

coche, que uno de ellos condujo con eficiencia a través de las congestionadas calles de la ciudad. Se estaba haciendo tarde, constaté en el móvil. Impaciente, tamborileé con los dedos en el apoyabrazos de la puerta.

—Aparca aquí —ordené, cuando

llegamos a destino.

Entonces uno de ellos se quedó guardando la puerta y el otro descendió conmigo.

—Quinto piso —indiqué.

Alicia nos dejó pasar y en seguida, comenzó a hablar vivamente sobre modas y vestidos.

—Tienes que probártelos a todos —
aconsejó—, ven por aquí, pasa.

El guardaespaldas hizo un intento por seguirnos pero lo detuve con una mano levantada.

—Mejor espera en la sala. Toma asiento, va a llevar su tiempo.

—No puedo perderla de mi vista, señora.

—Tú no eres gay como Jimmy, y al jefe no va a gustarle que me veas desnuda.

Eso pareció hacerle reflexionar, así que enganché mi brazo del de Alicia y nos fuimos, las dos hablando y riendo, rumbo a su cuarto.

Aunque en realidad no entramos propiamente al dormitorio sino a la cocina, que cerramos con llave tras nosotras. Allí encendimos un portátil, donde

habíamos

grabado

una

conversación interminable sobre modas y vestidos, el día anterior. Lo pusimos a funcionar con la función de no-stop habilitada. Si escuchaba, el tipo iba a notar

que,

tras

una

hora,

nos

reiterábamos un poco, pero una hora era tiempo suficiente para salir.

Con rapidez y eficiencia, Alicia me maquilló y me peinó, dejando caer mi pelo suelto sobre mis hombros en suaves bucles. Luego me puse el vestido y los zapatos, trasladé el móvil y dinero a su cartera, junté mi ropa de diario y la metí en la misma bolsa que había traído. Por último, mi amiga me calzó una peluca de pelo largo, de un tono rojo cereza, y unas enormes gafas de sol.

—Vamos —susurró Alicia entonces y abrió la puerta de servicio. Chirrió y casi me morí de susto, pero tras un instante de duda, la traspasamos y cerramos con llave.

Tomamos el ascensor de servicio hasta la terraza y nos bajamos allí.

Dimos unos pasos y, con una pequeña maniobra, pasamos una pared baja hasta el edificio de al lado.

—Por aquí —dijo un hombre que nos esperaba en ese sitio.

Alicia me había explicado que era un vecino con el que tenía una relación.

Él había dejado abierta la puerta que permitía entrar al edificio y tomamos el ascensor hasta la planta baja.

No había sido como en el caso de la señora Ibáñez, cuando ella había pergeñado todo para ir a dar a una calle transversal.

No,
nosotras
éramos

novatas. En este caso, fuimos a dar a veinte pasos de donde vivía Alicia. Pero veinte pasos eran suficientes: el guardaespaldas que aguardaba en el coche ni siquiera levantó la cabeza cuando una mujer de cabellera roja y vestido de fiesta salió caminando con un hombre y una amiga, en la dirección opuesta a aquella en la que él miraba.

Alicia y su amigo me llevaron en coche hasta la finca. Era tardísimo y por un momento me acojoné al ver la cantidad de mujeres y hombres elegantes que se habían congregado allí. Había pensado que sería una boda al aire libre, pero no, aunque muchos se paseaban por el amplio jardín, más atrás había una capilla con las puertas amplias y abiertas.

De pronto, noté que los invitados que habían estado conversando y deambulando, se congregaban con rapidez en ese sitio. Supe que la ceremonia estaba a punto de empezar, me saqué la peluca y las gafas, y me despedí de mis amigos.

—Estaremos

aquí

afuera

—se

comprometió Alicia y asentí, no existían palabras para agradecerle todo lo que estaba haciendo por mí.

Entonces,

con

las

piernas

temblorosas, empecé a caminar rumbo a la capilla.

Tuve suerte. Llegué cinco minutos antes de que entrara la novia, y en ese tiempo me embebí de lo que sucedía alrededor. Ubicada de pie y en un rincón al fondo, pues ya no quedaban más asientos,

lo

miré

todo:

Conde,

apuestísimo con un chaqué negro, se balanceaba sobre los pies. A su lado, Sanpierone, y mi corazón dio un salto de alegría y de miedo al verle. Era tan alto que se elevaba

por sobre el novio y en su imponencia exudaba un poder y una arrogancia que nunca antes había percibido en él.

Con renuencia aparté mis ojos de su cuerpo para situarlos en el hombre a su lado: viejo, no muy alto, se diría que un metro setenta a lo sumo, el cuerpo ancho sin llegar a ser descuidado ni a tener panza. Llevaba el pelo prolijamente peinado con gomina y era de un tono castaño oscuro, a pesar de que a su dueño se le adivinaban más de setenta años.

El viejo no me interesaba así que miré más allá, al conjunto de caras, pero algo en él me hizo volver.

Quizá era su rostro lo más

impactante de su figura: lo tenía curtido y arrugado, los párpados caídos sobre ojos perspicaces que a la distancia se veían de un tono verde oliva, nariz un poco grande, boca de labios llenos que se torcían de desprecio.

Me chocó de entrada.

Observé que había flexionado el codo derecho y apoyado la mano cerrada en puño en su cintura, en obvia señal de impaciencia, mientras espiaba la hora en su muñeca izquierda.

De pronto, noté que aquel hombre alzaba la vista hacia mí y me miraba a través de la distancia y de los cientos de caras que nos separaban. Se me pararon los pelos, se me enroscó la tripa, alertándome del peligro.

Casi al mismo tiempo, Sanpierone miró a aquel hombre y luego alzó los ojos y los situó en mí. Inmóviles los dos, nos observamos a través de la multitud.

Había pánico en esos cielos grises, noté, una desesperación que le hizo achicar los ojos y parpadear de prisa.

En esos momentos entró la novia.

Simonetta estaba radiante: su vestido blanco de cola larga estaba tejido en una intrincada tela llena de perlas. Vaya con el vestido de la abuela, pensé. Por un estúpido momento me pregunté si yo habría entrado en él. Luego me clavé las uñas en las palmas y miré, todo y a todos, de hito en hito, preguntándome que era lo que Sanpierone me ocultaba.

Al lado de la novia, iba un hombre que no podía ser otro que su padre, tal era el parecido. Sonreía, tembloroso, mientras su hija brillaba a su lado.

Detrás, las damas de honor: cuatro muchachas muy

jóvenes vestidas en lila, que lanzaban flores y sonreían como si estuvieran posando para la televisión.

Unos niños correteaban más atrás, por el pasillo, mientras sus madres les hacían señas infructuosas.

No, me dije, no había nada allí.

Volví mi mirada hacia adelante, a las filas de invitados. Y entonces me sorprendió la cantidad de familias. Las había enteras, con ancianos en sillas de rueda, mujeres jóvenes, hombres y niños, todos cuchicheando en italiano, algunos de ellos con armas que se abultaban en la parte trasera de sus chaquetas de vestir.

Me sorprendió también la cantidad de hombres solos, la mayoría en torno a los cincuenta años aunque los había mayores. Habían acaparado las primeras filas, desplazando atrás incluso a la familia de la novia. Los observé uno por uno: no conocía a nadie, o quizá sí, me dije, ahí estaba Giorgio, por ejemplo, pero también había un par que había visto en televisión o en los periódicos.

Grandes capitales, banqueros o algo así, y algún que otro político.

Fruncí la nariz. Todo aquello no me decía nada. Bueno, probablemente estaba ante la plana mayor de *La Santa*,

era un acontecimiento, claro, pero aquello ya me lo esperaba.

Tenía que haber algo más, me dije, algo que Sanpierone no quería que viera, algo que lo desesperaba y que significaba nuestro fin.

¿Quizá otra mujer?, el corazón se me cerró en un puño.

Y entonces me di cuenta de qué era.

Los famosos hermanos Aramayo

iban a officiar la ceremonia, había dicho Simonetta. Y ahí estaban, frente al altar, Tararí

y

Tarará,

idénticos,

uno

enfundado en la casulla blanca y el otro, impecable en traje negro.

Por un estúpido segundo, me

pregunté por qué los invitados no se echaban a reír, ¡era tan obvio que estaba armado! De modo que Conde y

Simonetta

estaban

teniendo

un

casamiento falso.

Después, caí en cuenta.

Era exactamente lo opuesto.

Los hermanos Aramayo existían, eran famosos, y yo ni siquiera me había enterado de que acostumbraban a hacer el civil y la religiosa en una única ceremonia.

Nos habíamos casado en serio.

Blanca, lívida, mis ojos buscaron a Sanpierone, y él estaba en la otra punta de la capilla, sus pupilas fijadas en mí. La novia iba avanzando por la nave, sonaban los acordes como en aquella otra boda, la nuestra, y entretanto Sanpierone me miraba, la cara tensa, el rostro pálido, los ojos refulgentes de inquietud y de miseria.

Me temblaban tanto las piernas que estuve a punto de caer, tuve que apoyarme en el muro de la iglesia para no hacerlo.

—Tienes sangre en los dedos —dijo una voz a mi lado.

Sobresaltada, cambié la vista y me encontré con los ojos profundamente celestes de Montorvo.

—Tienes sangre —repitió y tomó mis manos entre las suyas. Ví entonces que, de tanto clavarme las uñas en las palmas, me había lastimado.

Montorvo sacó un pañuelo del

bolsillo de su chaqueta y me secó suavemente.

—¿Así que era Conde después de todo? —preguntó.

No tenía idea de qué me hablaba, solo quería que soltara mi mano, solo quería gritar y patear y salir corriendo y no parar.

—Pensé que estarías en primera fila, al lado de Sanpierone —continuó—, pero veo que me equivoqué y todo el tiempo era Conde.

—Conde me importa una mierda —

susurré, todavía mareada.

—¿Entonces?

No respondí. No quería hablar con él, quería que se marchara. Pero Francisco tomó mi barbilla y me obligó a mirarlo a la cara.

Para entonces la novia ya había llegado al altar pero yo estaba segura, segura de que si miraba hacia adelante, encontraría la mirada de Paolo todavía fija en mí.

—No tengo por qué rendirte cuentas

—contesté.

Me zafé de sus manos, pero no

quería mirar al frente y clavé la vista en el suelo.

—Ah, tú no tienes por qué darme cuentas, es cierto, pero yo sí, Malala, yo sí

—dijo

Montorvo

con

tanto

sentimiento que lo miré a regañadientes.

Tenía girado el cuerpo hacia mí, de frente, como si la gente y la ceremonia le importaran un pepino y no hubiera allí nadie más que nosotros.

—Tengo que darte cuentas porque te mentí —continuó—. No una, sino muchas veces, y cada vez fue una agonía. Pero era necesario. —Aspiró aire y tomó mi mano—. Mentí con lo de esa mujer, la que te presenté el otro día.

La contraté para que estuviera allí, quería

darte

celos.

—Suspiró—.

Dediqué toda mi vida a derrotar a la mafia, Malala, fue un trabajo de muchos años. ¿Ves ese hombre viejo que está parado allá al frente? Al lado de Sanpierone. Su nombre es Arcangelo Mascarpone, es el jefe supremo de *La Santa*, tiene el cargo de *Conte Ugolino*.

Él mató a mi padre, a mi hermano y a mi tío. —Hizo una pausa—. Él, Malala, es el padre adoptivo de Paolo y de

Giorgio Sanpierone. También es el padre adoptivo de aquel otro tipo que ves allá.

Señaló a mi espalda, a un rincón que yo no había detectado. Allí se encontraba mi exjefe del sex shop, Silver Benson, el cabello rubio peinado con gomina, su rostro enjuto muy serio y los ojos fijos en nosotros.

Parpadeé, todavía confundida. Mi mente me decía que debía escuchar con atención, pero mi corazón buscaba huir hacia el sitio donde se hallaba Sanpierone, quería ir hasta él y preguntarle ¿por qué?, ¿por qué?

También quería dar la vuelta para salir corriendo y no regresar nunca.

—Mascarpone tenía la costumbre de adoptar a los hijos de los traidores... —

continuó Montorvo.

—¿Los hijos de los traidores? —

Eso atrajo mi atención.

—Como

Giovanni

Sanpierone.

Después de matar al padre, adoptaba a los niños varones para criarlos a su imagen y semejanza. De esa forma se aseguraba de que no lo asesinaran cuando fueran mayores.

Al escuchar aquello volví la vista a Paolo, que me miraba, me miraba como si quisiera salvar las distancias, volar hasta mí y decirme... ¿decirme qué exactamente?, me pregunté, ¿había algo que nos pudiéramos decir? ¡La traición a mi confianza había sido tan grande!

—Paolo Sanpierone fue siempre el hijo más dilecto, el heredero de Arcangelo Mascarpone. Hoy Paolo fue ascendido al puesto de *Infinito*. ¿Sabes lo que es un *Infinito*, Malala?

Recordé lo que me había dicho

Conde sobre el escalafón dentro de *La Santa*. *Infinito* estaba allí, estaba segura, era uno de los grados más altos.

—Paolo Sanpierone es el siguiente en mi lista —siguió Francisco—, pero a pesar de todo mi empeño todavía no logré probar ninguno de los treinta y seis cargos de asesinato que podrían pesar sobre él.

Me flaquearon las rodillas, tambaleé y Montorvo me

sostuvo, pasando un brazo por mi cintura. Del otro lado de la nave, me pareció que los ojos de Paolo refulgían, letales.

Acababa de terminar la ceremonia, Conde le había dado un casto beso a Simonetta y comenzaron a descender por la nave, cuando de pronto se escuchó afuera el alboroto de un helicóptero, sirenas y el sonido de varios vehículos que avanzaban de prisa.

Un minuto después, y mientras los invitados

miraban

confundidos

alrededor y varios sacaban sus armas, ingresó a la capilla un pelotón de alrededor de doscientos policías. Se ubicaron a ambos lados de la nave, se apostaron tras los bancos y columnas, y apuntaron con armas largas.

—Tirad las armas.

Me sobresaltó notar que quien había dicho la frase había sido Montorvo.

Separado ya de mí y de pie con las piernas abiertas en medio del pasillo, habló a través de un altavoz que le

había acercado un subordinado.

Mientras la gente comenzaba a

susurrar y las madres escondían a sus niños tras sus faldas, los hombres de las primeras filas se movieron inquietos.

Pensé que podía comenzar un tiroteo en cualquier momento y volví mis ojos a Paolo, preocupada.

Entonces noté que el viejo que había estado al lado de Sanpierone estaba avanzando hacia nosotros, una mano en alto, como quien reparte la bendición, pero en realidad pidiendo calma.

Llevaba la cara torcida en una sonrisa desagradable y me moví un poco hacia un costado, como si pudiera contagiarme de algo incurable solo por el hecho de estar cerca.

Lo flanqueaban Giorgio, Paolo y el padre de Simonetta. Busqué con la vista a la novia y al novio, que según mis cálculos estaban también en el pasillo, pero para mi sorpresa, se estaban marchando por una puerta secundaria.

Montorvo los estaba dejando ir, observé, confundida, los dejaba ir como si todo hubiera estado previamente

acordado.

Los hombres se detuvieron a hablar casi a mi lado y pronto el pequeño grupo estuvo rodeado por policías.

Primero, noté los ojos de Montorvo, fijos en el viejo, con el odio en carne viva. Luego desvió sus ojos a Giorgio, extrajo un papel del bolsillo y leyó:

—Giorgio

Sanpierone,

quedas

arrestado bajo los cargos de fraude, asociación ilícita, narcotráfico e intento de asesinato. Tienes derecho a guardar silencio, tienes derecho a llamar a un abogado...

Cuando terminó, tomó aire y mi corazón latió dolorosamente en mi pecho. Que no arrestara a Paolo, pensé, que fueran todo mentiras.

Montorvo continuó, esta vez mirando al padre de Simonetta:

—Vincenzo

Valvento,

quedas

arrestado...

Y leyó otra serie de cargos. Al terminar, se volvió hacia Paolo, lo miró a los ojos con rabia pero en silencio.

Luego,

y

mientras

los

policías

esposaban a Giorgio y al otro hombre, Montorvo me miró a mí.

—Esto responde a la pregunta que me hiciste hace tres meses y medio. No soy corrupto. No soy uno de estos —

señaló con desprecio a Sanpieron e y al viejo. Entonces hizo una pausa y suavizó la voz—. Ya conoces mi teléfono.

Creí morir.

Capítulo 12: El destino

es un cruel hijo de

puta

No sé cómo salí de allí. No sé si pasó un minuto o tres horas, no sé si iba sola o alguien me acompañaba. Tengo una imagen lejana de gente caminando por los jardines, rumbo a la puerta. Y de pronto, me encontré recostada en el asiento trasero del coche del amigo de Alicia, llorando a gritos, pataleando, arañándome la cara.

Mi amiga trató de tranquilizarme, me llevaron a un hospital, me recetaron un calmante.

—No llames a Soraya —le rogué en un momento—, por favor, no llames a nadie.

Y no lo hizo, pero una llamada entró a su móvil y al contestarla, cambió la preocupada expresión de su rostro.

Entonces se volvió hacia mí.

—Mariama encontró a Laura Vilte

—anunció.

No era lo que esperaba, pero era algo que me servía para

ocupar la cabeza. Así que, cuando salí del hospital, ya vestida con jean, camiseta y zapatillas, me dirigí hacia el sitio que había indicado Mariama. Alicia insistió en acompañarme, pero su amigo nos dejó allí y se despidió.

—No es bueno el informe —nos

advirtió Mariama en cuanto la vimos. Y

entramos en un centro de atención a adictos.

Tras llenar el papeleo de rigor y sentarnos a hablar con el director, finalmente pudimos ir a la habitación donde se hallaba Laura Vilte.

—Estuvo en la calle demasiado

tiempo —nos contó una psiquiatra—. Ha consumido toda clase de drogas y me temo que su cerebro ya no responde.

Desde

una

cama,

el

cuerpo

consumido de la muchacha que se llamaba Laura Vilte miraba el techo sin reaccionar a nuestras voces.

—¿Podemos filmarla? —se le

ocurrió a Alicia y, tras unos segundos de duda, la doctora asintió. Le habíamos explicado que era para que la conociera el padre moribundo de esa chica.

La filmamos con el móvil de mi amiga y luego me dio la tarjeta micro SD para que yo la guardara en mi bolsillo.

—Toma, para que la presentes como evidencia —susurró.

Entristecida, salí de allí. Ese padre no encontraría un consuelo en las imágenes, pensé, pero bueno, podría haberse ocupado antes, ¿no es cierto?

Era su culpa.

Con toda la amargura del mundo, cogí mi móvil y puse al corriente a Lucas.

—¿No caben dudas de que es ella?

—preguntó.

—No. Vimos la documentación y la ficha completa. Es Laura Vilte. Trabajó de prostituta durante varios años y

fue cayendo en manos de las drogas.

Finalmente la internaron hace un par de meses y sigue allí.

—Ajá.

Bueno,

espera

mis

instrucciones.

Esperé, sentada junto a Mariama y Alicia, en el borde de la acera. Esperé porque no tenía nada más que hacer ni a dónde ir. No podía seguir en la ciudad, barrunté, tenía que irme para siempre.

Tenía que dejar la clínica, el trabajo con las prostitutas, mis amigas, tenía que dejarlo todo y empezar una nueva vida en la que no me llamara Malala Macaroni.

Temblé. Estaba a punto de echarme a llorar y no quería hacerlo delante de mis amigas.

En ese momento sonó mi móvil. Era Lucas y contesté.

—Estamos con suerte. Arcangelo Mascarpone está en la

ciudad y quiere verte.

Se me paró el corazón.

—¿Quién?

—Arcangelo Mascarpone. ¿No te

acuerdas? ¡Ay, Malala, pero si me pediste el nombre del padre de la chica y te lo di! ¿Dónde tienes la cabeza?

Sentí que una docena de puñales se me clavaban en los hombros, en las vértebras, en las sienes. El dolor fue insoportable y el mundo me dio vueltas.

—¿Estás ahí? —preguntó Lucas—.

Quiere verte a ti. No me preguntes cómo supo que tú eras la encargada de la búsqueda, pero está claro que lo sabe.

Quiere escuchar el informe de tu boca, Malala,

y

quiere

imágenes,

una

filmación.

—¿Una filmación? ¿No piensa ver a su hija en persona?

—¡Yo que sé! Solo sé que quiero cobrar esos miles. Es mucho dinero, Malala, y recuerda que a ti te toca una parte.

Vacilé. Era mucho dinero, eso era cierto. Y lo necesitaba para marcharme.

¿Cómo si no, me iba a ir? Imposible pedir prestado a mis amigas, avisar a Soraya, que lo supiera alguien.

Por otro lado... por otro lado, estaba Arcangelo Mascarpone y no quería tener nada que ver con él.

Aunque me encantaría echarle en cara lo de su hija, pensé. Le mostraría las imágenes. Acaso él largaría algo de dinero para cuidarla mejor.

Suspiré.

—Bueno. ¿A dónde y a qué hora hay que ir?

—En media hora. —Me dio la

dirección, pero yo no podía ir ahí, no podía, ni aunque fuera para salvar a quinientas prostitutas, ni aunque fuera

para salvarme a mí misma.

—No.

—No tienes elección.

—Siempre hay una elección.

—No la hay, Malala. —La voz de Lucas sonó extrañamente tensa, y fruncí el ceño—. Lo siento, Malala, no sabes cuánto lo siento, espero que algún día me perdones.

En ese momento un todoterreno

negro se detuvo junto a nosotras y tres hombres armados descendieron y nos rodearon.

Miré el móvil que me había dado Lucas como si le hubieran salido pelos.

—Eres un hijo de puta, ¿lo sabes?

—grité con rabia frente al aparato, pero él ya había cortado.

—Solo tú, tus amigas pueden irse —

aclararon los hombres.

Agaché la cabeza, arrojé el maldito móvil delator al suelo, que obviamente tenía un rastreador, y subí al coche sin despedirme.

*

Media hora después se abrió el portón de entrada y seguimos el camino cimbreado que conducía a la mansión de tres pisos, grande y cuadrada cual casa de la aristocracia o elegante internado de señoritas. Sabía quién vivía ahí y me había jurado a mí misma no verle durante el resto de mi vida, pero ahí estaba.

Los hombres me hicieron descender y me llevaron en custodia hasta el tercer piso. Pasé a la sala que conocía bien, ese sitio deslumbrante lleno de riquezas que se apilaban una sobre otra en proporciones orgiásticas y de mal gusto, como una película triple equis.

Allí, cómodamente sentado en un sillón, los codos en los apoyabrazos y las manos entrecruzadas bajo la barbilla,

se

hallaba

Arcangelo

Mascarpone. Un poco más atrás, de pie en la penumbra, estaba su tercer hijo adoptivo, Silver Benson, el hombre al que Sanpierone había usado como pantalla para darme trabajo en el sex shop.

Mascarpone me evaluó con los

párpados entornados y yo le devolví la mirada con una que no era ni curiosa, ni feliz, ni abierta, ni desafiante. La mía era una mirada de asco. Estuvimos allí inmóviles alrededor de diez minutos, una pausa destinada a ponerme nerviosa, a quebrarme, él esperaba que yo hiciera algo que delatara mi nerviosismo o mi desesperación o mi violencia. No le di el gusto. No desvié ni un segundo la mirada de él.

Finalmente levantó un poco una mano con el dedo índice estirado, y Benson le sirvió una taza de café de una máquina exprés que tenía a su lado. Le colocó la taza en la mano y luego retrocedió una vez más. Pude ver todo esto por el rabillo del ojo, mientras Mascarpone y yo jugábamos a ver quién resistía más con la mirada.

Benson regresó entonces con un plato en el que se hallaba un budín entero. Lo colocó sobre una mesa baja.

A continuación, retrocedió otra vez y trajo

un

platillo

y

un

tenedor.

Seguramente se enfrentó entonces a la dificultad de no contar con un cuchillo, porque

miró

incómodo

alrededor.

Parecía abochornado y entretanto noté que los ojos de Mascarpone se batían en un

gesto

de

impaciencia

apenas

perceptible.

Por último, Benson abrió su

chaqueta de cuero y extrajo de un bolsillo interno un puñal dorado. Con el puñal partió el bizcocho y le sirvió un pedazo. Extrañada, dejé los ojos de Mascarpone para mirar el puñal, en el que estaba cincelada una «S».

—Déjanos —ordenó Mascarpone

bruscamente y Silver retrocedió en la habitación, sin alzar nunca la vista para mirarme, hasta que desapareció tras la puerta.

Sin esperar invitación, tomé asiento frente al viejo, y en ese momento noté que al pie de mi sillón se hallaba un gran bolso abierto, lleno de billetes de la más alta nominación.

—Malala Macaroni —dijo el viejo con lentitud, como si ponderara el valor de mi nombre—. Macaroni es un

apellido italiano. ¿De qué zona era tu padre?

—No

tengo

idea

—respondí,

encogiéndome de hombros—, solo sé que era un héroe de guerra.

Asintió como si aquello le importara un rábano y me preparé, porque ese viejo me había llamado allí porque quería algo de mí y yo quería saber qué era.

—Hay dos motivos por los que te llamé aquí. Empecemos por el más importante.

Hizo una pausa. Sus pausas me

estaban cansando, no sabía si es que estaba tan viejo que se quedaba sin aire, si se le perdían las ideas en el cerebro o simplemente había leído demasiados libros de misterio.

—Lo más importante ha de ser su hija —lo apuré.

—Mi hija me importa una mierda.

Es mi hijo el que me preocupa.

Guardé silencio, sabiendo lo que para entonces ya sabía: sería una conversación horrible pero justamente por eso,

memorable.

—El

día

en

que

Giovanni

Sanpierone pasó el dato a los

carabinieri del coche en el que yo viajaba —comenzó—, ignoró un hecho importante: yo no iba nunca dos veces en el mismo coche. La *polizia* emboscó al coche y lo acribillaron sin preguntar.

Mataron a mi esposa y a mis tres hijos.

Hizo silencio una vez más y supe que estaba sumido en los recuerdos.

—Después del entierro —continuó

—, hice lo que todo hombre haría: maté con mis propias manos a Giovanni Sanpierone. Luego hice lo que nadie más que yo habría hecho: me hice cargo de sus hijos para

que el traidor me viera criarlos desde el infierno.

Apreté los dientes con tanta fuerza que me dolió la mandíbula. ¿Qué clase de infancia habían tenido Giorgio y Paolo Sanpierone al lado de ese hombre?

—Me hice cargo también de un

tercer niño, ahijado de Giovanni...

—Silver Benson —dije.

—Así se hace llamar, sí, como esos cigarrillos para putos caros —se rio con una carcajada que me cayó mal, porque Silver era homosexual. Luego tosió y tomó un sorbo de café. Dejó la taza sobre la mesa, ignorando que yo no tenía nada para beber—. De los tres, solo Paolo valía la pena. En seguida me di cuenta de que tenía una inteligencia superior a lo normal, y mientras los otros se rebelaban y se hacían expulsar de las escuelas, Paolo me seguía como una sombra y se dedicaba a aprender.

Por un segundo sentí orgullo de él, como una madre por su hijo, pero entonces el viejo continuó:

—Mató a su primer hombre a los doce años. A los catorce ya había matado a cinco.

Ahogué un grito y me puse de pie.

Temblaba de pies a cabeza, quería decirle de todo, quería taparme las orejas.

El viejo no levantó la vista, ni siquiera registró mi angustia, seguía con los párpados bajos; se limitó a estirar una mano para coger el platillo donde estaba el budín y le dio un mordisco.

—Entonces me di cuenta de que

tenía que hacer algo con él —continuó

—, porque verás, hay hombres y hombres. Algunos son buenos matones por un tiempo, pero todo matón cae tarde o temprano. Paolo estaba para más. Le ordené que dejara la escuela y lo metí de lleno en mis negocios. Ah, pero él me engañó —dijo, la voz henchida de orgullo—, y sin que yo lo supiera, terminó la escuela, el nivel medio y la universidad. Me mostró que había estudiado algo que podía sernos útil. Lo perdoné y desde entonces nos ha sido realmente muy útil, imprescindible, diría yo.

Todavía temblando, volví a tomar asiento. Quería saber, aunque odiara escucharlo. El viejo no había hablado de la auténtica vocación de Paolo, no había dicho que era médico. Me pregunté si le había perdonado esa rebelión.

—Ahora todos esos crímenes han prescrito —siguió— y mi hijo quedó limpio: no había nada que se le pudiera imputar... —Lo miré entonces con una alegría inmensa, con esperanza, ¿estaba limpio? ¿Las acusaciones de Montorvo no tenían sentido? — o al menos probar.

Volvió a unir las manos bajo su nariz y se sumió en el silencio una vez más.

Había cerrado los ojos, observé, pero de golpe volvió a abrirlos y los centró en mí.

—Eso cambió hace poco.

—¿Cómo? —Se me fue el alma al

suelo, ahí llegaba, ahí llegaba, me dije, la bomba que ese viejo tenía preparada para mí.

—Quiero que desaparezcas de su vida. Tú decides cómo.

Había una amenaza lisa y llana en sus ojos, que no eran verdes como había imaginado esa mañana, sino pardos.

Ojos acuosos, de anciano, pero tan malévolos como los de un águila.

Nos miramos. No parpadeé, pero de pronto, él bajó la vista, alzó su plato y comió otro bocado del budín.

—Me habían dicho que eras una

mujer dura —dijo—, eso es algo que respeto. Pero no para Paolo, mi hijo necesita a alguien menos violento.

Parpadeé entonces, cuatro, cinco veces, y me eché a reír.
¿El viejo me estaba tomando el pelo?

—¿Violenta, yo? ¿Está diciendo que me rechaza como pareja de Paolo porque yo... soy la violenta?

—A ver... —De pronto, dejó el plato en la mesa y se sentó hacia adelante, los codos apoyados en sus rodillas y las manos

entrecruzadas

frente

a

su

abdomen—.

Has

matado

a

dos

personas...

—En defensa propia —enrojecí.

—Y otras seis han muerto bajo tus órdenes.

—No, no es así. Yo...

—Asociación ilícita.

—¡No!

—Amenazas.

Secuestros.

Allanamiento de morada. Destrucción de propiedad.

Intentos

de

asesinato.

Administración fraudulenta.

—¡No!

Se echó hacia atrás de nuevo y me miró en silencio, evaluando, evaluando, mientras yo abría y cerraba la boca, como un pez fuera del agua. Yo no había hecho eso, ¿o sí? Traté de pensar.

Alicia, Mariama y la señora Ibáñez no habían hecho eso por mí, ¿cierto?

—Me importa una mierda —

concluyó—, lo único que me importa es que estás ensuciando a Paolo.

—¡No he metido a Paolo para nada!

—me enfurecí. Me puse de pie con los puños cerrados y las uñas clavadas donde ya me había lastimado esa mañana.

—Paolo ha matado a ocho hombres por tu culpa.

Volví

a

sentarme,

paralizada,

enferma de angustia.

Esta vez la pausa se hizo más larga.

—¿Cómo dice? —pregunté al fin

con la garganta apretada.

—Dos hombres en un local nocturno, a las afueras de la ciudad. Tú estabas ahí, ¿no es cierto? ¿Ahí te conoció? —

No respondí—. Una pareja de rusos en una agencia de *escorts*. Parece que tú les habías arruinado un negocio y no estaban contentos, tengo entendido que intentaron matarte en las afueras del edificio en el que te acostaste con Conde... Cuatro rusos más que estaban poniendo algo de orden a la prostitución en la ciudad. Mis fuentes me informan que estos rusos intentaron envenenarte y luego dispararon contra un sex shop en el que estabas haciendo compras.

Me latió un ojo. No podía

mantenerlo abierto. Me latió también la sien. Y el pecho, el pecho se me había hundido tanto que estaba empezando a asfixiarme.

Había detalles erróneos, claro, pero yo había escuchado de esas muertes en las noticias. No podía creerlo. No podía creer que lo hubiera hecho Paolo. No podía encajar que lo hubiera hecho por mi culpa.

—¡Has puesto en riesgo a mi

heredero —gritó de pronto el hombre—, has puesto en peligro la vida, la libertad y la carrera de *MI* hijo! ¿Y quién eres para hacer todo eso? —Me miró con asco y desprecio—. Una putita barata...

una ramera como otras miles.

Agaché la cabeza. No podía creerlo.

Una y otra vez me dije que no era verdad. Paolo no lo había hecho. Yo no había puesto en peligro a Paolo, no había hecho que perdiera su alma, como había hecho ese viejo.

Con los ojos todavía bajos, vi de reojo que el tipo había cogido el puñal que Silver Benson había dejado junto al plato de budín. Pensé entonces que iba a rebanarme el cuello, quizá lo hiciera, tal vez lo estaba evaluando, y no me importaba, no me importaba. Pero había algo más, algo que él debía saber y yo debía decirle antes del fin.

—Por favor, dígale —susurré,

alzando los ojos para clavarlos en él—, dígale que la tarde en que volaron su piso y su coche, ahí estaba Silver.

Silver, el mismo que clavó un puñal igual a ese en una muñeca igual a mí, la noche en que un grupo de hombres atacó esta casa, no para matar a Simonetta como andan diciendo por ahí, sino para matar a Paolo. Iban directo al cuarto de Paolo, yo los vi.

Vi el cambio en los ojos del hombre.

Lo vi abrirlos, las pupilas dilatadas con sorpresa, luego entornó los párpados para que yo no lo analizara. Segundos después, cuando dejó el puñal en la mesa, su mano temblaba.

—Ya estoy viejo —murmuró. De

pronto, sacó un pañuelo de tela del bolsillo y se enjugó los ojos—. Estoy viejo para estas cosas.

No supe qué decir.

—Ahí tienes cinco millones por dejar a Paolo en paz —continuó, señalando con la barbilla el bolso al lado del sillón—. Vete ya.

El recuerdo de Paolo comprando a mi madre estalló en mi cabeza como una bomba nuclear. Torcí la boca con asco.

Después, gilipollas como soy, vi que el hombre no dejaba de llorar y titubeé.

—Todavía no hemos hablado de su hija —dije con suavidad.

—¡Bah, no me interesa! Llévate el dinero, ahí tienes lo suficiente como recompensa y como pago del trabajo.

—Nos costó mucho trabajo dar con ella —dije con energía, pues quería darle el parte e irme de allí. Quería tomar un cohete y terminar en la luna, de ser posible—. Debe saber que Laura Vilte necesita de su ayuda...

El viejo dejó el pañuelo y me miró extrañado.

—¿Vilte? Laura Villa querrás decir...

No me digas que se equivocaron...

¡Laura Vilte! —Se echó a reír con carcajadas entrecortadas que terminaron en un acceso de tos.

Enrojecí. Iba a matar a Lucas cuando lo encontrara, decidí. Iba a matarlo.

¿Laura Villa? ¿En serio? ¡Pero él en todo momento había dicho Laura Vilte!

¡Tanto trabajo para nada, y ahí estaba Laura Vilte, sola y necesitada de ayuda!

—Claro, Laura Villa, es lo que dije

—me corregí, tan seria como un guardia de la reina de Inglaterra—. ¿Quiere que le cuente de ella?

El tipo torció la boca con desprecio, pero se recostó en el sillón. Tomé eso como un sí.

—Antes de empezar, quiero que me dé datos adicionales. No voy a ponerla a su cuidado si no sé para qué quería dar con ella. No lo conozco a usted de nada y

le

aclaro

que

tras

nuestra

conversación, no me inspira ninguna confianza.

Se rio de nuevo.

—Comienzo a ver lo que Paolo vio en ti —meneó la cabeza y volvió a enjugarse los ojos con el pañuelo, pero luego volvió a tomar la expresión torva del águila y me miró, serio—. Tengo curiosidad por conocerla, solo eso. No en persona, no quiero verla en persona, solo una filmación, eso basta.

Me quedé sin palabras durante un minuto, luego recordé a la pobre Laura Vilte en el centro de adicciones y arremetí.

—Sea más preciso. ¿Por qué siente curiosidad y qué piensa hacer después de que la vea? ¿Acaso piensa nombrarla heredera?

—Yo ya tengo un heredero —dijo con evidente orgullo—, mi hijo. Ella...

Solo me da curiosidad. Te contaré una historia que no le he contado a nadie, para que lo entiendas. —Volvió a inclinar su cuerpo hacia adelante, casi como si deseara llegar a mí, como si pretendiera tocarme. Me aparté—. Hace muchos años, veintiséis o veintisiete...

algo así, yo estaba ascendiendo en mis negocios. Había perdido a mi familia, es cierto, pero estaba a cargo de los tres muchachos y me iba bien, más que bien.

Se me había presentado la oportunidad de elegir entre dos socios y no sabía con cuál quedarme. Ambos presentaban ventajas

y

defectos

importantes.

Entonces se me ocurrió una estúpida idea: preguntarle a una adivina de la que me habían hablado bien. Fui a su casa, una casucha en realidad, bastante pobre.

La mujer no era joven ni hermosa, pero tenía poder, se le notaba. Le pregunté lo que quería saber, me echó las cartas y me vaticinó todo tipo de atrocidades.

Me enojé. No soy un tipo paciente en el mejor de los casos y no iba a tolerar que una fulana como ella me dijera que iba a vivir una vida de mierda.

Hizo silencio, como si hubiera estado perdido en sus recuerdos.

—¿La mató?

—La violé. Era una bruja fea y maldita, ni siquiera me dio placer, la muy marrana. Pero ahí estaba, se lo hice de

frente y de atrás para que gritara y la escucharan mis hombres, el pueblo entero, el país, para que todo el mundo supiera que nadie jodía a Arcangelo Mascarpone.

Asqueada, no pude apartar mi vista de ese tipo monstruoso, preguntándome una y otra vez cómo podía ser el padre de Paolo.

—¿Entonces? —susurré.

—Un año después apareció por uno de mis clubes a decir que le había hecho una hija. Quería que le pasara dinero.

Armó un alboroto. Realmente estaba chiflada... Para que se callara, la violé de nuevo, frente a mis hombres, sobre una mesa —sonrió ante el recuerdo—.

Debió aprender la lección, porque desde entonces no he vuelto a verla.

Sus ojos acuosos se enfocaron en mí.

—¿Asqueada? —preguntó—, tienes razón en estarlo, realmente era una mujer fea, la más fea que tuve. A veces me entran remordimientos, ¿sabes? Tuve la vida que quise, pero a veces, cuando no puedo dormir me acuerdo de esa pobre niña a la que dejé con semejante madre. Debí matar a la madre ese día, por piedad, para que la

niña al menos hubiera crecido en la calle. Y bueno, en la calle terminó, ¿no es cierto? Ironías del destino.

Giró para tomar un sorbo de café, pero ya debió estar helado, porque hizo una mueca desagradable y lo escupió.

—Fíjate sino, en cómo es el destino

—dijo, volviéndose hacia mí una vez más—. Un amigo en el cual confío tomó un crucero hace dos meses y me dijo que conoció allí a una mujer. Jugaba mucho a las cartas, me dijo, y estaba siempre borracha. Empezaron a hablar y ahí salió Italia, el pueblo, mi nombre... Ella le contó que había tenido dos hijas y que una trabajaba en el negocio sexual. Dijo que esa hija era exactamente igual a mí, tanto que a veces le daba miedo. Me entró curiosidad porque la Marta Villa que conocí no era mujer que le tuviera miedo a nada.

Atónita, me quedé mirándolo con la boca abierta. Y pensé en tres cosas.

La primera, que se burlaba de mí.

Pero no, sus ojos seguían perdidos en su mundo, en un pasado que solo él veía y solo a él le divertía, un pasado en el que estaba esa Marta Villa, adivina, que no era joven ni hermosa y a la que había violado dos veces.

Después, pensé en Marta Villa, mi madre. Le debía ese inolvidable momento a ella: «Te pareces mucho a tu padre», solía decir, y yo no lograba encajar su cara de rechazo con el héroe de guerra del que me había hablado tanto.

Y pensé en Malena, mi hermana.

Rubia, preciosa, distinta a mí pero tan parecida a mí como dos manzanas del mismo árbol. ¿Cómo era posible? Pero

¡cierto!, alcancé a razonar en el torbellino que tenía en mi cabeza, el muy capullo violó a mamá dos veces, con un año de diferencia. ¡Joder!

Miré a aquel hombre atentamente, como no lo había hecho antes. Registré el cabello castaño, ondulado y rebelde, los ojos pardos, la nariz algo grande, la boca llena, el labio inferior levemente sobresalido sobre el superior y torcido en una mueca de desprecio.

La mueca a mí me salía igual que a él, incluso mejor que a él, y la puse en práctica.

Después, agachada sobre mí misma y tratando de ocultar mis temblores, saqué unos fajos de dinero del bolso.

Los conté y los dejé sobre el sillón.

—Estos son de Lucas —dije—,

tendrá que hacérselos llegar.

Separé otro.

—Este es mío. —Me puse de pie y lo guardé en el bolsillo trasero de mi jean. Con la barbilla, señalé los que quedaban—. Métase el resto en el culo.

Del otro bolsillo extraje la tarjeta micro SD y la arrojé sobre la mesa.

—Ahí tiene a su hija.

Di la vuelta y me dirigí hacia la puerta, la abrí, y antes de marcharme escuché que él elevaba su voz irónica hacia mí:

—Hasta nunca, Malala Macaroni.

—Hasta nunca, cruel hijo de puta.

Y me fui.

F I N

No te pierdas «Magia Blanca», la última parte de las Novelas del Tarot, de próxima aparición.

Document Outline

[Página de Título](#)

[Mano Negra | Novelas del Tarot. Libro 2](#)

[Copyright](#)

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[Agradecimientos](#)

[Primera Parte: El libro de las mutaciones](#)

[Capítulo 1: El destierro de Tierra](#)

[Capítulo 2: El mundo de las sombras](#)

[Capítulo 3: Los caminos de la magia](#)

[Capítulo 4: Los demonios malignos](#)

[Capítulo 5: El abismo](#)

[Capítulo 6: Polvos diabólicos](#)

[Capítulo 7: El poder dominante de lo grande](#)

Segunda Parte: Lo inmutable

Capítulo 8: Ying y Yang

Capítulo 9: Arriba, el cielo, lo supremo

Capítulo 10: El poder dominante de lo pequeño

Capítulo 11: Oscureciendo la luz

Capítulo 12: El destino es un cruel hijo de puta

Document Outline

- [Página de Titulo](#)
- [Mano Negra | Novelas del Tarot.](#)
- [Copyright](#)
- [Sinopsis](#)
- [Dedicatoria](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Primera Parte: El libro de las](#)
- [Capítulo 1: El destierro de Tierra](#)
- [Capítulo 2: El mundo de las sombras](#)
- [Capítulo 3: Los caminos de la magia](#)
- [Capítulo 4: Los demonios malignos](#)
- [Capítulo 5: El abismo](#)
- [Capítulo 6: Polvos diabólicos](#)
- [Capítulo 7: El poder dominante de](#)
- [Segunda Parte: Lo inmutable](#)
- [Capítulo 8: Ying y Yang](#)
- [Capítulo 9: Arriba, el cielo, lo](#)
- [Capítulo 10: El poder dominante de](#)
- [Capítulo 11: Oscureciendo la luz](#)
- [Capítulo 12: El destino es un cruel](#)